

OBRA REUNIDA

# Gabriela

5

PROSA

\*

# Mistral

EDICIONES  
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE



OBRA REUNIDA

# Gabriela Mistral

SELECCIÓN E INVESTIGACIÓN

Gustavo Barrera Calderón / Carlos Decap Fernández  
Jaime Quezada Ruiz / Magda Sepúlveda Eriz



BIBLIOTECA  
NACIONAL  
DE CHILE



BIBLIOTECA  
NACIONAL  
DE CHILE

**OBRA REUNIDA DE GABRIELA MISTRAL**

© Ediciones Biblioteca Nacional de Chile, 2025

Primera edición: diciembre de 2019

Segunda edición: noviembre de 2025

ISBN Obra Reunida: 978-956-244-646-4

ISBN Tomo 5: 978-956-244-649-5

**Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio**

Carolina Arredondo Marzán

**Subsecretaria de las Culturas y de las Artes**

Jimena Jara Quilodrán

**Subsecretaria del Patrimonio Cultural**

Carolina Pérez Dattari

**Directora Servicio Nacional del Patrimonio Cultural**

Nélida Pozo Kudo

**Directora Biblioteca Nacional de Chile**

Soledad Abarca de la Fuente

OBRA REUNIDA

# Gabriela

5

PROSA

\*

# Mistral

EDICIONES  
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

# Í N D I C E

Prólogo	13
<i>Gabriel Boric Font</i>	
Palabras preliminares	16
<i>Carolina Arredondo Marzán</i>	
Recado ciudadano	18
<i>Hno. Lino Miranda Castañeda</i>	
<b>MOTIVOS DE SAN FRANCISCO</b>	23
Prólogo de Jaime Quezada	25
<b>I. MOTIVOS DE SAN FRANCISCO</b>	33
La madre	35
Dos leyendas	38
Nacimiento	40
El nombre	41
Educación	42
El cuerpo	44
Los cabellos	46
Los ojos	47
Los labios	48
La voz	49
Las manos	51
Los pies	53
Los sentidos	55
El sayal	57
El cordón	59
Enfermo	60
La convalecencia	62
El elogio	63
El lirio	65
La espadaña del lirio	67
La delicadeza	68

La rosa helada	69
La oración	71
Nombrar las cosas	73
Presencia en las cosas	75
El vaso	77
Los escabeles	79
La red	81
Lunita nueva	82
Aprende a perder	83
La hierba	85
La lepra	86
La caridad	89
El cauterio	91
La celda ajena	92
La alondra	94
La muerte	96
La prisa de ver a Dios	97
Las piedras preciosas	99
La lamparita de aceite	101
II. MOTIVOS DE SAN FRANCISCO	103
Las montañas	105
El prodigio en el monte Alvernia	107
III. MOTIVOS DE SAN FRANCISCO	117
Los compañeros de San Francisco: Bernardo de Quintaval	119
IV. MOTIVOS DE SAN FRANCISCO	127
Nuestra única vanagloria	129
La llamada de los cardos	130
Otro Cristo	132
El lobo en el cielo	135

ANEXO A LOS MOTIVOS DE SAN FRANCISCO	137
San Francisco Santo Patrono	139
Oración a San Francisco por Yin	143
O T R A S P R O S A S	145
MOTIVOS DE ESCRITURA	147
Cómo escribo	149
El oficio lateral	152
La palabra maldita	165
MOTIVOS DE LA VIDA	169
Mensaje sobre los derechos humanos	171
Evocación de la madre	173
La madre: obra maestra	179
Motivos de la vida	183
La hora que pasa	187
El placer de servir	189
El cántaro de greda	191
El sentido religioso de la vida	193
Santa Biblia	196
Mi experiencia con la Biblia	198
ELOGIO DE LAS MATERIAS	211
Elogio del fuego	213
Elogio del cristal	216
Elogio de la ceniza	219
Elogio de la arena	221
Segundo elogio de la arena	223
Elogio del agua	224
Elogio de las piedras	227
Segundo elogio de las piedras	230

Elogio del aceite	232
Elogio del vino	234
Elogio de la sal	236
Elogio de la harina	237
Elogio del pan	239
Elogio del oro	240
Elogio de las maderas	242
Elogio de la naturaleza	245
<b>POEMAS DEL CUERPO HUMANO</b>	<b>249</b>
Las manos	251
Los ojos	252
La boca	253
Los pies	254
El cuerpo humano	255
<b>MAESTROS Y ESTUDIANTES</b>	<b>257</b>
La oración de la maestra	259
Palabras a los maestros	261
Pensamientos pedagógicos	264
Oración del estudiante a la Gracia	269
Llamado por el niño	271
El elogio del niño	274
Pasión de leer	277
¿Qué es una biblioteca?	282
Contar	286
Recado de las voces infantiles	291
A los niños del litoral	294
Infancia rural	297
La enseñanza, una de las más altas poesías	302
<b>ESTAMPAS DE ANIMALES</b>	<b>309</b>
La medusa de Guayacán	311
El Miedecito de la gacela	319
Una serpiente de Java	323

Una lechuza	325
El faisán dorado	326
La jirafa	328
La cebra	330
La alpaca	332
El topo	334
El armadillo	336
La tortuga	339
El águila	341
Las golondrinas	342
La ballena	344
La gallineta	347
La cigüeña	348
Grillos y ranas	350
El conejo	352
El gato	354
El pájaro carpintero	356
El caracol	357
<b>ESTAMPAS VEGETALES</b>	<b>359</b>
La piña	361
El higo	362
El girasol	363
El sauce	364
El algodón	365
La espiga	367
La hazaña del trigo	371
El magüey	374
El órgano	376
El álamo	378
La rosa	381
La granada	383
<b>MOTIVOS DEL MAR</b>	<b>385</b>
La nave y el mar	387
Las barcas	393

El mar	395
Viajar	397
<b>RECADOS</b>	403
Recado sobre la papaya	405
Recado sobre la papa	408
Recado sobre el queltehue	411
Recado sobre los colibríes	415
Recado sobre el albatros	421
Recado sobre la palmera real	425
Recado sobre el ombú	429
Recado sobre las estrellas	436
Recado sobre la máquina	439
Recado sobre las islas	443
Recado de Navidad	451
<b>PROSA VARIA</b>	457
El amor de la ciudad	459
La tierra: los jardines	462
Solución de los patios	468
Horas libres	474
El país sin crepúsculo	477
Elogio de los países pequeños	480
Navidades	483
Sobre cuatro sorbos de agua y un poema: “Beber”	493
Discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura	504
<b>DE PUÑO Y LETRA</b>	507



## PRÓLOGO

“A mí me gusta la historia de Chile como un oficio de creación de patria” escribió Gabriela Mistral, como previendo su permanente deseo de pertenecer, retornar a su valle natal y hacer del mundo un lugar al que humanizar. Entre montañas, estrellas y ríos, Montegrande fue su “patria chiquita” y uno de sus primeros y últimos amores. En parte por eso, llevará consigo una bolsita con un puñado de tierra del Valle del Elqui en su peregrinaje.

¿Se habrá imaginado esa pequeña Lucila entre cantos y huertas, que se transformaría en 1945 en la primera persona latinoamericana en recibir el Premio Nobel de Literatura y la novena mujer del mundo en ser reconocida en todas sus categorías?

En el aniversario de los 80 años del Premio Nobel de Gabriela Mistral queremos que sienta a su propia patria cerca, acompañándola en un viaje épico donde la Academia Sueca reconocerá que su poesía lírica está “inspirada en emociones poderosas” y “ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”.

En esta ocasión, hemos querido reconocer la posibilidad que *Obra Reunida* abrió a la investigación, la creación artística y, especialmente, al cariño del pueblo de Chile por Gabriela Mistral. Esta reedición ciudadana incluye una nueva dimensión: la huella que la lectura de sus ocho tomos ha dejado en escuelas, bibliotecas, la cultura y las instituciones que custodian su legado, expresada en recados escritos por diferentes generaciones y lugares de Chile.

La *Obra Reunida* nunca será completa por su vastedad y multiplicidad enciclopédica. Recoge transcripciones, manuscritos de su puño y letra, mecanografiados, con notas en los bordes, borradores y otras marcas que trazaba Gabriela Mistral mientras escribía en una tabla de madera sobre sus rodillas. Estas son solo una muestra de los más de 18 mil documentos y objetos personales que fueron donados por Doris Atkinson el año 2007 a la Biblioteca Nacional de Chile y al Museo Gabriela Mistral de Vicuña.

Entre sus fondos, hay un borrador de lo que póstumamente se publicará como *Poema de Chile* en el que se lee “¿Qué será de Chile en el cielo?”, pregunta que inspira esta conmemoración. Desde la lejanía, su imaginación fraguaba una epifanía que nunca la dejó en paz y que siguió construyendo, porque, como ella decía, “nuestra obligación primogénita de escritores es entregar a los extraños el paisaje nativo”.

Su viaje no es solo a pie, en trenes, barcos o aviones, también es cantando a Chile. Rememora, estudia e inmortaliza el aroma de la manzanilla y el vuelo de los cisnes de cuello negro; los pueblos pequeños y las gradas de la catedral capitalina; los choapiños clásicos de la Araucanía y la gente que labra con sus manos, sobre todo, el pan, la greda y la tierra.

En cada poema, en cada recado, en cada ensayo, en cada decálogo o epístola, Mistral escribió sobre lo imprescindible: la libertad, la educación, los derechos humanos, los afectos, la paz, la cultura y la justicia. En su obra también dio voz al mundo campesino, la infancia, las mujeres, los pueblos originarios y otros protagonistas cuya historia aún no alcanzaban las portadas.

“Es sobria y simple, como un mármol clásico” declaraba sobre su Chile, como si escribiera de ella misma. Sencilla, soberana, alegre y triste, sus letras nos cuentan de un vuelo que emprendió más como huemul que cóndor, sin olvidar nunca que “La patria es el paisaje de la infancia”.

“Un Nobel al pueblo” escribió Gabriela Mistral en su testamento y en este aniversario, su patria se une de norte a sur, atravesando cordilleras, valles y costas para rendirle un homenaje y recordar que es la “Hija de la Democracia chilena”, como conmovida declaró al recibir el Nobel un 10 de diciembre de 1945 y nos recuerda desde su dedicatoria de *Desolación* a Pedro Aguirre Cerda y Juana de Aguirre Luco, por “la hora de paz que vivo”.

¿De dónde viene Gabriela? ¿De Vicuña, Montegrande, Los Andes, Punta Arenas, Temuco? ¿De México, España, Italia, Brasil, Estados Unidos? ¿De los niños, de los indios, de los estudiantes? ¿De la Biblia, de la muerte, de la pena?

Gabriela Mistral viene de la tierra, y es humanidad. Seguir su recorrido físico es viajar a través de Chile y el mundo a través de la palabra y el amor, pero también de la preocupación por los destinos de una civilización con valores en disputa, de la que ella se hizo parte en su época desde el humanismo universal que siempre cultivó.

Esta edición de parte de su obra hasta ahora inédita nos trae al presente la fuerza de la ética, en tiempos en donde el viaje de Gabriela se vuelve una vez más refugio de esperanza frente los vaivenes del mundo.

Gabriel Boric Font  
Presidente de la República de Chile

Con la reedición de esta obra reunida de Gabriela Mistral, celebramos un acontecimiento que vuelve a situar su palabra en el centro de nuestra vida social y cultural. Cada página aquí contenida, al ser nuevamente convocada en este volumen, confirma la vigencia de un pensamiento y de una sensibilidad que no se agotan en su tiempo, sino que continúan proyectándose hacia el futuro.

En la historia, los libros han sido siempre más que un objeto: han sido vehículos de identidad, de diálogo y de encuentro. Esta nueva edición se inscribe en esa tradición y la renueva, al ofrecer a la ciudadanía la posibilidad de reencontrarse con la obra reunida de Gabriela Mistral, cuya voz mantiene intacta su capacidad de iluminar los desafíos del presente y de abrir caminos hacia el futuro.

El año 2025 ha sido una oportunidad de celebrar nuevamente todo ese legado, en el contexto de la conmemoración de los 80 años de la obtención del Premio Nobel de Literatura. Un acontecimiento que la convirtió en la primera persona en Latinoamérica y en la única mujer hasta ahora de la región en recibir este importante reconocimiento.

Como Estado y Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio celebramos este hito no solo por nuestra convicción de que la instituciones y la sociedad debe reconocer a una de nuestras más grandes creadoras, sino también por la continuidad de nuestra memoria colectiva y la dignidad de quienes habrán de recibirla y enriquecerla con nuevas lecturas. Esta reedición no es únicamente una compilación de textos: es también un acto de reconocimiento y de con-

fianza en la capacidad de la cultura para transformar y dar sentido a la vida en común.

Espero que estas páginas de Gabriela Mistral puedan ser leídas hoy con el mismo espíritu con que fueron concebidas: como una invitación a pensar, a recordar y a proyectar, con la certeza de que en su palabra encontramos siempre la fuerza necesaria para enfrentar el presente y construir el porvenir.

Carolina Arredondo Marzán  
Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

## RECADO CIUDADANO

HERMANA GABRIELA MISTRAL:  
EDUCADORA, POETA, Y...  
DISCÍPULA, MENOR Y PEREGRINA...

He agregado al título de esta reflexión más atributos que también acompañaron la vida y vocación de la hermana Gabriela, como la conocemos entre los franciscanos, para ahondar en aquella dimensión que buscó profundamente el sentido de su vida: el sueño de Jesucristo: el Reino; allí encontró respuesta y horizonte a dicha búsqueda. Agregar también al Pobrecillo de Asís, San Francisco, pues fue una inspiración del cómo quiso hacerse peregrina y discípula.

Gabriela también fue menor... Francisco de Asís propuso este camino de la *minoridad* para responder a Dios, pues veía en los menores de su tiempo, aquella gente de condición simple, sencilla, pobre y excluida, como los predilectos de Jesús en contraposición a los mayores, quienes ostentaban riquezas y pertenecían al más alto puesto desde una mirada piramidal de la vida, a ellos se les hacía difícil entrar en el Reino. Los *menores* se contentaban con lo mínimo, se asombraban y se regocijaban con lo que Dios en el día a día les regalaba: la vida, la salud, el alimento fruto del trabajo arduo, la belleza de la creación manifestada en la grandeza delicada de la naturaleza, en la compañía grata de los seres vivientes... Esta experiencia de San Francisco tocó profundamente los agudos sentidos de Gabriela, quien nos transmitió por medio de sus versos cargados de fe, esperanza y amor, lo grande que puede ser alguien que se hace pequeño, se hace menor, se hace niño, pues desde ese particular lugar en la existencia humana se faculta

para reconocer lo bello de la Vida, lo bello del Amor, lo bello del Creador.

Gabriela tuvo una conexión fina con Francisco, sobre todo con la espontaneidad de aquel quien se sentía profundamente amado por Dios ya que no le importaba que le tildaran de loco o ignorante... El amor que hizo actuar con tanta libertad a Francisco y, sobre todo, perseverar en sus convicciones, significó para nuestra poetisa construir su propio sueño: vivir en la libertad del amor y que parafraseó tan hermosamente en sus *Motivos*, reconociendo en dicha obra, la originalidad de este sencillo peregrino. Gabriela quiso también fraternizar con este *loco de Asís* y hacer de su vida un testimonio de *minoridad* dejándose conducir por el Amado y retribuyéndole el don que había puesto en ella educando, escribiendo, creando y haciéndose una peregrina en el mundo compartiendo.

Hno. Lino Miranda Castañeda, ofm.  
Ministro provincial  
Orden Franciscana de Chile











DE LOS “MOTIVOS DE SAN FRANCISCO”  
A UNA ESCRITURA RECADERA

*Hace dieciocho años, Carlos Silva Vildósola, maestro del periodismo chileno, me invitó a mí, que no escribía prosa, a colaborar en su diario. Le contesté que mi prosa no existía, que no existían sino mis versos, y estos a medias. Y tuve de él una curiosa respuesta que he desentrañado en su sentido mucho más tarde: ‘Un poeta tiene siempre el derecho a escribir en prosa. Es un derecho esencial y no de ocasión. Si escribe mal un artículo, sus síntesis o sus metáforas le salvarán siempre’.*  
*Por estas razones muy suyas, me llevó a escribir prosa, y me hizo un sitio a su lado, dejándome por ello bastante asombrada hasta hoy.*

GABRIELA MISTRAL

Noviembre de 1940

I

Durante sus años de permanencia en México (1922-1924), país en el cual colaboraba en los programas educacionales y en las misiones campesinas e indígenas de enseñanza rural, Gabriela Mistral escribe la mayor parte de sus devotos *Motivos de San Francisco*. Los textos más notables y perfectos en la escritura prosística de nuestra premio Nobel. Motivos que recrean la vida de acción y de mansedumbre del santo de Asís. Llamado il Poverello, “el Pobrecillo”, este religioso italiano del medieval siglo XII, hijo de mercader acaudalado y elegido por gracia de Dios a abandonar familia, comercio

y dinero en beneficio de una vida de apostolado y pobreza absoluta.

Ya en *Desolación*, el libro primero de Gabriela Mistral, y en su edición chilena de 1923, hay unas vivificadoras estrofas de belleza y de amor dedicadas a tan santo personaje: “Yo vi a Francisco, aquel fino como las rosas / pasar por su campiña más leve que un aliento, / besando el lirio abierto y el pecho purulento, / por besar al Señor que duerme entre las cosas” (poema “Mis libros”). Es la época en que nuestra autora lee a bebedura llena el cántico franciscano, haciéndolo su breviario cotidiano y oracional: “Busqué en las *Floreциllas* de Asís, las siempre frescas, y en sus felpas dulces se quedó el pecho mío”. Además de tener siempre presente aquellas otras estrofas espirituales de “Los motivos del lobo”, el modernista poema del nicaragüense Rubén Darío. Desde entonces San Francisco parece ser el santo preferido de Gabriela Mistral, y en quien admiraba sus supremas pobreza y humildades.

San Francisco es una de las más grandes figuras de la Edad Media, que ejercerá profunda influencia en la vida espiritual, en la cultura europea y en la recristianización de la sociedad medieval, por su piedad, su humildad y dulzura evangélicas, y sobre todo, por su ardiente caridad y amor hacia todas las criaturas. De esta ardiente mansedumbre, y en un “hablar lengua de ángeles”, están aureolados estos “comentarios franciscanos”, llamados así en su escritura prosística inicial y que luego recibirán el tipificador y muy familiar nombre de *Motivos*, tan únicos y singulares, tan expresivos de religiosidad y belleza creadora.

Unas bellísimas prosas, quedó dicho, solo que aquí lo bellísimo tiene materia y tiene alma, espíritu y sentido, vida y

época: recreación biográfica, y no a la manera ingenua de hacer biografía, de un Francisco de Asís que hablaba con dulzura a los pájaros como “si sus palabras fueran alpiestes o cañamones dorados”. En sus aficiones hagiográficas, amén de otras lecturas sobre la vida del santo, Gabriela Mistral encontró cuánto antecedente le fue necesario para hacer lo suyo con tan ardiente fe. Estos textos son únicos por su originalidad y por el tratamiento sorprendente de su lenguaje. Entregan, además, unas materias lingüísticas muy propias de su escritura en una amplitud de voces nuevas y viejas, arcaicas, criollas en sus chilenismos, mexicanismos, americanismos; diálogos (“¿Por qué hiciste tu sayal de ese color de castaña, Francisco?”), coloquialismos; neologismos, diminutivos, cotidianidades; en fin, todo un contar o narrar con resuelto leguaje deslumbrante y deslumbrador.

Escritos durante sus andanzas educacionales por la sierra de México (1923) o por las aldeas medievales de la Umbría (1925) o la Provenza italiana (1927), los *Motivos de San Francisco* siempre fueron en su autora un arrobamiento de gracia espiritual y a su vez, don de humildad y caridad de humano paradigma hacia el santo de Asís. Aun cuando la obra de Gabriela Mistral puede resultar siempre un sorprendente hallazgo, estos memorables motivos, dispersos en volanderas páginas de periódicos o en antologías varias, o en publicaciones diversas, se recopilan y reordenan de manera armónica y completa (y acaso definitivamente) en este total volumen que llama a novedad y maravillamiento.

“Me pone un poco de frescura en el espíritu”, decía ella, a la par que escribía cada uno de estos tan motivadores textos en su belleza de escritura y en su universalidad de amor: “con tu ardiente caridad me convenciste, Francisco”.

Si el proceso poético de Gabriela Mistral es a través de cada uno de sus libros sorprendente y asombroso, no lo es menos su mismísima prosa, tan notable de escritura y tan reveladora en el tratamiento de sus temas. Que una y otra vertiente —poesía y prosa— conllevan los siempre vitales temas que tanto importaron a la autora: la vida, la escuela, lo religioso, lo social, la mujer (o “el mujerío”, como ella decía en tan plural y elocuente palabra), lo indígena, los asuntos ciudadanos, la naturaleza, lo geográfico, lo chileno, lo americano, las artesanías, los mitos y costumbres, y asuntos esenciales que hoy nos resultan una suerte de visitar su esencial y motivadora escritura prosística.

En estos textos —llámense, con mejor propiedad, *recados* o *motivos*— se tratan, con las emociones más puras y profundas, las cuestiones que le dictaron seres y cosas, y que ella consideraba dignos de contárselos a sus semejantes, dando sello y estilo a una singular escritura recadera. “Estos recados —confesaba la autora de *Tala*— llevan el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural con el que he vivido y con el que me voy a morir”. Su “dejo rural”, enfatiza, para remarcar su apego real y lingüístico (y muchas veces lúdico y conversacional) a las materias genésicas, y muy suyas, en su tarea creadora. O ella misma definiéndose también, muchas veces, como una mujer “de acérrima lengua americana en la tonda muy criolla que es mi escritura”.

Esta escritura prosística, sin embargo, nunca integró originalmente libro alguno de Gabriela Mistral, a no ser en dispersas páginas de periódicos y revistas del continente latinoamericano. Sin embargo, nada fue ignorado en esas páginas reveladoramente trascendentes: desde un motiva-

dor sentimiento de ternura y de amor en su “Evocación de la madre”, a una oracional y permanente estampa de la maestra y de la escuela democrática: “hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre” (“La oración de la maestra”). Prosas o temas tan actuales y vigentes como su defensa por la paz —“La palabra maldita”—, pacifista ella de todos los días, reivindicando éticamente en acción y en conducta esa palabra manchada por las odiosidades y las guerras. O su legítima y necesaria y urgente defensa de los “Derechos humanos básicos” (mensaje en la Asamblea General de las Naciones Unidas, en diciembre de 1955), tema por cierto de tanta dramática importancia y relevancia en este y todo tiempo.

Prosas, además, no ajenas a las circunstancias sociales, religiosas y ciudadanas del vivir contemporáneo, develadas incluso en sus “Recados navideños”, en sus emotivos recados sobre “una infancia a medio pan y a medio techo”. Recados de dicha y gozo de escritura, de sensibilidad y de estilo, de pensar y de decir una visión de mundo, mundo Mistral que seduce en su misterio, y en sus verdades, y en su encantamiento.

Por otra parte, y desde muy temprano, Gabriela Mistral vino escribiendo luminosos y vivenciales textos vueltos relatos, cuentecillos, fábulas, jugarretas, estampas, retratos, es decir, su colorido y expresivo “Cuenta mundo”, humanizado de sentimientos espirituales, parábolas, diálogos y afares conversacionales. Y todo sin descuidar las originalidades de su propia lengua hablada, es decir, la oralidad como fuente nutricia de saber y de contar donosa y prodigiosamente las muchas cosas de ese su “Cuenta mundo”. Lección coloreada de temas e imágenes felices en animales, aves, árboles, flora, fauna, a través de una

naturaleza vívida (“suelo sentir las plantas como emociones de la tierra”) y recreada que va de “El miedecito de la gacela” a los topos, las tortugas, los girasoles, las golondrinas. Un recoger y mantener perdurable aquella vieja y sabia tradición oral de sus antepasados elquinos en sus sencilleces y sus cotidianidades, en sus hallazgos y donaires, que darán sentido y atmósfera a sus lúdicas y espejeantes prosas. “Prosa que en la Mistral se vuelve trascendente —dice con nobleza el estudioso y ensayista Alfonso Calderón—, por el ritmo que le impone, por la resonancia visionaria y por una enorme capacidad mítica que revisten sus historias”.

A estas míticas historias pertenecen los “Elogios de las materias” (del agua, del fuego, del aceite, de la sal, de la harina, del pan), que viene a ser un todo radiante y virtuoso universo mistraliano. Verdaderos actos sacramentales en un alucinado trato con los elementos, tema tan recurrente y fundamental en la poesía de nuestra Mistral (en *Tala*, por ejemplo, e incluso, en *Ternura*), y que alcanza plenamente un trato o “arrimo” casi ritual y litúrgico en esta escritura prosística, vuelta prosa poética o prosa lírica, y en definitiva, prosa libérrima.

La materia, entonces, como “cosa” o como “criatura” redimida y redivinizada. Ella misma se definió más de una vez como una coleccionadora no solo de imágenes anchas, sino de gestos menudillos. Recuérdense sus gestos de beber el agua (poema “Beber”) o en su “Elogio de las materias”: el “agua que se da sin romperse, única dación sin dolor, que puede ser en la altura la de los ángeles”. También decía: “Prosa cuidada es prosa honesta”, así fielmente dando voto de fe a su mismísima escritura recadera.

Estos elogios no son aquí una resuelta alabanza o un mero encomio a las usuales cosas que viven puertas adentro y que parecieran familiares y aun domésticas (pan, agua, aceite, sal), también conllevan su transfiguración ética y moral: lecciones para humanizar al mundo (“puesto a arder por atarantamientos, cegueras y locura”). Las materias, en su forma natural y en sus cotidianidades, resultan así siempre muy amadas por ella, “a causa de mi apego de niña rural hacia las cosas naturales que son tan lindas y sueltas, y que se vuelven una especie de criaturas vistas en todas partes en torno a un vaso de agua, o de una mansa llama o del pan abierto en la mesa; una relación de amistad que de lo doméstico y lo mágico, y lo bello se me han vuelto algo así como lugares naturales de convocación de mis gentes, como citas con ellas”.

### III

Caso único en la literatura chilena la muy vasta labor de Gabriela Mistral, que casi a diario estuvo escribiendo no solo del prójimo, del otro que fue su hermano en la misma tarea creadora, sino también de otros tantos temas fermentales que la nutrieron, estuviera ella en su patria natal o en aquellas otras patrias adoptivas del mundo. La que anduvo ya no errante, sino en múltiples actividades de educadora, de congresista, de ajetreos consulares, o simplemente mirando el mundo tan familiarmente como si ella lo hubiese creado, se dejó su tiempo, su roba noche, para escribir sus “novedades de cosas” en singularísimos y a su vez plurales artículos que irían a las páginas de los periódicos y de las revistas de Chile y del continente. Estas “novedades de cosas” darían origen a su creadora y recreadora virtuosa prosa, en lenguaje suyo y estilo suyo, y tra-

tamiento de la palabra muy suyo. “Prosa cuidada es prosa honesta”, así fielmente su escritura.

En este tratamiento esencial y prodigioso de su lenguaje, la misma Mistral nos entrega su sensitiva y visual relación con la palabra, materia “cosa” u “objeto” tan suya: “Empieza uno a vislumbrar lo que es la lengua cuando una palabra cualquiera —no importa cuál— le hace de pronto el efecto de una iluminación, y es como si la descubriese o la inventase, o le viese la entraña por primera vez. La paladea, la voltea, le sonrío como a cosa erótica. Antes de eso se puede leer y escribir mucho y hasta estar copiosamente informado, pero no se ha recibido el toque de gracia”.

Ese “toque de gracia” es lo que está en la propia y misma obra de nuestra Mistral, sea verso, sea prosa, y en su habla muy castiza recreadora de una experiencia personal y humana. De ahí que cuando más de alguien le reprochaba el excesivo uso de arcaísmos, vocablos extraños y neologismos, ella respondía que los usaba no por fantasía, sino por una necesidad estricta y ceñida: “Un hablar lo mío más legítimo y más entrañable”. Con esa vivacidad y esa llaneza, escribirá su bienaventurada prosa motivo o su prosa recadera desprendida bellamente de su lengua.

Jaime Quezada

Santiago, mayo de 2020

I

M O T I V O S

D E S A N

F R A N C I S C O



Hay que empezar, como en el Evangelio del otro Pobrecillo, por la alabanza tuya, madre de Francisco, María italiana.

Fuiste tú, Madona Pica, la que cuajó en sus entrañas este grumo tan suave de carnes que se llamó Francisco de Asís. Venías de la Provenza y bajaste al valle de la Umbría. En la mocedad te batieron sus robustos vientos y caminaсте entre olivares y las viñas muy bíblicas de tu país. Llevarías un cántaro al hombro como estas mujeres que yo miro bajar al lago y a las cuales da el ánfora que roza la mejilla la forma de algunas flores de corola bipartida. Por el contraste de su rudeza con su gracia, se posaron en ti los ojos de aquel rudísimo Pedro Bernardone.

Alabo tu seno hecho de cenizas: su yema pura hizo el contorno de la boca de Francisco, la delicada boca para las canciones. Tu leche de mujer bebedora de soles debió ser magnífica. Lo sustentaste con exceso y así tuvo él esa rica juventud, intensa como una púrpura.

Nosotros nos conformamos con besar arrodillados su polvo: tú, dichosa, le tuviste acostado en el pecho miles de noches, le hiciste con tus harinas esos dientecillos finos y blancos que le daban una sonrisa feliz; tú le pusiste la rica sangre que en su corazón se hizo tremenda caridad. Muchas líneas de su cuerpo serían tuyas, y puede llamársete por esto “copa de Dios”. Tú le enseñaste a hablar, y de ti, no del Bernardone, le vino ese tipo de dulzura que le reunía a los pájaros en torno, como si sus palabras fueran alpiestes y cañamones dorados.

Y tú le hiciste jugar; redondeabas el montoncito de arena rubia que él desbarataba y volvía a hacer. Así le enseñabas formas y formas, y le hacías el ojo amador de la gracia. Su deseo de cantar fue cosa que le vino también de las canciones con las que le anegabas cuando le tenías sobre tus rodillas, mujer dichosa, buena para dar en un hijo cantador una lengua de alegría al mundo triste.

Tú, cristiana, le deslizaste en los siete años dóciles de la infancia a tu Cristo, como una gota de miel imperceptible, por los oídos, y se lo hiciste tan familiar como el pliegue de tu cuello.

Y su humildad, su embriaguez de humildades, ¿no le vendría de mirarte hacer tus trabajos de la casa, el lavado de tus pisos, el barrido de tu comedor, buena esposa de mercader, que nada de esto desdeñarías?

Yo te alabo tu falta de arrebatos cuando te llevaron los hipócritas para irritarte la alarma de la mocedad tan ardiente de tu Francisco. Le oías con calma y sonreías solamente diciendo que con el tiempo se habría de volver un buen hijo del Señor.

Y vino el día, pero trayéndote, pobre Madona Pica, otra tribulación no más, porque tu Francisco dejó caer de tus manos de repente, todos los regalos de la vida, hasta tu misma ternura y se fue por los caminos a pordiosear.

Las comadres asombradas te llevaron el nuevo escándalo, sin alterar tu larga dulzura.

Te damos gracias por esa fuentecita de alimentos que a escondidas del terrible Bernardone mandabas a tu loquillo

a la cueva, y por aquella tu fina astucia para hacerlo escapar del encierro del mercader.

Te han agradecido los valles esas manos tan amantes que tú diste para regar su campo; los pájaros, la lengua con una canción nueva que pusiste en el viento, y los pobres te agradecerán siempre al Vendador, todo él una vendilla para el mundo herido.

Ahora estás en el cielo al lado de María, y cerca de la madre de San Julián, el Hospitalario, y sonreirás de una tierna sonrisa.

## DOS LEYENDAS

Hay dos leyendas que por su belleza merecerían ser verdad sobre el nacimiento del niño.

El pueblo verá en su vida paralelismo tal con la de Cristo, que querrá hacer absoluta la semejanza. La exageración que encontramos en las leyendas heroicas dice el hambre sublime de los humildes. Los letrados trabajan royendo el hecho sobrenatural; aseguran que analizan con una limpia intención de hallar la verdad, pero suele aparecer su mente menguada; sus vasos son pequeños, y no quieren que les sean rebalsados. La llamada plebe teje, por el contrario, el poema en torno de los que fueron mejores que ella; está muy desposeída y, sin embargo, no conoce envidia y aumenta su material de adoración. Está en ellos menos empañada la memoria de lo divino y cuando encuentran algo semejante lo hospedan fácilmente.

Una leyenda es ésta:

Vinieron a la madre los dolores del parto y su sufrimiento se prolongaba contra la naturaleza. Pica se revolvía en el lecho entre lamentos. Podría decirse que la carne se negaba a entregar a ese que la superaría. Entonces golpeó a la puerta un peregrino y dijo que la madre no daría a luz mientras no se le sacase de su lecho suntuoso, y se la transportara al establo de la casa.

Así se hizo, se la puso en el heno pisoteado entre las vacas que mugían mirando la agitación del nacimiento, y los asnos que miraban a la enferma con sus grandes ojos negros.

La otra leyenda es la del bautizo del niño.

Estaba todo preparado y la comitiva brillante ya iba a salir, cuando golpeó al portal un segundo peregrino, más polvo y vejez que vestidos. Dijo que quería sostener la cabeza del recién nacido en la pila bautismal.

Volvió a aceptar Pica que viene a ser obediente a la Gracia, como la otra madre, y el cuerpecito fue sostenido por el vagabundo, entre el asombro de los burgueses que vieron aguada su fiesta con semejante presencia.

La iglesia no defiende la autenticidad de los dos relatos, la dan los biógrafos solo por conceder sitio a estos dos frescos candorosos. Están bien en la puerta de una vida que la ingenuidad humedece, en cada episodio, como un largo rocío.

## NACIMIENTO

Francisco nace en Asís, en septiembre de 1182, probablemente el 26; no se ha podido establecer la fecha precisa. Ignoramos, pues, el día en que llegó al mundo este Francisco, señor de la Edad Media, y sabemos muchísimas cosas de los bandoleros de su tiempo y hasta de los achaques que sufría tal o cual emperador.

Sus padres fueron Madona Pica de Berlemont, nacida en Provenza o descendiente de provenzales, y Pedro Morico, llamado el Bernardone, mercader en telas.

El orden de los progenitores se invierte voluntariamente: Francisco no aparecerá a través de su vida sino como hijo de su madre; al Bernardone se le ha de citar solo para alguna vergüenza.

Los biógrafos coinciden en asignar a los padres una situación holgadísima: se habla de que Madona Pica tenía origen noble; por su parte, el mercader se había tostado bastante en muchas jornadas de Italia a Francia para hacer la riqueza de su casa. En la población de Asís la familia llega a mezclarse con la aristocracia, porque la malicia ha aconsejado siempre a las gentes de linaje cierta benevolencia y hasta alguna fusión con los semivillanos ricos.

Se habla de una esposa que aventaja al marido en suaves maneras y finura del corazón, y de un mercader complaciente hacia ella por esta especie de gratitud que se hace en el marido inferior.

Fue dado al niño el nombre de Juan; pero el Bernardone a su regreso lo llamó Francisco.

Más grato hubiera sido el primer nombre, tras pasado de sentido religioso para el cristianismo por el Bautista, que preparó los caminos y por el Evangelista, esa dalia roja del Nuevo Testamento. Pero Bernardone no entendía la cosa profunda que es un nombre, el nombre que preside la vida y que debe fundirse con nuestra mirada y con nuestro gesto.

Según los comentaristas, el Bernardone quiso tener en el niño un recuerdo de la Francia que había sido su mercado. Le llamó, pues, Francisco, nombre que en aquel tiempo debió extrañar tanto, tanto como si hoy llamáramos a un niño Egipcio o Abisinio. Una sola cosa feliz hubo en la ocurrencia: dar nombre nuevo a este verdadero hombre nuevo. La palabra era solo conocida en la Umbría por un camino llamado Vía Francesca.

El niño sería camino; pero no para los mulos cargados de telas, sino un camino hacia Cristo, tan largo que ha ceñido la tierra.

En el matrimonio, a pesar de la benevolencia relativa del marido hacia la esposa, habrá siempre dos criterios distintos para juzgar las muchas cosas: el del plebeyo desafortado que ha hecho fortuna y manda, y el de la mujer dotada de alma mejor.

En la educación de Francisco el choque fue visible. Pica quería hacer de su hijo un joven letrado que completase la fundación de la casa de la que ya había ganancia suficiente; Pedro lo quiere, por el contrario, continuador de sus viajes, entendido en contadurías con ojo de zorro para negocios escurridizos.

Pica solo dijo su deseo, no luchó con el marido: era la esposa medieval y acababa por aceptar siempre.

Francisco empezó bajo la dirección de los religiosos de San Jorge su instrucción en letras. Fue discípulo estudioso y lleno de entusiasmo por el gran saber. Estaba hecho por su sensibilidad para el amor de las artes. De aquí le vendrá su gusto del provenzal, instrumento mejor para la poesía, en aquel tiempo en que el italiano no recibe aún su cuajadura. Tanto amaba la frase con música, en que el ritmo es elemento divino, que durante toda su vida, a pesar de los ascetismos y batallas entre los hombres, siempre le vendrá a los labios el verso como una leche materna, rezagada en el fondo del pecho. Hay que agradecer a sus maestros esta huella que hará del mayor santo un poeta, poniéndole una nota de humanidad que lo hace como más próximo a nosotros.

Vio el Bernardone el peligro del hijo letrado. Él es el padre de todos los tiempos, engendrador de comerciante o magistrado, según Richepin, lleno de desconfianza hacia el vicio delicado de las letras.

Cortó, pues, Bernardone la educación de su hijo para dedicarlo al comercio. Y fracasó con el fracaso que también es de todos los tiempos; el niño estuvo algunos meses detrás de un mostrador desenvolviendo telas; pero un buen día dejó todo esto por repugnancia y se hizo el mozo de las fiestas que veremos luego.

Tal vez el poeta había librado al necio Bernardone del santo que vendría después y que había de ser más fatal para él que el joven de los serventesios. El choque del hombre fatalmente místico que había en el mozo con la fealdad del comercio, avivó, por exasperación, lo espiritual de su naturaleza. Su segundo vuelo irá muy lejos, y traicionará más todavía la voluntad del mercader; la tensión hará saltar el dardo a la altura del sol.

¿Cómo sería el cuerpo de San Francisco?

Dicen que de fino parecía que pudiera dispersarlo el viento. Echaba poca sombra; la sombra es como una soberbia de las cosas, esa del árbol que pinta el césped o esa de mujer que pasa empañando un instante la fuente. Apenas echaba sombra el Pobrecillo.

Era pequeño. Como cruza un cabrilleo por el agua cruzaba él por los caminos, y más se le sentía la presencia que se le veía la forma.

Ligeros los brazos tanto que los costados no se le sentían caídos; la cabeza como cabezuela de estambre dentro de la flor, tenía una mecedura llena de gracia; las piernas leves por el pasar siempre sobre las hierbas sin doblarlas, y angosto el pecho, aunque fuese tan ancho para el amor (el amor es esencia y no agua que requiera de grandes vasos). Y la espalda... también era estrecha por humildad, para que se pensase en una cruz pequeña, menor que la otra.

Tenía enjutos de arder los costados. La carne de su juventud se había ido junto con los pecados de ella.

Tal vez le crepitaba el cuerpecillo como crepitan de ardor los cactus áridos.

La felicidad humana es una cosa como de gravidez, y no la quiso; el dolor es otra espesura que rinde, y lo huía. Lo ingrátido era ese gozo de las criaturas que quiso llevar siempre.

Solía sentir el mundo ligero como una corola. Y él, posado en sus bordes, no quería pesarle más que la abeja libadora. ¿Quién canta mejor en los valles cuando pasa el viento? Los gruesos oídos dicen que es el río que quiebra copas entre sus cascajos; otros dicen que es una mujer que adelgaza el grito en su garganta de carne.

Pero el que canta mejor es el carricillo vaciado, donde no hay entrañas, donde la voz se enreda, y ese carricillo que se erguía en el valle eras tú, menudo Francisco, el que apenas rayaste el mundo como una sombrita delgada.

Los cabellos de San Francisco eran no más que un viente-cillo en las sienas.

La madre cuaja al niño con todas sus emociones. Le endurece la armazoncilla del cuerpo con su tremenda voluntad de amor; le hace las carnes blandas con su ternura; los cabellos se los hace con ensueños. Cuando la madre de Francisco rezaba, iba jugando con el bello dorado de su cabecita. Así se le hacía la oración más delicada y ligera.

Cuando Francisco fue mozo y las mujeres le amaron, sus cabellos no las tentaban. No eran duros y quemados con esa ensortijadura italiana que se parece a las hierbas más tercas y que está llena de energía. No eran tampoco rojizos para cuajarle una llama en torno del cuello, haciendo como visible el sol rojo de las llanuras italianas. Eran de aquel dorado imperceptible del césped que se seca antes de madurar, y parecían el anuncio de aquella dulzura que ya venía subiéndole a su corazón.

## LOS OJOS

¿Y cómo serían los ojos de San Francisco? Estaban como la hondura de la flor, mojados siempre de ternura.

Habían recogido las suavidades que tienen algunos cielos y su fondo estaba mullido de amor. Le costaba cerrarlos sobre el campo cuando anochece, después de haber besado el mundo con la mirada desde la primera mañana.

A veces le dejaban caminar; se prendían en un remanso o en una rama florida, como el hijo al pecho materno.

Le dolían de tiernos, le dolían de amor.

## LOS LABIOS

Y eran delgados los labios del Pobrecillo; estaban hechos para las palabras ligeras como una exhalación.

Todas las cosas tienen labios; en el surco son espesas, tienen que dar su grosura a los tubérculos y entregar el óleo de la aceituna negra; los labios del mar son numerosos y anchos, y derraman ese gozo salvaje que hace gritar a las gaviotas. Los suyos podían olvidarse porque estaban casi siempre silenciosos.

Su color no era ardiente. Yo los veo con esa sonrosadura que tiene el jazmín en botón.

La sonrisa duraba en ellos hasta en el sueño, una sonrisa distinta de la nuestra, sin la malicia que se esconde como un granillo de mostaza en nuestras comisuras.

Ellos dieron a la tierra el beso más leve que ha recibido. Como no besaron boca de mujer, no conocieron frenesí. Le parecieron pequeños sus labios para besar el mundo, y se puso a cantar canciones. (Las canciones son como muchos labios derramados entre las criaturas). Su sonrisa descubría la gracia de los dientes menudos, más delgados que los nuestros, que exprimen recias carnes.

Y el aliento no conoció el jadeo de la violencia: era como la tremolación, imperceptible de la yerba quieta.

Le labraron a Francisco los labios para la canción con misericordia.

¡Cómo hablaba San Francisco! ¡Quién oyera sus palabras, goteando como un fruto su dulzura! ¡Quién las oyera cuando el aire está lleno de resonancias secas como un cardo muerto!

Esa voz de San Francisco hacía volverse el paisaje sobre él, como un semblante; apresuraba de amor la savia en los árboles y hacía aflojarse de dulzura su abullonado a la rosa.

Era un acento quedo, como el que tiene el agua cuando corre bajo la arenita menuda. Y cantaba sus canciones con ese acento amortiguado por la humildad. (Cantar es tener un estremecimiento más que una palabra en la voz).

El hablar de San Francisco se deslizaba invisible por los oídos de los hombres. Y se hacía en sus entrañas un puñado de flores suavísimas. Y ellos no entendían aquella suavidad extraña que les hacía. Ignoran que las palabras son guirnaldas invisibles que se descuelgan hacia las entrañas.

Haña era mayor que el de las manos este milagro de la voz. Francisco tocaba a veces el pecho de los leprosos: les hablaba con sus manos cogidas, y el aliento era el verdadero aceite que resbalaba aliviando la llaga.

Y se hizo Francisco boca de canciones, para ser boca de sumo amor. No quiso buscar al Señor con gemidos en la sombra como Pascal. Lo buscó en el sentido de sus canciones gozosas, semejantes al latido vivo de polvo dorado que hay en un rayo de sol.

¿Cuál es la mayor dulzura que has alcanzado allá abajo?, solían preguntar los ángeles al Señor. Y el Señor les respondía: No son los panales que se vencen; son los labios que están siempre bien henchidos de mi siervo Francisco, cantador.

¿Y sus manos?

Yo he solido encontrarlas en el reverso de una hoja que tiene vello ceniciento y afelpado.

El sayal del santo era seco y áspero; su barba era como el sayal: la mejilla estaba un poco despellejada del sol de Asís; mas como era áspero y gris su sayal, él tenía siempre la mano extendida hacia aquellas criaturas en que la remembranza divina se vuelve suavidad.

Se quedaban en las hierbas mucho tiempo, gozaban bien al lirio, de la base hasta la torcedura del pétalo; se dormían sobre los corderillos por el deleite del tacto.

Pero siendo manos de varón de humildad que andaban metidas en las durezas de la vida y que no conocían óleos, siendo el dorso grueso, la palma era fina y sentidora. Al dar la mano, esta palma sorprendería. Aun cuando cayeran en la hora del descanso, se le quedaban esponjadas como si estuvieran siempre guardando una flor o un copo de lana.

En las llagas de los leprosos, aquellas manos eran menos que un vientecillo de livianas.

Cómo le cuesta a la naturaleza amasar tales manos para la misericordia. Después de las de Jesús, se demoró mil trescientos años en tejerlas. Con más facilidad hace la curva ancha de la frente para los pensamientos numerosos.

Cuando el dolor extiende ya como una red las vísceras padecedoras de los hombres, la tierra se pone a hacer otra vez estas manos.

Y yo suelo, entre las multitudes, buscarlas. Porque la hora, como red de pescador, gotea de sangre, y ya es tiempo de que vuelvan a asomar aquellas manos a las puertas de nuestras pobres casas.

## LOS PIES

Los caminos se acuerdan de ellos todavía como se acuerda la frente de una caricia.

Porque San Francisco iba siempre de camino. El dolor de los hombres, pensaba, está esparcido por el mundo y hay que ir buscándolo.

Los pies del pobrecillo eran nerviosos y estaban vivos como esas hierbas que por un toque de luz en el ápice, parecen moverse sin viento. Por el color se parecían a aquellas hojas del álamo que el otoño hace transparentes y sonrosa en las puntas, y por lo ágiles eran como si también tuviesen pecíolos como una hoja.

Solo cuando caminaba por las ciudades llevaba un pedacito de sandalia bajo las plantas; si atravesaba el campo, iban desnudas, besando esta tierra que es también el rostro de Dios.

Al llegar a un arroyo, los abandonaba en el agua, que cantaba en sus dedos como en las guijas. Después se secaban al sol y este calor tierno se los hacía sentir como pajarillos.

Amaba sus uñas, que son como el esmaltillo de la carne y las cortaba con esa gracia con que iba despuntando el extremo seco de los rosales.

Iban en sus pies los olores de las hierbas y por ellos se conocía qué caminos italianos habrían atravesado, campos de hierbas buenas o de cebadas.

Las hierbas solían gemir en las tardes dulcísimas por su recuerdo: ¿por dónde andará ahora el Pobrecillo? Solo él atraviesa sin doblarnos.

Y es que pensaba que la excelencia de las manos está en que toquen sin tocar, como el aliento, y la de las plantas en que resbalen sobre el mundo. Y pensaba también que el dueño de la tierra no la huella, y que nosotros le hundimos demasiado sus céspedes. Y así iba él por el tapiz de este mundo, como si fuese prestado y precioso.

Acariciando sus pies enjutos, tal vez les decía: esos son los servidores menuditos del alma; se los dio mi Señor y la llevan con diligencia hacia donde la está llamando la misericordia.

## LOS SENTIDOS

Francisco, dicen tus hermanos que los cinco sentidos son vasos de impureza. Querrían rompérselos.

Los ojos —dicen— se bajan a libar las cosas, y las liban tan próximas a ellas, que les dan un frenesí.

El olfato es demoníaco: nos hace esquivar la casa de los leprosos cuando pasamos por el camino. Y el tacto es una rosa que nos vuelve después ingratos el sayal sobre los costados.

No les creas, hija mía.

El gusto transporta para los groseros el cielo a una mesa alta de frutos.

El oído —terminan— les vuelve odiosos a sus hermanos la voz áspera.

Se equivocan, hija mía. Como a borreguitos blancos, yo hago a mis sentidos pacer con obediencia. Yo llevo mis corderos por las hierbas olorosas una mañana y cuando se me van, golosos, hacia otras manchas de trébol, los hago volver y los pongo sobre un camino duro. Me gimen unos instantes, después se apagan sus balidos.

Tus ojos son hermosos, hija mía. Te los hizo Dios tan finos en los párpados como la membranilla que separa los dientes de la granada. Son tan niños, que gozan con las pintaduras de la hoja de la vid. Te están regalando a cada instante sorbos de alegría. Dios quiso que mirases su tierra coloreada. ¿Cómo vas a vaciártelos?

Tus oídos se te llenan de ruidos y silencios matizados, como los que pueblan a los caracolillos de las playas. Déjalos jugar con músicas, con las palabritas de la tierra, que nunca quiere estarse muda, y con los cuchicheos jugueteros del aire. Tú, hija, eres un vaso; no te rehúses al juego de los sonidos. ¿Por qué habías de romperte tus oídos?

Los sentidos andan jugando en el mundo como la luz juega en los árboles. Conocen las cosas y salen de ellas puros.

Cuando niño jugabas con los cometas de papel. ¡Ay, cómo la encumbrabas para sentir el cielo! Subía la cometa hasta muy alto y era siempre tuya por el hilito blanco con que la movías. ¡Cómo la elevabas bien hondo en el cielo! Parecía un pájaro y se dormía en el viento. Pero tenía el temblor del pulso tuyo; y era tuya, ¡tuya! Pulsabas con ella el cielo alegremente. Cuando bajaba a tus manos, te parecía venir misteriosa y como más bella.

Así andan ellos, tus sentidos, jugueteros como las cometas, y tocan lo divino de la tierra y tiemblan, y vuelven hacia ti como bañados por la gracia del mundo.

Yo cuidaba mis sentidos —cúdalos tú también— de que me quedasen prendidos en el mundo como una fea cometa hecha pedazos.

¿Por qué hiciste tu sayal de ese color de castaña, Francisco? Tal vez te lo dieron las espigas quemadas. Ellas disimulan la harina blanquísima que las hincha. Así tú disimulas la santidad.

Pero creo yo mejor que tú te enamoraste de ese matiz por el color de la corteza de los frutos, deseaste para tu sayal este mismo color humilde que hay en la cascarilla de los hermanos frutos.

O tal vez lo elegiste por ser el color de la tierra, desnuda, el más desdeñado; pero que es bueno para el servicio cotidiano.

No te gustaba que lo tejieran con espesura. Querías sentirlo como la pajuela colandera de trigo. Y lo querías también permeable para que el hermano viento entrara a jugar con tu cuerpo y no te separase mucho de la luz.

¡Tan remendado que lo tenías, Francisco! Andabas sacando siempre de él hebritas para liar las cosas heridas que encontrabas. Y también cuando los matorrales no te conocían, te arrancaban jirones.

Tenerlo entero te parecía una forma de soberbia. Y hasta quisiste que te lo dieran ya usado, con el feo sudor de los otros cuerpos, con la estameña blanquecina en los codos y en las rodillas.

A veces te lo hicieron con los restos de otros sayales. Querías sentir que como llevabas prestado de Dios el cuerpo, llevabas prestada de los hombres la vestidura.

Si tú lo hubieses echado sobre la hiena, hermana del lobo de Gubbio, en el cubil se habría quedado como adormecida al sentirlo, tibio, sobre su lomo.

## EL CORDÓN

El cordón de tu sayal, Francisco, es el brazo del Señor que va de tu costado a su costado. Y como el cordoncillo representa ese abrazo, quisiste que fuera claro, de color alegre, y que se pintara bien sobre el sayal. Puesto en la mitad de tu cuerpo, lo sientes en todo él: en los pies como en la frente, y sobre la lengua te bate el acento. A veces lo olvidas, pero al inclinarte a levantar una piedra lo sientes y te acuerdas.

Sin el cordón el viento jugaría con tu sayal libremente y tú te sentirías entregado a esa risa de la tierra; por el cordoncillo, el sayal no se bate entero y entonces tú te acuerdas. No te ciñe demasiado: deja correr con gozo la sangre que riega tu cuerpo; deja que puedas cargar el asno de la limosna y doblarte a lavar a los leprosos.

Es gracioso el cordoncillo blanco. Se parece a los anillos claros que tienen los gusanos. Se parece a algunas pintas de las flores, que también sean una señal que les puso el Señor para reconocerlas.

Todos llevamos alguna ceñidura, Francisco. En unos el cordoncillo es rojo, y se llama sensualidad, y quema; en otros, el cordoncillo es la codicia y oprime demasiado los riñones. Otros llevan un cingulo ligero de canciones.

Poco a poco yo me voy haciendo un cintillo semejante en torno mío. Eres tú la ceñidura que va cuajando con lentitud. Todavía no es perfecta. Ayúdame a cerrarla con tu mano hábil en ataduras. Y hazle un nudo firme porque siento que todavía me derramo fuera de él. Yo quiero que acabe pronto de cuajarse en torno de mi vida, su círculo blanco.

Enfermó Francisco y le preguntaron cómo había tratado su cuerpo, él que repartió caricias sobre todas las cosas. Entonces confesó que no se había portado muy bien con el hermano asno, y le pidió perdón sonriendo.

¿Sí, Pobrecillo! Toda la materia derramada en la luz te conoció la ternura, menos ese tu cuerpo tan apegadito a ti, dentro del cual sonaba como dentro de un junquillo tu aliento.

Desde que dejaste tu casa, donde tuvo púrpura y saboreó manjares, comenzó tu desprecio: hasta le guardabas un poco de rencor porque había gozado mucho.

No le diste a tu sien, delicadísima, una almohadita del vellón del cordero que se esponjaba para ti también; no le tendías en un colchón blando, donde no se sintiera las coyunturas descarnadas; no le regalaste con los buenos aceites de la tierra; y si le dabas algunas veces frutas, buscabas las menos sensuales, las menos deleitosas. Te gemía de fatiga y no le querías oír; pasabas de largo por la sombra de los huertos. Con el pretexto de tu amor por el hermano sol, hiciste que lo quemara, como a la vaina de la arvejita.

La humedad de la gruta no le era grata, y lo dejabas en ella como en una piscina de penitencia. Hasta lo oprimiste con cilicios inútilmente; tu carne delgada ya había dejado caer los instintos, muertos.

Fuiste para él como un padraastro para su hijito tierno. Tanto velabas, de miedo a que te tendiese una celada, que

lo aborreciste. Fue una ingratitud. Solo le concedías dejarse trepar por la saetita de un canto de pájaro.

Y fue mucha dureza, Francisco: por él pudiste andar como encantado, bajo el velo inefable de la luz, y sentir al hermano viento palmoarte.

Tú dices que te enmendarás; pero él va a doblarse para siempre, y así la cosa que Dios te puso más cerca fue la única que no te derritió de ternura y que no quisiste amar.

Tu vida nunca empieza en una convalecencia, Francisco. Una enfermedad es una muda de tu alma y te hace caer el pasado como una corteza seca.

Yo recuerdo, leyendo esta noticia a que tu biógrafo da poca importancia, que es fino estado de alma el del convaleciente. ¡Y muy rico de ternura!

La sangre se ha desprendido de su grosura, y se parece más a una brisa que fuese por las venas. Está el alma fácil para el vuelo como las hojas de largo pecíolo que se mecen mejor en el aire. El alma es más aguda presencia y la carne se deja olvidar.

Los ojos, Francisco, se han ensanchado; la frente se pone como más espaciosa y más blanca. Somos tan delicados que oímos el caer de una rosa; estamos tan enternecidos que un perfume insignificante nos embriaga como un montón de espesas gardenias.

Con la fuerza se nos ha ido la crueldad, Francisco. No somos bruscos; reímos y lloramos con una finura muy exquisita en el extremo de los labios. Somos un poco angélicos, menos hombres y por eso muy dulces.

## EL ELOGIO

Francisco, no querías alabar a los hombres porque es Uno solo el dueño de toda alabanza... A las cosas sí las alabas; ellas no se engríen. ¿Cuándo el lirio tiene un estremecimiento si se dice su blancura? Nosotros sí... El elogio nos hace un grato cosquilleo en los oídos; el pecho se nos hincha feamente.

Mucho alabamos nosotros, en cambio, tanto que parecemos cambiadores de cuentas de colores, trocando alabanza por alabanza... Por eso andamos lentos en la perfección. Si el lirio a cada pétalo que echa espera el elogio, tardaría en echar el otro pétalo; si el agua cantarina aguardase que la oyesen se quedaría parada en la vertiente.

Cuando nos hacemos una mancha de impureza, la ocultamos con ademán rápido, pero en cuanto nos nace una puntita de virtud la levantamos, esperando la sonrisa del que pasa.

En vez del hambre nuestra de alabanzas, tú tenías un hambre de humillaciones que llegaba a parecer frenesí, mi Pobrecillo. Si un día te amanecía el alma luminosa como una pradera con rocío, llamabas atribulado a un fraile menor y le pedías que te humillase diciéndote una letanía de miserias que eran mentiras.

Tú, Francisco, por humildad también, no quisiste nunca pensar como los hermanos de tu fe que Dios hizo a las criaturas: corderos, vacas, venados para el servicio y gloria del hombre. Las criaturas nacieron para sí mismas, y por eso tú las llamabas hermanas. Nosotros decimos hasta

en nuestras oraciones, que las estrellas del cielo alumbran para nuestros pobres ojos de gusanillos.

Somos débiles, Francisco, como la caña que necesita del viento para oírse. Tú, el pequeño Francisco, eras fuerte, porque no necesitabas al cantar oír tu canto rodando por los cerros en un collar de ecos.

## EL LIRIO

Un lirio, dirías tú, mirándolo abrirse, es el semblante de Cristo, o mejor, su mejilla puesta en el viento. Es tan perfecto como si estuviese hecho para la eternidad, y dura lo que una palabra en el viento. Me está enseñando, el hermano lirio, que debo ser perfecto en mis pequeñas acciones, en esas menudillas acciones que yo suelo desdeñar.

Se halla siempre tembloroso. En el aire van pasando los suspiros de los afligidos y lo tocan sobre los pétalos. Y está tembloroso también porque es mirado del Señor y él siente la mirada. Nosotros no la sentimos y por eso estamos duros y erguidos.

El hermano lirio es blanco no por soberbio, sino para muestra de blancura. Sin él, y sin la nieve que suele bajar tardíamente, los ojos se olvidarán de ella.

Está callado, y así están todas las cosas; siguen escuchando desde el primer día de la creación. Nosotros, pobrecillos, dejamos de oír el murmullo del que nos hizo, porque nos embriagamos escuchando nuestra propia algarabía. Y esta ha endurecido nuestros oídos.

La divina lección es tan sencilla que nos hubiese venido solo del lirio de las colinas, si no se hubiesen puesto otros a derramar su mentira numerosa; estar en silencio, sentir el dolor que pasa en el viento y tejerse la blancura lentamente del corazón hacia los pétalos.

Y el hermoso lirio sirve, aunque no lo creas; tiene suspenso el rocío que así no cae en la tierra. Como una mano

lo tiene suspenso. Y hay muchas criaturas que solo existen para tener una cosa suspendida. De este modo, Francisco sostiene las livianas palabras del Señor sobre la lengua.

LA ESPADAÑA DEL LIRIO

¿Qué soy fea? Soy la espadaña del lirio. Él es mi pensamiento esponjado y puro. Nace de mí, lo pongo en la luz y yo caigo manchándome hacia la tierra.

Si me irguiese como él, le robaría la línea perfecta del tallo. Abrigo y guardo su base, y después de mirarme a mí, lo hallan a él más hermoso.

Todos los que crean son como las espadañas cenicientas. No importa. Que exista en la luz, límpido y claro, el lirio.

Una abeja se ha entrado en un lirio. Se sacudieron un poco los pétalos y ella penetró en la corola. Hace un pequeño rumor y el lirio se mece —la flor estaba llena de miel—, y con el peso del polen abundante en el pistilo la abeja sale con las alas manchadas y las patitas goteantes. El lirio se queda después íntegro y sereno.

Yo quiero, Francisco, pasar así por las cosas, sin doblarles un pétalo. Que quede solo un rumor dentro de ellas y la suavísima remembranza de que me tuvieron.

Francisco se paraba delante de una planta y después de acariciarle las flores, iba tocando en el tronco y las ramillas un nudo negro, una cicatriz leprosa.

Y cuando encontraba una rama rota, se cortaba un pedacito del sayal para cubrirle la herida y que no se desangrara.

Un día halló en el rosal preferido una rosa que no podía abrirse. Le había caído escarcha y estaba con dos pétalos en alto, como dos alitas abiertas; las demás se habían endurecido.

Pobrecilla, le dijo San Francisco. El hermano sol no te calienta lo bastante; pero tú no puedes perder la alegría de abrirte, que es toda la dicha de una rosa.

De mucho beber al hermano sol con el pecho, llevo este muy tibio, hermana rosa. Acuéstate aquí y veamos si se afloja el botoncillo duro.

Francisco tiene toda una siesta la rosa sobre sí. Ella va soltando los pétalos uno a uno. Teniendo doblada la cabeza sobre la flor, le escucha el pequeño ruido con que se hincha en el centro de cada pétalo y salta. Le ve ir mudando el blanco verdoso por el blanco blanco.

Así aprende Francisco que cuando el último pétalo va a soltarse, se oye el canto de la flor, la palabra de la plenitud. Es tan suave esa palabra que hay que oírla parando los pulsos. Es la alabanza de la rosa. Un momento después el pétalo más maduro de abajo cae hacia un lado, y ha pasado el instante inefable.

La rosa redondeó su círculo y Francisco dio un suspiro gozoso.

La corola lo miraba con el ojo dorado de sus estambres  
amasados, y ese día él compuso un canto sobre la alegría  
de abrirse, de una rosa.

## LA ORACIÓN

¿Cómo rezaría San Francisco? ¿Dejaría que la confianza del Amigo manase como un venero y le fuera susurrando la conversación sin palabras en las cimbras del alma?

Si Santa Teresa nos ha dado por imagen de la oración, la profunda noria, de la cual se hacen subir los cántaros colmados, tú solo nos diste el ejemplo de tu oración vuelta letanía al compás del corazón enamorado:

*Señor mío y Dios mío*, decías, enlazando a la plegaria el respiro de todas las criaturas que duermen fiadas a nuestro Padre que jamás duerme.

*Señor mío y Dios mío*, en diástole y sístole, a través de la aurícula de la noche italiana, herida por los cipreses como Israel por las lanzas de César.

*Señor mío y Dios mío*, al mismo ritmo que la savia de los olivos que se doblan de óleo acumulado y ya ungen sus raíces.

*Señor mío y Dios mío*, mientras las mujeres dan a luz y el dolor se les vuelve gozo al escuchar el vagido, que vetea los mármoles de Carrara.

*Señor mío y Dios mío*, mientras aceza cada vez más suave y sereno el anciano que se está muriendo y a cuya cabecera lo ayudas con su ángel custodio.

*Señor mío y Dios mío*, en tanto que al poeta le mana la estrofa agravada por el silencio del pozo y cortada por un aerolito que le cae a la boca cuando va a quejarse.

*Señor mío y Dios mío*, al unísono de las olas de todos los mares que están volteando su salmuera como el adúltero que se denuncia ante su compañera.

Igual que Cristo, igual, se retiraba San Francisco a orar lejos de los hombres, porque tenía hambre de silencio, sed de soledad, pasión de obediencia y quería amarrar la voluntad y deponer el entendimiento, igual que la cascada mártir que se deja caer en brazos de quien la hace nube de espuma y luego la alza a través del arco iris.

Tutelado por una capilla de matorrales en el ápice de un monte, mientras Fray León y San Rufino celaban la comunidad, al fin podía San Francisco olvidarse de puertas sin cerrojo, que cualquier hermano entreabría buscando ayuda, y desentenderse también de campana remecida por algún caballero que solicitaba consejo para su alma.

Otros darían auxilio en su nombre, otros resolverían los agravios que eran llevados al convento, pues eran muchos los que habían sido afranciscanados por su ejemplo de cada día y de tantas veces al día.

Bien podía pasar el báculo a otros mayores y dejarse pastorear a lo divino. Oveja frágil pero valiente, lamiendo el cuello del Buen Pastor que la acarrea: *Señor mío y Dios mío. Señor mío y Dios mío.*

Tú, Francisco, tenías don de selección y don de elogio. Tú amaste aquellas cosas que son las mejores; caminando por la tierra todo lo conociste, pero elegías las criaturas más bellas. Y además del don del largo amor, que es el más rico de cuanto podemos recibir, te fue dada la gracia de saber nombrarlas donosamente.

Amaste el agua como Teresa, tu muy sutil hermana, el sol y el fuego, y el pardo surco de la tierra. Tres bellezas diferentes que solo son hermanas por ser cada una perfecta.

El agua es mística como el cristal; se hace olvidar en la fuente clara, y las guijas y las vegetaciones del fondo miran el cielo, las nubes y la mujer que pasa a través de la humildísima que se vuelve inexistente. El agua es una especie de San Francisco del mundo: es su alegría y su levedad. Hace la loquilla una garganta de piedra que se rompe y se pone a cantar en ella; es ágil, tiene esa virtud que es elegancia en la pesada materia. Y en su delgadez, va más viva que los animales toscos. Donde cobra reposo se hace mirada, una profunda mirada.

Al sol lo gozaste bien por tu angostito cuerpo. Te traspa-saba como a las hojas delgadas. Lo hallabas muy tierno después de la larga humedad de la gruta; era un poco excesivo, pero con el exceso del vino generoso; en tus jornadas largas por los pueblos de la Umbría, te parecía salutífero, secando las llagas descubiertas de los leprosos y muy niño cuando hace en el agua lentejitas de oro.

Te gustaba sentir el fuego encendido lo mismo que el de tu pecho. Las pequeñas llamas triscadoras te parecían niños saltando en una ronda de frenesí.

Y como a pocos amantes te fue dado el saber nombrar, de precioso nombre, a las criaturas. Tu adjetivo es maravilloso, Francisco; llamas robusto al fuego; humilde y casta al agua.

Las criaturas te amaban no solo por tu santidad, Francisco, sino porque gustan del que las nombra justamente, sin abundancia de mimos, pero sin mezquindad.

Hábil tú para muchas cosas; para acomodar a un llagado en un banquito, sin que sintiese su pobreza y para decirle a las cosas lo que son, dándoles alegría con la palabra bien ajustada.

Otros santos no eran así, Francisco; descuidaban o desdaban su lenguaje con sus hermanos inferiores, cuidando solo el del Señor. También era esto parte de tu elegancia, de tu gayo espíritu. Ni conversando con los surcos del campo te pudieron ver burdo, mi Pobrecillo.

Has de enseñarme esto también, Francisco, que es otra forma profunda de dulzura.

Francisco, yo suelo encontrarte acurrucadito en un matorral de salvia... Unos ojitos ardientes brillan en el fondo y las ramas altas se mueven por el escondido. Entonces junto con dulzura las ramas, y sigo.

A veces rompiendo las castañas del color de tu sayal, me parece que saltas alegre en una pirueta. Estabas prisionero en el fruto para que te meciera el viento. Da una rama, Francisco, una mecedura tan suave como la del cielo.

Tú, jugando, Francisco, has hecho esta dedada de miel de los caminos y por eso el caminar tiene como un encantamiento.

Las piedrecillas pintadas las pintas tú. Y estas conchas de mar, café como tus vestidos, con pintas blancas, eres tú mismo jaspeado de lo divino.

¿Y qué mano sino la tuya ha podido dar vueltas y vueltas a estos caracoles de mar jugando con tu dedito adentro?

Y esta corola de flor con tubito largo, ¿no la habrás estirado soplando como un niño desde el cáliz?

¿Y no le habrás pintado tú el caparazón a la tortuga? Lo tenía de color de cera vieja y se lo veteaste de venas oscuras.

Y cuando la laguna se riza sin viento, ¿no vas tú pasando con tu sayal largo sobre ella? Las embarcaciones en la orilla se juntan, chocándose como si se lo contaran.

Y los musgos, Francisco, tú los cuajas tocando con tu pecho las piedras. Los troncos se ponen tiernos y crían esa lana verde y ceñida, donde duerme el rocío.

Francisco, una doctrina herética cuenta de millones de geniecillos. Se les encomienda, por pacientes, labrar las cosas finas de la creación.

Yo creería de buena gana que tú existes desde el comienzo de la tierra, Francisco, y que has hecho los cristales, los dientecitos del granizo y las pintaduras del lirio atigrado.

Tú habrías sido como el jefe de las inmensas jerarquías de gnomos artesanos. Cogerías un pájaro y delante de ellos le irías dibujando las alas con un toque rápido de los dedos. Treparías con los geniecillos los árboles y les enseñarías arriba a pintar de claro el extremo de la copa que se funde con la luz. El árbol, así, parece debajo una luz más densa.

Te sentarías con ellos bajo los pinos a hacer el modelo de la cápsula que es una catedral diminuta y sombría.

Has partido con ellos las rocas en arenitas de oro y has hecho suaves las playas del mundo.

Todos los gnomos creadores aprendieron de ti.

Así se explica tu amor de las cosas cuando anduviste en carne humana: eran tus hijitas; habías decorado el mundo como una laca cien mil años antes. Y te acordabas.

## EL VASO

Tú estabas, Francisco, haciendo un vaso con un pedacito de leño. Habías mirado tanto las formas de las flores y el mundo, que también es una copa; ibas haciendo el vaso con mucha hermosura.

¡Qué dedos tan ágiles los tuyos, frailecillo, y qué corte tan espontáneo sobre la madera fresca! Pero era la hora de los rezos y la embriaguez de la faena feliz te hizo seguir labrando a la par que rezabas, y la oración te caía un poco descuidada de los labios, mi Pobrecillo.

El vaso te sorbía la mirada; la mano se te pegaba con ardor al cuenco que iba haciéndose más y más hermoso. Entonces, al llegar a una palabra grande del salmo, fue como que despertaras. Te diste cuenta de que tu voz era desflocada y tibia en la alabanza. Sentiste que el demonio estaba haciéndote guiños desde tu propia obra, tentándote con la belleza, que es la tremenda tentación, y arrojaste tu vaso en la llama próxima.

¡Qué hermoso hubiera sido conservar las huellas de tus dedos en ese leño, donde tal vez tallaste una hoja de lirio o de acacia! Los que hemos venido después amándote siglo tras siglo habríamos bebido el agua de las vertientes de Asís en ese cuenco que le habría puesto como el sabor de tu mismo corazón.

Era un vaso ligero hecho en una rama no más, y lo alcanzaríamos como a tu cuerpo. Estaría pulido y abrillantado de nuestros besos innumerables. Los talladores tuvieran su patrono: Francisco el Tallador. Y los que no saben ver la

gracia de tus himnos la habrían visto cuajada en el costado de este vaso. Pero lo echaste al fuego, Pobrecillo, porque tuviste miedo de que se apoderara de tu alma el demonio de la belleza.

Hiciste bien, Francisco, porque el Señor te había puesto a hinchar solamente el vaso de tu plegaria que era perfecto, y en ese vaso se debían bañar de gracia millones de almas.

Hiciste bien en hacerlo desaparecer rápidamente de tus ojos. La belleza de la obra, Francisco, coge como un pulpo a su creador, lo aprieta enamoradamente a su copa o a su verso. Y los hombres tienen muchos vasos que poner a su mesa, pero el Señor está sin alabanzas cuando sube la mañana o baja la noche.

El Señor tenía dos escabeles, Francisco: uno era la tierra y otro el corazón de los hombres. Sus pies descansaban con gozo sobre los dos escabeles, inocentes y lavados de gracia.

Cuando los hombres eran nuevos se exprimían bajo la presión de aquellos pies, como se exprimen los frutos.

Pecaban, pero su pecado tenía menos malicia que el nuestro y el temor de Dios los mantenía como a la hierba temblorosos y claros en el ápice. Pecaban como los ciervos y los cabritillos vivaces. Se ponían como los surcos densos de instinto; pero como los surcos eran siempre blandos en las manos de Dios. Contándole tenían grandes acentos.

Y este escabel se rompió, Francisco. Los hombres inventaron la libertad, para no ser escabeles. Su sensualidad se hizo una lascivia arrugada y triste. Si se los oprime, no revientan en una sangre como la granada: rezuman un humor impuro. Y cuando odian o tienen violencia, no rugen, dan chillidos miserables.

Dios ha retirado su pie blanco de este escabel. Mas el otro sigue puesto sobre la tierra todavía. Así, ella florece en la primavera, fluye la nieve lacerada del sol y las bestiecitas abren violentas los matorrales.

Lo que tú amabas y lo que yo amo son estas cosas que están todavía oprimidas por su huella.

Son el aire, fresco como guirnalda mojada en la frente; son los frutos, tan llenos de donosura, pintados de todos colo-

res, que si se abren, están intactos y maravillosos; y si se secan cerrados, dejan una pasta quemada llena de bondad; son los buenos pastos, que se doran como un vello sobre la cabecita niña de la tierra; son los animalitos libres, que corren tan ágiles como el agua, y que miran con unos ojos llenos de divino miedo.

## L A R E D

Esta es una red de pescador. Es dorada, y caída en el suelo parece una gruesa enmieladura que gotea, mojando la arena. El pescador la coge, entra en la barca y se aleja un poco, la go adentro.

Ahora la alza, dándole impulso como de vuelo; ahora la deja caer. Baja hasta la hondura en silencio. Mientras la barca cabecea, ella se está dormida en el fondo. Después, como un sueño, la veo subir cargada y siente su peso, que se marca en los músculos del brazo del pescador.

Así era tu palabra, Francisco, dorada como la red, sin brillo indiscreto. Así, con este silencio, se hundía en las almas y a veces parecía muerta en su fondo. Y después de unos días de haberte escuchado los hombres, volvían temblorosos a quedarse contigo para siempre.

Entonces se veía el peso de tu red en la sonrisa tuya, Pescador.

Como esta, ahora abierta en la playa y llena de costaditos palpitantes, tu red cogía almas coloreadas, grises y violetas, insignificantes y espléndidas.

## LUNITA NUEVA

Está sobre el cielo, mirándote la luna nueva, tan leve como un aliento. Dura todavía el crepúsculo que fue suntuoso. Se demoran en las lomas los tapices magistrales de la tarde; pero en la esplendidez del crepúsculo la lunita nueva es una gota de dulzura, y yo pongo mis ojos en ella y le sonrío.

Así, Francisco, en el cielo del Señor hay santos magníficos como Pablo, rico de pasión, y como Agustín, rico como un crepúsculo de oros, y otros que forman un ocaso grande y violento.

Mas mis ojos se han posado y se quieren quedar, en ti, lunita nueva, tan delgada como un cabello de oro extraviado entre los arreboles. Y mi alma vagabunda queda atada por tu lazo que no duele.

Tú, que alcanzaste la alegría durable, Francisco, enséñame. Mi alma se parece al olivo, que entero está alegre y brillante, y cuando un vientecillo le vuelca las hojas, se queda con color de ceniza.

Aprende a perder, dice Francisco.

Enséñame la fácil alegría que baja solo con mirar el cielo abierto, la alegría que nada cuesta porque va pasando en el viento; alegría de ver amanecer, mirando cómo crece la rosa de la mañana en unos instantes de silencio sobre la colina, mirando cómo la crudeza del mediodía va suavizándose hasta tener las violetas tan tiernas de la tarde y como la noche se va espesando en una felpa profunda hasta ser densa, densa.

Eso no es todo. Aprende a perder, dice Francisco.

Enséñame, repito como embriagada, la ingenua alegría, la que viene de sentir el agua correr entre los dedos, con la mano sumida en el arroyo, la que revienta en una risa fresca porque se posa en nuestros pies una mariposa tan pintada que alucina.

No basta, aprende a perder, dice Francisco.

Enséñame, continúo todavía, aquella durable alegría que viene de que no nos canse la belleza grande y que no nos conmueva la pequeña. Yo quiero que el rostro que amo no me fatigue, que el libro que leo no se me haga costumbre. Y hazme hallar hermosura en los menudos objetos que me

ordenan: la taza clara como un lirio donde bebo mi leche, esta maceta de hojitas tiernas que crece junto con mi día, esta lámpara tan viva que me alumbrá.

No basta tampoco eso, aprende a perder, dice Francisco.

Y sigue diciéndome: aprende a perder tu lecho blando sin que te duela el costado sobre el tosco jergón. Aprende a perder la sombra humanizada de tu corredor y que no te duela salir a la noche desnuda. Aprende a perder los rostros que te rodean amantes y por los cuales vendrá a llamar la muerte, para deshacer las líneas en que se hacía visible su ternura. Aprende a perder todas las suavidades de la vida y hasta la de Dios, cuyo servicio se te volverá de repente áspero como las limas. Aprende a perder tu propia sangre, y consiente con alegría que se haga pus en tus llagas; a perder tu sano aliento y el latido justo de tu corazón, que se va a retardar o enloquecer, y el color quemado de tus cabellos, cuando baje la ceniza innumerable de la muerte.

Y cuando ya sepas perder, habrás conseguido la durable alegría, y entonces no mudará el color de tu alma como el follaje del olivo que voltea el viento.

¡Ay, Pobrecillo! Todavía no sé perder; me parece que me roban en cada despojo y se levanta mi brazo lleno de ira para recuperar. ¡No sé perder! ¡No sé perder!

## LA HIERBA

Está temblando de su asombro de vivir. Mira el gran árbol y la nube desplegada que están sobre ella, y se maravilla de vivir.

Es menos que una hierba, un aliento de la tierra. Pero está viva. De pequeña, no se puede palpar a sí misma. Yo me pongo a alabarla en estas palabras, con la mejilla en su borde, para que sepa que existe.

Tiene un amor: el rocío; permanece las horas nocturnas sobre ella y se alza evaporado a la mañana, sin que ella pueda ya verlo. Entonces cree que ha sido un sueño el rocío y que es sueño ella misma, que no echa sombra. Vuelve a caer el rocío, vuelve a creer, y vuelve a evaporarse.

Está callada de pura humildad. Y, sin embargo, es la dueña de toda la llanura. Su cuajadura dorada muda de color de trecho en trecho, pero sigue y sigue, hasta tan lejos.

El maizal se alzó cuarenta días, verde y alto. Ya va a ser arrancado y pondrán sobre el campo trigo o surcos de coles moradas. Ella queda.

Francisco iba por el camino de la leprosería, camino que le había sido odioso como a todos por la presencia de la inmundicia que no podía olvidarse pasando. Cada vez que el joven del birrete de terciopelo, el antiguo Francisco, enfrentaba la casa maldita, se subía la capa hasta los ojos para no aspirar la ola de fetidez que venía en el viento. Tenía más derechos que los otros a esta repugnancia: era joven y hermoso, y hay en la juventud el gesto rápido de apartar la muerte y la inmundicia.

Pero en el mismo momento, como un relámpago blanco, le alumbraron la mente las palabras recientes que había escuchado en la gruta.

Si haces las cosas que hasta ahora te han espantado, se te trocarán en una inmensa alegría y una gran suavidad.

Un leproso estaba en la puerta, mirando hacia el camino. Francisco se desmonta, va derechamente hacia él y le pone en la mano desmoronada, que tiene la brasa blanca, su limosna abundante. Se quedó después parado delante de él. Sí, el Francisco de ayer, de bolsa derramada, podía hacer solamente eso, pero el nuevo, que había nacido en la gruta por segunda vez, tenía que ir más allá. Sí, ahora había que hacer más, se dobló y temblando besó sus dedos. Siguió su camino, medio absorto, sentía que una libertad nueva hacía ágil su cuerpo y una suavidad inmensa, la leche invisible de la caridad, le bañaba el corazón.

Pero al día siguiente vino por el mismo camino, como quien ha dejado una faena a medias y vuelve a acabarla.

Entra a la leprosería, y al llegar a su patio, la muchedumbre de los leprosos, alborotada por un extraño, lo rodea como una pesadilla. Le hablan, haciendo más visibles sus bocas incompletas, mueven los brazos como para exhalar mejor su corrupción; se acercan, le tocan, por su ansia de palpar algo que no sea ellos mismos, de sentir en otro brazo la solidez de la carne; y allí está Francisco, en medio de ellos fijo como si sus pies en un momento hubiesen echado raíces viviendo el tremendo minuto de Dios, y con los ojos enormes de asombro porque toda imaginación ha sido superada en el mal ilimitado verdaderamente infinito. Entra el mal por todos sus sentidos, lo ve, lo aspira, lo toca, y hay un momento en que la fetidez lo hace volverse; porque siente un desmayo. Pero se recobra, se afirma para seguir mirando, entrega sus sentidos otra vez para acabar la prueba sin nombre.

Saca su bolsa y se pone a repartir su dinero. La avidez de los que recibían debió hacerle más fantástico el cuadro. Ninguna cosa allega sus monedas a los que casi no tienen cuerpo. ¿Qué complacencia pondrán en sustentarse, si el alimento solo alimenta el monstruo extendido de la cabeza a los pies, renovando la carne como renueva la hoja la morera por la roedura de la pobre viva?

Los leprosos se mueven sin dureza de contornos, se atropellan incesantemente alrededor de Francisco; él sigue repartiendo. Pero, cuando ha acabado, los mira y el frenesí que lo posee lo hace continuar. Ahora la otra limosna: él va a besar a cada uno la boca. Ellos tendrán su boca de veinte años como una caricia no conocida nunca; ellos, que desde el día en que se vieron la primera mancha, no han recibido sino el beso del sol que está ciego y distante, y por toda piedad han sido lavados por otro con el rostro vuelto hacia atrás.

Los leprosos, aplacados por la limosna abundante, se han sentado y lo miran llenos de extrañeza. Lo miran hermoso, en sus miembros duros de juventud y le ven la sonrisa humana que casi han olvidado, porque ellos son esos que miden cada mañana el mal en la mueca del enfermero que los odia.

Cuando besó al otro en la mano, los huesos le fingían alguna firmeza; es otro este beso dado sobre los labios, grandes como un belfo, en que se siente la blandura indecible del gusano. Y al besar ellos también un aliento más caliente y más denso, como de fuente subterránea, sale de ellos y baña el semblante del que se ha vuelto en una hora loco de piedad. Entonces ha debido apagársele el mundo puro de Dios, su verde llanura Umbría, y desaparecer como si nunca hubiere existido. Más allá un leproso ya no tiene labios y pone para el beso la sequedad de la encía y el blanco árido de los dientes.

Los *malatos* pensaron seguramente que aquello era un sueño de la calentura que nunca los abandona. Pero del acto dudoso les quedaba como realidad las monedas en las manos.

Aunque más tarde un pueblo y otro pueblo gozarán de la presencia suya, en veinte años de apostolado felices de mirar ese semblante, ninguno de ellos, ni el fraile León que le amó tanto, ni Pica que lo durmió en su pecho, fueron más dichosos de haberlo tenido que el grupo inmundo de esta hora sobrenatural.

Nosotros llamamos caridad a poner en la mano extendida una moneda grande o a pagar una cama de hospital. Tú no. Cuando dabas, eras tú mismo lo que dabas. Conociste la lepra y te quedaste sentadito horas y horas lavando la podre. Parecía que eras tú mismo el agua y el aceite; y también la venda. Te dabas tú en las frutas jugosas que ponías en la boca del calenturiento. A los frailes no solo les ofrecías el convento; te dabas tú en paciencia larga. Solían ser muy charladores y necesitaban una gran paciencia cuando echabas de comer al lobo de Gubbio; también te dabas tú con las caricias que le hacías en el cuello mientras comía. Y cuando hacías canciones, también te dabas tú todito, con tu corazón ardiendo.

Y por eso, Francisco, te gastaste como las lunas en cuarto menguante. Eras ya como una broma de la carne, que hablaba y que ya apenas tenía garganta. Tus manos se adelgazaron hasta ser transparentes como la hoja de otoño. Tu carne era un espejismo de la vieja carne que tuviste; tu milagro tenía más realidad que tu pobre cuerpo. Te habías desteñido en el bajo relieve de la tierra, y apenas se te veía. Lo mismo que la luna en el cuarto menguante. Tú descubriste una verdad escondida; que no tenemos derecho a dar sino a nosotros mismos. Las demás cosas son de la tierra.

Cuando regalamos cosecha de frutos, es el surco generoso el que da; y cuando regalamos vestidos, es el hilandero fatigado el que regala. Pero cuando nos damos a nosotros mismos, entonces sí damos de verdad. Nosotros, Francisco, entregamos lo que nos sobra. Estamos tan llenos, que nos cansamos un poco con la brazada de ricas mazorcas de

la vida. Se nos rompen los sacos de oro de trigo, y entonces cedemos, por no doblarnos a recoger lo caído. Tú te diste, te diste, te diste.

## EL CAUTERIO

No saben qué hacer con tu mal, Francisco, y como son bárbaros tus hombres medievales, van a ponerte un hierro hecho brasa sobre las sienes. Tus sienes son finas como esas membranitas que cubren los frutos: las tienes sensibles a pesar de la piedra que ha sido tu cabecera.

La maravilla de tu penitencia ha sido esa: que no endureciera la sensibilidad en tu cuerpo vibrador, sensible a la sombra. Y a las sienes de infante van a allegarte el punzón enrojecido.

Entonces tú haces un pedido lleno de gracia dolorosa al hermano fuego: tú eras noble, le dices, y yo he sido bueno para ti. No me quemes más de lo que puedo sufrir.

Le hablas como a criatura viva. No le ruegas al médico, menos conmovido que el tizón crepitante.

Y te allegan el hierro; te chirría en la carne con el ruido de las cigarras cuando frotan muchos élitros... Te muerde el fuego con una mordedura de un puñado de víboras. El hermano fuego no te ha reconocido y te está comiendo la carne.

Pero tú no le dejas mal, Francisco, y dices que no has sentido dolor alguno, por no avergonzarlo.

No hay manera, mi Pobrecillo, de que te salte de la boca el gemido, haciéndote traición.

Mas el hermano fuego ha de quedar maldito, a pesar tuyo porque no te reconoció las sienes. Se parece a los hombres en que está ciego de su misma llama.

Oíste decir a tu hermano: Vengo de la celda de Francisco. Y le llamaste para replicarle: ¿Por qué dices su celda? No es mía y de aquí en adelante la ocupará otro hermano.

¡Pobrecillo Francisco, cómo te avergonzaba poseer! Tú tienes solo eso: un cuadradito de tierra, un metro de suelo para el silencio, para la soledad. Y la tierra es muy grande.

Tú necesitas, Pobrecillo, un pedacito donde quepan tus rodillas hincadas y tu cuerpo extendido para el sueño, donde vuele tu suspiro; donde no te miren llorar, cuando te crees dejado de la mano de Dios; donde no te vean al desnudarte que sacas el cilicio con sangre y donde las bromas gruesas de tus hermanos, que son un poco burdos, no te quiebren el lirio espigado de la meditación; donde tus mismos animalitos te dejen solo. Porque la oveja familiar está acostumbrada a andar dándote topaditas cariñosas y el lobo, vuelto fraile, se te pone en la frente a cada instante y te distrae con sus ojos de brasas.

Tú necesitas ese pedazo de pavimento desnudo porque si te quedas fuera de él, en el patio del convento, una linda florecilla de oro que tiene cuatro pétalos (llamitas perfectas), te hace bajar el semblante y rompe tu rezo. Y si ves correr el agua, te dan ganas de hacer canciones.

Yo no renuncio a la celda, Francisco, necesito separarme de mis hermanos que están demasiado prendidos a sus afanes de la mesa y que tienen la lengua siempre henchida, y la vierten y la vierten.

Pero tú entregas la celda a tu hermano. Temes que comience en tu pecho la lujuria de poseer, que no se aplaca nunca más.

Tú dijiste que amabas a la alondra por sobre todos los pájaros, por su vuelo recto hacia el sol. Así querías que fuese nuestro vuelo.

Los albatros se van sobre el mar, ebrios de las sales y de los yodos. Son como olas desprendidas que juegan en el aire sin soltarse demasiado de las otras olas. La ráfaga marina los alza y para no perder el impulso, ellos no van más altos que los vientos del mar.

Las cigüeñas hacen largos viajes; han echado la sombra de su vuelo sobre el semblante de la tierra. Mas como los albatros, van horizontalmente, descansando en las colinas.

Solo la alondra salta del surco como un dardo vivo y sube como bebida por el cielo; arriba canta en el temblor de la claridad matutina.

Entonces el cielo siente que la tierra asciende. No le responden las selvas pesadas que quedan abajo. Las montañas crucificadas sobre los llanos tampoco responden, ni el rodar melodioso del río. Pero una saeta con alas subió en su ímpetu y está suspendida entre el sol y el mundo; no se sabe si el pájaro ha bajado del sol o ha subido de la tierra. Está entre los dos cantando y parece una llama. Cuando ha cantado mucho, cae como rota sobre los trigos.

Tú, Francisco, querías que tuviéramos el vuelo vertical, sin el zigzag hacia las cosas donde nos posamos cortándolo.

Tú querías que el aire de la mañana estuviese todo saetado por muchas alondras libres. Imaginabas, Francisco, una red de alondras doradas que flotasen entre la tierra y el cielo, entre cada alabanza matinal.

Somos pesados, Francisco, amamos nuestro surco tibio. Nuestra costumbre. Nos empinamos en la alabanza como se empinan las hierbas: la más alta llega solo hasta los pinos altos.

Solo al morir tenemos el vuelo vertical. ¡Nunca más, como tierra pesada de surco, se apegará nuestro cuerpo a nuestra alma!

También sentiste la muerte como una suavidad, Francisco; al tocar tu cuerpo dócil todas las cosas tenían que serte suavidad.

¿Cómo la sentiste?

Se te iba acercando muy callada, con talones de silencio y blanda mirada. Se sentó frente a tus rodillas; notaste cómo te subía por ellas no un frío: una pequeña frescura como de agua de piscina que asciende, lenta. Te subió por los muslos descarnados insensiblemente; llegó al corazón, se derramó sobre él como una ola fresca, parándote el aliento. Te rodeó la garganta en una venda un poco apretada y el murmullo de la oración se fue aterciopelando. Su harina delgada iba espolvoreándose en los ojos abiertos y te pareció que el hermano Sol bajaba al ocaso, aunque no cabía bien la tarde a esa hora. Te extendió la mano siempre recogida por el hábito de la caricia y te la dejó abierta. Dejó caer poco a poco muchas felpas espesas sobre los oídos, haciéndote lejanos los rezos de los frailes que estaban a tu lado. Te estiró los miembros que recogías en el lecho, por parecer tan pequeñito como un niño. Te dio, por fin, lo que mucho habías anhelado: la pérdida del cuerpo, el cual se fue sumiendo en las aguas profundas de la inconciencia. Y con un pequeño estremecimiento, te desprendió el alma, recogióndotela de la cabeza hasta la punta de los pies —como se recoge una llama en un tronco que arde horizontal—, en una lengua alta que subió arrebatada.

Y así te fue la muerte amiga. No pudo traicionarte; ninguna cosa desprendida de las manos de Dios sobre nuestras cabezas nos traiciona en este mundo, Francisco.

Dijiste al morir, consolando a los que se quedaban, que ibas a Dios contento, porque ya tenías prisa de verle.

Nosotros tenemos muchas prisas, esa no la tenemos.

Vamos hacia Dios corriendo como un agua de vertiente, y en el camino, como al agua, se nos atraviesan las piedrecitas menudas de las solicitudes menudas. En cada una nos quebramos y hacemos un remanso de tardanza.

La primera piedra detenedora es el amor de la madre. Hacemos contra ella un murmullo blando y dulce. Su hueco nos ciñe bien, porque no nos perdamos. Tú la ceñiste así como nosotros, la besaste con un inmenso beso, pero seguiste.

Y más allá asoma, roja y magnífica, la piedra del amor. Tiene una oquedad ancha y nos bebe enteros, con un ruido glorioso de espumas. ¡Qué bien se canta dentro de ella! Cantamos enteros. Todo nuestro cuerpo es una garganta. Se nos llena el hueco de algas ceñidoras; se hace dentro de ella una maravilla de grutas, unos juegos de diamantes. Hierve como un vaso de licor la gruta y las algas parece que multiplicaran nuestros brazos, para que no nos desprendamos nunca.

Pero un día, Francisco, debajo de esta piedra tan grande, que parecía el mundo, la arena hace un hueco y nos escurremos sin saberlo como un agua.

Y así seguimos corriendo, sin prisa de llegar a nuestro fin, buscando en cada orilla verde un pretexto para retardar-

nos. Cuando llegamos a Dios vamos tan disminuidos que apenas si damos una voz pequeña y cansada. No tuvimos tu prisa y nos entenderemos como un agua lánguida, sin tu regocijo, en las manos de Dios.

Murió San Francisco y sus carnes se mezclaron a la tierra como la pulpa fundida de las frutas de otoño.

Después de él existieron muchos frailes menores que también se mezclaron a la tierra amante. Y después pasaron los hombres y la tierra quedó sin ellos, con la soledad de sus caricias, de sus erguidas colinas que Francisco repechara haciendo siempre el cuenco tibio de los valles de Umbría.

Y cuando otros seres vinieron a correr por sus laderas, descubrieron un día, jugando, dos piedras preciosas en la arcilla de Asís. Eran los ojos del Pobrecillo.

Su carne, por humildad, quiso disolverse, no quedó intacta como la mejilla de otros santos. Su esqueleto tan fino como nervadura de una hoja se desgranó también calladamente... Pero los ojos de San Francisco se endurecieron, para volverse dos piedras de luces, redonditas y vivas.

Los nuevos hombres las hallaron en la greda de una cuesta. Mirábanlas asombrados. A su superficie subía la belleza de la vieja tierra. Conocieron por su reflejo las rosas, los redondos corderillos blancos, los pájaros, los caminos. Hacíanlos girar y pasaba por ellos la tierra entera.

De esta manera el mundo de las formas que había rehusado quedar en los mamotretos sabios quiso quedarse en los dos ojos que mejor lo habían vivido caminando.

En corro, volteaban las duras piedrecillas cambiantes, los dos ópalos puros. Y una ternura extraña se les hacía en el pecho por las criaturas muertas.

Solo a San Francisco, el dueño de los diamantes maravillosos, no conocieron. Él se hizo inexistente como el agua en el remanso y mostraba solo en cada vuelta, a sus hermanos, la rosa, el lirio, la abeja, la codorniz, el lobo y los hombres.

Para la lámpara del fondo del templo, la que debe arder perennemente, llevas al capellán de la iglesia pobre una limosna.

Yo he entrado en las iglesias al anochecer, cuando no hay fiestas ni se oyen los rezos de las mujeres derramadas por las naves como puñaditos de sombra.

El templo es más hondo por la soledad. Por la noche, durante los grandes oficios, la catedral es gloriosa como una nave que va sobre el mar negro llena de fulguraciones. Pero en esta hora en que los oficios no comienzan todavía, la nave es dolorosa y no tiene otra cosa viva que esta lamparita de pestaño ansioso. Rodeada de un cristal rojo o amarillo, parece una gran gota de sangre o de aceite suspendida.

La llaman algunos “la adoración perfecta”; yo la llamo el corazón tuyo, Francisco. Así era él, pequeñito y estaba perdido en la negrura grande del mundo.

No da el fulgor insolente de las grandes luminarias, de las cuales penden cien estalactitas pretendiendo hacer un sol; ni es como la luz de los cirios, tan triste que envejece la plegaria y la hace caer en gotas mortales como de cera doliente. La lamparita de la adoración, cubierta de rojo, es el centro de tu pecho; el resto de él quedaba en la sombra; es tu pequeña herida que disimulabas con la alegría, y que estaba allí presente y verdadera.

Dicen que alumbraba el sagrario. No; su fulgor no llega hasta él, y no llega por humildad. Es la presencia amorosa que

quiere hacerse olvidar. Se parece al rezo amortiguado que apenas mueve los labios y que es más escuchado que la otra plegaria, la que salta como los surtidores.

La alimenta el aceite, que no es capaz de dar una llamada soberbia; el aceite tan noble como la sangre humana. Viene él del fruto austero y sombrío, y que cae como una palabra silenciosa en la paz de los olivares; del fruto que pende de una rama menuda y dura sin hojas espesas. El árbol tiene más ceniza penitente que verdor y su tronco miró la cara de Cristo.

Y allí está la lámpara conteniendo la redoma breve de materia preciosa que renueva cada día una mano seca de fraile.

Y por todas estas cosas, Francisco, tú amaste en los días primeros de tu conversión la criatura de cristal y de silencio, y quisiste que tu limosna costeara su pestaño amoroso y perpetuo.

Ella queda adorando cuando los hombres ya han vaciado el templo, para ir a su gula cotidiana.

I I

M O T I V O S

D E S A N

F R A N C I S C O



## LAS MONTAÑAS

Tuviste varias montañas, Francisco. Subías hacia ellas cuando tenías cansados los oídos y los ojos de ciudades y gentes. Te los lavabas arriba, en muchas semanas, con la soledad y el silencio, y volvías a bajar a los valles. El pecado de los hombres, Francisco, es el de que, o se quedan sobre ellas y se olvidan de sus hermanos, o no han subido a ellas nunca.

Tus montañas de la Umbría, de azules, parecen el cielo mismo, un poco más denso son lirios morados y duros de la tierra, y la gracia de Dios baja por ellas hasta las criaturas de los valles. Y también son copas que nos vierten la mañana o la tarde. Sube de ellas nuestro día como un vino sonrosado que se derrama hacia las aldeas. Cuando ha colmado el valle, su ardor nos gana haciendo incorporarse a las criaturas. A la tarde, es la misma copa que se vuelve, pero hacia otro lado.

Sobre ellas, la nieve es tan dulce que parece una leche derramada hacia la mitad de las faldas. Tienen unas nieblas finas, que juegan por sus contornos como las algas que pasan tocando los barcos anclados. Son un suspiro del mundo que se exhala eternamente, y es de este suspiro el vaho que se adensa en torno suyo.

No se divorcian de la tierra: para parecer el valle mismo, empinado por juego, se cubren de verdura.

Cuando baja en el viento la fragancia de sus pinares, es como la misma fragancia del cielo que desciende.

Pasa por sus faldas el calofrío de las bestiecitas agitadas: son venados, son ardillas, son gamuza, animalitos suaves de la montaña dura, cuyos lomos son hojas velludas y anchas. Sus ojos, que a cada instante pasan entre luces y sombras, son muy cambiantes y anchos.

La mejor belleza de ellas es su silencio; son mares de silencio. Vuelven finos nuestros oídos, y después que las descendemos, andamos como heridos entre el rumor de las gentes.

Sus grutas se asemejan a cálices profundos de flores hechas para recoger la soledad y ofrecerla. Están acribilladas de grutas tus menudas montañas italianas; parecen un corazón ahuecado cuya sangre fuese el silencio.

“Es el monte Alvernia —dice un biógrafo— árido en sus cuestras llagadas de barrancos y arriba coronado de verdura”.

Agrio en las cuestras y suave en las alturas, como el servicio del Señor, decimos nosotros. Los franciscanos lo han llamado el Tabor de San Francisco, porque allí al Pobrecillo se le hizo resplandor su largo y oscuro servicio.

Iba Francisco hacia España y entre Florencia y Arezzo hizo un alto en el camino, en el castillo de monte Feltro.

Había agitación por el conde: iba a ser armado caballero y habían acudido a la ceremonia muchos nobles de los alrededores.

Francisco no era monje mojigato, y tal vez porque recordase también sus tiempos de locura caballerisca, convidó al Hermano León a entrar al castillo. Presenció la ceremonia y se puso a hablar tan luego terminó ésta de su otra caballería, ante el asombro de la concurrencia.

No habló en vano ni aun entre la gente guerrera, como no hablaba en vano ante ninguna gente.

Una buena conquista hizo: la del conde Orlando de Chiusi. “Honra a los amigos asistiendo a la fiesta hasta el final”, le dijo a Francisco. “Después de la comida hablaremos”.

Francisco esperó transigiendo con el banquete y la charla mundana por la espera temblorosa de un cristiano más,

espera que nunca le fatigaba. Para citas así, maravillosas, él se había echado por los caminos.

Conversó largamente con el conde de las cosas de la perfección, de la parte que Cristo debería tener en la caballería. Complació al mundo el santo, y cuando este hacía la alabanza de la soledad, le dijo:

“Tengo en mis tierras un monte completamente agreste. Dicen que convida al recogimiento. Anda allá y si te agrada, te lo daré a ti y a los tuyos”.

Aceptó Francisco y como él iba a España, mandó a dos frailes a conocer el lugar.

Regresó Francisco, y los frailes le alabaron la calidad del silencio que se gozaba en el monte, la finura del aire, el horizonte grande y apaciguador.

—Viene la cuaresma, hijos —les contestó Francisco—, y tal vez está destinado por el Señor que la pasemos en el monte. Así podremos consagrarlo con la penitencia.

Y subió hacia él con León, Rufino, Ángel y Maceo. A pedido suyo hicieron la ascensión en silencio. Dos días tardaron en llegar a lo alto. Una noche, mientras los frailes dormían, la tentación vino a turbar a Francisco en la forma de espanto. Es el mismo cuadro del Monte de los Olivos: los hermanos no supieron y dejaron solo al que, aunque fuese perfecto, era débil como toda carne.

Los espíritus del espanto, en formas repugnantes, danzaron en torno suyo, lo sacudieron como un oleaje, le golpea-

ron. Él batallaba en medio de su tromba que giraba; batallaba el atribulado, con la pobre creación de su boca.

Tan magullado quedó el Pobrecito de cuerpo y alma que al día siguiente los frailes tuvieron que ponerlo sobre un asno para continuar la marcha.

Llegaron arriba; Francisco se sentó bajo un roble a gozar el panorama que se extendía en muchos planos: prados de Casentín, valle de Cortona y lago de Perusa. Sus ojos bebían el horizonte; sus ojos, los mejores libadores que ha logrado la carne para que el alma conociera y amara.

Y su alegría entonces como otras veces atrajo a todos los pájaros del bosque, que saludaron al nuevo compañero.

—Veo que debemos quedarnos aquí —dijo el santo a los frailes—: los hermanos pájaros se alegran de nuestra venida. —Y hablaba bajo un velo de alas que pasaba y pasaba sobre sus hombros, su cabeza y sus rodillas.

El conde Orlando fue a verle llevándole provisiones. Francisco le pidió que hiciera construir para ellos una cabaña que tuviese el techo formado por las ramas de aquel roble bajo el cual él había saludado al valle.

Hiciéronle el oratorio con maderas sin pulir; las ramas sin descortezar formaron las ventanas y los troncos enteros fueron las columnas.

Después entregó las provisiones a los frailes, diciéndoles:

—Tomadlas, porque si buscarais con demasiado trabajo el alimento, estaríais rendidos a la hora de la meditación.

Pero no vayáis a abusar del ofrecimiento del rico, no sea que redunde en menoscabo de Nuestra Señora la Pobreza.

Con qué ojo tan fino evaluaba los dones; él veía donde la provisión se volvía regalo y la apartaba rápidamente.

Siguió hablándoles mucha parte de la noche, la profunda noche que dan las montañas, hecha como más honda por los ruidos distantes del agua de un manantial o las piedras que ruedan de las pendientes.

Toda su conversación fue sobre la buena pobreza y su equilibrio sutil. Y les habló de la limosna buena, más que porque socorre, porque humilla. Les alabaría el pordioseo como medio de pasar entre los hombres conociéndolos y dejándoles caer como disimulada la doctrina entre las palabras de agradecimiento. Les habló del ejemplo, el anzuelo más blanco para la pesca de almas.

Fue larga su exhortación porque el contacto con la tierra lo bañaba de gracia; los espíritus angélicos de la naturaleza entraban a su corazón.

En otra visita de Orlando, él le pidió algunas celdas para sus frailes, la intemperie dañaba. Y mientras se hicieron las celdas él anduvo conociendo su montaña faldeo a faldeo, para hallar —dice el biógrafo— los sitios más perfectos para el retiro.

Él devolvió al rico sus generosidades poniéndole la túnica gris de la orden.

Dejó el monte, pero volvió hacia él varias veces. No se abandonaba a la naturaleza, que no era sino un medio. La

buscaba para renovar sus fuerzas y recibir en los pechos del silencio la inspiración para la obra y el cuchicheo de Dios. Si se hubiera envenenado en su deleite, el servicio de Dios habría padecido en las ciudades.

Fue el sexto viaje a la montaña el que trajo el suceso mayor entre todos.

Había sobrevenido a Francisco la inquietud por la suerte de la orden, y como otras veces, buscó el consejo sobrenatural: hizo abrir al ocaso el Evangelio por tres veces, invocando al Señor. Las tres veces dejó en descubierto las páginas sobre la Pasión. Él comprendió entonces que Jesús quería poner sobre él aflicción para revelarle una cosa profunda a través de dolor.

Se dio, pues, a la meditación del misterio que rodea la suerte de Cristo. Todos sus pensamientos se hincaron en los motivos de la vía dolorosa. Su meditación, que otras veces libaba en las visiones del campo, en los atributos poderosos y suaves del sol o en los cantos del agua, quedó fija sobre la cruz y el sentido del suplicio de Cristo.

Él seguía el tormento con todas sus variaciones de tristeza, de desolación, de esperanza y de vencimiento final. Él mismo era el Calvario, y el madero, y el Crucificado.

Entonces sobrevino el prodigio. Era la mañana del 14 de septiembre, día en que se celebra la exaltación de la cruz.

Francisco vio descender un serafín de seis alas que ardían con fuego mayor que todo fuego. El serafín era Cristo; él miraba sus heridas. Los sentidos de Francisco se derramaron enteros sobre la visión; el resto del mundo no existió;

el monte entero no fue sino él y la figura ardiente, y ambos eran una misma cosa, porque las llagas del serafín ardiendo pasaban a sus manos y a sus pies. La Pasión comenzó en él, trabajó dentro de su sangre, quebrantó sus huesos, soltó sus coyunturas. Y él sentía a la vez un dolor y una fiebre intensos, pero el dolor era nuevo, distinto de todo dolor conocido.

Desapareció el serafín de fuego y él fue despertando lentamente, pero el sueño había dejado la huella tremenda: Francisco tendría, hasta su último día, las manos y los pies abiertos.

Tocaba con sus dedos la maravilla tremenda; bajaba de las manos a las plantas; los ponía a la luz y a la sombra, los movía para sentir la mudanza; apretaba sus ojos y volvía a abrirlos; se sentaba y volvía a andar, y las señales permanecían allí íntegras.

La maravilla que se ha contado no fue solo visión, fue comunicación de conocimiento.

Se dice que Francisco declaró en el relato de la visión a que le obligaron los frailes, “que el serafín le había revelado cosas que no revelaría jamás”.

El santo después del suceso no queda como otros que tuvieron visiones, sonámbulo en el mundo. La consecuencia visible fue que le sobrevino un estado de gozo indescriptible.

Dudaba entre revelar o esconder lo que él llamó “el secreto del Señor” a sus hermanos, hasta que uno de ellos le dijo:

—Sabed, Padre, que no solo para vos, sino también para el prójimo, se os revelan los misterios divinos. Si los guardáis

exclusivamente para vos, temed que el Señor os pida cuenta de ello, como en la parábola de los talentos enterrados.

Francisco se quedó pensativo al oírlo; las graves palabras le convencieron, y contó entonces a los frailes reunidos una parte de la revelación.

Todos los místicos coinciden en esta reserva; todos han dado solo una porción del “mensaje”: aquella parte de la verdad “que podemos llevar, porque hay otras más” (San Pablo).

Francisco compone ahora otro canto de alabanza. Tiene un tono diferente del Himno al Sol; hay en este laude algo de los Salmos poderosos de David; es que el cantor ha pasado por la prueba del fuego, que lo ha mudado hasta las raíces del ser, y el acento ha de ser otro. La donosura, el encanto ingenuo de las otras canciones, están substituidos por una gravedad y una fuerza nuevas.

Esta es la nueva “laude”:

*Señor Dios, Tú eres santo; Tú eres Dios de los dioses, y solo haces maravillas.*

*Tú eres fuerte, Tú eres grande: Tú eres altísimo. Eres omnipotente, eres Padre santo, Rey del cielo y de la tierra.*

*Tú eres trino y uno.*

*Tú eres bueno, todo Bien, sumo Bien, Señor Dios, vivo y verdadero.*

*Tú eres caridad; eres sabiduría y humildad y también paciencia.*

*Tú eres hermosura, y también seguridad. Tú eres paz y gozo.*

*Tú eres nuestra esperanza; eres justicia y templanza, fortaleza y prudencia. Eres toda nuestra riqueza.*

*Tú eres mansedumbre; protector, guarda y defensor nuestro; nuestro amparo y nuestra fuerza.*

*Tú eres nuestra fe, esperanza y caridad. Eres nuestra gran dulzura.*

*Tú eres bondad infinita, grande y maravilloso, mi Señor Todopoderoso, piadoso, misericordioso y salvador.*

Sus compañeros tienen hacia él ahora una actitud nueva; cavilan en seguir hablando con familiaridad al que ha estado pecho a pecho con lo divino. Uno de ellos, León, hasta sufre de cierto resentimiento para el que se ha enriquecido “infinitamente”, dejándolos rezagados. Ha perdido su espontaneidad en la conversación con el santo que, aunque procure aparecer el mismo, ya es otro por la suprema experiencia.

Pero Francisco tiene siempre puesta sobre ellos su mirada aguda, de dardo de seda, y conoce su mudanza; los siente cuando están tremolando de fervor como llamas, o caídos en el polvo, de desfallecimiento. Y así llama a León un día y le dicta la laude anterior. Cuando acaba, vuelve la hoja, y por el reverso, con caracteres grandes le escribe de su mano la vieja bendición de los patriarcas, con un añadido lleno de amor para el compañero receloso:

“El Señor te bendiga y te guarde, haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; te vuelva su rostro y deje en ti la paz”.

Y después:

“Bendígate el Señor, Fray León”.

Tomó el pergamino y lo pasó al fraile conmovido, que lloraba.

“Llévalo contigo hasta el día de tu muerte”, le dijo.

Se derritió en León el hielo de la desconfianza; dieron al receloso más todavía: Francisco lo llevó consigo al dejar el monte, donde quedaron los otros religiosos.

Es conmovedora su despedida del Alvernia. Los estigmas no le permitirán ahora descender por sus pies y el conde Orlando le manda para el viaje un borriquillo.

De mañana, Francisco se despide de Maceo, de Ángel, de Silvestre, y les da su bendición.

Y después de despedirse de los hombres, se despide de la montaña.

Ella le ha ofrecido para su concentración sus oquedades frescas. Ella, con la mecedura lenta de sus abetos, le dio el ritmo del sosiego. Se puso viva de pájaros, para que la tristeza no se aposentara en él. Y, sobre todo, en ella ha recibido el don del fuego, que ha renovado sus huesos y su mente hasta el último día. Baja a los valles ahora con el verbo nuevo, saliendo del nuevo cuerpo.

—Adiós, montaña santa —le dice—. Adiós, amado hermano halcón, que me despertabas con tus gritos, te doy gracias por tu amoroso celo. Adiós, peñasco, donde yo rezaba, nunca más os volveré a ver.

Y abajo, en el valle, cuando ya va a perderse el monte para sus ojos, estalla en nuevas bendiciones.

Así fue la estada del santo en el Alvernia, y así quedó la montaña como el monte Nebo de Moisés, aureolada del Espíritu por encima de sus más altos abetos.

Siempre el Espíritu ha descendido más ancho sobre los hombres que lo invocaban en la atmósfera diáfana de las alturas, con sus oídos más despejados de murmullos. Y el mensaje recibido en las montañas ha sido siempre claro como la silueta de las cosas en esa atmósfera, y completo, porque no estorbaba la estrechez de un valle el descenso como de cascada de la Gracia.

I I I

M O T I V O S

D E S A N

F R A N C I S C O



LOS COMPAÑEROS DE SAN FRANCISCO:  
BERNARDO DE QUINTAVAL

Bernardo de Quintaval en el tiempo de la conversión era joven y en los frescos franciscanos tiene una bella fisonomía y un aire noble.

Poseía tierras, la tierra fuerte que pone en el dueño la misma seguridad poderosa; tenía abolengo, es decir, encontraba fácilmente a su alrededor la consideración de los hombres. Y con la juventud, era suyo el amor, que pone en el semblante humano la más grande irradiación de poder.

Vino a ser Bernardo el primero de los discípulos, el primogénito por lo tanto en la gracia. Lo cubre la nobleza este acudir pronto, queda en el grupo de aquellos que para obedecer al llamado, parece que hubieran apresurado a la mañana; todos los hermanos de Juan Bautista.

En los sucesos ya humanos, ya divinos, esta primogenitura es celebrada por encima de las demás cosas. La poseen los obreros apresurados del espíritu que son el tipo opuesto de Tomás, el convencido de su tacto, el hombre de última hora. Han acudido hacia los santos mucho antes de que ellos entregaran el milagro que, como un fruto, se puede palpar por todos sus costados: el solo escuchar al iluminado les puso igual sacudida que a los otros cuando vieron que hacía al paralítico levantarse.

¿Habían nacido con la gracia y el encuentro les fue solamente un reconocimiento? ¿O es que una vida más pura que la de los otros los tiene prontos, como si dijéramos con el corazón entre las manos para entregarlo? Sus sentidos

“superiores”, ¿les habían nacido ya mientras que en los otros eran yemas duras, en las cuales deben trabajar aún el sol, el amor?

Sea como sea, ello es que se ponen de pie al escuchar la invitación con una rapidez que no es de la tierra.

Bernardo de Quintaval fue tocado por las primeras prédicas del santo. Aún no se había cuajado esa atmósfera quemante del franciscanismo que hace después cotidianas las conversiones. Más que esto: todavía el Pobrecito tenía en torno el escándalo de su ciudad.

También ha dudado Bernardo, pero no largamente. Dice el contador que Bernardo de Asís, que era de los “más nobles ricos y prudentes” de la ciudad, empezó a ver algo prodigioso en Francisco; aquel desdén del mundo que ponía calofrío. Pero dudaba, y para tener cerca esta preciosa materia de auscultación, invitó a Francisco una noche a su casa. No fue avaro de precauciones, puesto que hizo que se le preparara un lecho en su propia estancia y dejó encendida una lámpara.

Francisco no comprendía nada y debió tomar por afecto la proximidad de Bernardo y la luz por hábito nocturno. Él también va a jugar con Bernardo, a esconderle su verdadera noche que no era la del sueño bajo los párpados mansos.

Bernardo, a poco de acostarse, se puso a roncar ostensiblemente. El Pobrecillo lo miró dormido, sabía muy poco de malicias y se levantó para empezar su larga oración, aquella plegaria suya que hacía tremolar la noche como un velo.

Rezaba con una contrición penosa, con una angustia verdadera que agitaba su pecho como una gruta llena de alta marea; dolorosamente rezaba. Rogaba por él y por el mundo que se perdía. Le ahogaban todavía las imágenes de su propia vida y le atribulaba aun antes de entrar en ella, la época en cuya carne violeta iba a trabajar con gemidos más de veinte años.

Bernardo, medio envuelto entre sus sábanas, asistía a aquella plegaria bañada como de sudor de sangre y mirando al hombre sufriendo, el espíritu iba trabajando dentro de él. Aunque el sufrimiento de Francisco lo laceraba, él no rompió aquel momento. Ya no era la duda que le hiciese desear más pruebas; asistía a un acto secreto en el seno de la noche y no quería romper el instante perfecto.

Pero cuando Francisco volvió a su lecho al amanecer, Bernardo le dijo:

—Hermano, yo estoy dispuesto de todo corazón a dejar el mundo y a seguirte en cuanto me mandares.

El contador no dice nada del asombro que se haría en San Francisco al comprender que había sido visto y al recibir tamaña resolución del hombre prudente, noble y rico.

Anota solamente su respuesta, en la cual aconsejó a Bernardo que por la gravedad del asunto, consultase el Evangelio.

Fueron hacia una iglesia, se pusieron en oración hasta el mediodía y las respuestas que dio el libro abierto por el sacerdote en tres lugares, fueron estas claras y penetrantes como tres espadas:

*—Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes, dáselo a los pobres y sígueme.*

*—No laves nada para el camino, ni bordón, ni alforja, ni sandalias, ni dinero.*

*—El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.*

Las palabras van en un ascencimiento. La primera obliga a la entrega de los bienes; de esto algunos son capaces. La segunda sube otro peldaño inmenso; no se trata solo de dar, sino de arrancarse de las más inocentes complacencias corporales, la del aliento, la del suave caminar. Puede quedarse pobre el hombre, pero conservar estas cosas que son una mínima concesión a nosotros mismos. La tercera se hincan en el cielo, porque en el negarse a sí mismo hay más que el tormento corporal: hay la descuajadura de cuanto en nosotros no es Cristo (y lo que en nosotros no es Cristo es casi todo).

Bernardo escuchó sin vacilar; ya se había hecho dentro de él la volteadura de las entrañas que es la conversión verdadera; salió de la iglesia y fue a repartir sus bienes.

El movimiento rápido parece también un modo de naturalidad superior, el ritmo de otra esfera. Este hombre va a entregar lo que le pertenece, cuanto ha ganado con los afanes propios y cuanto vino a sus manos desde sus mayores, es decir, los bienes que se aman como seres sustentados en nuestra sangre y los que están ennoblecidos por la posesión de nuestros padres.

Empieza en él una naturalidad superior hecha una luz plena en el espíritu; ha entrado el hombre en la forma sobrenatural y los actos duros que nosotros, en nuestro plano, hacemos jadeando, en aquel estado nuevo brotan con la facilidad que es lo divino.

Así es como Bernardo fue el primero en “acudir desnudo”. Él conoce en sí, en unos días, la sensación de los brazos colmados y de la mayor ingravidez en la mano vacía. No se ve en él ese camino largo de la convicción en el que otros van dejando caer cada diez jornadas un don; de un solo golpe el rico queda con la boca digna para el Evangelio de la renunciación. Por eso, llegó a hablar con Dios como un amigo con otro; no había esa como fronda pesada que hacen los afanes de la tierra entre el Señor y nosotros, donde la propia voz se nos enreda. Quedó entre ellos el puro espacio tembloroso.

San Francisco lo llamaba para hablar de Dios con él y fue a buscarlo a la selva donde Bernardo estaba en éxtasis.

El fraile menor no le respondió. Volvió Francisco a llamarlo y Bernardo siguió quieto; le llamó por tercera vez y no recibiendo respuestas, se volvió triste por el desamor del compañero. Y para saber la causa de esa mudanza se puso a rezar y a contarle a Dios sus tristezas.

El Padre le respondió: “¡Oh, pobre hombrecillo! ¿De qué te has turbado? ¿Debe el hombre dejar a Dios por la criatura? Fray Bernardo, cuando tú le llamabas estaba conmigo, y no podía responder, pues se hallaba fuera de sí”.

Después de este suceso fue cuando Francisco lleno de vergüenza, le pidió, en un frenesí de humildad, que pusiera un

pie sobre su cuello y otro sobre su boca, diciéndole a la vez palabras que lo vilipendiara de su soberbia.

Bernardo, antes de cumplir semejante mandato, que se le imponía, por la santa obediencia arrancó a Francisco la promesa de que él también le obedecería. Lo que pidió después fue que Francisco lo corrigiese ásperamente cada vez que estuviesen juntos.

Así cambiaban votos de obediencia los dos embriagados de Dios y se juraban lavarse mutuamente, como se lavan los leprosos, ellos que eran claros como dos cristales y que se atravesaban uno a otro con sus destellos.

Bernardo, mandado por Francisco, va a Bolonia, donde se repite la escena bárbara de Asís. La pobre figura en que ha parado Bernardo, sus ropas viejas, y tal vez hasta su mismo aire absorto, desencadenaron sobre él la brutalidad de la plebe.

Una poblada le seguía entre gritos. Él, para aplacarla con su paciencia, se sentó en medio de la plaza... Los niños lo zaran-deaban por la capucha y las mangas, y los hombres le tiraban piedras... Bernardo, sin mudar la postura, los miraba tranquilamente. Habían de cansarse y después lo escucharían.

Y esto duró hasta que un licenciado, lleno de consideración en la ciudad, quiso cubrirlo con su amparo.

—¿Quién eres tú y por qué has venido aquí? —preguntó.

Fray Bernardo, por toda contestación, metió la mano en su pecho y sacó la regla de San Francisco y se la dio para que la leyese.

Lo que el doctor dirá a las gentes de Bolonia sobre el franciscanismo son palabras eternas.

—Verdaderamente este es el más alto estado de religión que yo he oído nunca.

En seguida ofrece al fraile menor casa para un convento y se hace su defensor en la ciudad. Desde que el licenciado habló ascendientemente, la población va aproximándose a escuchar al predicador; llegan a colmarlo de tantas alabanzas que lo hacen salir de ella. A su vuelta dice al santo que se ha venido por los muchos honores recibidos en ella, temiendo perder más de lo que ganaba con ellos.

Francisco había recibido mensaje de que Bernardo debería sostener muchas batallas con el demonio; de aquí que rezaba por él especialmente.

Para el vulgo (léase también los cultos de mente grosera), las tentaciones de los santos son siempre combates con desnudeces que laten sobre el desierto. Pero las tentaciones más duras de los místicos han sido otras. Son las sequedades de que habla la Santa, el mudárseles de pronto la humedad del corazón en limaduras de yesca y hacerles entonces una oración áspera como el polvo de la yesca también; son las caídas peores en la materia, la desesperación de no alcanzar la gracia; una angustia como la de aquel cuyo grito es devuelto por las grutas.

Tremendo misterio de la vida interior. Esta tiene, como la tierra, zonas dichosas y mantos de lava seca. De intensa, la vida interior del místico parece que en algunos momentos quema el alma.

Las demás tentaciones, saboreo de lúbricos, son menos graves; tienen coloreado el contorno y su relieve es visible. Aquellas apenas se las reconoce; solo el ojo del místico, sabio en cristales, puede advertirlas como la empuñadura de un aliento.

I V

M O T I V O S

D E S A N

F R A N C I S C O



San Pablo definió la caridad como “la más rotunda demostración del amor”. Faltando ella, raleando ella, las santidades más ostensibles se reducen a mera resonancia sin cariño: algarabía de bronces, campana de palo. La falla de aquel gigantón que viera Daniel, alto como un faro reluciente, enchapado en plata y oro, pero cuyos pies de barro no pudieron sostener ese esplendor pesado y frío.

Francisco, con ese don arquitectónico que se da en místicos y poetas, alza su bienaventuranza sillar hasta labrarnos el *campanile* de la alegría perfecta. Nos aclara que aunque un fraile logre las maravillas más portentosas, conozca lo insondable e incluso hable en lengua de ángeles, aun así carece de la alegría perfecta.

Y Francisco sigue acumulando los prodigios de ese fraile, los alza en una escalera de perfecciones imperfectas, que nos dejen conturbados: ¿cuál es, entonces, la alegría perfecta?

Respondes un misterio de albedrío. Dices con tus palabras transparentes, que esos ropajes y coronas que el amor divino entrega enamoradamente al alma enamorada, son regalos, preseas, donaciones de Dios al hombre. Pero que lo único nuestro, cabalmente nuestro, poseído con total posesión, es la cruz que aceptamos, la propia: única vanagloria que merecemos. Y de llevarla tan bienvenida y tan nuestra como el alma, prorrumpe la alegría perfecta, como se iza el humo certero de la alabanza de Abel.

Esa alegría, Francisco, te hizo capaz de acoger a cuanto hiciese más clavos los clavos, y más cruz la cruz.

En medio de la ciudad, en la algarabía de los mercados, la fiereza italiana, pronta a llamear como los pastos secos, se incendiaba en esas súbitas bravatas que Shakespeare atiza en su *Romeo y Julieta*. Tú, Francisco, intervenías mejor que Mercucio y lograbas, sin herirte, separar a los alacranes y luego volverlos un par de perros querendones.

Pero tu recogimiento había quedado rasgado como las blancas camisas de aquellos energúmenos. Tendrías que retirarte a zurcir tu sosiego dentro del sosiego de la capillita más próxima y ahí, con mucha paciencia, esperar a que tu Amigo quisiera seguir hablando contigo. Y si no quería, hablarle tú como quien acompaña a un encarcelado.

También a veces a tu celda acudían los frailes con un percance doméstico, que a ellos les parecía colosal como el colapso de una torre y que no pasaba de ser la caída de un saco de harina derramado sobre las baldosas de la despensa.

De nuevo te habían desquiciado del convivio y otra vez te recuperarías en el sosiego de tu celda o dentro de un matorral. Sabías que siendo padre espiritual de tantos hijos, no era posible que te cedieras a la incesante meditación, de los anacoretas y ermitaños. Entendías que el pastor no puede olvidar su aprisco. Pero hubieras deseado un poquito más de tranquilidad en torno, para celar tu comunicación con Cristo y poder entrar en el silencio como en una gruta ensimismada.

Un buen día toda tu desazón se acumuló, cundió y alcanzó a tu pecho, como esas bolas de cardos que el viento echa a

rodar por las planicies y que golpean las murallas de una ciudad hasta que se desmenuzan en un reguerillo de púas.

Eso que te estaba punzando el corazón era la inquietud del místico que siente bifurcado en quieta piedra con musgo, y en rodado sin musgo alguno, llamado a la vez por los dos modos de amar a Cristo: el de Marta o el de María; el uno inmóvil, el otro ajetreando. Sentías la llamada del Hazañoso, porque de hazaña, ¡y de cuánta hazaña!, se trataba: nada menos que ir a predicar y fundar en Italia y en Francia una red de conventos, distribuidos como las cisternas del Sahara.

Consultaste a Cristo mediante tus hermanos y Clara; escogiendo las mismas palabras te dijeron que debías magnificar el pastoreo que el Buen Pastor requería de su aprendiz.

A la manera de Benito, te santificarías mediante la creación de una orden, con regla y conventos. Y para apresurarte, los cardos llamaban contra tu pecho.

Tanto hedían los pecados de esta tierra, que Dios Padre quiso alzar su mano y ajusticiar a los contumaces. El Hijo, apiadándose, prometió renovar su vida y pasión en una criatura que fuese ofrenda nueva del Hijo al Padre, paloma junto al cordero, dádiva de Dios a Dios, vía un hombre. Para eso fue engendrado Francisco en Italia, donde las pasiones y los cipreses punzan el cielo: para que en él tuviésemos un hermano de Cristo, portaestandarte y gonfalonero suyo, con doce frailes por doce apóstoles, un Cristo italiano, espejo del Nazareno.

Pero tan agusanada estaba la humanidad en ese tremendo siglo XIII, que quiso la Virgen, al mismo ímpetu de misericordia que su Hijo, renovar en otra mujer toda su pureza y humildad virginales. Recurrió entonces al amor de sor Clara. Virgen de Asís: espejo de la Purísima de Nazaret, quien arrancó de zarpas del demonio a millares de mujeres.

Si el alma de Francisco era Cristo, el cuerpo todavía no. Faltaba darle las genuinas llagas de su pasión. Y abrírse- las en la carne con clavos de hierro, indudables y rotundos como esos que traspasan los portones de Siena y afloran al otro lado, negros y relucientes como los escarabajos de Egipto. Clavos que han de servir hasta que suenen las trompetas del Juicio Final y se abran todas las puertas, y el universo entero esté de par en par, para que todos los crucificados de amor vayan llegando por las huellas de su sangre. Clavos que pesan como pomos de espadas y que cuando ibas descalzo, gimiendo en la intimidad de tu celda, daban un campaneó metálico que hacía encarrujarse al demonio untado en los muros. Clavos en cuyo destellar

de obsidiana, tú contemplabas la súbita noche de Jerusalén, enlutada por su Rey. Clavos de la cuarta cruz, que solo María pudo ver: los clavos de Francisco de Gólgota, junto a los clavos de Francisco de Asís.

Con qué pudor escondías tus pies bienheridos, forrándolos en lanas y metiéndolos en sandalias donde los clavos quedaban secretos como el semillón en la lúcuma. Y al caminar dabas apenas un ledo golpeteo de frutas magulladas.

Bulto de aldabones de la gloria, ponían los clavos en tus palmas enrojecidas, ante las cuales se abrirá la misericordia que está aguardando a que le den de aldabonazos.

Cerrabas las mangas como la rosa que aprieta sus pétalos por esconder los estambres. Bendecías ahora con una como premura de obispo en viaje, que extrañó a Fray León y a tus hermanos, atentos siempre a tus gestos más leves. Los campesinos, que antes te habían visto dibujar en el aire una gran señal de la cruz, tiernamente y demorándote en la ternura, pensaron que ahora no ponías toda la bendición en la mano y que su ola de gracia venía ladeada por el viento.

Comías aún menos y bebías el vaso de agua subiéndolo a la boca con la lentitud del cáliz eucarístico. Cualquier roce te dolía como al quemado y se fatigaban tus labios de retener los quejidos. Creían los frailes que bebías con gesto sacerdotal, que siempre alza el vaso como si llevara sangre; así era, pero ofreciendo a Cristo la sangre de tus llagas.

Cuando a solas en tu celda, sentiste un reguero de sangre rodar del torso a la cadera, apegaste la camisa sobre la llaga, para que el lienzo se bebiese la derramadura. Fray

León, encargado de lavar tu ropa, vio esas dalias rojas en la tela, pero no preguntó nada, sabiendo y no sabiendo a quién servía.

Jesucristo, en especie de serafín, te había otorgado sentir algo de sus dolores y bajar como Él al limbo para sacar de allí a hermanos y seguidores tuyos. Tú querías que lo supieran. Pero Cristo no te había mandado compartir gozo ni guardar secreto. ¿Qué hacer?

A tu inquietud contestó Fray Iluminado:

—Si oculto tienes lo que Dios te ha querido dar para utilidad de muchos, merecedor seas de reprensión.

Lo tuyo había sido un incendio de amor y todo el monte Varnia llameaba alertando a pastores y viajeros. Lo que de lejos se divisaba en especie de fuego, habría de verse después vuelto llagas, con toda claridad y a solo un palmo de distancia, cuando el nuevo Tomás, ahora llamado Jerónimo, palpara hasta creer. ¡Segundo paño de la Verónica, bandera de Cristo!

Francisco, cuando ya reposabas muerto, con las manos en paloma sobre el pecho y los pies en dos peces varados sobre tu mortaja, acudieron los ciudadanos de Asís a comprobar tus llagas. Y ese Jerónimo, que tan osadamente tocó tus clavos uno por uno y que midió con su índice la hendidura del costado, grande como una hoja de laurel, tuvo que volverse ministro de ellas y jurar sobre la Biblia cada vez que alguien dudaba como él había dudado.

Gracias por creer en ti, Francisco, sin tener que ver esos emblemas rojeando en tu cuerpo: con tu ardiente caridad me convenciste.

Un hombrecito lento y flaco como cordero en año de sequía, camina hacia mí, dejando atrás a los hombres alborotados.

Sus ojos puestos en mis ojos: sentí que toda mi fiereza era sorbida por ellos y luego devuelta a raudales de cariño, y que entero en esa mirada, su corazón latía tan suavemente que serenaba los bruscos latidos de mi corazón de lobo.

Al pedirme, según la usanza de los hombres, que le tendiese una zarpa, toqué sobre su palma tibia el mismo venero de la mirada. Mano para beber en ella cuanto un cuerpo puede dar de óptimo, mano para olfatearla y lamerla hasta quedar hermanados, mano que podría recoger brasas sin quemarse y doblar herraduras sin abultar las venas: con tal mano me bendijo y sentí que su ternura colmaba mi cuerpo.

Ahora sé lo que es quedar bendito e ir por el bosque como recién nacido, y dormir confiado como las montañas a la noche, y despertar con el canto de las aves y dar gracias por hallarme otra vez en la luz.

Los de Agubbio se portaron como buenos lobos y cumplieron su promesa, dándome el sustento acordado. Así he envejecido entre el bosque y la ciudadela, yendo y viniendo de las densas hayas a las altas torres, y de las angostas callejuelas a los estrechos barrancos; pero todas las noches me venía a dormir en el abra donde conocí al cordero humano, aquí junto a la piedra donde me dio la mano y bendijo mi corazón.

Con mis viejos músculos que se habían ido entiesando y con estos ojos cansados que ya no podrían distinguir tu silueta, aguardé a que volvieras, Francisco. Por ti encaraba otra y otra mañana. Hasta que comprendí que nunca más nos veríamos en estos espacios, partidos en bosques y en ciudades. Entonces me fui a tender sobre la hierba de nuestro primer encuentro y me dejé enfriar bajo las estrellas.

Los de Agubbio me hallaron, plateado de escarcha, y cuando los vi recogerme con cariño y llevarme hacia la iglesia, les ladré un trueno, antes de correr hacia las estrellas.

A N E X O  
A L O S  
M O T I V O S  
D E S A N  
F R A N C I S C O



Gracias a vosotros por el privilegio que me concedéis de vivir una hora entre los historiadores de San Francisco y entre sus hijos americanos. Y gracias por el honor superlativo que me habéis concedido.

Cuando el mundo repentinamente se endurece y se torna en una especie de fiera mitológica, en vez de la consumada humanidad que Dios deseara, el genio franciscano, que es sobre todo un genio espiritual, se expande, se hace más sólido y se intensifica como lo hacen las fuerzas cósmicas. Una gran ansiedad se apodera de nosotros y duplica el sentido de nuestra misión terrestre. Posiblemente el significado del cinto que ciñe nuestra cintura sea para recordarnos cada día, y más especialmente en las horas catastróficas, que nuestra misión nos rodea, nos agujonea y parecer cercanos con su urgencia casi como una cuerda de cáñamo.

Vivimos en estas horas, hermanos míos, una conflagración que, antes de que asumiera contornos de choque de ejércitos, fue un sordo conflicto de pueblos, una pesadilla de nuestras conciencias individuales. No nos esforzamos lo suficiente en tiempo de paz para evitar la hecatombe; dormimos demasiado tiempo sobre la suave almohada de nuestra sociedad y posiblemente nosotros, que oramos, que cantamos nuestra fe, no hemos sabido al caer la noche pedir, como lo hizo nuestro santo patrono, la ayuda del Espíritu Santo, a lo que damos el nombre de “inspiración”.

1 Discurso de Gabriela Mistral al recibir el Premio Anual de la Academia Norteamericana de la Historia Franciscana. Universidad Católica de Washington DC, diciembre de 1950.

En las asambleas, llámense parlamentos o comicios cívicos, la palabra inoficiosa abunda y la palabra iluminadora no es escuchada. La inteligencia jamás fue más abundante en grupos partidistas y menos presente en el divino don a traer a los hombres un acuerdo. La palabra hueca y alta-nera ha reemplazado en las discusiones raciales y nacionales la antigua prudencia clásica y la austera clemencia cristiana.

Los antiguos paganismos del Mediterráneo cayeron, pese a toda su sabiduría en materias humanas, y los nuevos paganismos también serán abatidos por el rayo y el trueno. Las populares imágenes y misterios sagrados de nuestro santo patrono revolotean en torno a nosotros en estas horas y marchan al lado nuestro.

Es la hora del despertar, que convoca a las conciencias religiosas del planeta y las exhorta a un reexamen de la vida natural y sobrenatural del santo patrono que voluntariamente adoptamos como norma de vida y de muerte. Está bien que en esta hora de rechinar de dientes inun- demos nuestros sentidos y nuestras potencialidades con estas imágenes y que pasemos revista a algunas de ellas, aun cuando son tan numerosas como las constelaciones.

San Francisco fue un guardián; mantuvo vigilancia sobre todas las criaturas. Su lenguaje utilizó todas las palabras que hablan de amor, de atención, de vigilante preocupación, de ayuda a todo lo que es humano, presencia ante la pena, de ayuda en la adversidad y de compunción. Pero estas palabras constituyeron al mismo tiempo acción, puesto que tuvo la presencia y la simpatía, la ternura, el fervor y el fuego ardiente que constituyen la gama íntegra del amor.

Y, por esta multitud de humanísimas imágenes, los artistas de todo el mundo se han consagrado fervorosamente a recapturar su forma y su expresión. Su beatitud, su oración y su labor, sus andanzas y sus arrestos, la celda cerrada y el tiempo inclemente. La magia divina esculpió el friso de su vida, ambulatoria y al mismo tiempo fijada a un objetivo. Su ambición, alterada por su pasión, era una y la misma.

San Francisco presenció las luchas de la Edad Media sin contagiarse con su fiebre. Es el vagabundo de todos los senderos de la Umbría; le vemos caminando y vemos todo lo que encuentra en su camino. Aquí dio refugio y consuelo; más allá solucionó conflictos, remedió humanas miserias sin causar humillación; corrigió sin la brusquedad de la llamada “ira santa”.

San Francisco era de una sensibilidad extremada. En él, los cinco sentidos eran divinos. Tocaba la carroña sin repulsión; consideraba su igual al de elevada alcornia y al vulgar; respiraba animosamente los aromas de la Umbría y sin volver la cara se mezclaba con el populacho de la plaza del mercado. Tampoco se airaba ante las bravatas de los poderosos. Y llegaba aún más lejos, aunque ni sus priores ni sus hermanos se lo hubiesen pedido. Cuidaba afectuosamente de animales, aves, plantas. Encontraba la cosa más natural del mundo aproximarse a las bestias salvajes, cuidar de las abejas, amparar al halcón, cantar, sí cantar, en exquisitos versos latinos al sol, al agua y al fuego, y aun alabar aquello que llamamos “inanimado”, en una especie de amor filial hacia aquel planeta que consideraba como partícipe de la divinidad, porque Cristo Nuestro Señor se dignó descender a él para redimirlo primero con su sangre y luego con su gracia.

Es preciso que nosotros los cristianos tratemos a partir de ahora de aproximarnos al alma asiática, salvar aquel tremendo abismo geográfico y moral. El valor es capaz de milagros, cuando surge con impulso sobrenatural. No hay soldado pagano que alcance el heroísmo del cristiano; cual San Francisco, no busca el provecho ni la venganza, sino más bien una justicia exacta e indudable.

## ORACIÓN A SAN FRANCISCO POR YIN<sup>2</sup>

San Francisco de Asís, santo preferido de Juan Miguel, santo niño para los niños confiados y sin dolo, según nos quiere el Señor, decidle a Jesucristo: Aquí hay un niño que quiere entrar al Cielo de los Niños.

San Francisco de Asís, con esa delicadeza que adormecías palomas sobre tu pecho de palomo, toma un rato a mi Juan Miguel, y dale la compañía bienaventurada de tu pecho. Dile, tú, que lo cuidas y que lo guías. Y tus palabras se le queden como rocío sobre las sienes.

San Francisco de Asís, que conociste como Juan Miguel las llamadas del mundo, comprendiendo, intercede por sus devaneos, aboga por su fe de niño, por su perdón de niño descorazonado. Y lógrale el perdón, tú, que como Juan el Evangelista y como Pedro el Pescador, conociste los más recónditos inefables del Creador. Pídele así a quien nada te negará: al Cristo Perdonador con quien hasta en las llagas tú hermanaste.

Por la trabazón de las venas del cuerpo místico, trasfunde tus obras, sangra tus méritos y ofrécelos a Cristo, para contribuir con tu caridad a la redención total de Juan Miguel.

2 Juan Miguel Godoy Mendoza, llamado familiarmente Yin o Yin Yin, hijo de Gabriela Mistral, se suicidó en Petrópolis, Brasil, en 1943, a los 18 años.







M O T I V O S

D E

E S C R I T U R A



### CÓMO ESCRIBO<sup>3</sup>

Yo escribo sobre mis rodillas y la mesa escritorio nunca me sirvió de nada, ni en Chile, ni en París, ni en Lisboa. Escribo de mañana o de noche, y la tarde no me ha dado nunca inspiración, sin que yo entienda la razón de su esterilidad o de su mala gana para mí.

Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado ni en cuarto cuya ventana diese a un horrible muro de casa. Siempre me afirmo en un pedazo de cielo, que Chile me dio azul y Europa me da borroneado. Mejor se ponen mis humores si afirmo mis ojos viejos en una masa de árboles.

Mientras fui criatura estable de mi raza y mi país, escribí lo que veía o tenía muy inmediato, sobre la carne caliente del asunto. Desde que soy criatura vagabunda, desterrada voluntaria, parece que no escribo sino en medio de un vaho de fantasmas. La tierra de América y la gente mía, viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico pero muy fiel, que más que envolverme, me forra y me oprime, y rara vez me deja ver el paisaje y la gente extranjeros.

Escribo sin prisa, generalmente, y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la cordillera. Me irrita, en todo caso, pararme, y tengo siempre al lado cuatro o seis lápices con punta porque soy bastante perezosa, y tengo el hábito regalón de que me den todo hecho, excepto los versos.

3 La base inicial de este texto fue leído en el Instituto Vásquez Acevedo, de Montevideo, Uruguay, en un curso de verano realizado en 1938, y en el que Gabriela Mistral participó junto a Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni.

En el tiempo en que yo me peleaba con la lengua exigiéndole intensidad, me solía oír, mientras escribía, un crujido de dientes bastante colérico, el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma.

Ahora ya no me peleo con las palabras sino con otra cosa. He cobrado el disgusto y el desapego de mis poesías, cuyo tono no es el mío por ser demasiado enfático. No me excuso sino aquellos poemas donde reconozco mi lengua hablada, eso que llamaba don Miguel, el vasco, la lengua conversacional.

Corrijo bastante más de lo que la gente puede creer, leyendo unos versos que aun así se me quedan bárbaros. Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin desatadura posible, queda en lo que hago, sea verso o sea prosa.

Escribir me suele alegrar; siempre me suaviza el ánimo y me regala un día ingenuo, tierno, infantil. Es la sensación de haber estado por algunas horas en mi patria real, en mi costumbre, en mi suelto antojo, en mi libertad total.

Me gusta escribir en cuarto pulcro, aunque soy persona harto desordenada. El orden parece regalarme espacio, y este apetito de espacio lo tienen mi vista y mi alma.

En algunas ocasiones he escrito siguiendo un ritmo recogido en un caño que iba por la calle lado a lado conmigo, o siguiendo los ruidos de la naturaleza, que todos ellos se me funden en una especie de canción de cuna.

Por otra parte, tengo aún la poesía anecdótica que tanto desprecian los poetas mozos. La poesía me conforta los sentidos y eso que llaman el alma, pero la ajena mucho

más que la mía. Ambas me hacen correr mejor la sangre, me defienden la infantilidad del carácter, me aniñan y me dan una especie de asepsia respecto del mundo.

La poesía es en mí, sencillamente, un rezago, un sedimento de la infancia sumergida. Aunque resulte amarga y dura, la poesía que hago me lava de los polvos del mundo y hasta de no sé qué vileza esencial parecida a lo que llamamos el pecado original, que llevo conmigo y que llevo con aflicción.

Tal vez el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica, a la cual bajó el género humano y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano.

Es todo cuanto sé decir de mí, y no me pongáis vosotros a averiguar más.

## I

Empecé a trabajar en una escuela de la aldea llamada Compañía Baja a los catorce años, como hija de gente pobre y con padre ausente y un poco desasido. Enseñaba yo a leer a los alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachones analfabetos que me sobrepasaban en edad. A la directora no le caí bien. Parece que no tuve el carácter alegre y fácil ni la fisonomía grata que gana a las gentes. Mi jefa me padeció a mí y yo me la padecí a ella. Debo haber llevado el aire distraído de los que guardan secreto, que tanto ofende a los demás.

A la aldea también le había agradado poco el que le mandasen una adolescente para enseñar en su escuela. Pero el pueblecito con mar próximo y dueño de un ancho olivar a cuyo costado estaba mi casa, me suplía la falta de amistades. Desde entonces la naturaleza me ha acompañado, valiéndome por el convivio humano; tanto me da su persona maravillosa que hasta pretendo mantener con ella algo muy parecido al coloquio. Una paganía congenital vivo desde siempre con los árboles, especie de trato viviente y fraternal: el habla forestal apenas balbuceada me basta por días y meses.

Un viejo periodista dio un día conmigo y yo di con él. Se llamaba Bernardo Ossandón y poseía el fenómeno provincial de una biblioteca grande y óptima. No entiendo hasta

4 Texto leído en una conferencia para el profesorado de Veracruz, México, a inicios de 1949.

hoy cómo el buen señor me abrió su tesoro, fiándome libros de buenas pastas y de papel fino.

Con esto comienza para mí el deslizamiento hacia la fiesta pequeña y clandestina que sería mi lectura vespéral y nocturna, refugio que se me abriría para no cerrarse más.

Leía yo en mi aldea de La Compañía como todos los de mi generación leyeron “a troche y moche”, a tontas y a locas, sin idea alguna de jerarquía. El bondadoso hombre Ossandón me prestaba a manos llenas libros que me sobrepasaban: casi todo su Flammarion, que yo entendería a tercias o a cuartas, y varias biografías formativas y encendedoras. Parece que mi libro mayor de entonces haya sido un Montaigne, donde me hallé por primera vez delante de Roma y de Francia. Me fascinó para siempre el hombre de escritura coloquial, porque realmente lo suyo era la lengua que los españoles llamaban “conversacional”.

¿Qué lujo fue, en medio de tanta pacotilla de novelas y novelones, tener a mi gran señor bordelés hablándome la tarde y la noche, y dándome los sucedidos ajenos y propios sin pesadez alguna, lo mismo que se deslizaba la lana de tejer de mi madre! (Veinte años más tarde ya llegaría a Bordeaux y me había de detener en su sepultura a mascullarle más o menos esta acción de gracias: “Gracias, maestro y compañero, galán y abuelo, padrino y padre”).

A mis compatriotas les gusta mucho contarme entre las lecturas tontas de mi juventud al floripondioso Vargas Vila, mayoral de la época; pero esos mismos que me dan al tropical como mi único entrenador pudiesen también nombrar a los novelistas rusos, que varios de ellos aprovecharon mis estantitos.

Mucho más tarde, llegaría a mí Rubén Darío, ídolo de mi generación, y poco después vendrían las mieles de vuestro Amado Nervo y la riqueza de Lugones que casi pesaba en la falda.

Poca cosa era todo esto, siendo lo peor la barbarie de una lectura sin organización alguna. ¡Pena de ojos gastados en periódicos, revistas y folletines sin hueso ni médula! ¡Pobrecilla generación mía, viviendo en cuanto a provinciana una soledad como para aullar, huérfana de todo valimiento, sin mentor y además sin buenas bibliotecas públicas! Ignoraba yo por aquellos años lo que llaman los franceses el *métier de côtéé*, o sea, el oficio lateral, pero un buen día él saltó de mí misma, pues me puse a escribir prosa mala, y hasta pésima, saltando casi en seguida desde ella a la poesía, la que por la sangre paterna no era jugo ajeno a mi cuerpo.

Lo mismo pudo ocurrir en esta emergencia de crear cualquiera cosa, el escoger la escultura, gran señora que me había llamado en la infancia, o saltar a la botánica, de la cual me había de enamorar más tarde. Pero faltaron para estos ramos maestros y museos.

En el descubrimiento del segundo oficio había comenzado la fiesta de mi vida. Lo único importante y feliz en aldea costera sería el que al regresar de mi escuela, yo me ponía a vivir acompañada por la imaginación de los poetas y de los contadores, fuesen ellos sabios o vanos, provechosos o inútiles.

Mi madre, mientras tanto, visitaba la vecindad haciéndose querer y afirmándose así el empleo por casi dos años. Yo lo habría perdido en razón de mi lengua “comida” y de mi hurañez de castor que corría entre dos cuevas: la sala de clase, sin piso y apenas techada, y mi cuartito de leer y

dormir, tan desnudo como ella. La memoria no me destila otro rocío consolador por aquellos años que el de los moce-tones de la escuela, los que bien me quisieron, dándome cierta defensa contra la voz tronada de la jefa y su gran desdén de mujer bien vestida hacia su ayudante de blusa fea y zapatos gordos. Yo había de tener tres escuelas rurales más y una “pasada” por cierto liceo serenense.

A los veinte años ingresé en la enseñanza secundaria de mi patria y rematé la carrera como directora de liceo. A lo largo de mi profesión, yo me daría cuenta cabal de algunas desventuras que padece el magisterio, las más de ellas por culpa de la sociedad; otras por indolencia propia.

Una especie de fatalidad pesa sobre maestros y profesores; pero aquí la palabra no se refiere al hado de los griegos, es decir, a una voluntad de los dioses respecto de hombre “señalado”, sino que apunta a torpezas y a cegueras de la clase burguesa y de la masa popular.

La burguesía se preocupa poco o nada de los que apacientan a sus hijos y el pueblo no se acerca a ellos por timidez. Nuestro mundo moderno sigue venerando dos cosas: el dinero y el poder, y el pobre maestro carece y carecerá siempre de esas grandes y sordas potencias.

Es cosa corriente que el hombre y la mujer entren a su escuela nacional siendo mozos alegres y que salgan de ella bastante bien aviados para el oficio y también ardidios de ilusiones. La ambición legítima se la van a paralizar los ascensos lentos; el gozo se lo quebrará la vida en aldeas paupérrimas adonde inicie la carrera, y la fatiga peculiar del ejercicio pedagógico, que es de los más reseca-dores, le irá menguando a la vez la frescura de la mente y la llama

del fervor. El sueldo magro, que está por debajo del salario obrero, las cargas de familia, el no darse casi nunca la fiesta de la música o el teatro, la inapetencia hacia la naturaleza, corriente en nuestra raza, y sobre todo el desdén de las clases altas hacia sus problemas vitales, todo esto y mucho más irá royendo sus facultades y el buen vino de la juventud se las torcerá hacia el vinagre.

El ejercicio pedagógico, ya desde el sexto año, comienza a ser trabajado por cierto tedio que arranca de la monotonía que es su demonio y al cual llamamos vulgarmente “repetición”. Se ha dicho muchas veces que el instructor es un mellizo del viejo Sísifo dantesco. Ustedes recuerdan al hombre que empujaba una roca hasta hacerla subir por un acantilado vertical. En el momento en que la peña ya iba a quedar asentada en lo alto, la tozuda se echaba a rodar y el condenado debía repetir la faena por los siglos de los siglos. Realmente la repetición hasta lo infinito vale, si no es por el infierno, por un purgatorio. Y cuando eso dura veinte años, la operación didáctica ya es cumplida dentro del aburrimiento y aun de la inconciencia.

El daño del tedio se parece, en lo lento y lo sordo, a la corrosión que hace el cardenillo en la pieza de hierro, sea él un cerrojo vulgar o la bonita arca de plata labrada. El cardenillo no se ve al comienzo, solo se hace visible cuando ya ha cubierto el metal entero.

Trabaja el tedio también como la anemia incipiente; pero lo que comienza en nonada, cunde a la sordina, aunque dejándonos vivir, y no nos damos cuenta cabal de ese vaho que va apagándonos los sentidos y destiñéndonos a la vez el paisaje exterior y la vida interna. Los colores de la naturaleza y los de nuestra propia existencia se empañan de

más en más y entramos, sin darnos cuenta de ello, en un módulo moroso, en las reacciones flojas y en el desgano o desabrimiento. El buen vino de la juventud, que el maestro llevó a la escuela, va torciéndose hasta acabar en vinagre, porque la larga paciencia de este sufridor ya ha virado hacia el desaliento. Guay con estos síntomas cuando ya son visibles: es lo de la arena invasora que vuela invisible en el viento, alcanza la siembra, la blanquea, la cubre y al fin la mata.

Bien solo que está el desgraciado maestro en casi todo el mundo, porque este mal que cubre nuestra América del Sur casi entera, aparece también en los prósperos Estados Unidos, domina buena parte de Europa y sobra decir que infesta el Asia y el África.

Si el instructor primario es un dinámico, dará un salto vital hacia otra actividad, aventando la profesión con pena y a veces con remordimiento: la vocación madre es y fuera de su calor no se halla felicidad. Lo común, sin embargo, no es dar este salto heroico o suicida; lo corriente es quedarse por la fuerza del hábito, viviendo en el ejercicio escolar como menester que está irremediabilmente atollado en el cansancio y la pesadumbre. Ellos seguirán siendo los grandes afligidos dentro del presupuesto graso de las naciones ricas y de los erarios más o menos holgados; los sueldos suculentos serán siempre absorbidos por el Ejército y la Armada, la alta magistratura y la plana mayor de la política. Afligidos dije y no plañideros, pues cada instructor parece llamarse “el Soportaló Todo”.

Con todo lo cual, nuestro gran desdeñado, aunque tenga la conciencia de su destino y de su eficacia, irá resbalando en lento declive o en despeño, hacia un pesimismo áspero como la ceniza mascada. Si es que no ocurre cosa peor: el

que caiga en la indiferencia. Entonces él ya no reclamará lo suyo e irá, a fuerza de renunciadas, viviendo más y más al margen de su reino, que era la gran ciudad o el pueblecito. Con lo cual acaece que el hombre primordial del grupo humano acaba por arrinconarse y empiezan a apagarse en él las llamadas facultades o potencias del alma. El entusiasta se encoge y enfría; el ofendido se pone a vivir dentro de un ánimo colérico muy ajeno a su profesión de amor.

Aquellas buenas gentes renunciadas por fuerza, que nacieron para ser los jefes naturales de todas las patrias, y hasta marcados a veces con el signo real de rectores de almas, van quedándose con la resobada pedagogía de la clase y eso que llamamos “la corrección de los deberes”. Y cuando ya le sobreviene este quedarse resignados en el fondo de su almud, o sea, la mera lección y el fojeo de cuadernos, esta consumación significará la muerte suya y de la escuela.

## II

Puesto que la alegría importa muy poco a nuestros ciudadanos y realmente estamos solos, pavorosamente solos, para velar sobre la vida propia, cuando el tedio se ha adensado y comenzamos a trabajar como el remero de brazos caídos que bosteza con aburrimiento al mar de su amor, en este punto ha llegado momento de darse cuenta y echar los ojos sobre los únicos recursos que tenemos y que son los del espíritu. Es preciso cuando se llega a tal trance, salir de la zona muerta y buscar afuera de la pedagogía, pero ojalá en lugar que colinde con ella, la propia salvación y la de la escuela a fin de que la lección cotidiana no se vuelva tan salina como la Sara de Lot.

La invención del oficio colateral trae en tal momento la salvación. Ella busca quebrar la raya demasiado geométrica de la pedagogía estática, dándole un disparadero hacia direcciones inéditas y vitales. El pobre maestro debe salvarse a sí mismo y salvar a los niños dentro de su propia salvación. Llegue, pues, el oficio segundón, a la hora de la crisis, cuando el tedio ya aparece en su fea desnudez; venga cualquiera cosa nueva y fértil, y ojalá ella sea pariente de la creación, a fin de que nos saque del atolladero.

Este bien suele obtenerse a medias o en pleno oficio lateral. La palabra “entretener” indica en otras lenguas “mantener” o “alimentar”. En verdad lo que se adopta aquí es un alimento más fresco que el oficio resabio, algo así como la sidra de manzanas bebida después de los platos pesados.

Muchos profesores: belgas, suizos, alemanes, nórdicos, aman y practican el menester colateral y el francés lo llama con el bonito nombre de *métier de côté*. Y ellos lo buscaron desde siempre y por la higiene mental que deriva del cambio en la ocupación, y tal vez porque algunos se dieron cuenta de cierta vocación que sofocaron en la juventud.

Los experimentadores a quienes me conocí de cerca, mostraban como huella de su experiencia más o menos estas cualidades: una bella salud corporal, en vez de aire marchito de los maestros cargados de labor unilateral, y la conversación rica de quienes viven a turnos dos y no un solo mundo. Yo gozaba viendo el lindo ánimo jovial de quienes se salvan del cansancio haciendo el turno salubre de seso y mano, o sea, el casorio de inteligencia y sentidos. Todos eran intelectuales dados a alguna arte o ejercicio rural: la música, la pintura, la novela, la poesía, la huerta y el jardín, la decoración y la carpintería.

Parece que la música sea el numen válido por excelencia para ser apareado por cualquier otro oficio. Ella a todos conviene y a cada uno le aligera los cuidados; de llevar túnica de aire, parece que sea la pasión connatural del género humano. La especie de consolación que ella da, sea profunda, sea ligera, alcanza a viejos y a niños, y puede lo mismo sobre el culto que sobre el palurdo. Y del consolar, la música se pasa al confortar, y hasta al enardecer, como lo hace en los himnos heroicos, tan escasos desgraciadamente en nuestros pueblos.

Ello tiene no sé qué poder de ennoblecimiento sobre nuestra vida y por medio de cierta purificación o expurgo sor-do que realiza sobre las malas pasiones.

En una de las almas que yo más le amé a Europa, en Romain Rolland, el piano cumplía el menester de oficio colateral a toda anchura. Metido en su propio dormitorio, como si fuese hijo, el ancho instrumento hacía de compañero al maestro, tanto como la hermana ejemplar que fue Magdalena. Y tal vez a la música debió el hombre viejo la gracia de poder escribir hasta los setenta y tantos años.

El pedagogo belga Decroly tenía, por su parte, a la horticultura como el Cireneo de su dura labor de investigación sobre los anormales. En uno de los climas menos dulces de Europa, bajo la “garúa” empapadora o la neblina durable, se le veía rodeado de la banda infantil. El hombre de cuerpo nada próspero cultivaba, con primor casi femenino, sus arbolitos frutales y un jardincillo. (Él me dijo alguna vez que nos envidiaba el despejo de los cielos americanos y que no entendía el que no diésemos nuestras clases al aire libre).

Varios novelistas franceses (se trata de una raza harto terrícola) viven a gran distancia de las ciudades, repudiando la vida urbana por más de que ella parezca tan ligada a su profesión de hurgadores y divulgadores del hombre. Lo hacen por tener un acre o media hectárea de espacio verde. Y hacen bien, pues regalar a la propia casa un cuadro de hierba y flores no es niñería ni alarde: que es asegurarnos el gozo visual de lo vivo, el oreo de los sentimientos y la paz inefable que mana de lo vegetal y hace de la planta “el ángel terrestre” dicho por los poetas, ángel estable, de pies hincados en el humus.

Un auge muy grande ha logrado en Europa el bueno de Tagore, a quien me hallé en Nueva York vendiendo cuadros suyos; se sabía también el descanso que da el solo pasar de la escritura larga y densa a la jugarreta de los dedos sobre la tela o el cartón. Ustedes saben que el maravilloso hombre hindú era también maestro, como que daba clases en su propia escuela, que él llamó, con recto nombre, Morada de Paz.

Checoslovacos, nórdicos y alemanes tienen en gran aprecio a la madera labrada por las manos. Como que ellos son dueños de bosques alpinos y renanos, y de las selvas anteárticas.

Muchos maestros participan en la graciosa labor llamada carpintería rústica. Casas tuyas he visto en donde no había silla, mesa ni juguete que no hubiese salido de la artesanía familiar, y todo eso no desmerecía de la manufactura industrial. Aquellos muebles toscamente naturales y pintados en los colores primarios —que vuelven después del olvido en que los tuvimos—, nada tenían de toscos: estaban asistidos de gracia y además de intimidad.

Respecto de Italia casi sobra hablar. Ella es, desde todo tiempo, la China de Europa, por la muchedumbre prodigiosa de sus oficios, por la creación constante de géneros y estilos, y también porque la raza tenaz hurga incansablemente, arrancando materiales a su poca tierra y a su mar. Recordemos a María Montessori, recogedora genial de la herencia russoniana, pero además brazo diseñador del mobiliario especializado de su kindergarten. Todo él salió de su ojo preciso y de su lápiz.

Al fin de no fatigarles demasiado, dejo sin decir el trabajo de la pequeña forja del hierro, que tanta boga tiene ahora en la construcción de piezas decorativas para los interiores de las casas. También se me queda atrás la labor de pirograbado sobre cuero, que alcanza una categoría artística subida. Y mucho, mucho más, resta por decir.

No sobra recordar aquí a la California americana, zona donde la jardinería se pasa del amor a la pasión. En ese edén creado sobre el desierto mondo, los maestros se sienten en el deber de saber tanto como los jardineros de paga sobre el árbol y la flor, la poda y los injertos, los abonos y el riego. Horticultura y floricultura son allí dos oficios de todas las edades y suelen aparecerseme a la casa hasta los niños a ofrecerme servicios que suelen resultar bien válidos.

Nosotros, la gente del sur, hemos llegado a la misma pasión, cumpliéndose sobre terrenos muy superiores al subsuelo paupérrimo de California. Siempre se dijo que la profesión humana por excelencia, en cuanto a primogénita, es el cultivo del suelo, sea el óptimo, amable o rudo.

Les confieso que yo, ayuna para mi mal de la música e hija torcida de mi madre bordadora, a la cual no supe seguir,

me tengo como único oficio lateral el jardineo y les cuento que dos horas de riego y barrido de hojas secas me dejan en condiciones de escribir durante tres más; sol e intemperie libran de ruina a los viejos: el descanso al aire libre es mejor que el de la mano sobre la mano.

El trabajo manual, todos lo sabemos, sea porque suele cumplirse a pleno aire, sea porque la fatiga de los músculos resulta menos mala que el agobio del cerebro, puede salvar en nosotros, junto con la salud, la índole jocunda, el natural alegre. Manejada con tino, y más como distracción que como faena, la labor manual se vuelve el mejor camarada y un amigo eterno. Añádase a esto aún el hecho de que su experiencia nos hace entender la vida de la clase obrera. El tajo absoluto que divide para desgracia nuestra a burgueses y trabajadores, viene en gran parte de la ignorancia en que vivimos sobre la rudeza que hay en el trabajo minero, en la pesquería, en ciertas industrias que son mortíferas y también en la agricultura tropical.

Quien no haya probado alguna vez en su carne la encorvadura del rompedor de piedras o la barquita pescadora que cae y levanta entre la maroma de los oleajes, y quien no haya cortado tampoco la caña en tierras empantanadas, ni haya descargado fardos en los malecones, no podrá nunca entender a los hombres toscos de cara mala gestada y alma ácida que salen de esas bregas. Y estos hombres suelen ser los padres de aquellos niños duros de ganar y conlleva que se sientan en nuestras escuelas.

Aunque parezca que el oficio segundón es siempre mero recreo, él suele tomar un viraje utilitario. Vi en Europa que maestros jubilados con pensiones irrisorias, que ya no les valen, a causa de la desvalorización de la moneda, se han

puesto a mercar con la artesanía aprendida como mero deporte. Así viven ellos hoy, y van sacando a flote su pan, de modo que el menester colateral fue promovido a oficio único y da de comer, y paga al viejo médico y medicinas.

Algunos de ustedes se van a decir ahora: “¿Y por qué a Gabriela le importa tanto defenderse del tedio y quiere poner solaz a una profesión cuya índole será siempre dura y producirá agobio?”.

Yo les respondo que la felicidad, o al menos el ánimo alegre del maestro, vale en cuanto a manantial donde beberán los niños su gozo, y del gozo necesitan ellos tanto como de adoctrinamiento.

Después de la carnicería de 1914, la palabra “paz” saltaba de las bocas con un gozo casi eufórico: se había ido del aire el olor más nauseabundo que se conozca: el de la sangre, sea ella de vacuno, sea de insecto o sea la llamada “noble sangre del hombre”.

La humanidad es una gran amnésica y ya olvidó esto, aunque los muertos cubran hectáreas en el sobrehaz de la desgraciada Europa, la que ha dado casi todo y va en camino, si no de renegar, de comprometer cuanto dio.

No se trabaja y crea sino en la paz; es una verdad de Perogrullo, pero que se desvanece apenas la tierra pardea de uniformes y hiede a quemados infernales.

Cuatro cartas llegaron este mes diciendo casi lo mismo:

La primera: “Gabriela, me ha hecho mucho daño un solo artículo, uno solo, que escribí sobre la paz. Cobré en momentos cara sospechosa de agente de sueldo, de hombre alquilado”.

Le contestó:

“Yo me conozco ya, amigo mío, eso de la ‘echada’. Yo también la he sufrido después de veinte años de escribir en un diario, y de haber escrito allí por mantener la ‘cuerdecilla de la voz’ que nos une con la tierra en que nacimos y que es el segundo cordón umbilical que nos ata a la madre. Lo que hacen es crear mudos y por allí desesperados. Una empresa subterránea de sofocación trabaja día a día. Y no

solo el periodista honrado debe comerse su lengua delatora o consejera; también el que hace libros ha de tirarlos en un rincón como un objeto vergonzoso si es que el libro no es mera entretención para los que se aburren, si él enfrenta a la carnicería fabulosa del nordeste”.

Otra carta más:

“Ahora hay un tema maldito, señora, es el de la paz. Puede escribirse sobre cualquier asunto vergonzoso: defender el agio, los toros, la ‘fiesta brava’ que nos exportó la madre España, y el mercado electoral doblado por la miseria. Pero no se debe escribir sobre la paz: la palabra es corta pero fulmina o tira de bruces, y hay que apartarse del tema vedado como del cortocircuito eléctrico”.

Y otra carta aún dice:

“No tengo ganas de escribir nada. La paz del mundo era ‘la niña’ de mis ojos. Ahora es la guerra el único suelo que nos consienten abonar. Ella es, además, el ‘santo y seña’ del patriotismo. Pero no se apure usted; lo único que quiere el llamado ‘pueblo bruto’ es que los dejen trabajar en paz para la mujer y los hijos. Tienen ojos y ven, los pobres. Solo que de nada les sirve el ojo claro que les está naciendo y hay que oírlos cuando los radios buscan calentar su sangre para llevarlos hacia el matadero fenomenal”.

Y esta última carta:

“Desgraciados los que todavía quieren hablar y escribir de eso. Cúidense del mote: cualquier día cae encima de ustedes. Es un mote que si no mata, estropea la reputación de llena-

dor de cuartillas y a lo menos marca a fuego. A su amigo ya lo miran con ‘ojo bizco’, como diría usted.

“La palabra ‘paz’ es vocablo maldito. Usted se acordará de aquello de ‘La paz os dejo, mi paz os doy’. Pero no está de moda Jesucristo, ya no se lleva. Usted puede llorar. Usted es mujer. Yo no lloro: tengo una vergüenza que me quema la cara. Hemos tenido una ‘Sociedad de las Naciones’ y después unas ‘Naciones Unidas’ para acabar en esta quiebra del hombre.

“¿Querrán esos, cerrándonos diarios y revistas, que hablemos como sonámbulos en los rincones y en las esquinas? Yo suelo sorprenderme diciendo como un desvariado el dato con seis cifras de los muertos”.

(Ninguno de mis cuatro corresponsales es comunista).

Yo tengo poco que agregar a esto. Mandarlo en un “Reca-do”, eso sí. Está muy bien dicho todo lo anterior; se trata de hombres cultos de clase media y estas palabras que no llevan el sesgo de las opiniones acomodaticias a volar sobre nuestra América. “¡Basta! —decimos— ¡Basta de carnicerías!”.

Lúcidos están muchos en el Uruguay fiel, en el Chile realista, en la Costa Rica donde mucho se lee. El “error” se va volviendo el “horror”.

Hay palabras que, sofocadas, hablan más precisamente por el sofoco y el exilio; y la de “paz” está saltando hasta de las gentes sordas o distraídas. Porque, al fin y al cabo, los cristianos extraviados de todas las ramas, desde la católica hasta la cuáquera, tienen que acordarse de pronto, como los des-

variados, de que la palabra más insistente en los Evangelios es ella precisamente, este vocablo tachado en los periódicos, este vocablo metido en un rincón, este monosílabo que nos está vedado como si fuera una palabrota obscena. Es la palabra por excelencia y la que, repetida, hace presencia en las escrituras sacras como una obsesión.

Hay que seguir voceándola día a día, para que algo del encargo divino flote, aunque sea como un pobre corcho sobre la paganía reinante.

Tengan ustedes coraje, amigos míos. El pacifismo no es la jalea dulzona que algunos creen; el coraje lo pone en nosotros una convicción impetuosa que no puede quedársenos estática. Digámosla cada día en donde estemos, por donde vayamos, hasta que tome cuerpo y cree una “militancia de la paz”, la cual llene el aire denso y sucio, y vaya purificándolo.

Sigan ustedes nombrándola contra viento y marea, aunque se queden unos tres años sin amigos. El repudio es duro, la soledad suele producir algo así como el zumbido de oídos que se siente bajando a las grutas o a las catacumbas. No importa, amigos, ¡hay que seguir!

*México, noviembre de 1950*

M O T I V O S

D E

L A V I D A



MENSAJE SOBRE LOS  
DERECHOS HUMANOS<sup>5</sup>

Hace ocho años dos palabras bajaron hacia las multitudes de varias naciones y de millones de hombres, y son esas palabras las que celebramos hoy en la forma de los derechos humanos.

Muchas patrias ya conocían esta honra, pero no eran todas las criaturas quienes gozaban de estos derechos. Este día llegó al fin hace ocho años y lo celebramos como un nacimiento pascual.

No eran pocos los que dudaron de que la libertad acarrease bienestar a los pueblos retardados y ellos mismos habían rehusado a hombres y mujeres esta gracia tan justiciera.

Celebramos la universalidad de vuestra hazaña civil, pero subsiste en nosotros todavía un gesto de tristeza. Echemos una mirada que abrace al mundo y quedaremos pensativos.

Recordemos en este aniversario el ancho y noble bien logrado y hagamos con fervor el voto de que esta fecha será en el calendario de 1955 absolutamente gloriosa.

Los elegidos que recibieron la chispa divina bajaron a redimir no solo a sus multitudes. Ellos bajaron a salvar a todos los pueblos que vendrán después.

5 Leído en las Naciones Unidas. Nueva York, 10 de diciembre de 1955.

Los presentes, que estábamos hartos de tan larga espera, los que no aceptamos seguir viviendo como entes privilegiados, continuaremos esta campaña. En ninguna página sagrada hay algo que se parezca al privilegio y aún menos a la discriminación: dos cosas que rebajan y ofenden al hijo del hombre.

Yo sería feliz si vuestro noble esfuerzo por obtener los derechos humanos fuese adoptado con toda lealtad por todas las naciones del mundo. Este triunfo será el mayor entre los alcanzados en nuestra época.

## EVOCACIÓN DE LA MADRE

Madre, en el fondo de tu vientre se hicieron en silencio mis ojos, mi boca, mis manos. Con tu sangre más rica me regabas como el agua a las papillas del jacinto, escondidas bajo tierra.

Mis sentidos son tuyos, y con este como préstamo de tu carne ando por el mundo. Alabada seas por todo el esplendor de la tierra que entra en mí y se enreda a mi corazón.

Madre, yo he crecido como un fruto en la rama espesa sobre tus rodillas profundas. Ellas llevan todavía la forma de mi cuerpo; otro hijo no te la ha borrado; y tanto se habituaron a mecirme, que cuando yo corría por los caminos, ellas estaban allí en el corredor de la casa como tristes de no sentir mi peso.

No hay ritmos más suaves, entre los cien ritmos derramados por el Primer Músico en el mundo, que ese de tu mecedura, madre; y las cosas plácidas que hay en mi alma se cuajaron con ese vaivén de tus brazos y tus rodillas.

Y a la par que mecías me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras juguetonas, pretextos para tus "mimos". En esas canciones tú me mostrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia tan extraña en la que la habían puesto a existir, y así yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombradora de las criaturas que yo no aprendiera de ti. Las maestras que vinieron después solo usaron de las visiones y de los nombres hermosos que tú me habías entregado.

Tú ibas acercándome, madre, las cosas inocentes que podía coger sin herirme: una hierba buena del huerto, una hoja de hiedra del corredor, y yo palpaba en ellas la amistad de las criaturas. Tú a veces me comprabas, y otras me hacías, los juguetes: una muñeca de ojos muy grandes como los míos; una casita que se desbarataba a poca cosa. Pero los juguetes muertos yo no los amaba, tú te acuerdas; el más lindo para mí era tu propio cuerpo.

Yo jugaba con tus cabellos como con hilillos de agua escurridizos, con tu barbilla redonda, con tus dedos, que trenzaba y destrenzaba. Tu rostro inclinado era para tu hija todo el espectáculo del mundo. Con curiosidad miraba tu parpadear rápido y el juego de la luz que se hacía dentro de tus ojos verdes, y aquello tan extraño que solía pasar sobre tu cara cuando tenías una cosa que yo ignoraba, cuando eras desgraciada, madre.

Sí, todito mi mundo era tu semblante; tu frente como un llano con rastrojo dorado; tus mejillas como la loma y los surcos que la pena cavaba hacia los extremos de tu boca, eran dos pequeños vallecitos tiernos. Aprendí los colores y las formas mirando tu cabeza: el color de la última tarde estaba en tu cabellera; temblor de las hierbecitas, en tus pestañas, y el tallo de las plantas en tu cuello que al doblarse hacia mí hacía un pliegue lleno de intimidad.

Y cuando ya supe caminar de la mano tuya, apegadita a ti cual si fuera un pliegue grande de tu falda, salí a conocer tu valle y mi valle dulcísimo.

Los padres están demasiado llenos de afanes para que puedan llevarnos de la mano por un camino o subirnos una cuesta. Por esto es que siempre somos más hijos de la madre,

con la cual seguimos ceñidos como la almendra lo está de su vainita cerrada. Y el cielo más amado por nosotros no es aquel de las estrellas líquidas y frías, sino el otro de los ojos vuestros, tan próximo, que se pueden besar sobre su mismo llanto.

El padre anda en la locura heroica de la vida y no sabemos lo que es su día. Solo vemos que por las tardes vuelve y suele dejar en la mesa una parvita de frutos dorados y rojos, y vemos que os entrega a vosotras para el ropero familiar los lienzos y las franelas con que nos vestís. Pero la que monda los frutos y los corta en gajitos para la boca del niño, y exprime en la siesta calurosa, eres tú, madre. Y la que corta la franela y el lienzo en piececitas, y las vuelve un traje amoroso que se apega bien a los costados friolentos del niño, eres tú, madre pobre, la más tierna de todas, la tiernísima.

Ya el niño junta palabritas como vidrios de colores. Entonces tú le pones una oración leve en medio de la lengua y allí se nos queda hasta el último día. Esta oración es tan sencilla como la espadaña del lirio y espiga así, temblorosa, hacia los ojos del Señor. Con ella, ¡tan breve!, pedimos cuanto se necesita para vivir con suavidad y transparencia sobre la costra llagada del mundo: se pide el pan cotidiano, se dice que los hombres son hermanos nuestros y se alaba la voluntad vigorosa del Señor.

Y de este modo, la que nos mostró la tierra como un lienzo extendido, lleno de formas y colores, nos hace conocer también al Dios escondido detrás de las formas.

Yo era una niña triste, madre, una niña huraña como son los grillos oscuros cuando es de día, como es el lagarto ver-

de, bebedor de sol. Y tú sufrías de que tu niña no jugara como las otras, y solías decir que tenía fiebre cuando en la viña de la casa la encontrabas conversando sola con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño arrobado. Ahora está hablando así también conmigo, que no le contestas, y si tú la vieses le pondrías la mano en la frente, diciendo como entonces: “Hija, tú tienes fiebre”.

Todas las que vienen después de ti, madre, enseñan sobre lo que tú enseñaste y dicen con muchas palabras cosas que tú dices con poquitas; cansan nuestros oídos y nos matan el gozo de escuchar. Se aprendían las cosas con más levedad estando tu niñita bien acomodada sobre tu pecho. Tú ponías la enseñanza sobre esa como cera dorada del carihño; no hablabas por obligación, y así no te apresurabas, sino por necesidad de derramarte hacia tu hijita. Y nunca le pediste que estuviese tiesa y quieta en una banca dura oyéndote. Mientras te oía, jugaba con la vuelta de tu blusa o con el botón de concha de perla de tus mangas. Y este es el único aprender deleitoso que he conocido, madre.

Después yo he sido una joven y después una mujer. He caminado sola, sin el arrimo de tu cuerpo, y he sabido que eso que llaman la libertad es una cosa sin belleza. He visto mi sombra caer sobre los campos sin la tuya, chiquitita; al lado, y era fea y triste. También he hablado sin necesitar de tu ayuda y yo hubiera querido que como antes, en cada frase mía estuvieran tus palabras ayudadoras para que lo que se iba diciendo fuese como una guirnalda hecha por las dos.

Muchas veces me han llamado fuerte y segura los hombres que no saben que el corazón de una mujer es siempre una

pajilla de alero, temblorosa del miedo de vivir. Y oyéndonos yo he cerrado los ojos para esconderles mi única verdad. ¿Porque yo siento menos firme mi cabeza desde que no necesita tu brazo bajo ella, madre!

He hablado entre la muchedumbre de las gentes y después he sentido el descontento de cuanto dije, viendo que la sencillez de tu hablar se ha quebrado en mí, tal vez por vanidad, tal vez por el necio deseo de dar cosas intensas a los hombres endurecidos que para sentir necesitan del fuerte aletazo del buitre.

De las enseñanzas que me diste, una se adentró muy hondo: la de devolver. Así, madre, yo he hecho las canciones de cuna tuyas y ninguna otra cosa más quisiera hacer. En la mitad de la vida he venido a saber que todos los hombres son desgraciados y necesitan siempre una canción de cuna para que apacigüe su corazón.

De todo lo inútilmente pensado, de todo lo hinchadamente dicho, olvídate tú, no lo mires y recíbeme solo esas canciones.

Ahora yo te hablo con los ojos cerrados, olvidándome de dónde me hallo, para no saber que estoy tan lejos, con los ojos apretados por no mirar que hay un mar tan ancho entre tu pecho y mi semblante. Te converso cual si estuviera tocando tus vestidos y tengo las manos un poco extendidas y entreabiertas para creer que la tuya está cogida.

Como te dije, llevo el préstamo de tu carne, hablo con los labios que me hiciste y miro con tus ojos las tierras extrañas. Tú ves por ellos también las frutas del trópico, la piña grávida y exhalante, y la naranja de luz; tú gozas con mis pupilas en contorno de estas otras montañas, tan distinta

de la montaña desollada bajo la cual tú me criaste. Tú escuchas por mis oídos el habla de estas gentes que tienen el acento más dulce que el nuestro, y las comprendes y las amas; y también te laceras en mí cuando la nostalgia de algún momento es como una quemadura y se me quedan los ojos abiertos y sin ver sobre el paisaje mexicano.

Gracias, madre, en este día, y en todos los días, por la capacidad que me diste de recoger la belleza de la tierra como un agua que se recoge con los labios y también por la riqueza de dolor que pude llevar sin morir en la hondura de mi corazón.

Para creer que me oyes, he bajado los párpados y arrojé de mí la mañana, pensando que a esta hora tú tienes la tarde sobre ti. Y para decirte todo lo demás que se quiebra en las palabras sin ternura, voy quedándome en silencio.

*México, junio de 1923*

El amor de la madre se me parece muchísimo a la contemplación de las obras maestras. Es magistral, con la sencillez de un retrato de Velázquez; tiene la naturalidad del relato en la *Odisea*, y también en la familiaridad, que parece vulgar, de una página de Montaigne. No hay dramatismo histérico ni alharaca romántica en los días de la madre. Su vivir cotidiano corre parejo con la de una llanura al sol en ella, como en el llano agrario, la siembra y la cosecha se cumplen en gesticulación, dentro de una sublime llaneza.

A nadie le parece maravilloso que la mujer amamante. El amor maternal, al igual que la obra maestra, no arrebató a su creadora, ni asusta, por aparatosa, a su espectador. Aquel bulto doblado de palmera de leche, que se derrama sin ruido dos horas al día, no se nos ocurre que sea asunto de dolor. Pero recordemos al indiferentón que pasa sin mirar a la doblada que la sangre inventó en la mujer para sustentar, y el que no había parado mientes tal vez quede un poco azorado. La sangre de él se dio alguna vez en préstamo a un enfermo, pero nunca se regaló dieciocho meses y de este modo admirable.

Nadie se asombra tampoco de que la madre tenga desvelo y goce solo la mitad de su noche. El hombre ha hecho vigilia de soldado en un cuartel o tuvo noches en blanco de pescador de alta mar o ha cumplido el velorio de sus muertos algunas veces en su vida. El desvelo de la madre le parece cosa normal, como la pérdida de la luz a las seis

6 Parte de una conferencia en la Asociación Cristiana de Jóvenes de Río de Janeiro, el Día de las Madres, 12 de mayo de 1940.

de la tarde; y es que sin saberlo, el varón asimila el dolor de la mujer a cualquier operación de la naturaleza. Lo turbaría solo el que las madres, al fin cansadas, rompiesen la cuerda de su costumbre. Pero no se cansan la llanura nutricia ni la mujer; aquel cuerpo, al que llaman flaco, de poco hueso y poco músculo, y que se cree hecho para el trabajo mínimo o para las fiestas del mundo, resiste como el junco o la vara de vid al peso y a la podadora del dolor.

El espectador mira tranquilamente también a la madre del hijo loco o del degenerado. Aquella paciencia que se aproxima a la de Dios, la carencia de esa criatura de toda repugnancia; el que aquella mujer sea capaz de amar a su monstruo no como al hijo cabal, sino muchísimo más, todo esto se contempla sin asombro. Y, sin embargo, lo que vemos es una especie de aberración, es “milagro puro”. Escribir la *Ilíada* en unos años o esculpir en semanas la cabeza de Júpiter, vale mucho menos que enjuagar día a día la baba del demente o ser golpeada en la cara por el loco. En madres de este género, yo he visto momentos que no sé decir y que me dieron calofrío, porque me pareció tocar los topes de la naturaleza y ver el punto en el que la carne se abre y muestra por el desgarrón un fuego que ciega, el del querubín ardiendo, que en cielo representa el amor absoluto.

Y sin ir tan lejos como en lo contado, sin apurar la desventura, acordémonos del hecho corriente de la mujer que cría hijos mediocres, guardando la actitud que tendría la madre de Marco Aurelio o la de San Agustín.

Es cosa de verle el primor con que sirve el desayuno de su rey bueno para nada: cosa de gozarle el cuidado que pone al peinado y vestirlo, usando en el hijo la coquetería que

antes puso en ella misma. Y es inefable seguirle en encantamiento en que vive su día entero, alindando su cuarto, alisando ropas estrujadas y volviendo válido lo viejo. ¡Qué ingenio gastado en su pobre diablo! Es siempre menos fantástico el engaño del que juega sin saberlo con polvo de oro que el engaño del otro que exprime el barro bruto, tomando por un fogonazo de diamantes el relumbrón de la mica. La madre del hijo necio se siente tan favorecida como la madre de San Juan de la Cruz. Ella no creerá nunca en que la naturaleza la engañó, en que ella fue burlada por el destino, en que está regando la higuera estéril, que no echará ni sombra a su espalda, porque ya está comida de gorgojo.

La madre del inútil ignora su fracaso, ¡ay del que quiera volverla lúcida! De su pecho cae sobre el infeliz un chorro de luz que lo hace relumbrar; la fuerza que canta en su propia sangre le afirma que el hijo es fuerte. Si leyó mitologías, su hijo será Hércules, y si oyó contar “Vidas” su hijo será Marcelino Berthelot, de no ser Marie Curie... Testaruda santa, ojo con viga de oro, caracol de música que oye siempre un coro que canta, por más que solo ella lo sienta.

Finalmente, a nadie deslumbra la pasión de la mujer por el hijo, aunque sea la pasión que más dure. Veinte, sesenta años está en pie, y esto no lo produce la mera naturaleza: el frenesí del viento no dura mucho y el hervor de la cascada a ratos se relaja; la pasión del animal, más flaca que la de los elementos, vale menos aún, ya que no va más lejos que la estación. La madre rebasa lindamente la naturaleza, la quiebra, y ella misma no sabe su prodigio. Una pobre mujer se incorpora por la maternidad a la vida sobrenatural y no le cuesta —¡qué va a costarle!— entender la eternidad: el hombre puede ahorrarle la lección sobre lo eterno, que ella lo vive en su loca pasión. En donde esté, viva o muer-

te, allá seguirá haciendo su oficio, que comenzó en un día para no parar nunca. La hora en que nació su hijo, ella cogió los remos del forzado y se echó a un viaje perdurable. Se me ocurre que en el cielo de las madres ha de haber una lonja donde no existe la libertad, donde dura la servidumbre, solo que más gozosa de la que ellas vivían sobre el cascarón terrestre.

El cariño materno tiene el mismo absurdo del amor de Dios por nosotros. Vive, alimentado o abandonado; no se le ocurre esperar “retorno” y apenas para mientes en el olvido. La zarza ardiendo asustó a Moisés; pero a ningún hijo le turba esa otra zarza que al lado de él se quema sin soltar ceniza, sin ralea la llama, ancha y alta como la hoguera de la ceiba cuando sube entera.

Preciosa criatura que vive la gracia del genio dentro de una rasa naturalidad. El genio le cayó al pecho, no a la frente, pero bajó en un torrente más cálido que el del genio intelectual (luz de luna que a veces no fecunda cosa que valga), y este genio se transfiguró en ella en humildad, matando el orgullo que en el hombre es la costumbre genial.

Un poco quiero para ordenar mi propio interior, poner aquí el lote de este viaje, mi primer viaje a tierra extranjera (aunque no hay extranjería en el continente): lo que me ha dado, lo que me ha hecho perder.

Mi primera impresión sobre el mar fue de alegría. Me tomó sobre sí la risa del mar. Fue rasgando como un tejido duro mi tristeza terca. En la mitad del viaje ya la sal del viento me había curado.

Mi sensación del trópico fue la de la plenitud de la vida a los 33 años. Es decir, en el meridiano de mí misma yo conocía y pasaba el ecuador terrestre. Yo entraba en la tierra magnífica sin limitación de montañas hostiles, en la tierra rica como el color del tigre real.

Me parecieron un sueño las manifestaciones, por exageradas no incorporadas a mi espíritu del recibimiento. Pero rebajando mucho su espontaneidad y su justicia, me quedó siempre un fondo grande de confianza en mi fuerza. Supe sobre todo que no he hablado en vano para las gentes. Pero supe una cosa triste: que mis palabras han hallado más lealtad lejos y más fidelidad.

Me sedujo primero la dulzura de las gentes; después se ha desteñido lentamente. He visto dentro de ellas muchas veces la cortesanía banal y he echado de menos en alguna ocasión la sinceridad de embeñada que es la chilena, la franqueza un poco de peñasco y de matorral duro.

Me ha admirado la cultura natural de la raza nueva, tan natural como la mirada, como el movimiento. Una cultura consciente en algunos, inconsciente en la mayoría, pero cabal y bella. Y la sensibilidad que reconozco momento a momento superior a la mía. Es un poco sensual, está vuelta al mundo exterior. La mía mira hacia la vida interna únicamente.

Lo que he recibido caminando es mucho. Miro el paisaje como no lo había mirado. Es como si me hubiesen levantado los párpados. Salgo de mi unilateralidad. Me enriquezco levemente de simpatías, de motivos, de intereses humanos.

El ambiente democrático me hace pensar con pena en que debo abandonar esta tierra para ir a aquella donde, al hablar de mis versos, hablan de mi nacimiento y me enrostran como un rasgo africano mi escuela rural.

Me ha interesado aquí, por el paisaje suave de Chapala, el suave San Francisco. Me ha interesado aquí, por la riqueza de la fauna. Pero sobre todo, por mis ojos despiertos a la tierra, las ciencias naturales. Y por mis lecturas, tranquilas y nobles, me ha interesado escribir las grandes vidas.

He aprendido cosas amargas que todos los hombres creen miserablemente en las pequeñas patrias, en el aire mexicano o chileno, en las pastas mexicanas y chilenas. No me han convertido con su feroz nacionalismo, volveré con una decepción áspera, pero a la vez, con una terquedad heroica a vivir en Chile mi universalismo del espíritu, de la mente y de la mirada. Y en las flores chilenas miraré solo las flores, y en la carne chilena miraré solo la carne humana.

Miro como una pesadilla el panorama de mi poesía dolorosa y quiero desprenderla de mí como una llaga fea. Como dijo D'Annunzio: yo quiero crear con alegría.

La dura lección de que existen las patrias me hará volver. Si no fuera el mundo este campo cuadrulado de territorios con nombre de dueño me quedaría en cualquier parte, no pidiéndole más a la tierra que adoptase dulzura en el frío y en el calor, fruto sabroso y pan seguro.

He adquirido el respeto de valores que no estimaba: el de la cultura superior. Hago menos versos, pero amo la poesía como siempre. Quiero ser el hombre completo, para volverme más humana. Mi unilateralidad me ha hecho fanática en cierta forma.

Reconozco a la raza en que me tocó nacer cierto vigor entre las razas asiáticas de la América, cierta austeridad que yo llevo más que toda ella y cierta dosis de voluntad rara en estos pueblos abúlicos. La estimo, pero no la amo. Quiero volver a ella, pero solo para retirarme a estudiar y a escribir. Seguramente no me dará esto como no ha querido darme nada.

A veces me conmueve y a veces me da una sonrisa amarga su tardía estimación por mí. Le agradezco, pero no me enterece. Mi libro me parece en un tercio estimable. Creo que no escribiré más versos para los niños. No es mi cuerda, de lo sencillo caigo a lo simple.

Me encontré un día con un hombre más o menos respetado en el continente. Me conforta esto un poco después de la lucha en que se me ha ido la sangre y la fuerza. Pienso, y ésta es mi única alegría, que puedo comer en cualquier

tierra americana y que la miseria se distancia un poco de mi puerta. Esto me da tranquilidad, lo que no he tenido nunca en mi vida.

También me han mordido y llenado a veces de pesadumbre. Mi carácter tericamente personal irrita y desagrada. No quiero cambiarlo; ahora menos que nunca acepto transacciones con el mundo.

Por primera vez en mi vida he descansado y he vivido determinando de mis horas que son mías por primera vez. Esto me ha dado una embriaguez de alegría y le he dicho las gracias al Señor porque se acordó de mí. Pido a Dios vivir en paz en cualquier tierra, bajo techo seguro y resguardada de la pobreza extrema. Y le pido no tener amos para decir la verdad, que no la he dicho.

*México, 1923*

## LA HORA QUE PASA<sup>7</sup>

Entrega tu labor: tu tela, tu ladrillo, tu cántaro o tu poema. ¡Hoy! No tienes más hora segura que la que pasa; no puedes contar sino con estos latidos de tu corazón, con este aliento que se exhala de tu boca, con la claridad de los ojos tuyos en esta hora.

¡Hoy! La muerte ya tiene tal vez tus pies dentro de su telaraña aterciopelada y blanda y sube... y sube.

Y el pensamiento de que la muerte te espía, empinada por sobre tu cabeza, no te deje caer las manos, más bien te enderece.

Te hicieron un instrumento frágil y tu maravilla es esa misma fragilidad. Algunos árboles quintuplican tu vida; pero a ti te dieron solo algunos días prodigiosos. ¡Hoy! Siente qué vivos y frescos están tus sentidos en esta hora, qué alegre va la honda de tu sangre del tronco a los brazos y llega a la punta de tus dedos, que se te ponen como temblorosos de ansia. Coge ya tu paño, o tu porcelana o tu poema.

Apresúrate a dejar pintado el semblante de tu alma en la faena. No quedarán más retratos tuyos verdaderos que ese que haces sin saberlo en la firmeza del cañamazo que tejes o en la terca apretadura de los ladrillos que vas cortando. Pintas el rostro de tu coraje, el perfil de tu voluntad, tu dulzura, tu frenesí.

7 Publicado originalmente en *Lectura para mujeres*. Ciudad de México: Secretaría de Educación de México, 1923.

En este instante: no dejes que caiga en vano el sol sobre tu espalda; devuelve el sorbo de viento, lleno de olores fértiles, que bebes delante de los surcos. ¡Devuélvelo! Esta es la insigne cortesía del hombre hacia las cosas: te den las tibias siestas, los frutos de óleos y de azúcares, y tú yergues formas nuevas y amigos por los valles. Sé el que devuelve siempre, el que no hace trampas a la vida, el que recibe con una mano y está pagando con la otra. El antiguo caballero era así; la mujer fuerte de la Biblia también.

Devolvían, no hacían sino devolver.

¡Hoy! Di la palabra en tu mente y que te queme de ansiedad, de noble impaciencia.

Para hacer la silla en donde se sentará tu madre, tienes, carpintero, esta hora; para llenar de lana la almohada de tu hermanito menor, donde dormirá acordándose de ti muchas noches, doncella; y para enseñar en tu clase lo que quieres dejar hincado en la carne de la vida, maestra, tienes esta hora. La hora que pasa. ¡Mira si será maravillosa! Es un hilo de tu sangre que va resbalando, y que la gastes o no, te deja disminuido, menguado. Porque el tiempo, desde que nacimos, es una invisible herida de traición que nos vierte gota a gota el pecho, como esos vasos que tienen una herida delgada.

¡Hoy! Toda la obra que viniste a hacer está golpeando tu pecho, imperiosa. ¡Y lo sientes!

Toda la naturaleza es un anhelo de servicio. Sirve la nube.  
Sirve el viento. Sirve el surco.

Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú. Donde haya  
un esfuerzo que todos esquiven, acéptalo tú.

Sé el que apartó la piedra del camino, el odio entre los cora-  
zones y la dificultad del problema.

Hay la alegría de ser sano y de ser justo. Pero hay sobre  
todo la hermosa, la inmensa alegría de servir.

¡Qué triste sería el mundo si todo en él estuviera hecho, si no  
hubiera un rosal que plantar, una empresa que emprender!

No te llamen solamente los trabajos fáciles. ¡Es tan bello  
hacer lo que otros esquivan! Pero no caigas en el error de  
que solo se hace mérito con grandes trabajos. Hay peque-  
ños servicios que son buenos servicios: adornar una mesa,  
ordenar una casa, peinar un niño.

Aquel es el que critica. Éste es el que destruye. Tú sé el  
que sirve.

El servir no es faena solo de seres inferiores. Dios, que da  
el fruto y la luz, sirve. Pudiera llamársele así: El que sirve.  
Y tiene sus ojos fijos en nuestras manos y nos pregunta  
cada día:

—¿Servirás hoy? ¿A quién? ¿Al árbol, a tu amigo, a tu madre?

*Octubre de 1922*

## EL CÁNTARO DE GREDA<sup>8</sup>

Cántaro de greda, moreno como mi mejilla, ¡tan fácil que eres a mi sed! Mejor que tú el labio de la fuente, abierto allá abajo en la quebrada; pero está lejos y en esta noche de verano no puedo descender hacia ella.

Yo te colmo cada mañana lenta, religiosamente. El agua canta primero al caer, cuando quedas en silencio, con la boca temblorosa, beso el agua, pagándole su servicio.

Eres gracioso y fuerte, cántaro moreno. Te pareces al pecho de una campesina que me amamantó cuando rendí el seno de mi madre. Y yo le acuerdo de ella mirándote, y te palpo con ternura los contornos. Ella ha muerto, pero tal vez su seno te esponjó para seguir refrescándome la boca con sed. Porque ella me amaba.

¿Tú me ves los labios secos? Son labios que trajeron muchas sedes: la de Dios, la de la belleza, la del amor. Ninguna de estas cosas fue como tú, sencilla y dócil, y las tres siguen blanqueando mis labios.

En las noches te dejo bajo el cielo para que caigan en tu cuello las gotas de rocío, por si también tuvieras sed. Y es que pienso que como yo puedes tener la apariencia de la plenitud y estar vaciado.

Como te amo, bebo en tu mismo labio, sosteniéndote con mi brazo. ¿Si en su silencio sueñas con el abrazo de alguien,

8 En *Materias*. Selección de Alfonso Calderón. Santiago: Editorial Universitaria, 1978.

te doy la ilusión de que lo tienes? ¿Sientes en todo esto mi amor?

En el verano pongo debajo de ti una arenilla dorada y húmeda, para que no te taje el calor, y una vez te cubrí tiernamente una quebradura con barro fresco.

Fui torpe para muchas faenas, pero siempre he querido ser la dulce dueña, la que coge con temblor de dulzura las cosas, por si entendieran, por si padecieran como yo.

Mañana, cuando vaya al campo, cortaré las hierbabuenas para traértelas y sumergirlas en tu agua. ¿Sentirás el campo en el olor de mis manos!

Cántaro de greda, eres más bueno para mí que muchos que dijeron ser buenos.

¿Yo quiero que todos los pobres tengan como yo un cántaro fresco para sus labios con amargura!

Para mí la religiosidad es la saturación que ha hecho en la mente la idea del alma, el recuerdo de cada instante, de cada hora, de esta presencia del alma en nosotros y el conocimiento total de que el fin de la vida entera no es otro que el desarrollo del espíritu humano hasta su última maravillosa posibilidad.

La materia está delante de nosotros, extendida en este inmenso panorama que es la naturaleza, con la intención aparente de hacernos olvidar lo invisible, apegándonos a su hermosura, y nuestro cuerpo está susurrándonos, que él es nuestra única realidad. Son los dos tentadores, son los dos insignes engañadores.

Religiosidad es buscar en esa naturaleza su sentido oculto y acabar llamándola al escenario maravilloso trazado por Dios para que en él trabaje nuestra alma. Respecto del cuerpo, religiosidad es vivir sacudiendo su dominio y una vez domado, hacerlo el puro instrumento siervo, que debe trabajar para el espíritu, que es su única razón de ser. No solo los cielos, la tierra y la carne que la pueblan son esa escritura de Dios de que habla Salomón.

Nos dividimos, hombres y mujeres, en religiosos y arreligiosos (no quiero nombrar a los otros). El hombre arreligioso es el hombre frívolo. Es frivolidad rozar la corteza de las cosas y los seres, y no dejar la mirada más largamente en ellos, hasta ver que detrás de esa corteza de materia

9 En *Prosa religiosa de Gabriela Mistral*. Luis Vargas Saavedra (recop.). Santiago: Editorial Andrés Bello, 1978.

hay una raíz de espíritu que la está vivificando por siglos y siglos. Es frivolidad pensar que una creación portentosa no tiene otra finalidad que desangrarse en polvo, después de brillar un millón de años; es frivolidad pensar que si nosotros los humanos hacemos el más mezquino objeto con un fin determinado, la naturaleza, ese prodigio, fuera hecha sin otra finalidad que el alimentar plantas, bestias y hombres, para que después la abonaran con su puñado de mísero polvo disperso, nada más. Estupenda frivolidad es el materialismo que se cree, sin embargo, hijo de la observación y la ciencia.

Quiero repetir la definición que di sobre la religiosidad. Dije que era “el recuerdo constante de la presencia del alma”. Entre los artistas son religiosos los que fuera de la capacidad para crear, tienen al mirar el mundo exterior la intuición del misterio, y saben que una rosa es algo más que una rosa y la montaña algo más que una montaña; ven el sentido místico de la belleza y hallan en las suavidades de las hierbas y de las nubes del verano la insinuación de una mayor suavidad, que está en las yemas de Dios.

Religioso fue Leonardo, el hombre que vemos inclinado sobre un lienzo nunca concluido y al que podría llamarse “el siempre insatisfecho”. El hurgó en la materia y la exprimió más como un sabio en su laboratorio que como un artista en su atelier, y vio que había un resplandor detrás de su espesura ciega. Religioso Shakespeare, el reteñidor de la pasión humana. La intensidad es don espiritual. Shakespeare eleva el amor o el odio hasta que aparecen de tal modo maravillosos que salen del plano de la simple realidad fisiológica y entran en lo angélico o lo diabólico, es decir, entran en el espíritu. Tagore, entre los modernos, es religioso no solo por sus asuntos, sino por una que llamaríamos visión de la

unidad propia de los místicos que van recomponiendo en la multiplicidad de las cosas la inefable unidad de Dios.

No es cierto que todos los místicos hayan vivido sumergidos en una ciénaga de amargura. Hay un Fray Luis de Granada y un Kempis, tristes hasta la muerte, como Cristo en la tercera hora; pero hay un Francisco de Asís, con un corazón nuevo como el lirio cuajado de rocío, y hay un San Juan de la Cruz que va bebiendo el trascender de las praderas.

Estoy alegre, dice el hombre de fe, porque trabajo en este solar de Dios que es el mundo. Él quiere mirar verdes las tierras de labor y me empuja hacia los surcos, en los que quedo hasta que se van borrando de sombra. Estoy alegre de servirle y canto en el extremo de la pobreza, como canta el pájaro en la punta temblorosa de su rama. La voluntad de este mi Señor es a veces mi sonrisa y otras veces mi lágrima quemante.

Todo heroísmo es religiosidad, al ser olvido de las dulzuras de la vida, al ser servidumbre hacia el ensueño y desprecio de la realidad inmediata. Todos los héroes han chupado la voluntad, el fervor, la energía inaudita en esta *certidumbre estupenda del alma*.

Religiosidad es, todavía, sugestión de una noble altivez.

Estoy aquí, dice el doloroso, por un escondido designio del Señor. Mi casa es un muladar y los harapos oprimen mi cuerpo; pero no siento el harapo sobre mi alma, y aparto con dignidad tranquila lo inmundo, sin deprimirme.

Libro mío, libro en cualquier tiempo y en cualquier hora, bueno y amigo para mi corazón, fuerte, poderoso compañero. Tú me has enseñado la fuerte belleza y el sencillo candor, la verdad sencilla y terrible en breves cantos. Mis mejores compañeros no han sido gentes de mi tiempo, han sido los que tú me diste: David, Ruth, Jacob, Raquel y María. Con los míos, éstos son toda mi gente, los que rondan en mi corazón y en mis creaciones, los que me ayudan a amar y a bien padecer. Aventando los tiempos viniste a mí, y yo anegando las épocas soy con vosotros, voy entre vosotros, soy vuestra como uno de los que labraron, padecieron y vivieron vuestro tiempo y vuestra luz.

¿Cuántas veces me habéis confortado? Tantas como estuve con la cara en la tierra. ¿Cuándo acudí a ti en vano, libro de los hombres, único libro de los hombres? Por David amé el canto, merecedor de la amargura humana. En el Eclesiastés hallé mi viejo gemido de la vanidad de la vida, y tan mío ha llegado a ser vuestro acento que ya ni sé cuándo digo mi queja y cuándo repito solamente la de vuestros varones de dolor y arrepentimiento. Nunca me fatigaste como los poemas de los hombres. Siempre me eres fresco, recién conocido, como la hierba de julio y tu sinceridad es la única en que me hallo cualquier día pliegue, mancha disimulada de mentira. Tu desnudez asusta a los hipócritas y tu pureza es odiosa a los libertinos, y yo te amo toda, desde el nardo de la parábola hasta el adjetivo crudo de los Números.

10 Escrito en las páginas iniciales de un ejemplar de la Biblia. Reproducido en *Biografía de Gabriela Mistral*, de Norberto Pinilla. Santiago: Editorial Teguvalda, 1946.

Los sabios te partan con torpes instrumentos de lógica para negarte, yo me he sentado a amarte para siempre y a apacentar con tus acentos mi corazón por todos los días que me deje mi dueño mirar su luz. Los profesores llenan de cifras y sutilezas tu margen, tarjan y clasifican; yo te amo. Me basta con latir a tu sombra, me basta con hacer vivir para gozo de mi corazón tus hombres y tus mujeres. Tu resplandor sin que me lo mostraran lo miré. Ninguna hora me lo ha apagado; de ninguna sabiduría salí desdeñándote o desconociéndote. La voz que suba sobre el lamento de Job me llevará tras de sí. ¿Cuál sería esa voz? El pedagogo que me empañara la mujer fuerte de los Proverbios se llevaría mi corazón. ¿Dónde está? El que me hiciera llorar con mayor ríto de dulzura que las Bienaventuranzas te venciera en mi corazón. Pero yo lo he visto y estoy en la mitad de mis días.

Canción de cuna de los pueblos, eterna nodriza con candor y sabiduría, te necesito para siempre. No me dejes. Siempre seré demasiado niño para que me parezcas ingenua; siempre me bastarás hasta colmar mi vaso hambriento de Dios.

1919

Mi primer contacto con la Biblia tuvo lugar en la escuela primaria, la muy particular escuela primaria que yo tuve, mi propia casa, pues mi hermana era maestra en la aldea elquina de Montegrande. Y el encuentro fue en el texto curioso de historia bíblica que el Estado daba a los niños. Aquella historia tenía tres cuartos del Antiguo Testamento, no llevaba añadido doctrinal y de este modo, mi libro se resolvió en un ancho desplegamiento de estampas, en un chorro de criaturas judías que me inundó la infancia.

Yo era más discípula del texto que de la clase, porque la distracción, aparte de mi lentitud mental, medio vasca, medio india, me hacían y me hacen aún la peor alumna de una enseñanza oral.

Con lo cual, mi holgura, mi festín del Antiguo Testamento tenía lugar no en el banco escolar, sino a la salida de la clase, en un lugar increíble. Había una fantástica mata de viejo jazmín a la entrada del huerto. Dentro de ella, una gallina hacía su nidada y unos lagartos rojos llamados allá liguanas, procreaban a su antojo; la mata era además escondedero de todos los juegos de albricias de las muchachas; adentro de ella guardaba yo los juguetes sucios que eran de mi gusto: huesos de fruta, piedras de formas para mí sobrenatural, vidrios de colores y pájaros o culebras muertos; aquello venía a ser un revuelto basural y a la vez mi emporio de maravillas.

11 Publicado en *El Mercurio*, Santiago, 22 de marzo de 1931.

Una vez cerrada la escuela, cuando la bulla de las niñas todavía llegaba del camino, yo me metía en esa oscuridad de la mata de jazmín, me entraba al enredo de hojarasca seca que nadie podó nunca, y sacaba mi historia bíblica con un aire furtivo de salvajita que se escapó de una mesa a leer en un matorral. Con el cuerpo doblado en siete dobleces, con la cara encima del libro, yo leía la historia santa en mi escondrijo, de cinco a siete de la tarde, y parece que no leía más que eso, junto con historia de Chile y geografía del mundo. Cuentos, no los tuve en libros; esos me daba la boca jugosamente contadora de mi gente elquina.

Jacob, José, David, la madre de los Macabeos, Nabucodonosor, Salmanazar, Rebeca, Esther y Judith, son criaturas que no se confundirían nunca en mí con los bultos literarios que vendrían después, que por ser auténticas personas no me dan en el paladar de la memoria el regusto de un Ulises o del retórico Cid, o de Mahoma, es decir, el sabor de papel impreso entintado. Tampoco se me juntarían mis héroes judíos con las fábulas literarias ni aun con otras leyendas, sus hermanas. En mi alma de niñita no contó Hércules como Goliat ni la Bella del Monstruo como Raquel, ni más tarde Lohengrin se me hermanó con Elías. Hubo en mi seso una abeja enviada en cáliz abierto de rosa de Sarón, es decir, en miel hebrea, y es que el patriarcalismo, siendo un clima humano, ha sido particularmente un clima de Sudamérica. Nada me contaba a mí, en el valle cordillerano de Elqui, ver sentados o ver caminar, oír comer y hablar a Abraham y a Jacob. Mis patriarcas se acomodaban perfectamente a las fincas del valle; desde la flora a la luz, lo hebreo se aposentaba fácilmente allí, y se avenía con la índole nuestra, a la vez tierna y violenta, con el vigor de nuestro temperamento rural y por sobre todo, con la humanidad que respira y transpira la gente del viejo Chile.

Pero a mi chilenidad le faltaba una condición soberana del hebreo, la mayor y la mejor: el realismo sobrenaturalista, el Jehová o Dios Padre permeando la vida, desde la mesa hasta la vendimia, entreverándose con nuestros días, mota a mota, y siendo, en fin, el cielo de nuestro amparo. El chileno es racionalmente religioso; en su material de hombre no entra lo visionario ni lo turba mesianismo alguno; se nos trenza con el cantar a lo humano, el cantar a lo divino. Y como yo necesité de este alimento, parece que apenas tuve uso de razón, y con la urgencia de un hambre verídica, de un apetito casi corporal, yo me buscaría esta enjundia en la Biblia y de ella comería toda la vida.

Para comenzar, yo había volteado y cogido, arquetipos judíos en el texto escolar que conté. Pero me los había dado en una versión harto convencional, y con un sabor desabrido. Y lo bíblico, relato o canto, hay que tocarlo directamente, aunque sea en las traducciones; hasta magullado el espíritu de la lengua hebrea asoma en ella aquí y allá, como los músculos de un prisionero entre el rollo de las cadenas. Toda traducción es una especie de cuerpo cautivo, es decir, mártir, pero es preferible siempre la traducción a un arreglo escolar de los relatos.

Mi contacto con la lírica judía, que había de ser lírica de mi nutrimento, lo hizo, cuando yo tenía diez años, mi abuela, doña Isabel Villanueva.

Yo no sé por qué razón, a la altura de esos años de 1898, una vieja católica, de catolicismo provincial, podía ser una chilena con Biblia, y no solo con Biblia leída, sino con texto sacro oral, aprendido de memoria en lonjas larguísimas. Pero a aquella curiosa mujer la llamaban los sacerdotes de la ciudad de La Serena “la teóloga” y tenía una pasión casi

maniática de esa cosa grande que es la teología, desdeñada hoy por la gente banal de nuestras pobres democracias. La frecuentación de la lectura religiosa, que era en ella cotidianidad, como el comer, había construido a esa vieja de setenta años, a la vez fuerte e inválida, de rostro tosco y delicado a un tiempo, chilena en los huesos y medio nórdica en la alta estatura, en color rojo y en ojos claros, la pasión de leer textos bíblicos, había dado a esa abuela profundidad en el vivir y un fervor de zarzas ardiendo en el arenal de una raza nueva.

Mi madre me mandaba a ver a la vieja enferma, y doña Isabel me ponía a sus pies en un banquito o escabel cuyo uso era solo este: allí se sentaba la niñita de trenzas a oír los Salmos de David.

La nieta comenzaba a recibir aquel chorro caliente de poesía, de entrañas despeñadas por el dolor de un reyezuelo de Israel, que se ha vuelto el dolor de un rey del género humano. Yo oía la tirada de Salmos que a unas veces eran de angustia aullada y otras de gran júbilo, en locas aleluyas que no parecían saltar del mismo labio lleno de salmuera.

Mi abuela no tenía nada de escriba sentado ni de diaconesa pegada a su misa. La vieja diligentemente iba y venía de la salita a la cocina, preparando su dieta de enferma. Y cuando volvía a sentarse, tampoco se quedaba en “mujer de manos rotas”, como dice el refrán español. Ella vivía de bordar casullas y ornamentos de iglesias. Sus manos de gigante se habían vuelto delicadas en las yemas de los dedos y en ademanes por el trabajo de veinte años, gracias al cual ella comía y con el que pagó la escuela de sus hijos mientras crecían. Casi todas las casullas de las catorce iglesias de La Serena salían de la aguja de doña Isabel, que subía y bajaba

con el ir y venir del cubo en la noria o de los telares indios, servidumbre eterna, esclavitud sin más alivio que el dominical.

Oyendo los Salmos, no recibía sino un momento su vista sobre mí. Al soltar yo un disparate en la repetición, su mano se paraba de golpe, el bordado caía de la falda y sus ojos de azul fuerte se encontraban con los míos. Corregido el error, ella seguía bordando y yo, entre uno y otro versículo, tocaba a hurtadillas la tela, que me gustaba sobar, por el tacto del hilo de oro duro en la seda blanda.

Yo entendía bastante los Salmos bíblicos, en relación con mis diez años, pero no creo que entendiese más de la mitad. Un pedagogo francés, sabia gente que da sus clásicos a los niños desde los siete años, diría que lo de entender a medias no es cosa trágica, que lo importante es coger en la niñez el cabo de la cuerda noble y echarse al umbral de un clásico mientras llega el tiempo de entrar a vivir en su casa hidalga.

Entendía yo, en todo caso, algunas cosas de bulto; por ejemplo, que un hombre maravilloso, mi héroe David, gritaba a todo lo ancho del grito su amor de Dios como si estuviese voceando sobre el rostro mismo de lo divino. Yo entendía que ese hombre le entregaba a Jehová sus empresas de cada día, pero también sus mínimos cuidados de la hora. Yo sabía que el hombre David tomaba su licencia de Él, lo mismo que yo la de mi abuela, así para pelear como para alegrarse o tocar los instrumentos músicos.

Yo comprendía, con el mismo entender de hoy, que Aquel a Quién se hablaba rindiendo cuentas, a Quién se pedía la fuerza para andar y para resolver, y para capitanear hombres, era el tremendo y suave Dios Padre, el Dios de la nube

rasgada, por donde Él veía vivir a su Israel. Yo entendía que la alabanza del dios invisible que siendo “enorme y delicado”, pesa sin pesar sobre cada cosa, era una obligación de loor ligada al hecho de ser hombre, de decir palabra en vez de dar vagido animal, y que cantarlo era el oficio de aquel David que se llamaba Músico y que daba al Señor el nombre de Mayor.

Muchas cosas más entendía, pero las que cuento eran las mayores, y yo creo que ellas fundaban mi alma, me tejían, me calentaban los miembros primerizos de la víscera sobrenatural.

Después del recitado de mi abuela, bastante lento, derretido de fervor, porque nunca lo dijo mecánicamente, aunque se lo supiese como la tabla de multiplicar, venía la parte menos agradable para mí, la angostura de su exigencia de abuela pedagoga. Doña Isabel volvía a comenzar la hebra de versículos, que yo debía ahora repetir y echarme a cuestras de la memoria. Mi memoria siempre fue mala, y sobre todo incapaz de fidelidad, y yo repetía, saltando a cada trecho palabras propias, de las que mi abuela medio se indignaba, medio se reía. Con su risa blanca en la cara roja, me gritaba de que yo podía trocar cosas en cualquier texto menos en esos, en sus Salmos, en su salterio.

¿Por qué ella, en vez de darme puras oraciones de Manual de Piedad, según la costumbre de las viejas devotas de Coquimbo, le daba a su niñita boba, de aire distraído, lo menos infantil del mundo, según piensan los tontos de la pedagogía? ¿Por qué le echaba ese pasto tan duro de majar y tan salido de tiempo y lugar, esa cadena de salmos penitenciales y de salmos cantos jubilares? Nunca yo me lo he podido comprender, y me lo dejo en misterio porque me

echó al regazo de la infancia el misterio, y no lo he tirado como tantos y hasta me he doblado los misterios que recogí entonces, por voluntad de guardar en mí la reverencia, el amor de índole reverencial, la adoración ciega, porque ciega es siempre, de lo divino.

Mi abuela pasó por mi vida parece que solo para cumplir este menester de proveerme Biblia, en país sin Biblia popular, de ponerme esta narigada de sal no marítima, sino de sal gema que fortifica y quema a la vez, a mitad de la lengua. Ella no fue la abuela que viste a la nieta de pequeña, pues no asistió a mi primera infancia. Ella no ayudó a mi madre en ningún cuidado material de su carne chiquita: ella no me cuidó ni sarampión, ni difteria; ella no me vio ser maestra de escuela ni llegaron nunca mis pobres versos a sus ojos rendidos de aguja y Biblia; ella no conoció mi cara adulta, aunque viviría casi 90 años.

Las únicas estampas que yo le guardo son estas de su cara bajada a mí y mi cuello subido a ella, en su porfía para hacer correr de mi seso a mis tuétanos, los Salmos de su pasión.

Y, sin embargo, a pesar de las pocas briznas de tiempo que ella me dio y del mal destino que nos había de separar, ella, mi Isabel Villanueva, vieja santa para quienes la convivieron, ella sería la criatura más penetrante que cruzó por mi vida chilena. Pasó de veras como un dardo de fuego por la niñez mía, como el pájaro ardiendo del cuento balcánico, extraña e inolvidable, diferente de cuanta mujer yo conocí, criatura vulgar por la modestia y a la vez secreta como son todos los místicos. Su vida interna era oculta y solo por un momento, a causa de tal o cual signo que ella no alcanzaba a hurtar, se sabía de golpe que esa mujer del servir y el sonreír constan-

tes, del coser y el bordar con ojos heridos, tenía mucha ciencia del alma y que la industria inefable que es la de pecho adentro, había conseguido logros de culto en esa alma.

El Dios Padre que ella me enseñó, la tenga en su cielo fuerte que no se ralea de vejez. Él le haya dado la dicha que aquí no probó ni en una dedada de miel cananea.

Tiempo después, entre los 15 y los 20 años, y sobra contarlos, porque es la aventura de cualquier sudamericano, les digo que anduve haciendo sesguelos estúpidos y dándome tumbos vergonzosos con lecturas ínfimas, del cinco al diez, con novela y verso que eran insensateces de hospicios.

Todo ese vagabundeo entre plebes verbales y escrituras, paupérrimas, toda esa larga distracción, no importaban mucho, nada es muy grave cuando la banalidad manosea solo en nuestros forros y no llegan a la semilla del ser, a hincarse allí por mondarla y tirarla al basurero. La Biblia había pasado por mí y su gran aliento recorría visible o invisiblemente mis huesos, atajada en el punto tal por la torpeza, estorbada más allá por la falta de medio concordante con ella; pero no se había ido de mí, como sale y se pierde nuestro hálito; precisamente a causa de que su naturaleza es la de no irse, cuando se le absorbió en la infancia y su virtud es de calar en el hombre y no cubrir solo de cierto yeso su periferia.

Entre los 23 y los 35 años, yo me releí la Biblia, muchas veces, pero bastante mediatizada con textos religiosos orientales, opuestos a ella por un espíritu místico que rebana lo terrestre. Devoraba yo el budismo a grandes sorbos; lo aspiraba con la misma avidez que el viento en mi montaña andina de esos años. Eso era para mí el budismo, un aire de filo

helado que a la vez me excitaba y me enfriaba la vida interna; pero al regresar, después de semanas de dieta budista a mi vieja Biblia de tapas resobadas, yo tenía que reconocer que en ella estaba, no más que en ella, el suelo seguro de mis pies de mujer.

Ella volvía a cubrir siempre con esa anchura que tiene de tapiz tremendo de voces, los tratos y manejos infieles ensayados con lo divino, ella a la larga ganaba en esa pelea de textos orientales que se disputaban mi alma en una lucha absurda como el de un petrel del aire con el puma de mi quebrada chilena.

Yo no sabría decir cuánto le debo a ella, a mi madre verbal, a la enderezadora de mi lacidad criolla y a la castigadora de mis renunciadas budistas.

El trato con ciertos libros, pero sobre todo con la Santa Biblia, es intimidación pura y no se puede escarmentarla sin que ella sufra en esta operación verbal lo que una entraña expuesta se dolería en el aire.

Ahora me queda por decir lo formal, que es a la vez lo esencial del contagio de la Biblia sobre mí, pues en lo hebreo andan juntos y entabados como carne y tendón el fondo con la forma.

Los Salmos de mi abuela, y después de ellos mi lectura ancha y larga de la Biblia total, que yo haría a los 20 años, me habituaron a su manera de expresión que se avino conmigo como si fuese un habla familiar que los míos hubiesen perdido y que yo recuperé con saltos de gozo.

Yo sé muy bien que hay en la Biblia muchas líneas de expresión: hay el orden, la de la crónica, seco y tónico; hay las islas de lo idílico en la historia de José o en la de Ruth; hay el dramático de Job, tan diferente del patético de David; hay el orden clásico del Eclesiastés y los Proverbios; y, para no seguir, hay entre las fragosidades de Ezequiel y Jeremías, las colinas medio doloridas, medio felices de Isaías, puente de cuerda echado ya sobre la orilla cristiana. La riqueza es una de las causas de la fascinación que irradia el Santo Libro y que lleva hacia él a fieles e infieles, a finos y a bastos. La variedad constante evita fatiga de una escritura, que pudo tener la pesadez mortal de las otras de su género, de todas las demás; la Biblia llega a parecer una geografía continental, en la cual el caminador, siempre fresco, que la recorre, pasa en turnos como de mano paterna a mano materna, de esta montaña a aquellos collados y de esos al otro vallecito de gracia. Siempre se anda por la Biblia cogido por el Israel innumerable que, con modo varonil o femenino, a grandes tajos de frenético amar, lucha, cree, duda, protesta y reprende, pero que no duerme nunca, que parece ser la criatura de una vigilia eterna.

Pero existe en todo caso un acento bíblico general; hay unos denominadores comunes que valen para aquella masa de documentos colectivos y piezas individuales; existe realmente un verbo hebreo que en el Santo Libro mantiene una columna vertebral, la unidad, o bien el aire de familia entre las figuras del largo fresco.

Para mí —y yo no vengo a decir sino la Biblia mía, en mí—, la unanimidad del Santo Libro lo dan estas cosas: el riscoso tono verídico; la expresión directa que el judío prefiere, en vertical de despeñadero andino, por el que la maldición o la bendición caen a nosotros; una trama constante de vio-

lencia brutal y de unas indecibles dulzuras; el realismo que como el de los españoles, deja circular un airecillo lírico y constante, y sobre todo una intensidad extremada, que no se relaja, no se afloja, no se dobla nunca, verdadero misterio de la expresión esencial, dada en un ardor que escuece la boca. El hebreo de la Biblia, tal vez el hebreo de todo tiempo, es un hombre henchido y ceñido a la vez, que carga el verbo de electricidad de acción, es el que menos ha pecado contra el baldismo de la palabra, el que no cae en el desabrimiento y la lacidad de la expresión.

A los diez años, yo conocí esta vía de la palabra, desnuda y recta, y la adopté en la medida de mis pobres medios, a puro tanteo, silabeando sus versículos recios, tartamudeando su excelencia y arrimándome a ella, a la vez con amor y miedo de amor.

Había encontrado algo así como una paternidad para mi garganta, como una tutoría cuando menos en mi larga orfandad de una niña de aldea cordillerana, sin maestro, y sin migaja de consejo para los negocios de su alma muy ávida, mucho.

De este lote de virtudes expresionales de la Biblia, parece que las que más me hayan atraído sean la intensidad y cierto despojo que no solo aparta el adorno, sino que va en desuello puro. Heredera del español de América, es decir, de una lengua un poco adiposa, la Biblia me prestigió su condición de dardo verbal, su urgido canal de vena caliente. Ella me asqueó para toda la vida de la elegancia vana y viciosa en la escritura, y me puso de bruces a beber sobre el manadero de la palabra viva, yo diría que me echó sobre un tema a aspirarle pecho a pecho el resuello vivo.

La ciencia de decir en la Biblia, el comportamiento del judío con el verbo, aun considerada aparte del asunto religioso, es una enorme lección de probidad dada por Israel a los demás idiomas y a las otras razas. El acento de la veracidad de la Escritura, de que hablan los críticos, es lo que en gran parte ha hecho la actualidad permanente de la Biblia, esa especie de marcha ininterrumpida del Santo Libro a través de los tiempos más espesos de materia y más adversos a su orden sobrenatural.

Había en los antiguos tiempos, en ciertos cruceros geográficos del Viejo Mundo, unos lugares de convocación, sitios cruciales de cita donde se juntaban los diferentes, para hablar de algún negocio eterno o temporal.

Vosotros hebreos y nosotros cristianos poseemos, queramos o no confesarlo, un lugar de convocación, especie de alta y ancha meseta tibetana, en la cual encontrarnos, vernos al rostro, ensayar siquiera el cerco de la unidad rota; en el cual podemos, sin desatar entero el nudo de nuestro conflicto, ablandar el filo de la tensión, y este país o este clima moral, es en la Biblia vuestro Viejo Testamento que nos es común, común, común.

Ay, gozo fresco para nosotros y anchura dulce, la de esta abra de reunión donde podemos, con los ojos puestos en los ojos, comer igual bocado de oro en nuestro Job, ciudadano del dolor; en el Jacob, abajador de la tierra al cielo, y en el David, que tañía, tañedor mejor que el salterio, el corazón del género humano.

Hay una alegría, grande entre las mayores, que fue pulverizada por el vanidoso siglo XIX y es la de provocar masa y también multitud. Yo soy no poco tribal, o si queréis,

medieval, en todo caso amiga de comunidad por serlo de comunión, y siento no sé qué euforia viviendo una hora de lo que llama la Iglesia “la comunión de los santos”. Parece que esta dicha solo podemos lograrla y disfrutarla si acudimos a esos puntos de convocación de que he dicho, como la Biblia, o las viejas leyendas universales.

Por eso he querido hablarles, como quien dice de la peana de la unidad nuestra, y os he traído esta conferencia vergonzante, sin sentir el bochorno de mi torpeza con tal de que a lo largo de esta hora, nuestra sangre estuviese batiendo unánime sobre el mismo asunto inmerso e íntimo, terrenal y divino.

*Buenos Aires, 1938*

E L O G I O  
D E L A S  
M A T E R I A S<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Algunos de estos textos fueron publicados en el *Repertorio Americano*, Costa Rica, y en los diarios *El Tiempo*, Colombia, y *El Mercurio*, Chile, además de seleccionados, entre otros libros, en: *Materias*. Alfonso Calderón. Santiago: Editorial Universitaria, 1978; *Elogio de las cosas de la tierra*. Roque Esteban Scarpa. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979; *Reino*. Gastón von dem Bussche. Valparaíso: EUV/UCV, 1983.



## ELOGIO DEL FUEGO

Fuego de ajorcas rápidas con que baila el bosque y que le acicatea los talones. Tigre de salto rápido que anda cortando el bosque a tajazos de oro y que le hace unos espacios grandes como de suspiros. El fuego quemando el rastrojo en las colinas de trigo de Arauco, con lamedura baja, y que deja las colinas pintadas como una pantera a grandes rosas negras, o las deja blanqueadas como con la lepra blanca de la mano sobrenatural de Moisés.

*El fuego es robusto, frenético y fino.*

Única flor verdadera de la tierra, fucsia súbita, fucsia de cuarenta pétalos que giran, tomando del aire su savia violenta.

El fuego vencedor de la modorra de los metales, que derrite la plata por pasión de verla goteando su pesado sudor como la magnolia y derrite el oro por mostrar la sangre escondida de Dios.

El fuego de las usinas apasionadas, oculto en las axilas más secretas de la usina, escondido como la palabra secreta, y que no se toca sin que la mano caiga en un pétalo de ceniza.

*El fuego es robusto, frenético y fino.*

El fuego del amor, que tiene lengua sin sueño y propia atizadura, y que hace transparente como un largo vidrio el cuerpo del hombre para que se vea su salamandra sentada en el corazón.

El fuego del odio que hace unas altas arquitecturas y da un ruido seco de coyunturas áridas; el fuego del odio que el diablo atiza como un patrón de la llama, en la noche que para su trabajo dura.

*El fuego es robusto, frenético y fino.*

El fuego que anda en las criaturas; pequeñas mostazas de fuego corriendo por nuestra sangre y que nos vuelven vivaces como a la cabra de Arabia las hierbas acres. El fuego del ojo del milano, quieto y seco, y el fuego veteado en radios vegetales del ojo del jaguar: el fino fuego de anises urgentes que anda en las criaturas. El fuego que calienta las canciones de los hombres y hace cada una semejante a una menuda entraña de pájaro, a los riñones breves de la paloma con celo.

*El fuego es robusto, frenético y fino.*

El fuego de las pruebas que deja duras adentro de su llama las cosas verdaderas y arruga las otras como el cuero quemado; el fuego del último día, cuando solo los íntegros quedarán de pie como vigas del mundo.

El fuego del Espíritu Santo, fuego en dos brasas blancas que llaman paloma, y que cayó sobre Pablo y fundió hasta los talones sus tuétanos. El fuego que vino del cielo y que volverá al cielo cuando cumpla su encargo. Ganará el agua y hará con ella una gruesa hortensia de vapor que se agujeree y se abra en gajos; ganará la tierra y la hará una dalia roja que disminuirá hasta volverse el jazmín de la ceniza pura.

El fuego que anda por la tierra amodorrada a grandes pasos  
deseñperados, como el profeta sin sueño.

*El fuego es robusto, frenético y fino.*

*París, diciembre de 1926*

## ELOGIO DEL CRISTAL

El cristal, el cristal búdico, lleno de imágenes y sin imagen suya; el que toma mi rostro y me lo devuelve, y que recibe los crepúsculos desenfrenados y no se queda con su sangre; el que lava la lluvia —la lluvia eterna y la tierra sensual— y se queda maravillosamente enjuto.

El cristal que recoge las formas y que entrega las formas; el cristal con marina, el cristal con el bosque entero en las ventanas, por él suntuosas, de los pobres; el cristal de los vasos en que el vino se cree solo, enderezado en la atmósfera por maravilla, y el agua se piensa en una fuente sin contorno. El cristal que guarda la llama de la lámpara y cuya mejilla no se pone a arder. El cristal siempre alegre como el justo, sin mancha suya, sin lágrimas suyas, cuanto más cargado de la lágrima ajena, inocente como un Abel de la tierra.

El cristal sin venas para sangre ni anudado de muñecas; el cristal unánime; el cristal que no engruesa ni soporta añadidura, suficiente como lo perfecto.

El cristal, única envidia de mi alma.

El cristal que sirvió al agua en su deseo de permanecer, de quedar en el cuenco de la mano sin traición, de ser leal al ojo que la mira y la ama, como la mujer más leal, y que dio al agua un segundo cuerpo que no se le escape como la saeta, loco de su propio pudor.

El cristal de nuestras ventanas, donde la noche apoya sus manos como una gran hiedra, para ser vista y que no la olvidemos completamente.

El cristal de mi deseo, el cristal que está sentado en medio del fermento de las criaturas y que no hervirá nunca, y nunca será de nadie, sino de sí mismo.

El cristal, fresco como una sien siempre fresca, guardado de la vejez desde su primer día, con infancia durable y sin madurez bella y sin madurez fea.

El cristal, descubierto con gozo, como un Cristo, por los hombres que después de él no han logrado hallazgo mejor que ese hallazgo.

El cristal que sale siempre imprevisto e inesperado de la mano de los obreros, que sienten un poco de vergüenza de que les salga así de parecido al alma, desde las manos suyas, negras y anudadas.

Los obreros que hicieron toda su vida cristales llegaron al cielo y encontraron que era eso mismo que ellos hacían sobre la tierra: un cristal limpio anulador de las distancias, de la grande y de la pequeña, y en el que Dios estaba tan lejos y tan cerca que asustaba; ellos, sin saberlo, habían sido atrapados en un cristal, tomados con su rostro, sus hombros y sus pies, y vieron sus segundos hombros y pies liberados de corrupción. Ellos, vivo todavía su asombro de aprender que ellos también eran materia de cristal cuando se movían en el taller echando sombras duras hacia los lados. Los obreros de los cristales recompensados por su mano que anduvo en el fuego como la salamandra enderezando y acostando crisoles.

Los obreros de los metales llegaron a un cielo violento de cobre y están contentos de su dicha violenta; los obreros de la madera llegaron a un cielo con olor de pino maríti-

mo, sin resonancia, sordo y enjuto, y como envejecido. Los obreros de los cristales están mirando desde su cielo los demás: el cielo de cobre, el de pino y todavía los otros.

*1926*

## ELOGIO DE LA CENIZA

*La ceniza es ligera y callada.*

La ceniza viuda del gayo fuego, que no brinca más con treinta piernas rojas, de fuego centauro, que siempre venció tirando lanzazos atarantados, pero que también hubo de morir. La ceniza sin fiesta, tumbada como la viuda hindú.

La ceniza beguina, oración exenta de ímpetu, sin levantamiento de palabra en el pecho; la gris, ayuna de toda voz en su pequeña derrota; con callada muerte de pobre.

La ceniza que cubrió la brasa penúltima un poco como mujer, guardándole el tizón rosado.

La ceniza clara que deja la leña tierna, felpa de cariño, parecida a la arruga mayor que corre por el cuello de la madre vieja, tibia como un pájaro que acaba de morir, pero que ya no se voltea y no responde.

La ceniza de los árboles amargos, acre en la lengua, que no quiere ser probada, áspera por voluntad de pureza.

La ceniza que ayuda a la tierra fecunda, hermana sin hijo que alimenta al de otra.

*La ceniza es ligera y callada.*

Ceniza buena de la muerte; un copo liviano sobre la boca que ya no avienta cosa alguna. Buen sayal que cae sin pliegues de la cabeza a los pies, tan largo como se quiera, tan espeso como lo pide el corazón para ensordecerse bien.

La ceniza, que aleja de la carne tendida la hormiga larga de  
la muerte y el feo moscardón de la muerte.

*Noviembre de 1926*

## ELOGIO DE LA ARENA

La arena. La arena que ha perdido nuestros pasos, aun aquellos que no queríamos perder. ¿Dónde están los míos alegres? ¿Y los que eran lentos y los veloces? ¿Dónde? Porque a veces querría acarrear a todos desde los cuatro puntos cardinales y pararme en medio de ellos para que me danzaran en torno, ahora que estoy como el eje estropeado de la rueda. La arena los ha perdido; no se acuerda de ninguno; no se acuerda de ninguno y no puede devolvérmelos.

La arena infiel por pura como es infiel el viento y lo es la nieve, y también el agua.

La arena estéril que le dijo a la hierba: *No quiero*. Y a la banalidad de las flores, parecida a la de los amantes: *No quiero*; y a los árboles, excepto al pino de Mahoma: *No quiero*.

La arena que está tibia a la tarde, cuando pasan vagabundos por la orilla del mar y suelen acostarse en ella. Ella es quien les da el pequeño calor del lecho que dejaron detrás, la misteriosa arena que nadie sabe decir.

La arena que hace suave la espalda del mundo, con lo que engaña a los que caminan solo la orilla del mar, bebiendo resuello salino. Los vagabundos se echan en las dunas y silban canciones en las que hablan del planeta como de un hombre, solo porque la duna se parece al lomo de un padre.

La arena de los niños que se queda con sus jugarretas en azul loco y en rojo loco, y en amarillo loco, y los esconde hasta que se queda sola. Entonces, los saca todos (yo la he

visto) y juega con ellos como una solterona senil, a la luz vaga de las estrellas.

En arena les fue dada a los pobres la porción de dicha que los otros reciben en cubos de metal o de piedra. Ellos hacen con arena la casa que se les tumba y los sueños que se les deshacen, y por eso no tiene coyunturas la dicha de los pobres.

En arena escribió Jesucristo su único juicio, con el fin de que se deshiciese antes de ser acabado y no fuesen a trocarlo el sentido los jueces y ellos también lo llamasen su patrono...

La arena enjuta no tiene imaginación de no tener tampoco apetito de mentira. Cerca de ella está el mar, gran embustero, y ella le mira con sorna el juego de espejos y espumajes. No sabe ella, la arena, más forma que un pliegue de sonrisa grande y con él, se ríe de todas las cosas que no son arena.

La arena de fuente y pies rotos, que no siente ninguna gana de juntarlos. Rota camina; sin saltar pasa las cercas, y vuela en la noche; entra en las iglesias o en las casas, cae en los párpados, y no importuna el cuerpo nuestro sino en sus lagrimales tiernos.

La arena salomónica y kempiana, que sabe las tres palabras del Rey, pero que no tiene deseo ni manos con qué escribirlas para que le aprovechen a la mar que le está dando siempre hazañas empingorotadas en sus olas ebrias.

SEGUNDO ELOGIO DE LA ARENA

La arena de las playas del mundo.

La arena de espalda suave como el pez, de espalda ofrecida de foca, de femenina espalda. La arena de leales espejos donde el amor de las gaviotas deja caer sus ángulos rápidos y las nubes arrojan su pasión de grandes gestos.

La arena de las playas que roba las huellas de los vagabundos y que odia la pasión de fábulas de los caminos.

La arena de las playas del mundo, que no ama talones nómadas. La arena que conoció a Cristo en que no le dejó cicatrices oscuras.

La arena de las dunas, que se pone a hacer gibas para empinarse a las nubes y tronos anchos de reinas que no llegan, de las que se ríen las nubes, grandes insensatas.

1926

*El agua es ágil y no lleva memoria consigo.*

El agua camina arrodillada como deben ir allá arriba los ángeles de la reverencia, corriendo hacia el mejor.

El agua que va con los semblantes del paisaje, listada por el rostro de las cosas, como si fuese a dar testimonio de todas ellas, y que se rinde del peso, y sigue con su carga de semblantes sin que nadie vea quién se la recoge.

El agua inarticulada, que tiene por voluntad el no tenerla, libre de coyunturas como el aire, sin las muñecas y los tendones de las demás criaturas. El agua que se da sin romperse, única dación sin dolor, que puede ser en la altura de la de los ángeles.

*El agua es ágil y sin objeto propio.*

El agua de los surtidores, con anchos brazos líquidos en los cuales el espíritu de los parques goza mil esposas y la misma esposa de mañana a noche, abrazo que la mujer no ha aprendido.

El agua de las fuentes, que escucha hacia adentro como Ruysbroek, agua religiosa de labio más delgado que la daga. El agua de alguna fuente cuya mirada ahuecó mi ojo hasta la nuca y que me dijo una palabra en la cual entró la muerte y no me deja más.

*El agua es ágil y sin objeto propio.*

El agua de los canales, agua de ingenierías de hombre, que corre como un paño burgués por su camino sin sorpresas, Cleopatra vieja que renegó la aventura a fin de seguir viviendo..

Los ríos. Los ríos que hacen sobre la tierra sus versos ágiles: garabateo sin sentido de los primeros niños que hubo en el mundo. Los ríos pesados que alcanzan el verde como una nobleza marina; los pequeños ríos grises, que van con plumón ralo de pichón; mis ríos chilenos. Los ríos de Chile que bajan rompiendo ajorcas de vidrio por los cerros y las rehacen en el llano, y no pierden en el viaje ni una sola ajorca.

*El agua es ágil y no lleva memoria consigo.*

El agua de las cascadas, Penélope que teje y desteje su vestido, y extiende la falda y la encoge otra vez, loca de espera y ciega de la única blancura.

El agua musical de las cascadas, que hace su fiesta para sí misma y juega a tener treinta y tres voces. El agua que engaña a las piedras con que tienen gargantas y se las muda de sitio a cada momento, y les da entre pausa y pausa muerte y resurrección.

Agua de las cascadas americanas, que vienen en un juego pasándose una a la otra la estrofa bárbara, desde Alaska a la Patagonia, zancada a zancada musical, como las mujeres que bailando se pasan una flor; y la flor vuelve a subir de la Patagonia a la Alaska, y la vieja travesura no cansa al agua ni al tiempo.

*El agua es ágil y sin objeto propio.*

El agua marina, tarde en la ira como Jehová en el salmo y cuya piedad hará tal vez los añiles de su pecho. El agua del mar que solo quiere juntar su espejo para que el planeta líquido vuelva a correr el cielo como un pez.

El agua marina que tiene vuelta la espalda y que debajo está con el ojo fijo de Cellini, haciendo una concha marina de doscientas espirales y buscando cales para su caracol con un movimiento rápido de pestañas.

El agua marina que saló nuestra sangre y se volverá dulce con nuestra sangre al final de los tiempos, pero no antes.

*Enero de 1927*

## ELOGIO DE LAS PIEDRAS

Las piedras. Las piedras que tienen sus gestos esparcidos en una sierra, la ceja y una mejilla en un abrevadero y las rodillas rotas en todas partes, y que se acuerdan como en sueños a veces de su rostro junto.

Las piedras amodorradas, ricas de sueños como la pimienta de esencia o graves de sueños como la piña de fragancia.

Las piedras, mudas de tener la entraña más cargada de pasión que exista, por no despertar la terrible almendra de pasión que cubren, no se mueven; las piedras, pesadas de su tesoro de sueño que aprieta salvajemente.

Las piedras con sobresaltos de oro o de plata, con punzadura súbita de cobre, que están asombradas del intruso. La piedra turbada de la almendra del metal como el poeta de la clavadura divina que anda en él y lo trabaja.

Las piedras arrodilladas, las piedras incorporadas, las piedras que cabalgan; una que descansaba de espaldas como un guerrero llagado y me mostró una llaga cargada de silencio, tapada como de una cera de su puro silencio.

Las piedras mayores de los ríos, de pecho escurridizo como el de los ahogados, que crían también una vegetación lacia como la cabellera de la ahogada. Las piedras suaves que pueden tocar al desollado sin lacerarlo y pasar sobre su cuerpo como la lengua misma de su madre, casi espejos ellas de puro dulce.

Las piedras que dicen ¡no! al fuego con su escarmiento de haber visto arder en el campo un laurel entero y le dicen ¡bien! sin ganas de aventura con la llama, que es frenética. Se me ocurren, cuando me las hallo así, gruesas y displicentes, echadas atrás del camino, que son aquella misma sulamita, pero de cuarenta años, con la oreja seca para el amor y un cansancio de veinte hijos judíos.

Al húngaro pringoso que ofrece en el mercado piedrecitas de suerte, en color de vidrios, yo le conté: las piedritas de suerte no están ni más lamidas ni más jaspeadas, créeme. Llevan suerte los guijarros brutos con que jugaba pequeña como una haba la sulamita que iba a conocer un gran amor. O las que estarían esparcidas en torno a la fuente en que se hallaron Hermann y Dorotea. Ellos vieron eso: el mirarse los dos con un loco apetito de dicha. De esas búscame, de esas.

Los guijarros de los ríos, jaspeados como la fresa, que —¡ellos sí!— pueden cantar y cantan con el río en coro como los monaguillos de rojo. Yo también tuve cinco años y llevé guijarros para poner bajo la almohada volviendo del río como niñas que se quieren ahogar. En la noche me hacían ronda en torno del núcleo de mis sueños y yo solía despertarme con los puñitos apretados, cogida de los otros puños que había en la danza todita la noche.

Otras piedras no quieren ser ni fuente ni tolón cuadrado (de catedral), ya avientan el gesto que le dan, o la gastan pronto o se lo enjugan, esas quieren hacerse subir un gesto suyo que nadie le ha visto y que tienen clavado en aurícula de su corazón.

La piedra cabezal para el de nuca fuerte como Jacob y que le regala un sueño sin lujuria, limpio y seco como las yescas.

La piedra redondeada que se parece al párpado grande de Juno, cansada de la cacería del siervo; una piedra en garfio empinado de la sierra de Uspallata, que era cuando la vi, una llama negra sin volteadura; la piedra en cornamenta sublime que parte el cielo con su horquilla y le lanza un gemido de reno que yo no consigo oírle desde el valle; una piedra de Montegrande, grande y blanca como una gaviota encuclillada, que era mi escondedero de toda cosa, metida tengo debajo de ella mi infancia, y si vuelvo la encuentro buscando el lomo de la gallina blanca, la levanto como al ave con pollada y le recojo mis cinco años intactos.

*1926*

## SEGUNDO ELOGIO DE LAS PIEDRAS

*Las piedras arrodilladas, las piedras que cabalgan y las que no quieren voltearse nunca como un corazón demasiado rendido.*

Las piedras que descansan de espaldas, como guerreros muertos y tienen sus llagas tapadas de puro silencio, no de venda.

Las piedras que tienen los gestos esparcidos, perdidos como hijos: en una sierra la ceja y en el poyo un tobillo.

Las piedras que se acuerdan de su rostro junto y querrían reunirlo, gesto a gesto, algún día.

Las piedras amodorradas, ricas de sueños como la pimienta de esencia o pesadas de sueño como el árbol de coyunturas; la piedra, que aprieta salvajemente su tesoro de sueño absoluto.

*Las piedras arrodilladas, las piedras incorporadas, las piedras que cabalgan y las que no quieren voltearse, igual que corazones demasiado rendidos.*

La piedra cabezal para el Jacob de nuca fuerte, la piedra enjuta como el número, sin bochorno y sin rocío igual que el número.

La piedra redondeada que es solamente un gran párpado, sin pestaña, como el de Matusalén. La cumbre en garfios de los Andes místicos, que era una llama sin danza, parada como la Sara de Lot y que no quiso contestar en mi infancia y no me contesta todavía.

Las piedras con sobresalto de oro o de plata, con punzadura súbita de cobre, que están asombradas del intruso. Piedras turbadas por sus almendras de metal como por el dardo visible.

*Las piedras arrodilladas, las piedras incorporadas, las piedras que corren en falange o en muchedumbre, sin llegar a ninguna parte.*

Las piedras mayores de los ríos, de costado escurridizo como el ahogado, que tienen las mismas vegetaciones lacias que se pegan a la cabellera de las ahogadas. Las piedras suaves que pueden tocar al desollado y no lo hieren, y pasan sobre su cuerpo con la propia lengua de su madre y no se cansan.

Las piedras menores de los ríos, los guijarros pintados como el fruto y que, ellos sí, pueden cantar. Yo también tuve cinco años y cuando los puse debajo de mi almohada, alborotaban como un montón de niños que se ahogaban o bien hacían ronda en torno del núcleo de mi sueño, dueños de él, guijarros pueriles venidos a mis sábanas por jugar conmigo.

Las piedras que no quieren ser lápidas ni fuente, por no recibir el gesto ajeno, y se rehúsan a la inscripción intrusa para hacer subir algún día el gesto, el habla de ellas mismas.

Las piedras mudas, de tener el corazón más cargado de pasión que sea dable y que por no despertar su almendra vertiginosa, solo por eso no se mueven.

## ELOGIO DEL ACEITE

*El aceite, más pausado que la lágrima y también más que la sangre.*

Cuando resbala hacia las vasijas de vientre negro y las vasijas de vientre rojo, donde en diciembre descansa del dolor de la exprimadura.

El aceite suavizador de la entraña. Él entró en el corazón del magnánimo que perdona setenta veces, según la voluntad de Nuestro Señor, y a causa de ese perdón lleva cada mañana unos ojos recién nacidos.

El aceite que suelta nuestras coyunturas lo mismo que afloja los hierros pertinaces y nos deja desgranados con dulzura en mazorcas subterráneas, cosecha de la buena muerte.

El aceite rubio, hijo solar de madre taciturna, presente y escondido en la negrura consumada de la aceituna como la sabiduría en la frente del Buen Pastor. El aceite ni dulce ni salobre como la sabiduría.

El aceite que arde para darse en su llama una mirada a sí mismo y conocerse. Llama del aceite sin ambición, que solo quiere señalar el punto en que está el pecho de las catedrales; llama sin ningún ímpetu que es la confianza de Cristo que no alcanza a palabra y ni a sílaba.

*El aceite, más lento que la lágrima y más pausado que la sangre.*

El aceite, buen samaritano, que cura y vela como el otro, digno de haber participado en el Evangelio, siendo el treceavo apóstol. De haber seguido la vía sacra, el aceite lamiera las siete llagas como un perro divino, y Cristo tal vez no da al morir el grito que contó Mateo.

El aceite que no quiso quemar a Juan Evangelista en la caldera y solamente lo sumió de la coronilla a los pies, y entró por sus poros a probar su sangre, única cosa mejor que él mismo.

El aceite, que va a ser convocado con las virtudes cardinales de la tierra y se va a sentar entre las otras materias, con rostro de oro vegetal, con brazos graves y en una dorada vertical de ropas talares.

*El aceite, más lento que la lágrima y más pausado que la sangre.*

*Octubre de 1941*

## ELOGIO DEL VINO

El vino de los pobres diablos, pesado de fábulas, grávido con agua del mesonero y todo, para los de corazón vacío de grandes cuentos que quieren calentarse con fábulas.

Fabuloso, inaudito vino de los pobres diablos.

Cuando exprimían, un duende apretaba los puños del vendimiador: Más grueso, más grueso, más grueso, porque están ligeros como las hojas secas y desventradas como los espan-tapájaros, los pobres diablos, y necesitan fábulas.

Cuando quedaron en las cubas los duendes de la luz, de ojos redondos, saltaban encima en lentejuelas insensatas y decían: Más calidez, más calidez, que se han helado como los higos, los pobres diablos.

Y cuando las cubas ya fueron guardadas, metidas en la sombra, los duendes de la noche decían: Más cubas, una fila, una ronda de cubas, porque están solos los pobres diablos y tiritan cuando no llegan las fábulas populosas del vino brujo.

Los sesos sin fábulas olfatean como locos ese poco de color violento. No se acuerdan de las fábulas que han oído y no saben hacerlas.

Los que hacen las fábulas las escriben y no las cuentan, o las cuentan a quienes ni las necesitan.

Y qué hacen ellos con la noche que dura demasiado y con una mesa desnuda, sin codos afirmados de mujer, y donde el pan seco ni los huesos de frutos cuentan nada.

El vino no es ni uvas punzadas ni agua endiablada de poniente malo, sino las fábulas de los cerros, de los ríos, de las cuevas, del mar y de los animales.

Los pobres diablos están cansados sin haber repechado cerros ni cortado leña. ¿Cómo van a ir, al atardecer, a contar fábulas en el momento en que ellas espigan y se dejan coger con la mano? Cuesta buscarlas como las codornices; hay que ir con paso de ladrón, sujetándose el corazón que tumba y tener la mano astuta y sobrenatural. Y ellos se cansaron a los veinte años, sin nadar, sin remar, y sin salir de casa, cómo se cansaron de puro hacer pininos y gesticos para algunas mujeres.

Pero aquí está el vino. El pobre vino de los pobres diablos, pesado, cargado, fatigado de fábulas. Las fábulas de los ríos, que no se acaban de contar nunca; las fábulas de los cerros, que se cuentan como quien repecha, a jornadas; las fábulas marinas, joviales y locas como los delfines; las fábulas de las grutas, que caminan con velos, cantando y tienen un velo más a cada estrofa del relato.

¡Qué barato, y qué largo, y preciso el vino de los pobres diablos!

*29 de agosto de 1927*

## ELOGIO DE LA SAL

La sal que en los montones de la playa de Eva del año 3000 parece frente cuadrada y hombros cuadrados, sin paloma tibia ni rosa viva en la mano, y de la roca que brilla más que la foca de encima, capaz de volver todo joya.

La sal que blanquea, vientre de gaviota, y cruje en la pechuga del pingüino y que en la madreperla juega con los colores que no son suyos.

*La sal es absoluta y pura como la muerte.*

La sal que clavetea en el corazón de los buenos, y hasta en el de Nuestro Señor Jesucristo, hará que no se disuelvan en la piedad.

*Agosto de 1927*

## ELOGIO DE LA HARINA

*La harina es luminosa, suave y grávida.*

La harina clara del arroz, que cruje como la buena seda; la que llaman almidón, fresca como agua de nieve y que alivia la quemadura. La harina resbaladiza como la plata de la papa pobre. ¡Las muy suaves harinas!

La harina grave, que hace la pesadumbre de la espiga del arroz o del centeno, tan grave como la tierra, tierra ella misma que podría hacer caminos lácteos para criaturas sin pecado original.

La harina suave, que resbala con más silencio que el agua y puede caer sobre un niño desnudo y no lo despierta.

*La harina es clara, suave y grávida.*

La harina materna, hermana verdadera de la leche, casi mujer, madre burguesa con cofia blanca y pecho grande, sentada en un umbral con sol: la que hace la carne de los niños. Ella es bien mujer, tan mujer como la goma y la tiza; ella entiende una canción de cuna si se la cantáis y entiende en todas las cosas de mujer.

Y si la dejáis solita en el mundo, ello lo alimentará con su pecho redondo.

Ella puede también hacerse una sola montaña de leche, una montaña lisa por donde los niños rueden y rueden.

Harina madre y también niña eterna, mecida en el arrozal de pliegues grandes, hijita con la que los vientos juegan sin verla, tocándole el rostro sin conocersele.

La clara harina. Se la puede espolvorear sobre la pobre tierra envejecida y negra, y ella le dará unos campos grandes de margaritas o la decorará como la helada.

*La harina es clara, suave y grávida.*

Si caminara, nadie le oiría los pies de algodón, que se sumen de pesados en la tierra; si quisiera bailar, se le caerían los brazos graves; si cantara, el canto se le apagaría en la gruesa garganta. Pero no camina ni baila, ni canta. Si quiere tener nombre, hay que hacerle nombre con tres B o tres M blandas.

*Noviembre de 1926*

## ELOGIO DEL PAN

Vicio de la costumbre. Maravilla de la infancia, sentido mágico de las materias y los elementos: harina, sal, aceite, agua, fuego. Momentos de visión pura, de audición pura, de palpación pura.

La conciencia de la vida en un momento. Todos los recuerdos en torno de un pan.

Una sensación muy fuerte de vida trae consigo por no sé qué aproximación interior, un pensamiento igualmente poderoso de la muerte. El pensamiento de la vida se banaliza desde el momento en que no se mezcla al de la muerte. Los vitales puros son grandes superficiales o pequeños paganos. El pagano se ocupó de las dos cosas.

*Noviembre de 1926*

## ELOGIO DEL ORO

El oro que en una lámina más delgada que mi aliento yo he levantado a la altura de mis ojos y que así, contra la luz de mayo, me dio una mirada casi verde, una mirada gemela parada como la mía entre el verde y el dorado, y que me conmovió como la de un hermano mellizo.

El oro que, hecho polvo, se vuelve patético y contra el sol logra el violeta y aspira al púrpura, porque como otros reyes, como David o Luis de Baviera, él también querría conocer angustia.

El oro ofreció a la niña que sale desnuda del río cubrirla con lámina y lámina. La niña aceptó la gasa seca de oro que le hace un engaño de color con su resplandor. Ella la recogió después, hoja a hoja, y cuando la acabó de poner sobre su palma supo que la vestidura recogida era menos gruesa que la hoja grasa de la hiedra, y la sostuvo en la palma con menos peso de una gota de su sangre.

El oro que se gasta en el tacto por uno como pudor de ser bello y no acabarse, y una vergüenza de compararse a lo divino y que me consuela a mi propia muerte.

El oro que el antiguo llamaba metal dulce al lado de los pertinaces, polen más duro únicamente, o cera un poco más terca.

El oro sin irritación (parecido a los viejos angélicos), en la ofensa del lodo y del ácido.

El oro que corre por mis ríos familiares, haciéndoles más dulce el limo, con gana de labios de agua, con gana de peso de aguas musicales, sobre su semblante.

El oro voluntariamente aglutinado con la plata segundona, en apetito cristiano de aplebeyamiento.

El oro que el alquimista nombraba con la misma cifra del sol por consolarlo, el oro engendrado y sustentado del sol que reprocho y que ha de morirse con el otro, ennegreciéndose de ese duelo como una pavesa, porque es fiel. Contó Boghes, el árabe para los suyos y para mí, que todos los cuerpos pasan en su último término unos en almendra de oro y otros en almendra de plata. (Contó para mí que no quiero pudrirme). Dejo dicho aquí el oro, creyéndole a Boghes que será mi última carne y la última asomadura de mi semblante en este mundo.

1927

## ELOGIO DE LAS MADERAS

El limonero, el limonero que es madera adolescente, joven en viejos muebles e inocente hasta en un ataúd. El limonero que parece hecho en la luz, pero cierta luz anterior a la luz, donde se hizo la mimosa de la que ha cogido el color tímido... De limonero tenía yo una caja en la que ponía de niña pañuelos sin arrugas y desafortunadas calcomanías. Pero hoy la tuviese vacía, porque he envejecido y no hay cosa joven sobre mí que yo pueda poner con justeza dentro de la cajita de limonero, cuya edad sigue siendo de cinco años.

La caoba, la caoba que aunque vehemente, es jovial y que corresponde al vino entre las maderas. En las felices caobas debería hacerse el lecho de los jóvenes, la mesa para las fiestas en que las gentes comen con entrañas alegres, y los estuches para guardar las cartas de don Juan, que son cortesanías como la caoba; y el marco en que se pone a la Gioconda, cuya alma pudo parecerse a una caoba consumadamente torneada. El ataúd de los ambiciosos que vencieron también puede ser hecho en ella y quebrarse en conos de luces rojizas.

El nogal, el nogal austero, un poco teólogo y aristocráticamente estoico a lo Séneca. Nogal regalado en espaldares de coros, con el Antiguo Testamento en rombos y cuadros que saltan, ofreciendo el sacrificio de José o los pechos de Débora cantando o la lucha de Jacob con el ángel. Nogal de los lechos de las viejas, lechos amplios como para que la muerte no los tantee en la orilla. Ceremonioso nogal perdido, porque los viejos deberíamos dormir cerca del suelo, a un palmo, para coger el hálito de la otra cama más baja, y para bien aceptarla.

Nogal solemne de las cómodas en que los viejos guardan sus vestidos, demasiado marcados del cuerpo, que ya ensaya el esqueleto. Nogales hacendistas de los cofres de viejo en que se ofende el oro joven, que es centauresco, revuelto con fajos de testamentos. En nogal han dormido y comido edades presuntuosas y pensativas.

Erasmus metía en un armario de nogal sus cuadernos y Santo Tomás sus acomodados de Aristóteles, que eran trampa para Aristóteles. Pero los reyes poltrones, cuya épica era la mesa de faisán y venado, en sillas de nogal yo los veo sentados, y la silla toma alguna cosa de su gota, pechos bajos que no les aumentó el resuello de las cabalgatas. Nogal y nogal de largos armarios de repecherías. Cada una albada de focas, o de manteles en los aparadores profundos y en una sacristía, unos rollos rojos y unos rollos amatistas, parecidos a bultos de faisanes muertos, que son las casullas de la misa de Pentecostés y de Corpus Cristi, que van a arder moviéndose como élitros de langostas violentas en las espaldas episcopales. El austero, el melancólico nogal. Un ataúd de nogal para Erasmo y otro para Fray Luis, el de León, y otro para Paul Claudel, el eclesiástico, no para mí, no para mí.

Para mí, el álamo un poco proletario en que se hacen los ataúdes de los artesanos. El pobre álamo no se compromete con eternidad, y si lo ponen en cementerio húmedo se pudre al año y suelta su fajo de podre, con lo que cumple su encargo.

El pobre álamo que no echa como el nogal cincuenta años en crecer ni se cuida como el algarrobo de endurecer sus huesos para ennoblecerse, ni se ciñe como el quebracho para que lo llamen marfil vegetal. Un poco truhan él, con su alboroto de hojas y apresurado como un mercader fraudulento en hacer madera, el álamo atolondrado que hace

mala plata en primavera y oro malo en otoño: éste para mí precisamente a causa de la deslealtad con que engaña al difunto y lo pasa a la tierra que es durable, justamente a causa de que está limpio de cargar mariscales y académicos, y que la codicia de lo precioso no lo ha ganado, y en cualquier mercado es barato como el almidón y los arroces.

El alerce, de talla faraónica, debajo de cuyo tronco me gustó detenerme por el puro goce de un toldo que me cobijaba a mí, con toda mi familia de fantasmas; el alerce del que yo quisiera hecho, mejor que de carne, mi corazón. Porque no sabe pudrirse, lo mismo que la buena cantera; y porque no cría plebe de piojo ni grosura de larvas, y tiene en la sabia un aroma que la sangre del corazón no tiene, porque recién cortado sabe secarse, lo que mi corazón, rebanado de mí, tampoco sabe; porque es rojizo, con insinuación y con intención de carne, y se lo prefiere sobre otros, para lindas artesanías y él ha de gozarse, en el enternecimiento senil, lo que con él hicieron: el trompo de los niños, tanto como la barca ballenera y los toneles en que alienta generosamente el vino.

La tagua ecuatoriana, que repugna la abundancia tropical y que es así pequeña por gana de restringirse el corazón, afirmándose. La tagua cuyo fruto cae solo en las rodillas del indio, con una callada caridad vegetal, y que contiene leche como el cuerpo de la mujer, y en la leche dulce, las nueces ceñidas que entregan un sésamo mejor que el sésamo en la cobertura servil, nueces más tenaces que la voluntad del Cid, que casi son marfil, y que viene a ser el fruto perfecto en la norma de las criaturas perfectas: carne benévola y hueso testarudo.

## ELOGIO DE LA NATURALEZA

Las violetas, de pequeños ojos, que empinan el aroma sin quererlo, que están enroscadas como el gusanillo mañoso por no ser vistas, pero cuyo aroma las grita como al santo lo grita su halo, y que paran en seco el paso al vagabundo.

La violeta, que embalsama el pecho del cazador tendido en el acecho y le hace perder el salto del venado mientras la busca: la aguda violeta, de ojo anochecido, que oye a sus propias hojas con su orejilla en alto.

La violeta, que cura, que suaviza la garganta de la niña enferma y vuelve a hacerle las palabras fáciles como es fácil su propia hojarasca.

La violeta es suave y secreta.

La amapola, que hace la nuez cerrada del sueño. La planta buena de la amapola, que no estaba ocupada como creíamos en hacer la flor frenética, cortada en el mejor poniente, ni en hacer siquiera la hoja abundante, parecida a la cola de las Isabel reinas, sino que estaba hinchando y endureciendo el puro globo del sueño, gracias al cual la pena se descolora, y la obsesión se sume y se acaba.

La amapola ya seca, que tiene un disco parado sobre su cabeza, con dejo heráldico y que de cada uno de los radios del disco fijo, expande en saeta el sueño hacia la montaña y hacia el buey blanco que ara dormido ahora...

La flor del saúco, que está sobre cada anécdota de mi infancia; que cae encima de siete años de mi infancia. La flor

del saúco, gruesa y fina, y pestañuda, con un olor fresco y doméstico.

Yo veo mi taza blanca jaspeada de azul, y el corimbo pesado, que había hervido de abejas, humeando para mi fiebre. El saúco era verde y blanco, blanco verdoso, como uno de los ángeles de Juan de Fiésole, y yo le estoy mirando aún contra el cielo de Elqui.

La corregüela blanca, que corría por la viña como un juego fatuo y se moría en tres días. Alcanzaba las cepas enanas como yo y les colgaba sus campanas de mentira; yo les allegaba mi oído y nada; las golpeaba en el borde, nada. Después en la noche, la corregüela me enredaba los sueños en el chisme de su talle de hebra. La corregüela que anda como la culebra golpeando con el pecho el suelo.

El romero de Castilla, los romeros chilenos menudos y densos, parecidos a la oración de frases breves, romeros de flor de un azul metido en lila, que curan todos los males en una especie de catolicidad, en la que creen los que creen desde la lepra eterna a la fiebre de una noche y que no se regatea a pecho feo ni a entraña vieja, para cumplir con lo que sabe. El romero, que en mi valle comienza en los cerros y acaba en los huertos con su olor bueno que ahuyenta al brujo, con su olor sencillo que se aprende bien como dos cifras, olor honrado que da sosiego. Olor de romero en mis ropas de niñita donde estaba en un gajo en cada pieza y en colchón, áspero como de insecto seco, en el fondo de la caja.

El romero jesucristiano, gratuito como Jesucristo y con Él sin alabanza, y con tardío recuerdo en la repletez y la vanidad de estos tiempos.

El azahar que se abre en estrella como las cosas felices y que hace del naranjo nocturno un jaspe que alucina; el azahar que tiene su capital de aromas en Granada, donde para a la fuente y en la hora da su olor agudo de punzada, y que vuelve por su esencia, como grávida, una tierra y la vieja tierra; el azahar que nos hace tambalearnos de su esencia como la palabra de Isaías al rabino.

El azahar amarillo de los enfermos, con olor más lejano que Omar Khayyam, amigo del corazón ciego, el cual ahora busca los aromas que son lentos como el paso en la arena.

*Junio de 1933*



P O E M A S  
D E L  
C U E R P O  
H U M A N O<sup>13</sup>

<sup>13</sup> En el *Repertorio Americano*, Costa Rica, n° 3, t. V, lunes 23 de octubre de 1922.



## L A S M A N O S

Manos, vosotras acariciáis las cosas. Conocéis el contorno del vaso lleno de gracia y también el de las colinas; habéis desgranado la espiga en la quietud de la tarde y cubierto la semilla en los huertos; conocéis el valle que me entregó el Señor para regocijarme.

Sois suaves peinando a un niño y finas limpiando el cristal de la copa; pero os volvéis fuertes para herir el rostro de la maldad. Mentira que porque sois leves no podéis hacer otra cosa que desangrar el verso entre los dedos. Cuando falte esta escuela o se apague el canto en el corazón, manos de mujer fuerte podaréis el árbol en el llano requemado y abriréis la tierra, que sois hijas del dios fuerte y os refrescan sus aguas eternas.

Caéis como muertas en la hora del ensueño y os levantáis enseguida a realizarlo con tremendo vigor.

Cuando quedéis ya por siempre sosegadas, manos mías, dejaréis caer en la tierra uno a uno vuestros dedos, como otras simientes, para que de sus cales intensas se hagan las otras manos que vendrán.

## LOS OJOS

Ojos humanos, mirad con ternura, pues sois como las madres de lo creado. Rozad las cosas con vuestro terciopelo ardiente, paladead como vinos los horizontes. Reflejad ardientemente el mundo, porque la belleza de la tierra pide mirarse en espejos quemantes.

No temáis el hastío, ojos humanos, que cada tarde tiene otro modo de rojez o de dulcedumbre.

Salid en las mañanas a beber la luz sobre las colinas; poned en ellas las siluetas amadas; llevad a las mujeres y a los niños por el campo abierto, que solo conocéis a los seres cuando están bañados de la luz plena.

Sed como abejas agudas que liban el mundo; descender hacia él ávidamente; arrancadle en la mirada la recóndita dulzura.

Entrad en la casa al anochecer, cuando la última luz se ha vaciado hacia el ocaso, y abrid entonces el libro que os alumbrará con dulzura la noche ciega.

## LA B O C A

Boca suave que bebes el viento fino: devuélvelo agudo en la palabra. Pequeña boca humana, por ti se dice el mundo que es inmenso, se dice la montaña amoratada, los juncales y las praderas.

Y tú alivias el alma de su tremenda plenitud, tú la viertes gota a gota hasta que ella queda apaciguada.

Boca mía, tejida, amasada para la verdad: dila que para eso viniste. Entrégala trenzada con la belleza cuando puedas como se trenza la columna con el mirto; pero cuando no alcance a depurarse en tu lengua la miel de la estrofa, dila desnudamente, que si la callas pudrirás tu corazón.

## LOS PIES

Pies que camináis por alcores y quebradas, avanzad amando, besad la tierra con beso ligero.

Sed vagabundos si no os fijó el destino con un hijo sobre el regazo; sed vagabundos. No os clavéis en la tierra verde, que las áridas os están llamando con otra belleza. No os encariñéis con la llanura, que las montañas os hacen señales en sus sueltas nieblas. Seguid siempre, seguid siempre.

Danzad en las praderas, sobre el rocío de las mañanas. Así danzaban hace dos mil años las plantas de David, embriagadas de la alegría de vivir. Mirad a los faquires inmóviles que están muertos, y pasad. Vosotros vais vivos como llamas.

Descansad en los hogares. Asomaos a la puerta, consultad los rostros y entrad. Conoceréis la casa de los pobres, os sentaréis en su duro apoyo en el suelo desnudo; pero seguiréis. Conoceréis la alfombra del rico y no os quedaréis gozándola mucho tiempo porque su blandura es fatal.

Heridos en la zarza de los recodos traidores, no miréis la sangre que el viento sabe orearla; sentiréis que las heridas van refrescándoos por el camino como manojos de hierbas húmedas.

Conoced toda la tierra de Dios, extendida como muchos pétalos. Y caminad desnudos de fuerza y sinceridad.

## EL CUERPO HUMANO

Cuerpo humano, en ti el barro es más maravilloso que en la rosa: en ti padece y canta.

Te lleva María de Nazaret, y eres entonces una sola azucena que mece el viento; te lleva Ruth por el campo y te vuelve la gracia; y si te lleva Francisco de Asís, vas trémulo de alegría y alabanza.

Cuando Dios te hizo, cuerpo humano, dejó de crear; tú pasabas a ser el creador. Y te tejió después que a las otras criaturas, después de los jacintos y de los céspedes, para poner en tus contornos todas las suavidades que tiene la hierba.

Cuerpo humano, Cristo te llevó, Cristo entró en ti. Eres hondo y le hiciste conocer la henchidura de nuestro sollozo y paladear la sal que hay en las lágrimas humanas.

Gracias porque viste mi alma, que sin ti fuese por los valles invisibles como el viento. No me la hubieran conocido mis hermanos, y los niños no hubieses jugado conmigo en la ronda que hacen al caer la tarde en la pradera.



M A E S T R O S

Y

E S T U D I A N T E S



¡Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la tierra!

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes. Dame que alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarte en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo para que no renuncie a la batalla de cada día y cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corro de niños descalzos.

Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

14 Publicado inicialmente, entre otros, en el *Repertorio Americano*, Costa Rica, n° 3, t. 1, el sábado 20 de septiembre de 1919.

¡Amigo, acompáñame!, ¡sosténme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, el que supo harto de soledad y desamparo. Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana a mi escuela. Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia. ¡Reprenda con dolor, para saber que he corregido amando!

Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Le envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente de amor.

*Punta Arenas, enero de 1919*

Maestro, enseña con gracia, como pedía Rodó. Sin hacerte un retórico, procura dar un poco de belleza en tu lección de todos los días (mira que Cristo no divorció la hermosa intención de verdad del deseo de hermosura y gracia verbal).

Narra con donaire; sabes que tu oficio, que es de ternura, te ha vedado ser seco de corazón; también te prohíbe serlo de lenguaje.

Aprende en el libro moderno y en el antiguo de donosuras del idioma, y adquírelas siquiera en parte.

En San Martín, tu Abraham; Bello, tu Carrera; sus biografías enardecen más si conoces el adjetivo hermoso que pinta el carácter, el giro hábil que da movimiento al relato, el sustantivo transparente que nombra la virtud exacta (la verdadera excelencia).

No te conformes con ser claro; sé, si puedes, elegante en tu palabra.

La sobriedad, que tú sabes que es condición pedagógica de tu explicación, es don literario; la naturalidad, que también tu manual te recomienda, es refinamiento artístico; la viveza del relato te la da no solo tu entusiasmo, sino también tu habilidad científica (consciente, con intención artística).

15 En *Magisterio y niño*. Selección de Roque Esteban Scarpa. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979.

Aprende esa sobriedad, esa naturalidad, esa viveza en Pascal, en Heine, en el Dante; no destierres ni a los escolares galanes de tu grave biblioteca. Hace bien una sonrisa.

Nadie se divorcia impunemente de la belleza, ni el sacerdote ni el propagandista, ni siquiera el mercader.

El descuido de tu lenguaje envuelve cierto desprecio de los que te oyen.

Cuando descuidas tu lenguaje, robas algo a la verdad que enseñas: te robas el atractivo sobre los niños, le robas dignidad.

Te equivocas al pensar que ellos no saben de eso. Como el rústico, como el payador, como el picapedrero que canta aires hermosos sobre la cantera, el niño entiende; tienen ambos el instinto, no la ciencia por cierto de lo divino.

Haz la prueba y te quedarás maravillado.

Léele uno de tantos cuentos insulsos de la pedagogía ordinaria que corren por allí y léele después el “Cuento a Margarita”, de Rubén.

Cabe el arte dentro de tu escuela. Si decoras con Millet tu sala de clases, alegras a tus pequeños; sienten la dulzura de la “Balada de Mignón” en su clase de canto.

No desprecies al niño, que es toda su vida, porque te desprecies y haz capaz tu escuela de todo lo grande que pasa o

que ha pasado por el mundo. Harás así pedagogía augusta,  
no gris, no pobre, no infeliz pedagogía.

1918

PENSAMIENTOS PEDAGÓGICOS  
(PARA LAS QUE ENSEÑAMOS)<sup>16</sup>

1. Todo para la escuela; muy poco para nosotras mismas.
2. Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra.
3. Vivir las teorías hermosas. Vivir la bondad, la actividad y la honradez profesional.
4. Amenizar la enseñanza con la hermosa palabra, con la anécdota oportuna y la relación de cada conocimiento con la vida.
5. Hacer innecesaria la vigilancia de la jefa. En aquella a quien no se vigila, se confía.
6. Hacerse necesaria, volverse indispensable: esa es la manera de conseguir la estabilidad en un empleo.
7. Empecemos, las que enseñamos, por no acudir a los medios espurios para ascender. La carta de recomendación, oficial o no oficial, casi siempre es la muleta para el que no camina bien.
8. Si no realizamos la igualdad y la cultura dentro de la escuela, ¿dónde podrán exigirse estas cosas?

16 En *Revista de Educación*, n° 1, Santiago, mayo de 1923.

9. La maestra que no lee tiene que ser mala maestra: ha rebajado su profesión al mecanismo de oficio, al no renovarse espiritualmente.
10. Cada repetición de la orden de un jefe, por bondadosa que sea, es la amonestación y la constancia de una falta.
11. Más puede enseñar un analfabeto que un ser sin honradez, sin equidad.
12. Hay que merecer el empleo cada día. No bastan los aciertos ni la actividad ocasionales.
13. Todos los vicios y la mezquindad de un pueblo son vicios de sus maestros.
14. No hay más aristocracia dentro de un personal que la aristocracia de la cultura, o sea, de los capaces.
15. Para corregir no hay que temer. El peor maestro es el maestro con miedo.
16. Todo puede decirse; pero hay que dar con la forma. La más acre reprimenda puede hacerse sin deprimir ni envenenar un alma.
17. La enseñanza de los niños es tal vez la forma más alta de buscar a Dios; pero es también la más terrible en el sentido de tremenda responsabilidad.
18. Lo grotesco proporciona una alegría innoble. Hay que evitarlo en los niños.

19. Hay que eliminar de las fiestas escolares todo lo chabacano.
20. Es una vergüenza que hayan penetrado en la escuela el cuplé y la danza grotesca.
21. La nobleza de la enseñanza comienza en la clase atenta y comprende el canto exaltador en sentido espiritual, la danza antigua —gracia y decoro—, la charla sin crueldad y el traje simple y correcto.
22. Tan peligroso es que la maestra superficial charle con la alumna como es hermoso que esté a su lado siempre la maestra que tiene algo que enseñar fuera de clase.
23. Las parábolas de Jesús son el eterno modelo de enseñanza: usar la imagen, ser sencilla y dar bajo apariencia simple el pensamiento más hondo.
24. Es un vacío intolerable el de la instrucción que antes de dar conocimientos, no enseña métodos para estudiar.
25. Como todo no es posible retenerlo, hay que hacer que la alumna seleccione y sepa distinguir entre la médula de un trozo y el detalle útil, pero no indispensable.
26. Como los niños no son mercancías, es vergonzoso regatear el tiempo en la escuela. Nos mandan instruir por horas y educar siempre. Luego, pertenecemos a la escuela en todo momento que ella nos necesite.
27. El amor a las niñas enseña más caminos a la que enseña que la pedagogía.

28. Estudiamos sin amor y aplicamos sin amor las máximas y aforismos de Pestalozzi y Fröbel, esas almas tan tiernas, y por eso no alcanzamos lo que alcanzaron ellos.
29. No es nocivo comentar la vida con las alumnas, cuando el comentario critica sin emponzoñar, alaba sin pasión y tiene intención edificadora.
30. La vanidad es el peor vicio de una maestra, porque la que se cree perfecta se ha cerrado en verdad todos los caminos hacia la perfección.
31. Nada es más difícil que medir en una clase hasta dónde llegan la amenidad y la alegría, y dónde comienza la charlatanería y el desorden.
32. En el progreso o el desprestigio de un colegio todos tenemos parte.
33. ¿Cuántas almas ha envenenado o ha dejado confusas o empequeñecidas para siempre una maestra durante su vida?
34. Los dedos del modelador deben ser a la vez firmes, suaves y amorosos.
35. Todo esfuerzo que no es sostenido se pierde.
36. La maestra que no respeta su mismo horario y lo altera solo para su comodidad personal, enseña con eso el desorden y la falta de seriedad.

37. La escuela no puede tolerar las modas sin decencia.
38. El deber más elemental de la mujer que enseña es el decoro en su vestido. Tan vergonzosa como la falta de aseo es la falta de seriedad en su exterior.
39. No hay sobre el mundo nada tan bello como la conquista de almas.
40. Existen dulzuras que no son sino debilidades.
41. El buen sembrador siembra cantando.
42. Toda lección es susceptible de belleza.
43. Es preciso no considerar la escuela como casa de una, sino de todas.
44. Hay derecho a la crítica, pero después de haber hecho con éxito lo que se critica.
45. Todo mérito se salva. La humanidad no está hecha de ciegos y ninguna injusticia persiste.
46. Nada más triste que el que la alumna compruebe que su clase equivale a su texto.

## ORACIÓN DEL ESTUDIANTE A LA GRACIA

¡Yo te invoco, Señor, dueño de la gracia, al empezar mi trabajo! Entre ella a mi aposento cerrado y ponga sus manos sobre mí. Sin la gracia, mi estudio sería un jadeo, y yo no quiero faena con gemidos.

Dé a mis pensamientos suavidad de óleos, pues no los amarán si tienen la aspereza de las limas.

Alumbre ella, el tanteo de mi inteligencia como un relámpago blanco. Le dé la calidad de las fragancias seguras, para que conozca las cosas por trasþasadura infable.

Revélese su presencia en el trabajo fácil y feliz, y venza en mí a la torpe pesadez de la carne. Cruce por mi mente como cruzan los niños por la tierra.

Hágase visible en forma de candor. Que yo hable con inocencia como si no me hubiese contaminado la malicia, como si no viniese de cien generaciones de pecado. Bórreme, Señor, tu gracia la ajadura del corazón viejo, de la mente dolorida.

Séanme dadas por la gracia las imágenes de fuego de Juan y las palabras simples de Pedro Pescador.

A su contacto, el entusiasmo derrita los hielos de mi corazón y mi sangre en el trabajo corra más ligera, y mis ojos brillen ardientes.

Por la gracia, mis pensamientos tengan en vez de un orden rígido de espadas el desorden de las hierbas vivas.

Descienda a mí también en el sueño como en la vigilia y yo amanezca enriquecida cada día, y el milagro matinal sea como el hallazgo de un nido de tórtolas entre los trigos.

Así yo daré prueba de Ti, el que trabaja en la profunda noche.

Pero la gracia sea como una paloma que tuviese un ala de plumas —la donosura— y otra ala de fuego —el Espíritu—, porque no la quiero banal sobre mi vida.

A Ti, dueño de la gracia, la pido al empezar mi trabajo cotidiano. Tú tienes otras advocaciones, pero yo te llamo ahora con esta; ¡traspásame de ella! ¡Es tu dardo rápido, que no sangra y que nos deja ardiendo!

*Octubre de 1924*

Este es un día de unidad y además de reconciliación de todos nosotros en el niño.

Nuestras discusiones partidistas hacen hoy un paro; huelgan, sobran. Porque muchas cosas no podemos discutir, menos este gran bochorno que se llama el niño desnudo y hambriento.

Él no pidió nacer y él pide sin más alegato que su pobre cuerpo que nos declara el sustento a medias, el cuarto insalubre, el mal vivir.

Por primera vez vamos a dar para una criatura sin raza expresa, sin patria declarada, chiquito, de cualquier parte del mundo: sudamericano, chino, italiano, polaco, judío, etcétera. Y sabremos con sorpresa de nosotros mismos, que a pesar de los chauvinismos rabiosos el concepto de la humanidad, como el cuerpo indivisible de Cristo, está latente a mitad de nuestro espíritu, y que este “llamado” lo hace subir a flor de pecho.

Muchas de las cosas que hemos menester tienen espera: el niño, no. Él está haciendo ahora mismo sus huesos, criando su sangre y ensayando sus sentidos. A él no se le puede responder: “Mañana”. Él se llama “Ahora”. Pasados los siete años, lo que se haga será un enmendar a tercias y corregir sin curar.

17 En *Revista de Educación*, n° 48, Santiago, junio-julio de 1948.

Estamos enfermos de muchos errores y de otras tantas culpas; pero nuestro peor delito se llama abandono de la infancia. Descuido de la fuente. Ocurre en algunos oficios que la pieza estropeada al comienzo ya no se puede rehacer. Y en el caso del niño hay lo mismo: la enmienda tardía no salva. De este modo, nosotros estropeamos el diseño divino que él traía.

Hoy es el día de dar para una muchedumbre, pero a la vez para cada uno, de dar alcanzando a todos, sin despojar a los nuestros: la probidad de las Naciones Unidas en esta distribución será irreprochable.

Comienza en la colecta de hoy un aprendizaje audaz que nunca hicimos: el de dar para el prójimo y el lejano, para el nacional y el forastero. Y este ensayo no tiene nada de absurdo: es la primera y última letra del alfabeto cristiano. Nunca ensayamos esto y alguna vez había de conducirnos hacia una operación espiritual postergada pero inevitable, dura pero posible.

Queremos salvarnos salvando al niño; siempre creímos que la salvación podía salir de la ayuda al pariente, al de rostro sabido. Pero Aquel a quien llamamos el Salvador no vino para el mero judío; Él vino para el planeta y escandalizó con su adopción del mundo a centuriones y a rabinos.

Pudiese ser que la flaqueza del cristianismo arranque de nuestra caridad casera y regional, y de la indolencia con que miramos el hambre oriental y el hambre africana y las demás.

La mano estirada de hoy, la alcancía ambulante que va por las calles, no es que pida: es que cobra. Todos somos deudores al

bulto menudito que se esconde en nuestra montaña, que vive en los valles sin más ración que el aire y la luz, y que vaga por unas ciudades a la vez suntuosas y raídas de miseria.

Hoy los colectadores no cobran cuanto se debe al niño, lo cual es mucho. Demos sin ceño fruncido; demos por decoro colectivo e individual, cristiano o pagano, pero demos todos. Y al soltar las monedas, procuremos ver al pedigüeño invisible, para que de su imagen nazca en nosotros la conciencia del mundo unitario, que fue ensayado en vano por la Sociedad de la Naciones y que ahora la ONU vuelve a intentar como quien hace segunda siembra sobre tierra helada y terca.

Las Naciones Unidas son más que una asamblea y una hechura política: ellas son la yema de una conciencia universal. Y lo mejor de sus creaciones y de su inspiración tal vez sea este “Llamado por el niño”, que es también el desagravio a la madre en falencia.

Todos fuimos niños, y dar hoy será traer a los ojos la propia infancia. Vaciar el jornal entero será recobrar la mano infantil, en la cual nada se pudre porque nada se acumula, y que él lleva abierta porque el niño es un botarate a lo divino.

## EL ELOGIO DEL NIÑO

El niño no es loco, y si lo es, mejor anda y mejor vive así: dejarle tal vez valga más que mantearlo; al cabo, pronto el cuitado será igual a nosotros, como dos gotas de agua. Él inventa tanto como aprende; no es verdad que lo imite todo; quien se vuelve máquina de repeticiones es el hombre hecho y derecho. En su embobamiento y azoro del mundo, él tiene razón que le sobre: así como lo ve, así es, una inmensa calcomanía caliente y una tarasca feroz. Razón tiene en su abrazo la tierra y sus miedos nocturnos con ella son justos también: mucho él ve, más adivina.

Su cuerpo, libre de atascos y toxinas, le da la alegría sin causa que es la única fiel. Ahí va, borracho de aire y de luz, con el pelo suelto como una crin, y otra vez tiene razón, porque todo se vuelve vino para unos sentidos limpios y en vacaciones.

La libertad le gusta al niño más que el comer y beber. Las naranjas y la cidra no le hacen tan feliz como andar suelto por la huerta o las calles. Solo en creciendo, lo van a convencer la casa y la mesa de mantel largo de que ellas valen más que ser un hombre libre.

El muy liberal goza con lo rítmico y lo contrarrítmico, y le hace gracia lo suave y lo erizado; lo que él quiere son muchas vistas, colores y sabores.

El bien sale del niño como el aliento o le salta como el ademán: no se da cuenta de lo bueno que hizo, a menos de que le torzamos la personalidad por la adulación. Y ve mal, si lo ve, pero no en tinta china como nosotros. Por eso será que se venga menos que los grandes.

Él se endereza mejor que el joven después del puñetazo que le dieron y es que tiene más coraje que los mayores, y gimotea menos que Zenón el estoico por un percanse.

Para construir lo mismo valen piedras que cartón, y corchos, y cañas rotas. No es que no sepa escoger; bien lo sabe; es que él quiere construir a toda costa, de cualquier laya.

El chiquito canta chillón o desabrido, y no lo sabe; si cantase lindamente, no le daría más placer, pues ya tuvo su gusto al echar la voz afuera. Orgullos tiene; vanidades no.

Hierve de mitos, chisporrotea de “casos” y “encuentros”, y su mitología no le trajina los sesos, sino que le cosquillea en los sentidos y le agita también las potencias. El dragón se restriega contra él —será la guerra o su mal amigo—; la talla de Goliat abre, tamaño, sus ojos; la honda y las piedras de David, él las siente y oye; del Ulises le interesan por igual las chanzas que las veras: estas le sirven para inflamarse; aquellas para reír.

Pero más que estos héroes prójimos suyos, agitan al niño aquellos que de nosotros no hacemos caso, y que también son héroes: el viento huracanado, el mar lenguaraz, las nubes folletinescas, las lluvias y las nieves ciegas.

El mundo visible y el otro no los tiene separados el buen sabedor. La cara de su hermanito muerto le cae a la mano, revuelta con sus juguetes; el duende le vive dentro de la hoja-zón de la higuera. Y el cielo lo tiene cruzado con la tierra, así, entreverados, así, en cruz, igual que la urdimbre y la trama de un tejido (también se lo supo sin que se lo dijeran).

Sus alegrías las ensayaremos cuarenta años después, pero por nuestro desvío, les perdimos el rastro y ya se nos olvidó la contraseña.

El salto descuidado que el niño da sobre el pájaro o el pez muerto, es el mismo que nosotros, mayorcitos, deberíamos dar sobre la muerte, cuando nos rasa la mente o la vida. (Si de veras nos creyésemos hijos de Dios y eternos. Pero no lo creemos bien).

El niño acaba el día como si hubiese cosechado cincuenta aventuras, y es verdad que las tuvo, puesto que las arreó, y las luchó, sentado en una piedra, o al dormirse. Pues, cuando cae al fin, y con un sueño tal que es el récord de todos, todavía entonces, de sueño adentro, siguen sus gestas, y por eso manotea sobre las sábanas.

*Febrero de 1944*

La faena en favor del libro que corresponde cumplir a maestros y padres es la de despertar la apetencia del libro, pasar de allí al placer del mismo y rematar la empresa, dejando un simple agrado promovido a pasión. Lo que no se hace pasión en la adolescencia se desmorona hacia la madurez relajada.

Volver la lectura cotidianidad o, según dice Alfonso Reyes, “cosa imposible de olvidar, como lavarse las manos”. Dejar atrás el hábito de padres o abuelos que contaban los libros que habían leído por las catástrofes nacionales o los duelos de la familia. Hacer leer como se come todos los días, hasta que la lectura sea como el mirar un ejercicio natural, pero gozoso siempre. El hábito no se adquiere si él no promete y cumple placer.

La primera lectura de los niños, sea aquella que se aproxima lo más posible al relato oral, del que viene saliendo, es decir, a los cuentos de viejas y los sucedidos locales. Folclor, mucho folclor, todo el que se pueda, que será el que se quiera. Se trata del momento en que el niño pasa de las rodillas femeninas al seco banco escolar, y cualquier alimento que se le allegue debe llevar color y olor de aquellas leches de anteaer. Estas leches folclóricas son esmirriadas en varias razas: en la española conservan una abundancia y un ímpetu de aluvi6n. No es cosa de que los maestros las busquen penosamente: hechas cuento o romance, corren de aldea a ciudad por el lomo peninsular; llegan a parecer el suelo y el aire españoles, y no hay más afán de cogerlas como las codornices en la lluvia de Moisés, estirando la mano y metiendo en saco las mejores: casi no hay mejores

y peores; posee el folclor español una admirable parejaura de calidad en que regodearse.

Yerran los maestros que, celando mucho la calidad de la lectura, la matan al imponer lo óptimo a tirones y antes de tiempo.

Debemos condescender algo o mucho con el niño, aceptándole ciertas lecturas o bobas o laterales. He visto a chiquitos bostezar por unas *Ilíadas* en versión llamada infantil y que se despabilaban en seguida por cualquier Julio Verne.

Aceptemos ladinamente el gusto zurdo del niño por la aventura mal escrita, que una vez hecho su “estómago de lector”, la aventura sandia irá trepándose hacia Kipling y Jack London, y de éstos a otros, hasta llegar a la *Divina comedia* (tremenda aventura por dentro del ánimo), al Quijote o al mundo de Calderón.

Dicen que lo mejor suele ser enemigo de lo bueno; también lo solemne anticipado puede empalagar de lo serio, y por toda la vida. El fastidio lleva derecho a la repugnancia.

Pasión de leer, linda calentura que casi alcanza a la del amor, a la de la amistad, a la de los campeonatos. Que los ojos se vayan al papel impreso como el perro a su amo; que el libro, al igual que una cara, llame en la vitrina y haga volverse y plantarse delante en hechizo real; que se haga el leer un ímpetu casi carnal; que se sienta el amor propio de haber leído libros mayores de siempre y el bueno de ayer; que la noble industria del libro exista para nosotros por el gasto que hacemos en ella, como existen los tejidos y alimentos, y que el escritor se vuelva criatura presente

en la vida de todos, a lo menos tanto como el político o industrial.

Entonces, y no antes, la lectura estará en su punto como el almíbar; ni pedirá más, que fuese manía; ni aceptaría menos, que sería flojedad.

Pasión de leer, seguro contra la soledad muerta de los huesos de vida interna, o sea, de las más. Sirviese la lectura solamente para colmar este hondón del fastidio, y ya habría cumplido su encargo.

Pasión preciosa de hojear el mundo por mano más hábil que la propia; pasión de recorrer lo no recorrido en sentimiento o acción; arribo a posadas donde dormir soñando unos sueños, si no mejores, diferentes del propio. Y pasión del idioma, hablado por uno más donoso, o más ágil, o más rico que nosotros. Se quiere como la entraña a la lengua, y no se sabe sino leyendo en escritura feliz un logro del prójimo, que nos da más placer que la nuestra, que nos llega a producir una alegría pasada a corporal, a fuerza de ser tan viva.

El cine está habituando a los muchachos a un tipo de hazaña más rápida, más vertical. Bueno será que los novelistas morosos se den cuenta de este ritmo de la generación lectora que viene. El mismo cine les está retrotrayendo a la imaginación pura, tirada y reída por nuestros padres, que fueron educados en la calva razón.

Ahora comienza, y también por el cine vilipendiado, el amor de la lectura manca de ciencias naturales. Es cuestión de aprovechar el suceso y sacarle el beneficio posible. Obreros he visto leyendo en una sala una *Historia del cielo*,

bien ilustrada, y sé que es corriente su gusto de la aventura animal, en vidas de abejas, de elefantes y de bichos estupendos.

Por estos caminos de niñerías se puede llevar a cualquiera a la pasión de leer, hasta al lerdo y el sordo, y sin más que alimentar esta avidez niña.

Lo único que importa es cuidar los comienzos: el no hastiar al recién llegado, el no producirle bostezo o el no desalentarle por la pieza ardua. Ciencia de editor. O de bibliotecario, o de maestro: astucia de la buena, manejo de persona difícil, habilidad de entrenador.

Queden para después las limpias del material, los cuidados acérrimos del repertorio, la organización de los temas, según la ideología A o B.

Este postergar es cuidar, un racional acomodamiento del huésped, antes de contarle la heráldica de la casa de los libros.

“La lectura distrae”. No siempre nos distrae, es decir, nos aparta y nos pone a la deriva, porque muchas veces nos hinca mejor en lo nuestro. Da el regusto de lo vivido y es rumia de lo personal que hacemos sobre la pieza ajena; egoístas no dejamos de ser nunca, y en la novela resobamos percan-ce o bienaventuranza propios.

Los programas de lectura escolar u obrera no dejen de lado la poesía, o se quedarán muy plebeyos. La poesía grande de cualquier escuela o tiempo. Si lo es, tendrá garra como la bestia prócer o echará red en nosotros a lo barca de pesca. Menos que la poesía debemos desdeñar de tontos desde-nes la lectura religiosa. Escrituras sacras, todas, una por

una, y nuestra Biblia la primera, valen por el más ancho poema épico, en resuello heroico y en forzadura cenital a sacrificio. Contienen además ellas una fragua tal de fuego absoluto, que sale de allí, cuando se las maneja a las buenas, un metal humano duro de romperse en el trajín de vivir y muchas veces apto para rehacer las vidas del mundo, cuando ellas crujen de averiadas. Los libros que hicieron tal faena, sin etiqueta de criatura religiosa, llevaban por el revés la vieja marca de la mística despedida y que regresa siempre.

*Madrid, marzo de 1935*

## ¿QUÉ ES UNA BIBLIOTECA?

Una biblioteca es un vivero de plantas frutales. Cuando bien se la escoge, cada una de ellas se vuelve un verdadero “árbol de vida”, adonde todos vienen para aprender a sazonar y a consumir su bien.

Lo mismo que en el vivero no hay en las bibliotecas plantas iguales, aunque las haya semejantes, porque la biblioteca es un mundillo de variedad que no debe cansar nunca. Aquí están los fuertes y los dulces, los cuerdos y los desvariados, los serios y los juguetones, los conformistas y los rebeldes.

Una biblioteca es también un lindo coro de voces; ninguna de ellas, desde la más aguda a la más grave, es igual a otra, pero hasta las más contrastadas acaban reconciliándose dentro de nuestra alma, gran reconciliadora. Lope y Quevedo, que se pelearon bastante, aquí estarán tocándose con los codos y nuestro padre el Dante, el desterrado, conversará con sus propios florentinos de los cuales divorció sus huesos.

Hasta puede decirse que una biblioteca se parece a pesar de su silencio a un pequeño campo de guerrillas: las ideas aquí luchan a todo su gusto. Nosotros, los lectores, solemos entrometernos en la brega sin sangre, pero lo común es que asistimos sin riesgo alguno al espectáculo gratuito y que enciende hasta a los tibios.

Los más acuden a una biblioteca por encontrarse a gentes de su credo o su clan, pero venimos, sin saberlo, a leer a todos y a aprender así algo muy precioso: a escuchar al contrario, a oírlo con generosidad y hasta a darle la razón a

veces. Aquí se puede aprender la tolerancia hacia los pensamientos más contrastados con los nuestros, de lo cual resulta que estos muros forrados de celulosa trabajan sobre nuestros fanatismos y nuestras soberbias, según hacen la lima alisadora y el aceite curador.

Pero sucede también que en ocasiones tenemos aquí gozosos encuentros: eso pasa cuando nos hallamos con hermanos nuestros que vivieron lo mismo que nosotros vivimos y que se nos parecen como la gota a la gota de agua. Por parecérsenos, ellos nos dan todo gusto y después de haberles oído volveremos confortados a nuestras casas y nunca más nos sentiremos huérfanos.

Una biblioteca es también el barco de Simbad el Marino o la mula de los Marco Polo, o el asno de Sancho: cada libro, bien mirado, es una aventura mental que a veces por lo vívida llega a parecer física. Como las gentes de la provincia son sedentarias forzadas, personas no navegadas, casi unos prisioneros de pies cortados, la caminata y la navegación se la conocen solamente gracias a los Sven Hedin o las Selma Lagerlöff, o por nuestro Mariano Azuela, vuestro Martín L. Guzmán o por el *Martín Fierro*, o por Benjamín Subercaseaux.

¡Qué fiesta! Vamos atravesando sierras, desiertos, cordilleras o mares frenéticos. Bastan unas pizcas de imaginación o de mera buena voluntad para hacer el viaje de bracetete con el andador o jinete. Esto es llevar compañía grande, pues hasta el Lazarillo de Tormes y el Periquillo Sarniento son personas de toda calidad, aunque vayan despeinados y en harapos, o tengan lengua alácrita de más como Quevedo.

Una biblioteca, en ciudad pequeña, puede volverse mejor que en ninguna parte, corro familiar de niños lectores o auditores, y frecuente tertulia de adultos. Ella puede salvar a los hombres de la cantina maloliente y librar a los chiquitos de la jugarreta en la vía pública. Pero el arte del bibliotecario es difícil: él tiene que crear el convivio de sus lectores en torno de unos anaqueles severos y fríos, y el nuevo hábito le costará bastante hasta que quede plantado sobre la piedra de la costumbre vieja, que es muy terca. Para llegar a esto, la biblioteca de la provincia ha de volverse “cosa viva” como el brasero de nuestros abuelos que llamaba a la familia con sus brillos y su oleada de calor.

La vida de las poblaciones pequeñas es un poco laxa, apática y mortecina. Los centros creadores de calor humano son en estos pueblos la escuela, los templos, la biblioteca. Si todos ellos colaborasen, no habría poblaciones indiferentes y sosas. Es preciso que el bibliotecario luche con la desabrida persona que se llama indiferencia popular.

Cuando la biblioteca es primera y única, los visitantes miran con desasimiento estos anaqueles alineados que se parecen a los nichos del cementerio. Entonces, hay que calentar los rimeros de libros hasta que cada uno de estos cobre bulto y calor de seres vivos.

Son el bibliotecario o la bibliotecaria quienes irán creando la tertulia de los vecinos de esta sala; ellos darán reseña excitante sobre el libro desconocido; ellos abrirán la apatencia del lector reacio, leyendo las páginas más tónicas de la obra con gesto parecido al de quien hace aspirar una fruta de otro clima, hasta que el desconfiado da la primera mordida. A las frutas se parecen por ejemplo los libros de poesía: vuestro López Velarde vale por un tendal de fresas

y Díaz Mirón, por una granada recia y fina. A veces sin leer ningún texto, una biografía corta y movida desprecia la curiosidad del lector hacia el autor remoto o el libro duro de majar.

Las bibliotecas que yo más quiero son las provinciales, porque fui niña de aldeas y en ellas me viví juntas la hambre y la avidez de libros. Por esto mismo, yo vine a tener de adulta las fábulas que se oyen a los siete años, y hasta la vejez dura y perdura en mí el gusto del cuento pueril y del pintarrajeado de imágenes, y me los leo con la avidez de todos aquellos que llegaron tarde a sentarse a la mesa y por eso comen y beben desafortunadamente. Aquellos eran otros tiempos y en las quijadas de la cordillera el único libro era el arrugado y vertical de trescientas y tantas montañas, abuelas ceñudas y que daban consejas trágicas.

*Veracruz, México, 1919*

Pocos toman en cuenta en las Normales para la valorización de un maestro, poco se la estiman si la tiene y menos se la exigen si le falta esta virtud de buen contar que es cosa mayorazga en la escuela. Lo mismo pasa con las condiciones felices del maestro para hacer jugar a los niños, que constituye una vocación rara y sencillamente preciosa. Lo mismo ocurre con el lote entero de la gracia, dentro del negocio pedagógico. (El filisteísmo vive cómodo en todas partes, pero muy especialmente se ha sentado como patrón en el gremio pedagógico dirigente).

Sin embargo, contar es la mitad de las lecciones; contar es medio horario y medio manejo de los niños, cuando, como en adagio, contar es encantar, con lo cual entra en la magia.

Estoy hablando de la escuela primaria, naturalmente, sin que esto deje de cubrir también los tres primeros años de la secundaria.

La zoología es un buen contar de la criatura león, de la criatura ave y de la criatura serpiente, hasta que ellas, una por una, caminen, vuelen o trepen delante de los ojos del niño, gesticulen y se le metan en el alma hasta ese como núcleo en que él tiene sentado a los demás seres con quien entabla la linda familiaridad animal que es la mera infancia.

Se han de dar primero las estampas, todas las posibles, abundantes, numerosas estampas, sin las cuales no habrá

18 En el *Repertorio Americano*, Costa Rica, n° 15, t. VIII, sábado 20 de abril de 1929.

en la sala objeto verdadero sobre el que el niño aúpe conocimiento alguno. Sobre la lámina yo pondría la aventura o el relato —muy coloreado— de la costumbre animal, ya sea dando el trozo escogido de una buena antología zoófila o el cuento de bestias que el profesor se sepa. Solo después de esta doble estampa de la bestezuela, la estampa grabada y la oral, ya entraría en la descripción técnica haciéndola vigorosamente enjuta, como el trazo del aguafuertista, porque es engorrosa siempre para el niño; de ella pasaría finalmente a lo del orden y la familia, que como trabajo de generalización es bastante ingrato para el chiquito.

Caldeado el niño con el relato, echado así de bruces en el tema, con el gusto del nadador, que se zambulle, él encuentra en la criatura abeja, o la criatura león, como un elemento que le da el gozo, y él dará dentro del tema los pasos que se quiera, o al menos los que permita la suma de interés levantado por la narración en confluencia con la imagen.

La botánica no es menos contar que la zoología, al revés de lo que algunos creen. Se cuenta con la misma arquitectura bella de relato, la cosecha y elaboración del lino; se cuentan muchos árboles americanos prodigiosos, dando al niño encantamiento de una fábula animal. Así el árbol del pan, así las palmeras —que hacen tribu vegetal—, así la tagua ecuatoriana o el alerce chileno.

La geografía es siempre un contar en el gran geógrafo y un puro enumerar huesoso, y hacer cubos de cifras en el mediocre. Reclus, el admirable, contó larga y jugosamente; Sven Hedin y Humboldt han contado. La plaga de autores de textos de geografía no sabe contar por boca propia ni tiene la hidalguía de citar con la largueza las páginas magistrales de los clásicos con que cuenta su ramo. De donde

viene ese pueblo feo y monótono que forman los textos de una ciencia que es genuinamente bella, como que es la dueña misma del panorama.

El paisaje americano es una fuente todavía intacta del bello describir y el bello narrar. Ha comenzado hace unos pocos años la tarea Alfonso Reyes con *La visión de Anáhuac*, y ese largo trozo de una maestría de laca china en la descripción ha de servir como modelo a cada escritor indoamericano. Nuestra obligación primogénita de escritores es entregar a los extraños el paisaje nativo íntegramente y, además, dignamente.

La química es también contar. Las propiedades —y no digamos los usos— de cada materia dan para relatos del mejor “maravilloso”. Yo he hecho en una escuela de obreras uno con el yodo —producto precioso que solo da nuestro país— y otro con las principales resinas, por lo cual bien sé lo que aseguro.

Yo dividía hace años los temas en temas con aureola y temas sin aureola, es decir, los que se prestan a una transfiguración del asunto gracias a un comentario hábil y los que esquivan o rechazan su dignificación a criatura gloriosa. Ahora yo creo que no existen sino temas aureolados, o sobrenaturales, y que mi pereza para punzarlos hasta sacarles el esplendor era la que me dictaba aquella tonta clasificación. He leído un artículo ajeno sobre los cristales a esas mismas alumnas obreras y las he tenido dos horas como debajo de un hechizo. Sé que después de esa lectura su mirada para el simple vidrio, y no digamos para el cristal de roca, será una mirada nueva.

Sobra decir que la historia es un contar, aunque no esté de más la perogrullada para los maestros que resuelven ese ramo en fechas, lugares y apellidos.

Quedamos, pues, en que quien sabe contar donosamente tiene aprovechado y seguro medio programa.

Ahora vendrá el esclarecer lo que es un buen contar. Creo que no se sabe esto preguntándolo a un técnico en fábulas, o sea, a un escritor, sino recordando quiénes nos contaron en nuestra infancia los “sucedidos” prodigiosos que nos sobrenadan en la memoria desde hace treinta años.

Mi madre no sabía contar o no le gustaba hacerlo. Mi padre sabía contar; pero sabía él demasiadas cosas, desde su buen latín hasta su noble dibujo decorativo; era hombre extraordinario y yo prefiero acordarme de los contadores corrientes. Dos o tres viejos de aldea me dieron el folclor de Elqui —mi región—, y esos relatos con la historia bíblica que me enseñaron mi hermana maestra en vez del cura, fueron toda, toda mi literatura infantil. Después he leído cuantas obras maestras del género infantil andan por el mundo. Yo quiero decir que las narraciones folclóricas de mis cinco años y las demás me han venido con mi pasión folclórica después, son las mejores para mí, son eso que llaman “la belleza pura” los profesores de estética, las más embriagantes como fábula y las que yo llamo clásicas por encima de todos los clásicos.

El narrador en el folclor no usa el floridismo, no borda florituras pedantes, ni florituras empalagosas; no fuerza con el adjetivo habilidoso el interés; este brota honrado y límpido del núcleo mismo de la fábula. El narrador folclórico es vivo a causa de la sobriedad, que cuenta casi siempre alguna cosa mágica, o extraordinaria a lo menos, que está bien cargada de electricidad creadora. Con la repetición milenaria, el relato, como el buen gimnasta, ha perdido la grasa de los detalles superfluos y ha quedado en puros músculos. El

relato folclórico de este modo no es largo ni se encuentra atollado en las digresiones, camina recto como la flecha a su centro y no fatiga ojo del niño ni de hombre. Estas son, creo, las cualidades capitanas del relato popular.

¿Y las del contador? De lo anterior se desprenden algunas de ellas.

El contador ha de ser sencillo y hasta humilde si ha de repetir sin añadidura fábula maestra que no necesita adobo; deberá ser donoso, surcado de gracia en la palabra, espejeante de donaire, pues el niño es más sensible que Goethe o que Ronsard a la gracia; deberá reducirlo todo a imágenes, cuando describe, además de contar, y también cuando solo cuenta, dejando sin auxilio de estampa solo aquello que no puede transmutarse en ella; deberá renunciar a lo extenso, que en la narración es más gozo de adulto que de niño; deberá desgajar en el racimo de fábulas que se ha ido formando las de relación caliente con su medio: fruta, árbol, bestia o paisaje cotidianos; procurará que su cara y su gesto le ayuden fraternalmente en el relato bello, porque el niño gusta de ver conmovido y muy vivo el rostro del que cuenta. Si su voz es fea, medios hay de que la eduque siquiera un poco hasta sacarle alguna dulzura, pues es regalo que agradece el que escucha una voz grata y que se pliega como una seda al asunto.

Si yo fuese directora de Normal, una cátedra de folclor general y regional abriría en la escuela. Además —insisto—, no daría título de maestro a quien no contase con agilidad, con dicha, con frescura y hasta con alguna fascinación.

A estos mis niños —porque tan míos los siento como cosa parida— me los he visto y bebido tanto por estos recodos y senderillos de América que siempre, al verlos al fondo de sus voces, se me antojan también algo como la infancia de la tierra, para que mejor rimen en el ejercicio de su travesura y de su asombro. A estos mis niños los he oído cantar. En veces embebidos, niños amautas de la puna peruana o cholitos que ponen un timbre de fuente viva entre la sequedad de vidrio contra el cielo en que tiembla el Anáhuac; o los indiecitos del Titicaca, que cantan mientras las barcas fluyen de sus manos como encajes de agua.

Estos niños míos, estos niños de niebla y aire, casi irreales en su belleza menuda y pobre, tienen algo de cervatillos que aprontan el casco y giran el ojo en husmeo de cazador. Hay, por eso mismo, que sorprenderlos en el canto como a los ciervos en el bebedero: sin ruido de hojas ni aspavientos de presencia. Entonces se darán enteros en su ricura elemental. Puros y dóciles a su propio llamado. Aleladillos. Mirándose llover como dicen los brujos del yaraví. Que algo de magia, algo que es mayor que todo lo adulto, algo contemporáneo de ídolos y piedras, se les vuelve arcilla ensimismada y cándida voz en sus mejillas de avena.

A la de Dios, por el recuerdo sin cálculo ni pericia de mapa, me voy por esas calles de amapola viva del Brasil litoreño. Por esas calles que huelen al cacao y semillita de *malusa biche* y donde la brisa nos ofrece parla de loro con

19 En *El Diario Ilustrado*, Santiago, 30 de julio de 1961. Además, hay una copia escrita en máquina de escribir en el Legado de Gabriela Mistral, 2007.

orquídea. Allí he visto las risas de maracas de mis negritos zumbones, esponjados, con mimos de pupilas y lengua que más parecen licuar que nombrar lo que señalan y tocan. A veces juegan a mayores y se las arreglan para unas escaramuzas, en favelas y choceríos, que ponen un susto delicioso —un susto de baratijas, pañuelos lunados y ojos en blanco— en las abuelotas negras o en los alguaciles pescadores que andan, entre barcas y caracoles, a la búsqueda de aumentar su borrachera de belleza y de ocio.

¡Qué lindos y elásticos mis mulaticos caribes! Mis mulaticos de Puerto Príncipe, de Camagüey o de Baní. No los apaga la memoria. Se quedan encendidos como abrevaderos de sol. Livianitos, cantando el ritmo de sus venas, tienen guerra de hombros y caderas para todo. Tienen música visible. Música de carretilla con cocos; de polleras de mamá grande; de pistones de mamburú y saliva de bembé. Y, a veces, ¡qué graves bajo el zócalo de una plaza o la testa de una palmera con furia de sol a mediodía! Entonces se vuelven interiores, casi llorosos en un mutismo que, de acercarnos un poco, podríamos hasta oírle las espuelas a Christophe o el roce de los dedos atusadores en los mostachos de Martí.

A mis niños de Guatemala, me lo ha dicho un cenzontle, los asustan de noche con guayabas de azufre. Pero las madres mayas les tejen cordoncillos con canela y toronjil que preservan su canto y abultan su alegría en los amaneceres antiguos. Interminable se haría mi ronda, mi coro, mis aires con ancha sal, mis oídos de ayer, mi hoy con mi ¡ay!, mi mañana con un Elqui eterno donde un mi niño espante por siempre el olvido de mi frente como una mosca mala. Si es toda la raza, me digo. Si es toda ella como sal en merienda de lujo la que se nos regala —con su proporción, con su

grave justeza— en estos cánticos aromados de inocencia. Con este tesorillo auditivo tendríamos para henchirnos de orgullo. Y ya nos vieran en mesa pavoneada degustando lo nuestro. Lo que así, de fresco y puro, se nos da como silvestre para el oído y como sin sentirlo ni esperarlo para glotonería de nuestro corazón. Benditas estas mujeres que en suspiro y dolor, cuando sus párvulos eran apenas instancias de vida, les cuajaron estos módulos y estos arrumacos de oro. Y yo, la distraída, la de oficio de silencio, me hago más la que no pisa, la que no respira, la toda oídos, para que ellos —mis niños, mis hijos— me colmen los entresijos y la sangre con nueva primavera.

## A LOS NIÑOS DEL LITORAL

Niños del Paraná, niños del trébol de ciudades que acabo de ver y que voy a dejar, yo agradezco esta ocasión que me dan de hablar con vosotros.

Ayer yo navegué vuestro río, bajé mi mano a vuestra agua fluvial y el río bueno tomó mi cuerpo y me llevó consigo.

Ayer yo vi los elevadores rosarinos de grano, los medí, los gocé y los bendije pasando. Las mujeres amamos las cosechas de Caná, porque nosotras somos las proveedoras de las mesas y a nosotras nos toca distribuir el pan.

Los graneros parecían a la luz de la mañana torres de Cibeles o el talle mismo de Ceres, galaneando en la luz argentina; los graneros parecían también los mástiles de la abundancia, los palos mayores de la grande patria agraria.

Yo nunca olvidaré, niños argentinos, esos graneros rosarinos, empinados como aleluyas del trigo; siempre llevaré en mis ojos su signo blanco, su raya vertical, su dedo afirmador de la abundancia feliz.

Lindo destino os regaló la Providencia, niños del Paraná. Podría decirse del sustento del hombre que lo primero es el pan y lo último también es el pan.

Vuestra llanura es una horizontalidad perfecta, por voluntad de pan; vuestra lluvia también cae copiosa por voluntad de pan y vuestro aire vuela sin vidrios de hielo, igualmente por amparo del pan.

La Argentina plantó y crió lo que era menester, se aplicó como quien dice a las raíces del ser, oyó lo que pide la boca del niño y dio las espigas, y lo que reclama la del trabajador y desató en la pampa su ganadería homérica.

Vosotros oís un repertorio de música que hacen las mágicas espigas del Paraná. El trigal recién nacido ondula blanco, el trigal maduro suena virilmente áspero; y el chorro de oro que sube y baja de los graneros mecánicos, ese canta a repechadas de música.

Vuestros oídos están llenos en la infancia de esta música cereal, de este golpe de trigo en cierne y del trigo maduro. Si a mí me tocara escoger las hablas que caen en mis oídos, escogería tal vez la de los trigos de la Argentina, la de los huertos chilenos y la del maizal de México. Porque soy mujer y esas voces sosegarían mi corazón, diciéndome que hay harina y frutas bastantes para los hombres de la tierra, que no falta y que alcanza a todas las manos. Alabad vuestro cereal santo, aunque lo tengáis resabido y sea vuestra costumbre eterna. La alabanza es el regusto de la gratitud que se vuelve devolución. ¡Haced himnos con el trigo, dibujos incontables con la espiga y la gavilla, y haced danzas con las parvas!

¡Ande siempre el trigo en vuestra probidad racial; vuele el trigo en vuestro donaire criollo; los americanos palpemos en vosotros siempre una nobleza de trigo y seáis vosotros, niños argentinos, lo que esta vieja maestra quiere, cuando mira a cada niño de su raza: grano maduro para resistir el mal, grano tierno para amasar la humanidad que pide todavía Cristo, la cristiandad cabal, la que parece que no

hubiese nacido aún y que Cristo tal vez ya no espera sino de nosotros, gente americana, gente nacida para la nobleza y la piedad totales.

*Rosario, Argentina, abril de 1938*

Entre las razones por las cuales yo no amo las ciudades —que son varias— se halla esta: la muy vil infancia que regalan a los niños, la paupérrima, la desabrida, y también la canallesca infancia, que en ellas tienen muchísimas criaturas.

Si yo hubiese de volver a nacer en valles de este mundo, con todas las desventajas que me ha dejado para la vida “entre urbanos” mi ruralismo, yo elegiría cosa no muy diferente de la que tuve entre unas salvajes quijadas de cordillera: una montaña patrona o unas colinas ayudadoras de los juegos, o ese mismo valle de un kilómetro de ancho y dividido por la raya del pequeño río, como una cabeza femenina.

Por conservar sentidos vívidos y hábiles, siquiera hasta los doce años, y saber distinguir los lugares por los aromas; por conocer uno a uno los semblantes de las estaciones; por estimar las ocupaciones esenciales, que son precisamente las bellas, de los hombres antes de conocerles las suplementarias y groseras: el regar, el podar, el segar, vendimiar, el ordeñar, el trasquilar.

Por entrar a los libros a los diez años contando ya con una muchedumbre de formas y siluetas legítimas, a fin de que no se me amueble la mente de nombres sino de cosas: cerro, vizcacha, guanaco, mirlo, tempestad, siesta. (El campo solamente posee la madrugada y la noche, por ejemplo).

Con el deseo de recibir el alfabeto de los sonidos, antes de que me den tontamente anticipada la música adulta.

A fin de que mis manos tomen posesión concienzuda y fina de los tactos de las cosas, y se me individualicen cabalmente, con nitidez, las lanas, los espartos, la greda, la piedra porosa, la piedra piedra, la almendra velluda, la almendra leñosa, etcétera, y muchísimos cuerpecitos más, en las palmas conscientes.

La infancia en el campo, que avergüenza como un vestido de percal a nuestra gente cursi, la he sentido yo siempre y la considero todavía, y cada día más, como un lujoso privilegio, agradeciendo la mía y deseando delante de cualquier niño que ya endereza, el que la tenga semejante, cargada “del mismo maravilloso” que me ha sustentado a mí cuarenta años.

La ciudad pequeña no me satisface como transacción en esta pugna de la ciudad y el campo para sede infantil. Veo los patios de sus casas sin rincones a fuerza de arena, mosaico o asfalto, y no puedo conformarme con eso, yo que por patio tuve la viñita de mi casa, el higueral de la hacienda vecina y más allá una pradera larga de varios kilómetros.

En las grandes ciudades el envilecimiento es peor. Las ventanas de cuarto del niño dan a una calle hedionda, si es pobre, o a un muro bárbaro y ciego de almacén o de oficina, si es burguesito. Yo abro mentalmente las puertas del mío que caían a un cerro lleno de abolladuras prodigiosas y de fantástico peñascal; desde ahí saltaba el sol como un gimnasta rojo y las lunas se desprendían, próximas en el aire limpidísimo como para caerme a la falda.

Duermo hace diez años tal vez en las pobres casas ciudadanas, y no puedo todavía al despertarme aceptar sin repulsión física violenta los ruidos sin nobleza de municipal y

bajísimo ajetreo, batahola formada por camiones, sirenas tártaras (las de grato silbo son pocas), de avalancha de trenes e interjecciones de mercado: todo lo cual se me entra por el cuadrado odioso de la ventana o la puerta, y me avienta en la cara la maravilla del sueño matinal, parada todavía en mi cara.

Veo después los niños sorteando el tráfico horrible y los miro entrar en lo más ceñido de la entraña demoníaca de lo urbano, en una casa de tres pisos y a lo menos sin paréntesis decoroso entre ella y la calle infernal; quiero saber si adentro hay siquiera el desahogo compensador de un patio con árboles. No existe sino un cuadradito húmedo con unas matujas vergonzantes. Es la escuela. Sé bien que si diesen allí las clases Duhamel, Philippi o Péguy, los tiernos, a pesar de ellos, el cuento no sería cuento, ni la geografía danza de paisajes, ni la botánica volteadura dichosa de las plantas. De ahí saldrán más tarde los forzaditos y atravesarán veinte calles pespunteadas de afiches imbéciles; pasarán a veces un jardín público, nunca tan grande que les alcance a limpiar sus resuellitos, para meterse al fin en sus casas que ya se sabe lo que son.

Porque esta ilustre Europa, en lo que de ella conozco, degenera a su población empleada y obrera con la más infame habitación que darse puede. Llama pedantemente “departamentos” a una enfiladura de tres cuartos en que comen, duermen y crían seis personas, y “villitas” a unas calabazas de cartón embreado que una bicicleta suele cimbrar...

A los padres, amigos del “café” en la esquina, y a las madres, que quieren mercado próximo, les importa un ardite dar a sus niños una infancia rural que les deje la sangre fértil, los ojos frescos y los sentidos limpios hasta la adolescencia.

A una hora de camino el núcleo de carbón grasoso que rodea a la ciudad ha raleado o se ha roto; a una hora está la posibilidad de la casa de adobe o piedra verdadera, amparo digno de hombres, con un jardín probable o hecho, con las estampas excitantes de las colinas, del río y el pequeño bosque.

No hay que olvidarse de que ésta es la misma madre que suele llevar a la escuela un niño de tres años, haciendo cualquier fraude con la edad para que se lo acepten y la deje en paz. Dicen que la mujer primitiva se diferencia de la civilizada en que aquella era dos tercios del hijo y uno del padre, y que ésta es dos tercios del padre y uno... de la ciudad que la viste y la calza bien en sus almacenes ilustres.

Los maestros que anuncian por aquí “paros” por obtener un superlaicismo, y más allá por duplicar salarios, deberían echarse a la huelga siquiera una vez por cosas que no sean dineros inmediatos, y pedir, por ejemplo, entre otras rectificaciones de barbaries, que les arranquen las escuelas del vientre de las ciudades y se las empujen hacia la zona rural, la zona verde, donde las estaciones son reales, donde las lecciones objetivas no se vuelvan fraude... Les regalasen a los niños esto solo: la infancia en el campo, el coloquio vivo de pecho a pecho con la tierra, la amistad con las bestiecitas y la convivencia con la vegetación, y se les perdonaran sus demás negligencias. Que la dicha de los niños vale en oro el peso de la bola sucia del mundo.

Pero se les ha ocurrido ser a ellos también “urbanizantes”, como los Rothschild y los Lowenstein banqueros, y como los accionistas de las Galerías Lafayette...

En su mayoría, ellos no tuvieron el amamantamiento con la leche gruesa y vigorosa del campo, y de ahí les viene

la desabrida manera con que “cuentan” y la indigencia de imágenes que tienen en las descripciones, ellos, que han de ser prestidigitadores de estampas, en la narración, recreadores, reproductores, animadores por excelencia de imágenes; iluministas de todos los textos.

1928

LA ENSEÑANZA,  
UNA DE LAS MÁS ALTAS POESÍAS

Este no es un discurso. Es una conversación de una maestra casi campesina con las niñas de esta escuela, entre las cuales hay alguna suya que ama y sigue desde la montaña.

Alguien me dijo una vez: ¿son conocimientos estos Juegos Florales en los colegios? ¿No fomentan más que el arte, la vanidad artística? ¿No harán de las maestras, literatas, en desmedro muy grande para los niños?

Hay preguntas, y son muchas, que me dejan tan perpleja como las que me dirigiera un habitante de otro planeta. Esta es una. Miro yo esto de la literatura femenina y del culto artístico en la maestra, como cosa tan adherida a la misión, que me desconcierta el miedo de mi interrogante. ¿Qué entiende él y qué, otros, de la literatura femenina? ¿Qué, de enseñanza?

Yo, una manera de llevar a las bocas de los niños, con la leche de las madres, el corazón mismo de ellas deshecho en un verso o en un cuento infantil.

Tengo una ambición más atrevida que las feroces de las feministas inglesas y es esta: quiero que las niñas de mañana no aprendan estrofas ni cuentos que no vengan de una mujer, y de una mujer chilena. Creo que somos capaces de darle el alma en muchas formas. Esa alma, según la feliz expresión de Delmira Agustini, en que “cabe un verso mejor que en un universo”.

Me deja en un éstupor el escándalo que hacen algunos alrededor de la literatura femenina. ¿Tiene algo de sufragismo una canción de cuna? Pues esto es para mí la literatura femenil.

Has hasta hoy hemos dejado que las almas finas de Martínez Sierra o de Amado Nervo digan nuestras emociones, adivinándolas, sorprendiendo felizmente algún instante de nuestra vida íntima honda. Ahora queremos hacer cantar lo nuestro. En vez de hacer odas como las de Avellaneda, muy aplaudida por los clásicos españoles, quiero que hagamos prosa y poesía del hogar, sin énfasis, con la sencillez con que se desgrana una oración, que es poesía sin ser literatura, es decir, emoción, aunque no sea retórica.

¿Qué buen poeta dice más lo femenino que muchas poetisas mediocres? Sin duda, pero es que nosotras vamos solo en el abecedario de la literatura que ellos cultivan desde antes de Abraham.

Tengo, repito, unas inmensas ambiciones literarias, no mías, colectivas. Me entristece que la *Oración por todos* no haya sido escrita por una mujer, siendo muchas santas muy dignas de concebirla y entregarlas en estrofas de Víctor Hugo.

Yo no deseo que hagamos odas al Niágara, pero podemos hacer parábolas bíblicas, porque las vivimos más que los hombres. Acaba de morir una mujer maestra, F.M. Prats, maestra muy grande que jamás hizo clases y que mereció haber firmado muchos pensamientos de Emerson. El dolor de los pobres no lo ha dicho el socialismo femenino en Italia, sino Ada Negri, muy femenina y muy viril.

Y expliquemos que ya es tiempo.

¿Quiere usted condenar a las mujeres chilenas a ese “género inferior” que es la poesía infantil?, me han dicho algunas. Y con toda la honradez de mi alma les he contestado: No infantil, tan superior que nunca me siento tan torpe que cultivándola. Tan superior que el poeta que ha hecho los versos más perfectos para los niños de América es Rubén Darío, el primer poeta de habla castellana. Sus versos son “La rosa niña”, “A Margarita Debayle”. Juan de Dios Peza no dio jamás una estrofa que valga aquel fino oro lírico. La sencillez, la transparencia, la naturalidad, la melodía que hay en esos poemas son la cumbre de la poesía.

En cuanto a la prosa, el cuento infantil perfecto en autores modernos lo ha hecho ni más ni menos que Anatole France. Le llama *Abeja* y pondríamos en apuros a los orfebres de la prosa en América al pedirles algo análogo; tan acabado y exquisito es aquello.

No se trata, pues, de un género literario inferior. Por otra parte, me duele hasta emplear este adjetivo en cosa alguna. No hay nada inferior en la tierra ni en los cielos. Hay artistas de la agricultura y de las industrias, tornería de las máquinas. Lo inferior no está sino en los propósitos torpes: en el afinador, no en la obra. Cuando yo he hecho una clase hermosa, me quedo más feliz que Miguel Ángel después del *Moisés*. Verdad es que mi clase se desvaneció como un celaje, pero es solo en apariencia. Mi clase quedó como una saeta de oro atravesada en el alma siquiera de una alumna. En la vida de ella, mi clase se volverá a oír, yo lo sé. Ni el mármol es más duradero que este soplo de aliento si es puro e intenso.

Otra explicación. Dije, por ahí, femenina o viril. ¿Por qué no? Confunden lastimosamente la femineidad con la anemia espiritual. ¿Sería mujer Santa Teresa? Y ciertos versos suyos tienen más fuerza que el simún y más quemante marejada de emoción. La femineidad puede estar en la idea, no en la forma. En la naturaleza, estrofa de Dios, la dulzura es fuerte; la punta de las montañas es fina como un extremo de ala; los siglos la mellan solo muy lentamente. El perfume de los jacintos es sutil y es intenso hasta desvanecer.

Ada Negri, poeta altísimo, es mujer en cada instante lírico. Es más. Perdóneseme esta temeridad de feminista. Pienso que el ser que mejor recoja el dolor de las multitudes ha de ser una mujer, porque lo reconoce como madre, duplicado siente los males de su carne y la de los hijos suyos. El hombre solo padece en la carne propia.

No es Juan el más dolorido al pie de la Cruz, es María, la Virgen, y Magdalena, la mundana. Yo creo, por esto, que el poeta de los humildes en Chile será mañana una mujer. Walt Whitman, cobre y llanto; nosotras lo haremos como pétalo.

Esta es, repito, otra leche con que amamantaremos a los hijos nuestros y a los ajenos también. No salimos de nuestra misión; no invadimos nada.

Un distinguido educador, Manuel J. Ortiz, tomó parte en una discusión reciente sobre la conveniencia o inconveniencia de que la mujer cultive la literatura. Dijo, con su acostumbrada honradez, verdades muy grandes sobre el asunto. Cuando aseguró que a la mujer de la clase media no convenía la literatura, estuve en perfecto acuerdo con él, pero con esta observación: no le conviene si pretende

hacer de ella un oficio. ¿Habría mujer en Chile que pudiera vivir de sus libros, aunque fuera un César Duayen? ¡No, indudablemente, no! En Chile, la mujer que escribe, si gana menos que el más mal pagado de los hombres, esté contenta de ello, que suele pagársele con insultos. Y como la mujer de nuestra clase media no puede permitirse el lujo de ser una eximida del trabajo; como gracias a Dios, el seis por ciento de estas mujeres ha de ganarse su vida, el arte no puede acapararla; apenas si podrá entregarle dos horas de sus noches. No le di yo nunca más. Cuando se tiene madre, o hijos o hermanos a quienes llevar, sin tardanza, por la mañana, el pan de cada día, no hay derecho a hacer novelas de sol a sol. Y entre el hambre de la madre y la hermosura de un poema, yo, como ustedes, me quedo alimentando a aquella, aunque solo dé una poesía cada año.

Quiero hacer marcar la distancia necesaria. Cuando se discute si una mujer necesita o no conocer la literatura universal, siquiera superficialmente, entiendo que no se trata de las maestras. La maestra ha de ser por sobre todo una garantía de cultura general. Si en ciencias naturales ha debido estudiar la botánica, la de tercer año de humanidades no puede eximirse de saber cómo cantó Garcilaso y enseñó Tolstói. Las demás, las que no van a enseñar, exímanse si quieren; no harán con ello una traición a su propio oficio.

No quiero hacer inacabable mi charla; tendrían que escuchar horas; les hablaría a ustedes de cómo siento yo que la belleza es tan educadora como la lógica. Y estaría de más. Quien ha hecho clases lo sabe. Sabe que la hermosura es el aliado más leal de la virtud y que al maestro más reacio a la poesía se le hace pura poesía la clase cuando explica con altura, eso sí, con toda su alma, el Sermón de la Montaña. Porque para

enseñar esto hay que tener a Cristo en el corazón, y tenerlo es ser, ser un poco franciscano o teresiano, es decir, poeta.

¿Cuál es la señal más aguda de un hombre duro de alma? Para mí, ésta: no amar. ¿Cuál es el hombre más santo? El que ama más, el que acerca la naturaleza a su boca como otro par de labios para entregarle su beso como vida; el que tiene más hondo el don de la simpatía por lo que vive. Un poeta verdadero es esto. El temblor de la brizna de hierba lo que sacude como un viento, y el grito de dolor humano como un huracán.

La pedagogía tiene su ápice, como toda ciencia, en la belleza perfecta. Ésta, la escuela, es por sobre todo el reino de la belleza. Este es el reino de la poesía insigne. Hasta el que no cree cantar, aquí está cantando sin saberlo.

Para terminar, una humilde proposición: hagamos en 1918 más Juegos Florales netamente infantiles. Los temas serán cuentos y versos para niños. Yo procuraré con ustedes hacerlos; puede que, por fin, haga uno solo digno de una boca de niño. Quiero acabar diciendo mi “Credo de maestra”, en prosa, porque se me retorcería un poco en verso:

“Creo en Dios, único dueño de las niñas que enseño. Creo que lo adoro y lo ofendo en ellas; que, si soy fría para estar a su lado, lo vendo como Judas en el huerto. Creo que si gasto mis días enseñándoles, le doy gloria como en el Tabor. Creo que vierte la luz cada mañana sobre mi cabeza, para que yo las apaciente. Creo que le he robado esa luz, cuando, mal o descuidadamente, enseño. Solo el amor es digno de abrir su boca para enseñar.

“Creo en todas las maestras oscuras, que nunca se harán aplaudir de las asambleas educacionales, pero que al dor-

mir, cansadas, tal vez con hambre, siempre con el vinagre de la incomprensión en los labios, pueden tener un resplandor ancho sobre la sien que empieza a marchitarse.

“Creo en Jesús, el pedagogo de pies desnudos, que parecía sembrador solo para Judea y estaba sembrando para el mundo. Mirando de hito en hito sus ojos azules, mirando fijamente como en un éxtasis, su pecho con sangre, pegada a Él, prendida a Él, negada de todos, entendida por Él, con mi mano en la suya, con otra en la de mis niñas, pienso vivir, y enseñar y morir, y quedar debajo de la tierra con la mano extendida, en la ilusión de que sigo sembrando en la huesa, que no es más, nada más, que un surco.

“Creo en todos los instantes, al alba y al mediodía, sin ninguna tregua de duda, ningún éxito verdadero, desde el fracaso aparente. ¡Creo!”.

¡Cuánto, cuánto queda por cantar del hogar y de la escuela! ¡Si parece que nada se ha dicho todavía, que está virgen esta cantera del alma, que la cuna y los juegos y la sala de clases no están llenas de sugerencias, que los poetas no han querido recoger por ir a vocear en la asamblea!

¡Manos de mujer, labios de mujer, para entregar esta embajada de cantos desdeñados!

1918

E S T A M P A S

D E

A N I M A L E S<sup>20</sup>

<sup>20</sup> La mayoría de estos textos fueron escritos entre 1926 y 1928 como “Estampas de animales, apuntes de los jardines zoológicos de París, Amberes y Marsella”. Algunos fueron publicados en el *Repertorio Americano*, Costa Rica, y en los diarios *El Tiempo*, Colombia, y *El Mercurio*, Chile, además de seleccionados, entre otros libros, en: *Materias*. A. Calderón. Santiago: Editorial Universitaria, 1978; *Elogio de las cosas de la tierra*. R.E. Scarpa. Santiago: Edit. Andrés Bello, 1979; *Reino*. G. von dem Bussche. Valparaíso: EUV/UCV, 1983; *Cuenta mundo*. Jaime Quezada. Santiago: Edit. Universitaria, 1993. Otros fueron transcritos del Legado de GM, 2007.



Cuando salí de mi bolsillo montañés como el marsupial del saco materno y llegué al mar de La Serena, mi primer encuentro con él se llamó miedo infantil. El segundo, en la Punta de Teatinos, este se llamaría euforia. Mas el tercero, me lo tuve en la playa Guayacán herradura y este se llama *idilio*.

Eran incontables los *beira mar*, los rincones marítimos, las caletas perdidas que había de tener en todas partes. Pero cuando de vuelta de todas llamo única costa a una marea y a un habla de mar, y que acude y cae a los ojos, es esa playa menudilla que en el mapa no apunta y que no anda en cuadernos de turismo. Nos ataranta el mar fuerte; la costa larguísima no se disfruta: la línea recta es solo goce de sí misma, pero el mar dulce y metido en bahía o ensenada, éste es el que nos contornea, nos mira, nos mece y nos conversa.

El nombre va de veras; aquella herradura marítima salió casi perfecta y el primero que la vio la dejó bautizada.

Dunas medias y bajas, dunas regaloneadoras por donde los niños se echan a rodar sin daño en un alboroto de gavio-  
tas; y luego la playa rasa, pulida y blanquecina, o mejor de ese plateado con piscas de oro adentro y como la marea hace escorzo grande, se va costa adentro, más sorbida que invasora. Llamada y tirada de tierra adentro, allí hay aglomeración grande y densa de moluscos, algas trabadas y desperdigadas.

El aire es de poco y suave latido; la bahía está de veras “guardada”, esquinada como para suceso que no llega nun-

ca y que ojalá no le llegue. El lugar es tres veces fino: por la arena, la brisa y la bruma mínima de ciertos días, y el lugar ha de tener aún otros imponderables, para que el alma lo busque pasados cuarenta años.

Un grupo de casas de pescadores tenía entonces y no mucho más de eso. También los remos eran silenciosos; también la pesca y los regresos con la barca: “de nada” espejeando corvinas.

Parece la contraplaya de La Serena, pero es la ahijada natural del puerto dulcísimo de Coquimbo; y que es cosa mejor todavía: una dulzura de nirvana que no sabe ni quiere ser contada para que no la estropeen.

Las dunas de La Herradura dan para todos los niños de las dos ciudades; el tendal de almejas y el luche nutridor dan de sobra para los vagabundos “sin blanca”, y el silencio da para ángeles y hombres.

Me eché en la arena mojada, sobre unos rollos endiablados de plantas y animales marinos, hurgando lo muerto y lo vivo, queriendo entender, criatura de cerros y quiscos y caída de bruces al mar. Primer tacto del mar: gusto y susto: a cada manotada un engendro, otra ramazón, otro bicho despampanante.

De pronto saltó uno entero, el mejor de todos ellos: una medusa, un trapo vivo plegado a una mecha de hilos gruesos; unos colores tiernos como los cintajos, algo de mentira y de veras.

En cuclillas, las manos asustadas, yo limpiaba aquello de pastos y arenas; y lo cogía y lo soltaba, entendía y no enten-

día. La arena me fallaba los pies en un hormigüeo y cosquilleo. Mi gente me llamaba. Yo estaba deslumbrada y por lo mismo sorda, yo no veía sino eso.

Me metí al mar, la eché de bromas y una olita baja se la cogió, me la llevó de las manos. Arremangada, la seguí unos pasos, le grité como si fuese Juana o Inés. Una ola siguiente ya se llevó del todo mis albricias con una risotada. (“Albricias” se llama todavía en mi memoria).

Solo al perderla me la vi. La tumbada iba ahora recta con su cabezota de gloria cabalgando la ola de su salvación, dueña otra vez del mar, desenfadada, oronda sin acordarse de la playa ni de mi mano vacía. Era una mera medusilla, cosa de nada en la casta de las medusas apabullantes, genéricamente pequeña, o muy niña. Su color corría del blanco al azul y al lila entre capacete y flequería. Nadie me la supo nombrar; claro está, vulgar, plebeya y todo, ella es en mi recuerdo un pariente del ópalo de Querétaro, de un amanecer de otoño en cualquier parte y del tierno gris lluvia. La niña de doce años no había levantado bichos tan leves ni visto aquel salto de muerte a vida.

La muy vagabunda nadó un poco todavía cerca de la playa llevando y trayendo mis ojos. Después ya me la perdí, con pesadumbre, tal vez con llanto. Me echaría otra vez en la arena, puesto que hallé otras: una en las “últimas”; la otra, muerta.

Las di vuelta, las hurgué, tal vez les hablé como a *ella*. No respondían a la mano, no daban señal de sí. Me estuve allí como ofendida, mirando fijo a mis palmas como quien soñó, robada de las olas y como aturdida.

Nadie me la supo nombrar, claro está, fruto exótico, valva de conchaperla, medusa. Lo mejor que posó sobre nuestras palmas y sus garabatos cabalísticos no son los dineros, ni los regalos, son las novedades de cosas y seres que tuvimos allí unos momentos, pero yo era medusa, bautizada sin sabérmelo. Y un día me di al mar.

Había de encontrármela en cada país con playas y acuarios, y no sola, derrotada y gris, sino dentro de su clan y ¡qué clan!

He visto a la *Physalia physalis* o fragata portuguesa con el bajío de su cuerpo deshilachado dado al agua como quien se devuelve a su madre; he conocido a la Moon Jelly (*Aurelia aurita*) y a sus manojos de tentáculos que casi le valen nombres satánicos de la especie. Y en las lecturas sobre el Mediterráneo —agua pequeña donde está casi todo— me topé con la dulce Berenice; con la Dionca lagrimeante y hasta con la Orthye, mujercita de Eolo que corre el mar soplada eternamente de mano fiel. En los libros, en las telas del cine, en la arena gruesa o leve del primer mar he gozado el género fantástico en su fiesta indecible y el intríngulis de su misterio.

Pero cuando la hora ociosa llama a la medusa como a un niño que me entretenga, la primera en acudir es la de La Herradura con su derecho de primogenitura sobre mi mano y de cosa mía húmeda de una ola mía.

Me la han contado los sabios que la confesaron, y los poetas y casi poetas que la aman, Forbes como Michelet, Ehrenberg como Rioja. El rosario de nombres que le han dado sirve de prólogo para contarla, agua mar en cuanto ayuna de esqueleto; agua mala cuando se defiende como un japo-

nés con lo peor; lamparillas, por su rasgón de luz en la noche de betún que es la marina. Los nombres con ella “son mato”.

Su coloración me vale por la kermesse más atarantada de luces; su peso de 10 gramos verídicos en mayores de agua me conmueve contándome qué gasto de ella y en su primera narigada de polvo y en la última.

El movimiento de la muy tropical, hecho de lentitudes y saltos, se me parece al ritmo criollo; el doble racial de un cuerpo ensanchado arriba por condescendencia con su Thalassa horizontal y adelgazado abajo como por un tirón del abismo; ella entera me cosquillea la fantasía.

La medusilla vulgar de Guayacán es en ley y costumbre casi lo mismo que las gran finas de la especie.

El pescador o hijo del pescador que aprenda lo suyo ya tiene la ficha de la sultana de la especie a la cual no verá nunca; sean del océano Índico o meras huríes del Caribe o navegadores del Pacífico ecuatoriano.

Su diferencia con peces, y no digamos con bestias, las vuelve otro mundo y no pone a desvariar sobre ella como con un poema futurista hincándole ojo y la pasión hasta que suelte prenda, es decir, el secreto.

Vale la pena, viven cerca de nosotros por más de que parezcan solo el mejor de nuestros sueños; alguien las da por “la obra maestra del piélagó”: su cuerpo resulta más maravilla que el nuestro y tan extraño como el alma.

Su piel, que es menos piel que el hollejo de la uva, la hace más desnuda que toda desnudez, criatura dañable, herible

por el aire, por el sol, por las arenillas, por cuanto no sea el agua madre. ¿Dónde te hicieron, hija mía, que sacas dolor de todo?

Tan débil la hicieron que el dedo de un niño la desbarata. Su tocado alto para caídas que le llaman, lámpara de nadie, necesidad suya que parece alarde, es su santo y seña en el satín liso de las colinas. Ninguna de nosotras inventó coquería mayor para la vista.

Ellas, como nosotros, hierven en colonia o van solas, en soledad marina, que es decir la más temeraria y peor. Encontrarse la banda pelágica es gritar de aquello como del tapiz volante y hallársela sola y balanceada sobre el mar con él por cuna, también es fábula y no se olvida nunca porque nadie ha dicho “valiente como la medusa”. Ella deja atrás a Vasco de Gama y a Colombo, y a fenicios y noruegos.

Las peñas costeras la rompen; el golpe sobre los acantilados contruidos la hace pedazos y hasta la arena limpia de algas grumosas la licúan, quemán en momentos de siesta. Solo el agua original es para ella vida y disfrute, pero allegándose a las costas la marejada la voltea, dejando al aire la madeja de sus hilos. A la golpeada y asfixiada le cuesta un mundo enderezarse, volver a su vertical de lámpara, la mecha vertical de los miembros, allí donde es su respirar, y su alimentarse y su amar.

El agua madre quería algo mejor que sí misma, más linda y más leve. Solo por ella pesa; su morir es un dejarla ir, yella es nada por sí misma!, una imaginación de marinero con alcohol y nada más.

Su demiurgo no le hizo ni las defensas del pulpo su hermano Cuasimodo, ni las de los alicates de la última jaiva atrapadora.

Apenas si en la Cyaneas y otras medusas mayores hay unas cadejas urticantes por las cuales pescadores o bañistas le dieron el apodo rencoroso de ortiga de mar. En verdad ella no cuenta sino con el antojo de la ola, con la contracción de su vejiga para subir al aire su vida, que la quiere atmosférica, cuando medusa pelágica, cuando pólipa.

Hecha así, más para muerte que para vida, con destino de varada en cualquier tempestad, su vidita se torna el puro azar; así va viviendo ella más horas de navegación desafinada y muchas en pobre trapo escupido junto por la marea, y de herida en los litorales. El mar a lo madre loca la hiere y la cura a la vez, la avienta y la recoge, sobre todo le da en “las calmas” unas delicias que serán su éxtasis, no el pobre navegar de los hombres, sino la felicidad del agua que mima y la que satura sus miembros en la euforia de fósforos y electricidades.

De hablar, ella habría dicho a Ulises: “Yo me lo sé, yo sí, yo me sé el mar”, cortándole la fanfarronería al pobre hombre de velas y remos.

El mismo día que yo reencontraba a mi medusilla en el Acuario ministerio en la Florida, ella estaba, tal vez ella misma, en la ensenada de La Herradura, o naufraga otra vez en aquella caleta inédita.

Mi medusilla, color lluvia y color tiempo, fue feliz yendo a parar a aquella casi rada y casi caleta de mi Herradura coquimbana. Esas arenas hasta el borde del mar, y toda-

vía de mar adentro, son una harinada mimosa para ella. Un poco más allá, y el oleaje gesticulante de La Serena, la mantea como a Don Quijote o la lanza a lo Discóbolo por lucirse, o la escupe con burla hacia las dunas.

Lo que aquella ensenada mínima hace con medusas ultraístas y con caracoles gongorinos, su piedad de enferma dulce echada en arco para asistir, lo hará más tarde con niños y viejos enfermos, y son tantos en mi provincia de niños y viejos desnutridos y tristes.

Ojalá a lugar, cuya manera de gracia es de silencio y de cenobio, no vayan a llevar casinos de ruleta y baraja o music halls para turistas que bostezan de diez vueltas al mundo. Unos sanatorios en traza luminosa de ayas y enfermeras caerían bien sobre esa La Herradura caída del caballo de Apolo, y que no vuelve a correr. El sol allí no ataranta y solo asiste; las dunas no tienen nada de Astarté ni de brujería araucana, y el subir y el caer del día se parecen a los despertares o a las convalecencias felices.

En aquella conjunción de arena con sonda misericordiosa y de aire con sigilo, el Maestro Dibujador de Lugares dejó hecho para la chilenidad algo inefable, tierno e íntimo, sin más que eliminar, como quien aparta con un gesto las grandilocuencias del mar sansónico, lo truculento del color y el patético de nuestra cordillera, más excitadora que el Dante.

## EL MIEDECITO DE LA GACELA<sup>21</sup>

(Nuestro huemul es un ciervo pequeño, vale decir, una gacela).

El Miedecito de la gacela, su lindo miedo pequeño, le saltó mientras ella dormía del testuz donde estaba acomodado entre las dos orejas; se bajó de allí con su tamaño de medio metro, lindo como salido de su madre, y dejó por la primera vez sin miedo a la gacela que dormía.

Pisó la hierba seca del llano con desconfianza, vaciló algo al echarse a andar, pero se dio cuenta de que podía caminar.

El campo venía en unos golpes de olor y el Miedecito de la gacela, con sus narices abiertas de hijo de ella, olía con dicha.

Estaban los álamos quietos como devanaderas paradas de la tierra que hacían una pausa. Los álamos que hilan la brisa de mejor calidad, la brisa perfecta que es la que apenas se siente y cuya labor de encaje es el quintral fuerte y bien ceñido.

El Miedecito de la gacela se acercó y ellos se crisparon de abajo arriba como para sujetar lo suyo, y en el encogimiento se pusieron blancos. El Miedecito los miró un momento, le parecieron demasiado altos y se alejó con los pasitos suyos, pasitos de pata dura y redonda que es la misma de la gacela.

La tierra, que es pesada y que duerme mejor que nosotros, no se dio cuenta de esas patitas nuevas, patitas de ángel

21 En *Repertorio Americano*, Costa Rica, n° 2, t. II, sábado 11 de enero de 1930.

cuadrúpedo que pasaban y en una parte en que la tierra estaba desnuda, él se dio cuenta de esa cosa muy grande y dura que se toca y que no responde nada.

El Miedecito de la gacela llegó a un agua de riego encharcada, que por ser de esa misma noche era pura, y se paró a verla. El agua se encarrujó, se llenó de puntitos de expectación y se arrugó después con ganas de recogerse y doblarse como un pliego. El Miedecito de la gacela pudo haberse visto en el agua y conocerse, cosa buena para no tener también miedo de sí; pero el agua así encogida no le dejó mirarse.

El Miedecito miró y caminó enseguida con más seguridad, se puso al trote y la humedad que subía en una niebla densa tuvo miedo y se rompió por todas partes, se abrió como una tela vieja. Dejó ver hacia un lado un bosquecillo, más allá un peñasco patético en mitad del llano y luego una aldea. El Miedecito de la gacela, lo mismo que con el agua encogida, no supo que eso se rasgaba así a causa de que él iba pasando.

El Miedecito miró a la luna, la miró bien afligido sin entender aquello blanco e impertinente que estaba allí, y la luna, lejos y todo, sintió algo que le puso en torno un circulito amoratado que la volvió muy otra.

El Miedecito de la gacela se metió, más adelante, a la aldea que le saltó al camino y con su tamaño de medio metro pasó debajo del campanario y por el cuartel de piedra, sin miedo, porque no los había visto nunca. Después fue parándose en casi todas las puertas de las casas que tenía niños detrás de ellas. Ninguno de los niños tenía miedo, porque ya su piel no era delgadita y si el miedo se les parase

encima no lo sintieran tampoco, y si lo sintiesen no lo vieran, porque les han contado que el miedo se ha acabado. Solo uno, pero era una niña, se volteó en la cama, saltó y dio un gritito de grillo.

Era una niña de cabello largo y lacio de hierba, cabello que viene, dice, de tener el corazón suave y que las pestañas le estaban siempre batiendo. La niña oyó al Miedecito que tanteaba contra la pared del cuarto como una abeja cogida y dijo: “Es uno de los miedecitos del mundo el que está aquí, un miedo más pequeño que yo, pero que puede conmigo”. No llamó a la madre que estaba cerca, ni despertó a los muñecos que estaban tirados por el suelo; sentía cierto gusto de tener miedo, como cuando con la cabeza metida en un matorral de palqui, la revoltura le daba miedo, pero ella no sacaba la cabeza ni la adentraba más tampoco. Buscó el Miedecito, que seguía tanteando con la oscuridad como una abeja borracha y el Miedecito la buscaba también a ella, aunque nunca la había visto y se abrazaron, pechito contra pechito, en la cama de tajada que nunca había tenido a dos. La niña tiritaba un poco; no quería que aquello se fuese, porque era el Miedecito de los niños que hace mal y que gusta a la vez.

Así se quedaron abrazados en su camita de lonja hasta la borronadura de las estrellas. Entonces el Miedecito de la gacela dio un salto al suelo, se echó por la ventana y corrió por el campo hasta llegar al escondedero de matas donde estaba la gacela ya para despertar.

Ella había dormido sin sentir el clavo que el aullido del lobo hace en la noche, ni el canto de los grillos, cada uno de los cuales le tira de un pelito del lomo.

El Miedecito de la gacela saltó a su madre al testuz, en medio de las orejas, donde ha costado siempre, entrándose por él a su cuerpo.

Ya era de día y la gacela se levantó para buscar hierba fresca. Allá va por una obra desnuda del campo con el costado que le salta de miedo: va a beber el agua con el pequeño belfo que sube y baja de miedo; y al cruzarse a los cazadores que madrugan, con el cuerpecito, de la cola a las orejas, claveteadito entero de miedo.

En Java, el lodo era apasionado: olía bajo el bosque a pimienta aguda y a mango. No huele el fango en mi parque.

Y allá estaba yo menos grasa de subir por los troncos en unos giros redondos de látigo gaucho y de apretar en una urgencia de hambre matinal un gamo caliente de la carrera. Cosa mejor que esta carne estúpida que me ves engullir. A una serpiente noble, la misma carnaza que a la hiena vieja... La nobleza de una cobra está hecha de rapidez, de ojo breve y de rombos de oro.

Allá en Java una mujer preferiría mi pellejo pintado como la jícara a una orquídea. Kipling también me rastreaba.

¿Sabes tú que otras criaturas se tatúan también según la cobra? El cielo nocturno hace hacia el oeste una cobra un poco rendida.

La tierra no es la mujer abotagada que dijiste. Más aguda que el aire, mira con los ojos derramados de sus serpientes. Le vaciaron una aljaba de ojos... Punza la mirada en negro de la tierra. Un día la anaconda de Quiroga te hará el elogio de la tierra y tú lo entenderás. Vale más que el agua que no da los dones firmes de una piña y de una cascabel.

De Java me hace falta también la noche viva en que caen los frutos como gotas graves de sudor y los insectos no duermen, acicateados del arena.

Corre de Java al Brasil —¿tú lo sabes?— el friso fabuloso que las cobras hacen a la tierra, en rojo y amaranto.

Pero cuando vuelva yo, la serpiente de Java, ya no sabré hacer mi círculo ágil en el friso de las cobras. La carnaza que como me vuelve vieja, mi oído engruesa como el del carnero la primavera sin ímpetu no rasga mi piel y el pistilo doble de mi lengua se seca.

Yo veré si un día me voy por el árbol negro de la noche, a saltos, por ese árbol ceñido de la noche que se cuaja sobre mí, y me alejo bajando hacia el sur.

Entera blanca y con un tocado antiguo, y una garra de ámbar. El pico es de una Macbeth vieja que ha caído en la pesadumbre.

Tiene la irritación del día que salta en resplandores de cuarzo duro. Con la claridad desenfadada, el ruido del parque le ha puesto el ojo sanguíneo de Macbeth colérica.

—Todos estos que pasan —me dice— no pueden entender a la vieja lechuza blanca, con ojo de granate. Se paran delante de mí, me miran rápidamente y siguen hacia la jaula de papagayos frenéticos de Borneo. Si se quedaran un poco conmigo, a pesar de mi tristeza, yo les contaría algo de la noche que ellos ignoran como un país. La noche es como un fruto de siete carnazones sucesivas y yo he llegado hasta su almendra morada de vacío... Inefable la almendra de la noche. Ella ha ablandado mi plumón y me ha adelgazado el oído. Oigo... Oigo crecer el copo de lana en el cuello de la alpaca y oigo endurecerse el cuerno del bisonte negro. Te oigo a vena alta y atenta de tu cuello. Tócame. Ve si logras de ti un pensamiento que tenga este silencio. Y cuando pase esta noche, ve si consigues una estrofa tan suave como mi vuelo sesgado.

Y no la toco. A pesar de su pechuga de sueño y su quietud de cuajada, yo la conozco y le digo:

—Eres el demonio blanco y tienes el vuelo sesgado del que yo he visto el relámpago en alguna noche. Porque también mi ojo se pone rojo de desvele.

Está hecho a pedazos, de fuego y de oro, en zonas como las gredas. Se sacude en vano para mezclar las franjas ardientes y hacer la llama.

Gracias al blanco y al negro no hace arder el arrayán sobre el que se coloca.

—Un pájaro en piezas —le dice la paloma toda ella unidad.

—Si tú no tuvieras —le contesta él— un poco de rosa en las patas serías un bostezo blanco, ¡qué aburrimiento!

Un día contaron unos niños cerca de él la historia de las salamandras, hijas del fuego. Se interesó mucho por ellas, pero todavía no ha podido verlas.

Mira a la faisana, anodina. ¡Qué esposa morganática le dieron! Si un día llega al parque su igual, la nacida del fuego, la desposará en una gran llamarada. Pero la salamandra no llega y él envejece al lado de la faisana descolorida.

Lo que ha visto digno de él es la tarde, que cae herida detrás de los últimos árboles del parque rompiendo un huevo rojo en el horizonte. La odiaba porque entrega su plumón sin protesta cada día, hasta que se le ocurrió pensar que fuese su madre.

Desde entonces la ama y espía entre los castaños su caída. Grita como para recoger la llamarada que salta de los castaños a los estanques.

Aquella faisana que no conoce la realza del color no sabrá nunca darle un huevo semejante, dejándolo caer como una brasa en el centro del nido.

La faisana, cuando le oye el reproche de su pardez, suele decirle:

—¿Y qué hacemos los dos, dime, si nos ponemos a arder juntos? Para bermejeces basta con tu pechuga, que anda buscando dónde aliviarse. Sin mí las gallinas te verían como un embrujado. Gracias a mí pueden emparentarse contigo y tolerarte cerca. ¿Qué será, Dios mío, el faisán?

Hubo un tiempo en que el mundo fue más color que forma y contemplarlo era más gozo: se quebraba por todas partes en luces como el mar. Era la juventud del mundo. Dio vueltas y vueltas hasta enfriarse. Solo le quedan hoy algunos viejos rescoldos perdidos: los faisanes, el pavo real, las granadas.

Pero podría ocurrir que Quien sopló la primera vez volviera a soplar y estos rescoldos ardiesen de nuevo. Entonces las palomas, los cisnes, el águila blanca se encenderían y el mundo entero volvería a ser un faisán con pechuga de fuego.

La ven pasar y se preguntan los demás animales qué cosa ha alcanzado que valiera ese levantamiento del cuello.

—Tendrá mejores datos que nosotras —dicen las liebres— sobre las tempestades.

—Qué hambre estúpida de horizontes —comenta la cebra, su prima en jaspeadura. Y aconseja que se le devuelva la línea, aunque sea deslomándola.

Este desnivel tiene asustadas a sus propias patas traseras. Piensan que hay dos jirafas, una parienta de los asnos y que tiene la altura que quiso la voluntad de Dios, y la otra embrujada, que sube a cuarta por noche.

—¡Deténganla —dicen las patas traseras—, deténganla que se va! Sale de paseo por el bosque y va gritando a los grandes árboles: ¡Abrirse, abrirse!

Los árboles, con su noble pereza, no levantan el follaje y ella pasa haciéndoles unas grandes rasgaduras, y deja el bosque partido en naves como una catedral.

Se anda ofreciendo para las grandes comisiones; una ante el elefante que debe dar su sombra a un campo de cultivo que se abrasa; otra ante el molino que no deja dormir a una mancha de musgo. Pero el elefante y el molino han desconfiado de ella y les parece de mal agüero escucharla.

—Tiene —dicen— dos creaciones: una buena y otra torcida. Oficio no se le conoce y solamente una banda de bedui-

nos la empleó una vez para levantar lo alto de su tienda remendada, a la que se le había roto la armazón. Desde entonces, anda llena de unas grandes flores negras, porque los beduinos borrachos dibujaron sobre ella toda la noche.

—¿Qué será, Dios mío, la jirafa?

Y ella me contesta que solo es fea, porque se parece a la quebradura de mi propio anhelo.

Se echó a mediodía debajo de un juncal y se levantó rayada. Le costó mucho acostumbrarse. Los asnos la repudiaron. Ella explicó que era solamente un asno de domingo. La mula la ofendió comparándola con la cretona de las ventanas, y ella alegó en su defensa las pintaduras del leopardo, que a nadie escandalizan.

—Son redondas —le contestan— y frutas y animales se pintan así, pero no en tu manera.

La desesperaron en un principio y fue a restregarse el lomo rayado en unos troncos como había visto hacer a los ciervos con los cuernos viejos. ¡Nada! Que aquella tela le llega hasta los huesos. Regresando, dolorido el costado, se miró en un estanque. Caía entera sobre el agua y las grandes rayas hacían unos hermosos pliegues negros.

Ahora lo que la tiene preocupada es no desteñirse. Se guarda de la lluvia, pensando en el descalabro que sería quedarse sin color como el asno. Cuando debe atravesar un torrente, pasa al trote y se mira las patas cuando llega al otro lado.

Ella comprende el valor de su dibujo desde que la han sacado del establo, a ella sola, y la han llevado al gran parque.

Un día ha visto una cosa extraordinaria.

Había sobre el parque un gran cielo blanco. Fueron de pronto, con el viento, haciéndose zonas y zonas, y zonas grises

que se volvieron negras. Había caído el crepúsculo y el cielo se volvió amarillo. Aquella era una cebra, otra cebra...

—¿Qué será la cebra, qué será ella sobre este mundo, Dios mío? —me digo.

—La cebra —me contesta un pícaro— es un asno al que ha azotado su amo toda una noche... y nada más.

Está aparejada para un largo viaje; lleva encima toda una tienda de lanas.

Camina inquieta y mira con unos ojos llenos de extrañeza. El comerciante en lanas se ha olvidado de venir a buscarla, y ella está pronta.

No hay cosa más aparejada que ella en este mundo: una gualdrapa y otra gualdrapa. Es tal la mullidura en lo alto, que si le ponen allí a un recién nacido, él no sentirá un hueso del lomo.

Hace calor: la misericordia para ella fuese en este día una gran tijera que cortase y cortase.

Cuando se pierde algo en el parque, ¿a quién han de mirar todos sino a esta del alto aparejo, que parece llevar a escondidas en él todas las cosas?

Y cuando los niños piensan en que los objetos que han perdido: muñecos, osos, ratas que vuelan, árboles que hablan con siete voces, pudiesen estar escondidos en una sola parte, es de ella de quien se acuerdan, de la muy aparejada.

Pero mírenla a los ojos, los ojos asombrados que no saben nada de nada y que solamente preguntan por qué la aviaron para un largo viaje y no vienen por ella.

La culpa de su tragedia la tiene una montaña del altiplano, hacia donde su madre miraba y miraba. La montaña echaba también aparejos y aparejos que se aclaraban hacia arriba, y se le entró por los ojos a la alpaca madre.

La bajaron de la meseta, la han puesto en un horizonte estúpido, y cuando vuelva el cuello es que sigue buscando a la alpaca mayor, a aquella que aclara sus aparejos en lo alto, donde se le vuelven resplandor.

—¿Qué hemos hecho tú y yo —le digo— de nuestra cordillera de los Andes?

## EL TOPO

El enano del centro de la tierra le prometió una esposa subterránea. Él comprendió que debía bajar a su encuentro. De ahí los subterráneos y las galerías que ha ido labrando hasta hacer allá abajo uno como árbol de espacio, lleno de ramas sombrías. Será el palacio de las bodas.

Naturalmente, con el polvo levantado y con la oscuridad se fue quedando ciego, cosa que no le ha importado, porque la esposa no es criatura de la luz.

Y, naturalmente, con aquel mucho silencio se le ha hecho un oído delicadísimo y un paso inefable.

La novia tarda en subir y terminada la casa ha habido que llenar con algo el tiempo. Él vio un día subir la noche de las entrañas de la tierra como un pesado bostezo por las ramas de su árbol de espacio.

(Porque todos los que han dicho que la noche baja del cielo dijeron mentira: sube como un vapor del centro del mundo y como un vapor lo envuelve).

El topo anda allá abajo, ayudando a los otros que hacen la noche, cada doce horas, como un vellón enorme de oveja negra. Ahora es de los más finos artesanos.

El material de la noche fue ensayado en sí mismo: el topo se hizo una pelliza sigilosa que no le choca contra ningún objeto y cuyo tacto será muy de gusto de la esposa.

¿Lo oís caminar? Cuando arriba es de día, va y viene recogiendo con un ademán suave de las manos, como quien recoge un ovillo, la oscuridad de las galerías, y al caer la tarde hace subir el gran vellón hasta la superficie del mundo y vuelve a bajar.

Se sienta en el tronco de su árbol de espacio con el oído atento, espiando el cortejo del centro de la tierra.

Los tontos de arriba le atribuyen su misma calidad. El gran enano del centro de la tierra sabe que la inteligencia está hecha un poco de capacidad de silencio y otro de lentitudes.

Ya no falta sino la desposada: en las galerías hay grandes pieles de sombra mejores que las del oso negro y lo mejor de todo para ella: el pecho suavísimo del desposado.

Su padre, el gran armadillo, a poco de nacerle el hijo lo preparó para la guerra de los armadillos: le amoldó una piedra redonda en la costra y durante muchísimos días se la labró, rombo a rombo, puestas sobre y con una manita y un ojo clavado de artesano puro. En su celo excesivo, se la prolongó en una víscera de hueso sobre la cabecita de culebra y para no dejarle cosa desamparada, le hizo todavía la vaina en que meter la cola a resguardo de rasguñadura de árboles. Las uñas no dejan que desear como útiles de roer, de atrapar y de no dejar caer la pieza y en el ojo le puso su poquito de astucia en una cabecita de alfiler negro. Sobó las corvas que quedaron listas para correr; miró a su guerrero de hueso, bien prevenido se lo mostró a la armadilla, dándole golpes de uña en cuatro partes para que oyese el hueso y lo dio por bien acabado.

Cada noche el armadillo padre llega a dormir, destapa el agujero; el ojillo mixto con malicia y miedo lo mira; él se sienta un rato y le pregunta si ha venido el otro armadillo nacido el mismo día a invitarlo a la guerra. El armadillo le mira, no entiende; y el viejo dice:

—Ya vendrá.

Y se pone a contarle un episodio de la primera guerra de los armadillos, con su Cid en hueso y su Rolando en uña, y la cueva de mal olor se llena de un buen resuello heroico; el grupo se calienta con él y los tres petos se tocan y suenan hueco.

Se duermen y al otro día el armadillo viejo se va otra vez. La armadilla coge una piedrecita y se pone a pulir la coraza

del soldadito, encucillada, rombo a rombito; cuando está pulida, la frota con una estopa de concha hasta sacarle brillo y zangolotea al chiquito hasta que lo muele y lo rinde. Se duerme el armadillo. Es agosto y hace bochorno. Cuando el viejo entra a la tarde, pregunta lo mismo.

—¿Ha venido el armadillo, hijito, y aceptaste la prueba? ¿Verdad?

El armadillo pequeño sigue ahí estúpido de calor y no dice nada. El viejo también bufa un poco, se sienta y luego comienza a contar la segunda guerra de los armadillos. Acaba y da al pequeño un mirotón sesgado.

—Esos, ya lo ves, mataban y sacudían el suelo y hacían sonar todo el campo en la siesta a choque de cuerno, a cabezadas de dos huesos.

El chiquito sigue arropado en su vaina y lo único que siente es la calentura del día, que se le mete y se le queda debajo.

La armadilla tiene el mismo bochorno y cuando el viejo va a comenzar otra historia se atreve y va diciéndole al marido.

—Todo eso que cuentas al niño para sacarlo de la cueva, no es cierto. El armadillo padre, el abuelo y los demás, hasta el armadillo del comienzo, se han metido en este hueso, tuyo y mío. Metidos allí para pelear, ninguno peleó, y el campo nunca ha sonado a choque de hueso de armadillo. En vez de contar la tercera guerra, buen viejo, ve lo que coges y si puedes desarmarnos este embeleco. Yo quiero tomar aire y estar en cueros como la foca a la siesta. Yo creo que el chiquito quiere lo mismo.

Pero el viejo ha soldado bien a lo artesano y eso no quiere partirse; menos se podrá derrengar el corsé de la vieja y no digamos el suyo.

Se acuestan los tres, lado a lado, las botijas de hueso y sordas, y duermen de sueño caliente de tres botellas de chianti viejo puestas de costado en la arena por la canícula.

## LA TORTUGA

Los tontos la ponen en cada discurso sobre el progreso para ofender las lindas lentitudes.

Ella ha vivido cuarenta años en este patio cuadrado, que tiene solamente un jazmín y un pilón de agua que está ciego. No conoce más de este mundo de Dios que recorren los salmones en ocho días...

Han echado en su sitio una arena pulida y ella la palpa y palpa con el pecho. La arena cruje dulcemente y resbala como un agua lenta.

Ella camina desde la arenilla hacia un cuadro de hierba menuda que le es familiar como la arena, y estas dos criaturas, arena y hierba rasada, se le ocurren dos dioses dulces.

Bebe sin rumor en el charco. Mira el cielo caído al agua y el cielo le parece quieto como ella. Oye el viento en el jazmín. Caen unas hojas amarillas, que le tocan la espalda y se le entra una cosa fría por lo bajo de la caparazón. Se recoge entonces.

Una mano vieja le trae alimento; otra nuevecita tañe en la caparazón con piedrecillas... La mano cuerda aparta entonces a la loca.

Brilla mucho la arena a cierta hora y el agua resplandece. Después el suelo es de su color y ella entonces se adormece. La parada conoce el mundo, muy bien que se lo sabe.

Todas las demás cosas hacen algo; el pilón gotea y la hierba sube; en ella parece no mudar nada. ¿No muda? Aunque ella no lo sepa, su caparazón engruesa; se azoraría si lo supiese.

Al fin ha muerto. Un día entero no se supo nada: parecía solo más lenta... La cabeza entró en su estuche; las patas en su funda. La arena se dio cuenta de que se encogía un poquito más.

La dejaron orearse; después la han vaciado. Ahora hay sobre la mesa una concha espaciosa, urna de hierro viejo, llena de silencio.

## EL ÁGUILA

Dorada, con franjas negras como su peña.

Está siempre malhumorada y de cólera se le ha enrojecido el ojo y endurecido la ceja.

La encoleriza la peña desnuda, en la que se le resbalan los huevos, la aridez del cielo, su vecino, que tiene bestias y el bajar tanto para hallar en una quebrada unos huesos de cabrito. ¡Y aquella hambre de sus aguiluchos! Abren todos a una vez el pico y el nido parece una roca agujereada.

El cielo suele hacer nubes en forma de rebaños de cabras. Pero todo eso es majadería de formas: los chivos, las ovejas, los venados, son puro viento blanco.

Además, está ofendida: allá abajo la tienen hecha un adhesio sobre una columna, en bronce, sujetando un escudo leproso. Lo que ella sujeta son sus huevos en la peña cada día más calva.

Por todo esto se le ha puesto roja la mirada y apretada la ceja.

Está muy sola y detesta ese aire de lo alto, sin los buenos olores de los establos, con caballos heridos que empiezan a pudrirse.

No les place la forma de la torre y cada tarde están trazando otra, otra de costados más ágiles, una torre mejor.

Allí están como todos los días, haciendo el dibujo sobre la palidez de la tarde, que es como una pizarra de oro.

Así... Así... Así...

A ellas, naturalmente, no les corresponde levantarlas. Para eso, los de abajo. Pero a esta hora, los albañiles que se han vuelto cansados se sientan en el umbral de sus casas, dicen bufonadas a su mujer y no miran “eso”, la torre nueva. Y el arquitecto que vive en la misma plaza, a esta hora, lee en el periódico el chisme sobre monsieur Poincaré.

Las golondrinas hacen un escándalo de chillidos en el aire quieto como la toca de la beguina. El arquitecto no levanta sus ojos. O los levanta si algo cae de arriba a su cabeza, una gota blanca, que no es leche cuajada... Se limpia y dice:

—¡Las muy insolentes!

Siguen trazando la torre. Si el aire fuera un poco menos ligero, si tuviera al menos el espesor de la plumilla del cardo, ya estaría tejida como las doscientas agujas apasionadas, tejidas hasta el suelo, porque ellas bajan a la arena de la plazuela y vuelven a subir. Pero no; el aire es una cosa bastante árida en la que no se sostiene nada; fuera de los malos olores de un pesebre.

Pasan ahora sobre el río, rizándolo con el ala tendida. Invitan al agua y ella tampoco se presta.

Sí se presta. Antes de la noche sube la niebla y aprovecha el dibujo que encuentra, ella sí, suspensa en el aire. Y allí está la “torre nueva”, más blanca y con los costados más sensibles que la otra. Era eso lo que ellas querían.

Pero al día siguiente ya no aparece y las golondrinas vuelven a hacer el proyecto frenético con sus doscientos cuarenta compases azules contra la pizarra de oro.

El mar, el inmenso mar, estaba cansado de jugar con bagatelas; las bagatelas eran las ostras a pesar de la lлага con perla; eran los pulpos y también las tortugas que, pesadas y todo, él mueve con un solo dedo. Quiso, pues, cosa adulta que él alcanzase a sentir, donde él palmotearse cuando está contento y que le ocupase a lo menos una ola para voltearla. Y se le ocurrió la ballena.

La ballena, nacida en desþensa demasiado grande, comió mucho, y allí está, gorda que no sabe voltearse si le pica... una pulga de mar.

—Cuando la desþensa se empobrezca —dice ella—, entonces adelgazaré: por ahora hay lo bastante, y sobra.

Y está esperando que los peces se acaben.

La verdad es que le gusta estar gorda. El mar nunca se está quieto y dentro de él todo es bailoteo. Ella consigue más reposo, cierto reposo gracias a sus toneladas.

Poca literatura tiene la ballena, y es lástima. Yo conozco el sucedido, pero no sé contarle, de un niño de tres años que se metió en su boca, revuelto con un cardumen de pececillos, y que se perdió en sus barbas durante cinco años como en el mar de los Sargazos o como en una selva de las nuestras, y que de allí salió ya mayorcito un buen día que la ballena su puso a asear sus barbas.

22 En diario *El Tiempo*, "Lecturas Dominicales", Colombia, 22 de abril de 1934.

Cuando Jonás viajó dentro de ella, iba arrepentido, como se sabe, y decía su desgracia en plañidura de profeta, lo cual convocaba a los peces en torno de ella. La ballena es solitaria por dignidad de su tamaño; le molestó el mitin que llevaba en torno y abandonó a Jonás en la primera playa.

Me sé la historia de otro que se rio de ella en una estampa de la escuela y la quiso mandar al desierto a enflaquecer. Desde entonces sueña cada noche la ballena; ella llega cuando él cae en el sueño y es en su boca donde él cae, dentro de ella lo conserva hasta cuando es de día en una noche fea y asfixiada.

Toda la grasa del mar que la tiene y lo hace luciente entra en ella, y deja a los peces flacos siempre, fantásticamente aguzados, y la ballena para que se lo perdonen se queja cada día de su grasa; pero no es verdad que quiera enflaquecer. Hasta que le oyen los balleneros en su barca, la pinchan con el arpón, la alzan como la gran pirámide, encima del mar, asustado de lo que en ella se hizo, la ponen en la arena y la abren en tajos de blancura.

Entonces ella, que es mujer, pide ir a la cocina de las mujeres, en frascos de porcelana blanca, y descansar del océano que tanto la ha ajetreado. Pero los aceiteros le informan que no sirve ella para hacer la grasa que comen las mujeres.

Deshuesada es más grande todavía. Los balleneros la miran, se acuerdan del Día del Juicio y guardan sus huesos para sostener el mundo cuando vaya a caerse.

Hacia el lado de la Groenlandia, y hacia la Tierra del Fuego, están los huesos de las ballenas con que el mundo va a enderezarse de nuevo para que sigan viviendo las ballenas.

Cada uno dice haber visto a la ballena. Yo también la vi navegando hacia el sur en día con bruma. Puede haber sido otro barco, puede haber sido un buen témpano, pero, ¿por qué no ha de haber habido una ballena para mí en tanto y tanto viaje mío?

En los álbumes de bestias de las escuelas, y lo mismo en los museos, les sobran a los niños todas las bestias después de que han visto la ballena y elefante. Siempre los dos. Así les tienen de rencor los demás animales. La catarinita amenaza a la grandota con su mostaza granate y la libélula se carga de electricidad contra el elefante.

Ella se cree un navío con dos mástiles de agua y va siempre a Inglaterra a desfilarse en las revistas navales. Pero nunca llega a causa de que siempre alumbrase un hijito en el camino y debe quedarse hasta el año siguiente en el que le pasa la misma cosa.

Su hijito es tan grande que el mar se da cuenta de que se ha vuelto más pesado a poco de nacer el ballenato y se pone encarnado de olas a cantar: "Celerín Celerato, el mar ya tiene otro ballenato".

1934

Me ha pintado un dios chino, lleno de paciencia. Así, punto a punto, con su ojo fijo. Cuando me conté mil, ya me sentía satisfecha; al millón, creí que podía echar mi cresta amoratada, este ramo de gruesas violetas. Resulta mejor que la cresta del gallo, que es estrepitosa como un tomate en el verde de la hortaliza.

Esta decoración infinita me da derecho a cierto orgullo: el decorado mongólico puso su vida en acabar mi jaśpeadura.

—No, es más sencillo que todo eso —le responde el gallinero—. Parece que te pusiste debajo del cedazo de la molinera, y nada más.

Ningún parentesco con la gallina —sigue diciendo la gallineta, sin admitir el diálogo—, y algo mejor que el faisán y las cacatúas, que fueron pintadas a golpes de color.

¿La gallineta! Los franceses me nombran mejor: yo soy la pintada.

Tengo el genio ligero, pero mis arremetidas contra el intruso que se asoma al gallinero no pasan de una menuda carrera.

¿Y esta altivez de la mirada! Casi, casi es del águila. Un día también, por este ojo punzante de Sibila, yo podré estar en una moneda de hierro con todas mis jaśpeaduras de plata.

23 Los siguientes siete textos sin fechar fueron transcritos desde el Legado Gabriela Mistral Donación de Doris Atkinson 2007. Biblioteca Nacional de Chile.

Está llena de melancolía: *dicen que el mundo se va a acabar*. Este pensamiento la tiene así, con el pico abandonado y la pata solemne.

Los juncos del pantano se chocan con dureza para despertarla. Cambia de pata y vuelve a su pensamiento: *dicen que el mundo se va a acabar*.

¿A quién se lo cuenta? Esos juncos y esa agua no tienen ninguna idea del mundo. Ella sí conoce el mundo. Los países pasan debajo de su vientre en gris, en azafranado, en rojo, como una cretona estupenda.

La esperan los pueblos para cambiar de estación y es muy importante que ella no se atrase, porque se quedarían sin alzar la cosecha. Da algún orgullo disponer desde arriba de las solemnidades de los pueblos. Sin embargo, ni este pensamiento la conmueve ahora: *dicen que el mundo se va a acabar*.

Un pariente suyo, el sagrado ibis de Egipto, decora todo el corredor de templos del Nilo. Ella misma anda en tantas fábulas, que escritas cubrirían como un paño la tierra entera. ¡Los fabulistas, pobre gente! Si valiesen algo estarían como ella imaginando la manera de cómo va a acabar el mundo.

Ella se entrega con perfección a un estado. Si baja a la tierra, clava su pata semanas de semanas y se está oyendo con reverencia el pulso subterráneo de ella: cuando va volando lleva siete atmósferas bajo el pecho.

Mira las ciudades con su millón de techos y de torres. Elige estas alguna vez porque no ve otra cosa abajo, hecha en norma cigñal. Vive ahí unos meses y las deja garabateadas de su estiércol caído, que es la historia misma.

Esta melancolía que ahora ha tomado a su pata de moho no viene de hambre ni de las mezquinas contingencias de sus criaturas: es que el mundo se va a acabar.

¿Dónde está el grillo?

No se lo pregunten a él, que no lo entiende. En el principio era uno solo en la quebrada. De pronto, de una hierba punzada por sus notas, fueron saliendo otros y otros. Unas noches después cantaba la quebrada entera. Más tarde llegaron al llano, donde el canto extendido fue cobrando suavidad.

La desesperación del viejo grillo es esta: ¿dónde se encuentra él ahora, si canta en todas partes?

Apareció más tarde una legión de intrusos que le rompen el silencio de su dominio: las ranas. Mientras los estanques fueron puros, no cantaron; con las vegetaciones pútridas empezó el canto malaventurado. La noche se ha vuelto una cisterna de ellos.

Se oye el desafío de dos familias y las estrellas hacen su parpadeo de aprobación. ¿Pero a cuáles va dirigida la aprobación?

El duelo es evidente: escuchad cómo uno de los coros se calla cansado por el otro.

Andan disputándose el silencio. El gran grillo propuso a los sapos que partieran la noche como una fruta y cantase cada pueblo durante la mitad de ella. El obstáculo estuvo en que ambos coros eligieron el puro gajo de la noche y no hubo pacto.

¿Dónde está el grillo? Desde aquí hasta el cielo estrellado se escucha por todas partes. No será más uno nunca más, nunca más.

## EL CONEJO

Blanco y con un deseído de aurora en las orejas. Las asentaderas no están siempre blancas, porque anda a saltos levantando el polvo de la cueva, pero sus orejas tienen adentro una rosa, dos azucenas carnosas y velludas, y dos bebedoras de viento.

La sinfonía en blanco estaría perfecta sin esa irritación de los ojos. No le ha venido de mirar el sol, sino de contar las hojas acorazonadas del trébol. Así lagrimea el pobre con la cifra astronómica que todavía multiplica por tres.

La pequeña cola no significa fracaso, sino una gracia buscada. Póngale una completa y se parece a cualquiera.

Eso de si debería tenerla se ha discutido mucho en cuevas y pastales por concejos de liebres y vizcachas.

—Que quebraría la alfalfa.

—Que un niño, con su mano pequeña, la cogería en las cuevas.

Al fin se resolvió que sería un primo del pingüino. Pero como existió su cola completa, le ha quedado el hábito de encogerla como si aún la tuviese completa y gasta en este movimiento una atención sobrenatural.

Todo en él es prudencia, en las orejas pulsadoras del silencio en el campo y en las patas prontas para la escapada. Su única imprudencia ha sido el que hasta un cazador ciego lo ve cuando atraviesa en un relámpago el alfalfal. Ellos

son las bolas de billar de los enanos que juegan grandes partidas.

Ahí está: ris, ras, ris, ras, sus mandíbulas mascan trébol sin parar. Si no se lo miden, se le partirán los costados de algodón: ha engullido media pradera. Es indigna de tanto armiño una glotonería como la suya.

Ris, ras, ris, ras... La llanura se pregunta qué sierra tan dulce está por ahí mordiendo la caña y se adormece en el mediodía con ese rumor.

El conejo cree, por su parte, que con este ritmo rige el campo y aun la tierra desde su zarzamora.

## EL GATO

Tiene ritmo lento; para prisas, el perro que come plebeyamente salpicando la aureola del plato. Él es lento como los grandes relojes.

Pueden criarse muchos perros en una casa, pero un gato debe estar solo en el fondo de una sala como la gema en un anillo.

Harto breve es eso de agosto en los tejados para que le reste dignidad; unas tres semanas en que no se lame por las mañanas maravillosamente. En cambio en el resto del año, ¡qué decoro!

El hombre, bárbaro, no sentirá nunca la llama como él la siente: la bebe con su cuello espeso, se la derrama por el costado. La llama se le entra, ronronea dentro de él; se guarda, meliflua, en su vientre.

Los pintores malandrines solo saben pintarle sus ojos en dos cuarzos azafranados. Lo que él pone en el mundo es la hondura de sus ronroneos.

Hablan del abullonado de las rosas; para suavidad perfecta, el latido de su costado junto al fuego.

Hay algo, sin embargo, más suyo que la llama: el regazo de una dama vieja; su rodilla es honda como brocado.

La languidez le viene de su perfección: el abandono en que entran las formas cumplidas.

Un gato pertenece al orden otoñal como un fruto; está grávido de sueño.

Le queda algo áspero: la lengua, que la saliva no suaviza. Suele olvidar su falla y la saca para completar una caricia. Entonces lo despeña la vieja dama de sus rodillas.

Hay muchas gentes —las truhanescas— a quienes ha faltado su magisterio de lentitud. No han sabido sustentar, como una densa magnolia, un gato en su regazo.

He aquí una de sus definiciones sobre el mundo:

—Los pobres son aquellos que no pueden sustentar más de dos ratas en su despensa.

Está roncando, con el vientre cándido, contra el fuego. Pero debajo reposan tres ratas que engulló con su hocico rosado.

## EL PÁJARO CARPINTERO

Yo doy la pulsación del bosque. ¿Quién sabe dónde están las sienas, las muñecas y el corazón del bosque? Yo golpeo en esas sienas y en esas muñecas invisibles.

No, no busco romper el árbol, sino despertarlo. Ellos quedaron así, en esa somnolencia grave, por un mal encantamiento. A ratos se les despierta la copa y casi hablan. Entonces yo apresuro mi taladro. ¡Qué espectáculo será aquel cuando los carpinteros seamos tanto que lo hagamos despertar enteritos!

Adentro se halla, en la médula de cada árbol, la semilla del sueño, la larga almendra del sueño, que los tiene inertes, y con mi pico amarillo voy arrancándola.

De tanta pasión en mi faena con este castaño inmenso, por el cabeceo tenaz, me he ensangrentado lo alto de la frente.

¿Por qué mi dios el bosque ha de estarse absorto entre las aguas que corren y las nubes que pasan por encima invitándolo a su cabalgata?

No estoy cansado; al menos oís gracias a mí esta pulsación del bosque.

Os han dicho que no trabajo sino un estuche oloroso de madera donde guardarme. No es verdad. Eso lo hace con barro cualquier zorzal aprovechador.

Yo desencantaré al bosque, hasta que dance entero como el pastor con el follaje inflado y con las raíces vivas golpeando sobre el tambor del suelo.

Mi apego a este rosal tiene su razón: he subido con un mensaje.

Desde el tronco vengo buscándole los oídos, porque el mensaje es de una reserva política. En el tronco no había más que nudos y espinas que me ha costado bastante esquivar. He seguido por las ramas y nada de oídos. Tal vez están en las hojas. Déjenme recorrerlas a mi antojo. Son muchas. En ninguna encuentro todavía hueco de oreja vuelta al mensaje.

No se extrañen de la huella que voy dejando: me han dicho que si el rosal oye con torpeza, escriba el recado sobre cada una de las hojas para que el torpe vaya delectándose. Por otra parte, esta goma inocente de la escritura es luminosa y lo decora como a una laca.

¿Preguntáis de la caparazón?

Un mensaje político se guarda con cuidado, y yo entiendo mi encargo.

Si cuando yo haya bajado el rosal se seca, será que el mensaje, cuyo asunto yo ignoro, contenía esa dicha que detiene el corazón.



E S T A M P A S

V E G E T A L E S<sup>24</sup>

<sup>24</sup> En términos bibliográficos, también para estos textos vale la nota puesta en las "Estampas de animales".



## L A P I Ñ A

Estaba asentada como una dueña en la tierra. Ella no conoce la debilidad del pedúnculo en la pera de oro; bien posada en la tierra estuvo seis semanas, y la sentía suave y poderosa.

Penacho más recio que el suyo, ni el de la crin de los cascos de guerra. Una fruta guerrera ella toda cubierta de cicatrices como el pecho de la amazona. Y bajo esa cápsula breve, la exhalación contenida del aroma que puede embalsamar un campo.

—Es que yo soy hecha —dice ella— a semejanza de la *Iliada*, que está llena de duras articulaciones, y que de pronto se abre con dulzura en la estrofa de Helena.

*París, 1926*

## EL HIGO

Tocadme: es la suavidad del buen satín, y cuando me abris qué rosa inesperado. ¿No te acuerdas de algún manto negro de rey que debajo ardía de rojo?

Florezco hacia adentro para gozarme en una mirada a mí mismo, siquiera una semana.

Después el satín se abre generosamente en un gran pliegue de larga risa congoleza.

Los poetas no han sabido ni el color de la noche ni el del higo de Palestina. Ambos somos el mayor azul, un azul apasionado que, de su pasión, se adensa.

Si derramo mis flores apretadas en tu mano, te hago una pradera enana y te cubro con ella hasta los pies... No, las dejo atadas, y me dan el hormiguero de estambres que también se siente la rosa en reposo.

Yo soy también una pasta de rosas de Sarón, magulladas. Deja que haga mi elogio: los griegos se alimentaban de mí y me han alabado menos que a Juno que no les dio nada.

*París, 1926*

## EL GIRASOL

Ya sé que es el de arriba. Pero las hierbas enanas no lo ven y creen que soy yo quien las calienta y les da la lamedura de la tarde.

Yo —ya veis que mi tallo es duro— no les he contestado ni con una inclinación de cabeza.

Nada de engaño mío, pero las dejo engañarse porque nunca alcanzarán a aquel que, por otra parte, las quemaría, y a mí en cambio hasta me tocan los pies.

Es bastante esclavitud hacer el sol. Ese volverse al oriente y al ocaso, y estar terriblemente atento a la posición de aquel cansa mi nuca, que no es ágil.

Ellas, las hierbas, siguen cantando allá abajo: “El sol tiene cuatrocientas hojas de oro, un gran disco oscuro al centro y un tallo soberano”.

Las oigo; pero no les doy señal de afirmación con mi cabeza. Me callo; pero sé, para mí, que es el de arriba.

*Nápoles, 1932*

## EL SAUCE

Eso de que tengo una gran pesadumbre, es una ocurrencia de las gentes sentimentales. El álamo busca el cielo y yo el agua. Me gusta esa cosa viva que se desliza como un ángel sobre su vestidura larga y que en los estanques tiene el pecho tibio.

He bajado mis ramas por ella y con la punta de mis dedos la conozco y la oigo.

Os pido que no me cortéis el ramaje a ras del agua: es como si os bajarán el semblante que estáis besando.

La palmera goza el aire con sus brazos abiertos y dichosos; yo me deleito en el agua. Pasa, pasa, y allí está siempre.

Tiene un hijo mío sumido en ella, otro sauce más sombrío que no sé dónde acaba. Ahí está, se mueve con una suave pesadez y se llena en momentos de luces moradas.

Bájame más, un poco más, para verlo bien. Me sobra la cabeza y la atmósfera también está de más. Bien tendido sobre el canal como las hierbas, mejilla contra mejilla como se están las ninfeas, yo sería más dichoso. A ver si me bajan más.

*París, 1926*

## EL ALGODÓN

El algodouero menudo, decorado de cosas mayores silenciosas, de sus bayas consumadas que no acaban de caer. El algodouero de los campos que hacen horizonte, capaces de vestir toda desnudez de pobre, con su voluntad junta las cuatro estaciones.

El puño cerrado del algodouero que está ordeñando a la tierra en leche profunda y que de pronto se abre, cansado del gesto, y deja caer su requesón absorto, que se para delante de la luz, la encuentra dulce y se queda en ella. Queda parado el algodón como una palabra retenida, y el cielo de Yucatán, y el aire de vaho lo palpan con parado deleite.

El algodón claro que está entre los blancos desenfundados con la nube tierna y los almidones musicales. Claros algodoues que pueden alumbrar a la niña retardada en el plantío, hacia la noche, como una bujía redonda, uno en cada mano suya. El algodón claro que el terrón se mira con desconcierto, como se miraba Pedro pescador la palabra acertada que le venía a la boca para que convenciera.

El algodón ligero, lo que el amor feliz pesa sobre el cogollo del corazón. Alarde de levedad de que se ríe la cosecha dura que puede con un árbol desarraigado.

Elegancia del no ser advertido en la cuenca de la mano y de parecer en el canasto alzado un abrazo de aire. Le pesa al llano lo que el venado cuando corre y menos le pesa todavía el algodón a su rama. Unas bayas de algodón sin grosura, para los que llevamos metales a la espalda, como los mineros, metales de deber y de pena, y que nos hemos cansado.

El algodón moreno, donde la niña criolla recoge su gue-deja y se la acuesta en la falda y se la voltea. El algodón moreno que es el otro, metido en pasión como el higo, que es hebreo, y quemado sin llama. Con el algodón renegrido se hace la pañoleta más mimosa la india de Yucatán, que tiene siempre un bultito que le gime en el regazo encucillado. Algodones oscuros, leales al color de la tierra y en los cuales ella se columpia, contenta de estar en el aire y de mirarse tendida abajo, con desdoblamiento burlón de yogui criollo.

El algodón que contiene la piedad de Quetzalcóatl, atrapado en el paisaje como un gesto, cuando iba camino de la Guatemala. Quetzalcóatl mismo, parado con malicia pura en el campo de México, sin ganas de dejar la meseta de Anáhuac en que el aire es tan fino que ha debido hacer visible su aureola.

El algodón redondo que es un resuello piadoso dentro de la llaga fea. El largo algodón de la venda parecido a la lengua del perro de Lázaro. El algodón de los hospitales, el santo algodón.

Extraña es la flor del cereal y sobre todo la flor espiga, rara en su mundo vegetal, donde flor quiere decir color diferenciado, una corola bien opuesta al tallo en forma, calidad de pétalos y olor; ella florece grano, o sea, pistilos... De este modo parece que el Creador Dios pensó en la espiga en harina y no en gala, es decir, que la pensó toda ella para la boca del hombre comedor de pan; tan rara como la flor espiga es el tallo espiga y la hoja espiga. Recién nacida todo eso verdea y madura; se pone a dorar o a pardear. A lo menos al tacto, no es dulce la espiga ni la pajuela del tallo lo es tampoco; por el contrario, ella es áspera y hasta bravía.

El trigo cubre la cabeza y la extremidad de la América; el continente está dorado en su comienzo y su postrimería, es decir, en Canadá y la Argentina.

¿Cómo habían de medrar las pobres espigas, Santo Dios, en país de frío acérrimo y auroras boreales que solo es paraíso para las bestias de pelaje? Es friolero el trigo, decían los antiguos, y las heladas acaban con el entumido, y antes de que crezca lo matan. Y eso se creyó hasta que no hubo más “el trigo” en singular, sino que una tribu de especies de trigos.

Unos cuantos botánicos agrónomos, encandilados con la buena suerte del cruce en los animales, se pusieron a experimentar con estas otras criaturas.

Había que hallar una especie de trigo que madurase como quien dice “a marchas forzadas” en ese verano corto que asoma y se va. Buscando un trigo duro que resistiese a los

parásitos sin ser liquidado por ellos, un tal Carton hizo dos viajes a Rusia, patria de la espiga más terca, y no solo halló en ella la persona cereal que resistiese las plagas, sino la que creciese de prisa, como urgida a la prisa y acabase su hazaña antes de que los hielos llegasen.

El Canadá cereal se decuplicó; a grandes zancadas subiendo más y más hacia el norte. Los yanquis, mientras tanto, ensayaban con fiebre la hibridación y ayudaban el tesón canadiense. De estos esfuerzos conjugados nació el príncipe de los trigos, el Manitoba, bautizado con el nombre de una provincia canadiense y que es hoy el mejor del mundo, pues ha vencido a su padre, el cereal ruso. Y allí está ahora la nación granero, la Rusia americana, que produce y consume, pero con tantas sobras como para ceder a Inglaterra y a Europa su fantástica cosecha. La obra del trigo llegó a la tierra de hielos, la pobre Laponia, embajada de blanco que nunca pensó en ver con sus ojos sesgados la palpitación del trigo en su reino de auroras boreales. La Rusia que prestó el favor de la semilla preciosa ha venido a cobrar su préstamo con réditos: también ella pasó a sembrar donde no lo soñaba, aumentando así su imperio de harina espigada.

Los Estados Unidos han llegado a multitudes de hectáreas de pan, continuando así la marcha histórica del trigo, que solo se quemará en allegándose al trópico sin que allí desaparezca, porque la verdad es que el trigo, como Dios, está en todas partes. Saltado el trópico quemador de tallos y de barbas trigueras y trigueñas, las grandes faldas voladoras del trigo vuelven a aparecer en la Argentina y aquí se ensanchan cuanto cabe en el gran desahogo de la pampa, que no tiene otro atajo que la cordillera. Del mar a los Andes, todo es hierba, pero en realidad casi todo es trigo.

La naturaleza hizo allí una verdadera cuna cereal y no hizo sino eso.

La pampa argentina se rehúsa al bosque y apenas quiere árboles; su relativa templanza no se presta a cañaveral ni cafetales; tampoco ella es tonta como para regalonear los árboles frutales. En cambio, fue facilidad dichosa para dar trigo, que gustó en recibirlo y en criarlo a lo largo de semanas. Pero, parece, sino que ella hubiese nacido con él, y no hay tal, pues hace no más que siglos, ella, la buena pampa, hormigueando de indios, no conocía a su Señor, daba maíz o daba pasto, y el calofrío grande del trigo no le había atravesado sus grandes lomos de tierra elefanta. Por cachorros y naves españolas, él llegó allí, curioso forastero que no extrañaría nada, aire ni limos europeos y allí se acomodó como si hubiese estado desde siempre, para no irse más. En los años magníficos, la Argentina, granera de ayer, produce el doble que la Australia.

De esta manera, con el ensanchamiento artificial del área triguera en Canadá y con el auge rotundo de la sementera argentina, la América nuestra, que no fue la madre del trigo, es hoy la matrona dispensadora del cereal.

También la América es en esto colombina, que muchas sorpresas ha dado: vino a hacer de ofertora de pan para el hombre blanco, que en un comienzo se creyó haber descubierto de este lado solo minas, sobre todo minas y esclavos, y que en siglos ha acabado por darlo todo: sementeras y hombres libres cortando el trigo.

Pues de ser ancha esta América y de tener sus suelos sin fatiga, sin hostigo de mucho abono y arando todavía con buey, a pesar de que ya compra bastante maquinaria, ella

puede pagar bien a sembradores y cosecheros, y el trigo que esclavizó en Rusia, aquí ha liberado al hombre en pocos años, liberándolo de más en más.

La hazaña del trigo viene de tan lejos como la carne de Adán. Él estaría en el paraíso, que no era precisamente un jardín, sino un repertorio de cuanta criatura lleva tallo y hojas.

Más viejo es el trigo que las más viejas cosas de que se ufana el mundo cuando quiere alardear de antigüedad. En la edad paleolítica, hace ocho mil o diez mil años ya el prócer granulado se cultivaba en las orillas del Mediterráneo; sepulcros egipcios lo guardaron con una increíble fidelidad.

En la familia cereal, toda ella célebre, entre cebadas, centenos y porotos, él se planta a mitad con figura de rey, aunque nosotros queríamos que fuese el maíz americano el que llenase allí trono y cetro.

El pan de trigo gustó siempre al paladar del hombre y ellos hicieron mucho por tenerlo, incluso fechorías, pues hay guerras y conquistas que bien pudieran llamarse guerras del trigo. Y como la historia no se acaba, ni muda tanto de finalidades como se cree, todavía podrán venir guerras del trigo, ya que las hay del hierro o del petróleo.

Pelean los hombres por muchas causas, pero las del bien extenderse y bien comer son las primeras entre aquellas. Y aun cuando el género humano haya inventado varios manjares en el correr del tiempo, todavía el mejor de los bocados sigue siendo el del pan, en el cual están de acuerdo pecheros y señores, soldados y marinos, letrados y palurdos. Para decir que hay una plaga de hambre, se dirá siempre que “faltó el pan”; para expresar sobradamente la carestía de la vida se cuenta que “estaba el pan por las nubes”; y para

pintar sobriamente un tiempo de abundancia basta con la frase de que “a nadie faltaba el pan”.

Así, el pan viene a ser la medida de todo cuanto atañe al negocio de vivir. Es una medida a la vez material y misteriosa, mide la escasez y la holgura, el contento y la aflicción de la humanidad, y se aplica a los viejos, mozos y niños. El apetito del pan unifica a los seres humanos tanto como la respiración y el correr de nuestra sangre.

El trigo se pasea como Salomón por los relatos escritos y hablados; no se pueden leer las fábulas y especialmente los poemas orientales sin que la espiga nos caiga a la mano; la Biblia, que es todavía el mejor libro de leer, ondula de trigo, es decir, de pan, desde Moisés hasta Nuestro Señor. Cuando David habla del maná del desierto, parece que no halló manera mayor de alabarlo que llamarle “el trigo del cielo” y en cuanto dijo Jesucristo, que no fue poco, la espiga como su hija la harina, asoman aquí y allá en una complacencia especial que convence de una predilección. El arroz no atraviesa la Biblia; son el vino, el aceite y el trigo las materias que pasan y repasan por los versículos. Pero entre ellos es la virtud del trigo la que permanece. El vino sigue siendo malicioso; el santo aceite de oliva decae arrollado por el de algodón o el de girasol, mientras el trigo persevera en su señorío y en su castidad.

Como el trigo fue sinónimo de alimento desde la vieja edad, la materia nutricia por excelencia, hasta el imperio hizo una política del trigo, que sería una demagogia o una autocracia del cereal.

¿Y cómo que no! Ofrecer trigo al pueblo era cosa más concreta que ofrecerle dinero o regocijos públicos. Hubo

demagogos del cereal, harto ilustres, que ordenaron su reparto enteramente gratuito o a medio precio: el emperador, los Gracos, Aureliano, Nerva y un poco hasta Octavio y Nerón; y hubo los autócratas del trigo, como Sila, Octavio y un poco menos Julio César y Nerva, a quienes repugnaba la mentira de la generosidad de aquellos.

Pero en nuestra América tuvimos cosa mejor que la demagogia embustera y la tiranía triguera: tuvimos al inca, emperador y popular a la vez, dueño y proveedor de la tierra y la gente quechua. El imperio estaba a largos trechos cuajado de graneros públicos, mucho más que el Imperio romano. Repartía el inca patriarca, sin discursos de senadores ni de tribunos, y sin mirar a mañosos sufragios populares. Aquí no se trataba del trigo claro está, sino de su mellizo el maíz y no se habla de pan, sino de tortas o tortillas u hojas de harina. Gobernantes y politicastros, sabios o pícaros, todos parecen juntarse, sea en Sicilia, sea en el Cuzco o en Yucatán para pensar y decir: “Coma el pueblo la harina que es su gusto, la suave y gustosa harina, que es polvo y masa al mismo tiempo, y que no hañía nunca a su comilón”.

Las llamadas “dulces espigas” resultan bastante ácidas a la mano que las coge; son bravas criaturas barbadas, casi crinadas, que llevan dos dardos por grano para defenderse de su cogedor. La “mansa espiga” solo es dulce en aquello de que su tallo se dobla por el peso de la muy granada y de la muy cargada.

El maguey parece una exhalación de la tierra, un ancho suspiro, vasto como un surco. Todo él está hecho de fuerza en la reciedumbre de las hojas inmensas y de las puntas zarpadas.

Suelo sentir las plantas como emociones de la tierra: las margaritas son sus sueños de inocencia; los jazmines son un agudo deseo de perfección. Los magueyes son versos de fortaleza, estrofas heroicas.

Nacen y viven a flor de tierra, mejilla contra mejilla con el surco; no se elevan rectos como el cirio del órgano; caen hacia los lados para acariciar la gleba con una caricia filial.

Carece el maguey de ese tallo inferior, espiritualización de la planta, que le hace más criatura del aire que del suelo y que le da la idealidad que pone el largo cuello en la mujer. ¿Es toda la planta como una copa dura y potente, donde puede caer el rocío que baja sobre la llanura de una noche!

El ardor no le deja cuajarse aquel verde joven, matiz de enternecimiento, que tienen las hierbas. Su color es un amoratado que en los atardeceres se adensa. Dominan entonces en el paisaje mexicano esta mancha morada de los plantíos de magueyes y ese como derramamiento de violetas de las montañas lejanas.

El maguey es para el indio como la palmera para el árabe: fuente de dones innumerables. Sus hojas inmensas pueden hacer la techumbre de su casa; sus fibras le dan dos formas de servicio: el hilo duro con que teje esa red de color

de miel que el indio lleva sobre la espalda y que entrega las jarcias más recias, y esa otra hebra delicada que es la seda artificial.

Da, además, con la herida que puede hacerse en su corazón, el aguamiel, que cuaja en una azúcar cándida. Pero el indio es desgraciado, y como dice del hombre Pascal, “necesita el olvido de su desventura”. Por eso vuelve aquel líquido inocente en la bebida demoníaca que le da la falsa alegría, que fermenta en sus entrañas la locura, haciéndolo amar y matar en un solo ímpetu.

Maguey mexicano: da al pobre indio azteca y maya en vez del delirio que tienes oculto en tu corazón, cien hojas para el alero maternal de su casa; dale los cables y las velas de los navíos sobre los cuales ha de llevar los frutos de su tierra, que enriquecen a los extraños.

Y mientras los hombres van por el Pacífico en conquista de los mercados del mundo, entrega a la mujer la dulzura de tu fibra más exquisita para que teja por su mano el traje de sus bodas. No lleve más por los caminos el dejo de pesadumbre que le dieron sus quinientos años esclavos y que pesa en los extremos vencidos de su boca.

*México, 1923*

## EL ÓRGANO

El órgano es como un grito de la aridez, la lengua sedienta de la tierra seca. Aunque esté en llanos regados, es planta sin alegría; su terca quietud parece una concentración dolorosa.

Su forma de cirio, forma de brazo erecto, lo humaniza. Cuando se levanta solitario, es un asceta enjuto y acendrado en medio del llano. Los surcos de sus cuatro costados lo afinan aún más.

No es la planta dichosa —bambú o álamo— cuyo follaje hace como la risa de la tierra. La gracia de la hoja palpitadora y viva le fue negada, y no se le dibuja ese triángulo tierno que hace en el tronco la rama, y que es propicio para el nido.

Su verde sombrío apenas en la cabeza se blanquea un poco de ardor. Su fruto es la pitahaya sangrienta.

Hay en él la voluntaria frialdad del cenobita y su desolado desdén hacia la belleza del cielo donde juegan las nubes.

Tiene nobleza cuando está solo; enfilado en las largas cercas, se afea, cobra la tristeza del servicio doméstico y se emblanquece con el polvo del camino.

Pero el pensamiento de su servicio me hace mirarlo con ternura. Guarda la huerta india, el predio del viejo azteca. Se aprietan para defender en breve cuadro, de suelo a la pobre raza que tuvo toda su tierra y a la que ahora va quedándole apenas la luz del sol que era su Dios y la ráfaga de sus vientos, soplo de Quetzalcóatl.

Defended, tercos órganos, zarpados órganos, la tierra de  
vuestro viejo hermano el indio, tan dulce, que no sabe herir  
a su enemigo, tan solo como uno de vosotros en lo alto de  
una loma.

*México, 1923*

El álamo, nombrado así como Pedro y Juan, no existe; hay los álamos de nombre burguésmente dobles o triples: el itálico y lombardo, el negro y el blanco, sus mestizos con el pedigrí anegado, y los trocados por su patria de adopción.

Todo es poesía en el *Populus*, hasta los nombres docentes, tan empalagados en otros árboles. Ellos se llaman trémulos, apuntando al gesto; piramidales, recortándoles el bulto; el olfato y el tacto llaman a unos balsámicos, y el patriotismo nacionalizador los llama a otros itálico, canadiense, virginiiano.

Son los álamos con las pináceas y otras, los desaforados del mundo vegetal. Parecen apurados por la avidez del sol o... por el espoleo de la muerte. Madre araucaria y padre alerce suben otro tanto, pero no con esa prisa de convocados, de llamados con toque de rebato. Alcanzan sin alharaca los treinta metros, pero el gallardo puja hasta llegar a los cincuenta. Son unas marchas forzadas de la savia y una rapidez no vista en el llamado “leño dormido” y es la madera remolona, puesta a un ritmo de *allegro*, un crecer como la “cuarta por noche” de nuestros corredores.

La sombra de las alamedas vale por fruta y agua. Arrieros, cabalgata de fiesta, mujerío cargado que va y viene de ciudad a pueblo, chilénidad que acarrea o que anda por andar, todos tenemos con ellas una deuda de descanso y de frescura. Linda patrona en pie, carpa flameante y sin remiendos.

25 En *Recados para hoy y mañana*. Luis Vargas Saavedra (comp.). Santiago: Editorial Sudamericana, 1999.

Cuando no sopla nada, ahí está la alameda abierta en dos espaldas frescas, en dos temblores de aire verde para el que no puede más. Sin ella no sigue, el sol chileno asiste de más, es de los vehementes y se sobrepasa no por bochorno: por agudez.

También esa sombra redonda del árbol carolino y del virginiano resulta un fruto enorme caído a los pies del viejo vegetal.

Mejor es la del maitén por espeso, mejor la del sauce, pero estos ralean en el valle y dar con ellos es pasar alambrados ajenos. Lo mejor es divisar una alameda y entrarse por su canal de frescura. Se entra en él con más euforia que por los corredores de la casa.

La biografía del álamo chileno les da dos padrinos: el padre José Gabriel Guzmán, que pasó la cordillera en Mendoza cargando a su ahijado, y más tarde el naturalista Carlos Spegazzini, que lo fija en obra técnica parecido al archivo de las informaciones parroquiales.

El padre Guzmán ha debido parecerse a Vasco de Quiroga, acarreador del bananero hacia Michoacán, y a los misioneros de Paraguay, flores de la Colonia, tan buenos para el latín como para azadones, almácigos y compuertas de riego (y que hacen perdonar al conquistador traga oro yoros), y que no se contentaban con levantar iglesias y se ponían a deshojar la tierra bruta hasta dejarla en torno muy señora peinada y de buen aliento.

Y el sacerdote, al domiciliar en Chile un “chopo español”, ni sospechó que con eso decidía un tercio de nuestro paisaje. En país sobrecargado de austeridad cordillerana, él

nos aligeró suelo y aire con el “temblador” y el “volador”,  
pez espada vertical que brincaría en nuestra atmósfera.

¿Qué tiene adentro, qué reboza?

¡Tantas cosas revueltas!

Tiene, primero, en los estambres, los cabellos cortos de todos los niños. Después las cofias de las mujeres y en los pétalos de afuera, libres, redondos y duros, una vajilla entera de porcelana. Tiene tanta que no puede más, la henchida. Y casi no es una flor.

Mira con su ojo amarillo, de gato. Oye con su hondura de oreja profunda y bate con las manos de los cinco pétalos de afuera.

Si se pusiera a desplegar los linos que tiene apretujados, podría salir de ellos un traje de novia, un gran vestido con mangas inmensas y larga cola. ¡Qué cola!

Si desgrana uno a uno sus estambres, cubre los caminos enteros de polen y entonces podrá pasar un rey sobre el oro blanco.

Estaba llena, estallaba. Y después de oprimir tanto, he aquí que ha pasado el viento y se lo ha arrebatado. Ahí está el cáliz, verde aún que se queda en la pura orfandad.

No es la rosa; es la pluralidad: las rosas; cuarenta, cien rosas. El jazmín, el lirio, es uno.

26 Los dos textos siguientes fueron copiados desde el Legado de Gabriela Mistral, 2007.

De igual modo nos enseñó el padre Dante que desde lejos,  
el cielo espesa de estrellas; ya no es Sirio ni Caliope, ni la  
Vía Láctea, sino uno: solo la rosa.

¿Qué hace tan cerrada y hostil con su corona medieval?

Está cuadriculando el sol, el sol que allá en el cielo redondo baja en ondas como el cabello.

Es paciente, tiene trabajo largo... De verla se ha vuelto arrugada y oscura como una mano artesana.

Está ciega, no ve el inmenso lapislázuli del día ni los trigos blandos, ni la viña rizada.

Al fin se abre. Tenía adentro el sol mismo, rojo como cuando toca el mar, pero cuadrulado en los granizos rojos. La riza roja la rejuvenece: ella es el fruto más feliz del huerto entero.

De niña en la casa extraña, yo pasaba frente a esa puerta, cerrada y dura de esa despensa, sin saber qué había dentro.

Un día se abrió: era la despensa y la rojez de la manzana ardía saliendo hasta el umbral.

Cuando abre una granada me acuerdo de la vieja despensa de Montegrande, con el valle de Elqui.



M O T I V O S

D E L

M A R



La nave es hermosa. El casco, en la parte que toca al mar, es verde y se funde con él; tiene después una franja negra, que lo destaca, vigorosa; el resto es blanca y los mástiles son de oro; parecen el aguijón enmielado de la abeja. Así la nave se mezcla abajo con su elemento, por la semejanza del Creador con su criatura, y arriba se funde en la luz.

La nave es bella: es vigorosa y leve a la par, y en toda alta belleza el vigor está como disimulado bajo la dulzura. Cuando vimos la nave próxima a la costa, nos pareció monstruosa y pesada; pero abandonó la playa y ya, en el medio del mar, es breve y casi ligera; una gaviota que tuviese unas alas grávidas, nada más...

Sí: la nave es bella. La fealdad de las máquinas, la brutalidad de las hélices, están allá abajo escondidas, y el fragor va disminuyendo hasta ser en la última cubierta imperceptible apenas un estremecimiento...

Y esta veladura de las entrañas ardientes de la nave hace olvidar el esfuerzo y creer en el prodigio de un vuelo, aumentando así la belleza.

Ya desflocando el mar con un impulso suave y el agua inmensa debe sentirla apenas como un calofrío gozoso. El día es claro y todo lo rudo de que ella está hecha —los herrajes, los cables, los maderos— se dulcifica en la claridad. Vamos

27 Los dos primeros textos fueron tomados del libro recopilado por Gastón von dem Bussche *Reino*. Valparaíso: EUV/UCV, 1983.

como sobre una corola abierta y los altos piñilos son los mástiles fuertes y hermosos.

El mar tiene en este mediodía una bondad fuerte, que es la más bella bondad. Vamos avanzando en un vasto ruido de sedas. ¡Al corazón magullado por las despedidas le es dulce esta misericordia del cielo y el agua serenos!

Los labios del mar se esponjan como para decir una palabra que nunca entregan, una palabra que se rompe a cada instante.

La nave es fuerte: la hicieron para los anchos vientos desmadejados y para los oleajes enloquecidos. Pero en este mediodía de paz toda su fuerza inútil se hace amable.

La nave está hecha como de juventud. Su costado lamido fugazmente no retiene las algas ni arfa los musgos verdes de las viejas barcas. Es un costado de mármol frío y glorioso.

Porta el dolor al portar las multitudes; pero lo ignora; lleva mi pena y ésta no le hace tembloroso ni un solo mástil.

La curva del costado no recuerda la línea dolorida del cuerpo humano, no se entibia de emoción; no se rompe vencida en ninguna hendidura: es la nave joven que el mar no ha herido, que el oleaje ni siquiera ha llegado de noble herrumbre.

La hicieron los hombres de hoy, que buscan matar el dolor, y que a veces lo olvidan en sus creaciones, aunque él quede agazapado en sus entrañas.

Con dolor la fueron labrando en los clavos que dio el yunque, en la aserradura de los maderos. Cada cerrojo, cada cuerda, cada puerta salieron de mano doliente, crispada a veces o laxa. Pero de la faena con gemido salió este monstruo duro, luminoso y veloz, que no recuerda en ninguna línea aquellas manos ni aquel jadeo.

En esta bonanza se olvida la crueldad del mar. Ríe como mil niños en torno de nosotros; me da la ilusión del otro corro riente de mi escuela que quedó lejos y que parece seguirme en estas olas felices. El mar vence al cielo con su azul fuerte asaetado de duras claridades.

Las nubes, que son tan blancas, miradas desde la negrura de las quebradas, sobre el mar van opacas y mezquinas. Son más blancura y más gozo las espumas, este luminoso abrazo de espumas que ciñe los costados de la nave amorosamente.

La tierra está tan lejos que se la olvida. Cuando vuelve a aproximarse en una línea tímida, es como si despertáramos. La franja oscura se aproxima como una cosa humana, y cerrando los ojos, sentimos entonces que con ella se acerca, se aprieta contra nuestro corazón todo lo que acabamos de abandonar. ¡Y aunque el mar es dulce en la nave, los ojos se humedecen de una ternura que se vuelve dolor!

El mar no es doloroso; en la misma tempestad no padece: es grito de fuerza que él lanza para escuchárselo con embriaguez épica.

El mar nunca se ha humanizado. La tierra sí, bajo las plantas humanas se traspasó de piedad, de sufrimiento y de suavidades en caminos y surcos. Ella es una cosa humilde

y triste. Su mismo silencio es pensamiento; su esponjadura tiene algo de emoción y hasta en la suma aridez posee expresión humana.

Pero el mar, que ignora la limitación, es el elemento gozoso, es la materia feliz. Para darle dolor, la tierra le ha puesto una línea de rocas en las playas. Los hombres lo hemos afeado en los puertos hermosos, entre los hierros brutales de los malecones; mas, en cuanto la nave se desprende de la costa, liberándose, hallamos otra vez el mar en su cruda e implacable alegría.

Para el melancólico, es el burlón enemigo. Él no sabe de las heridas. Sus surcos son líneas de sonrisa, y para huir toda imagen de dolor, estos surcos están cerrándose en cada instante, en un juego vivo y hermoso de párpados.

No hay alegría que supere a la del mar; ni el estremecimiento de los follajes en un bosque tiene esta frescura ni esta gracia inefable.

Y el mar es la suprema elegancia. Lo que se mueve en breve espacio cobra torpeza y rebajamiento. El mar posee la elegancia de su libertad y la de su hermosura.

Por esto todos los hombres debiéramos caminar sobre él de tarde en tarde, cuando la tierra nos va ennegreciendo las pupilas con su limitación.

Solo la alta plegaria puede darnos allá en los valles una exaltación parecida. Solo ella o el ascenso a las montañas logran reemplazarnos en un baño de luz, esta exhortación estupenda del mar.

El viento marino fue siempre el elixir que dio a los hombres la mayor embriaguez. Se saborea este viento materialmente. Atraviesa los huesos humanos como la brisa de la tierra penetra las hierbas, y volvemos a ser unos momentos siquiera lo que fue el hombre en las edades virgíneas.

Pero el mar no consuela, porque solamente consuelan las cosas que tienen un semblante melancólico y que pueden hacerse silenciosas.

Esta es la flor eterna, de pétalos inmensos, que Dios tejió con frescuras y salmueras perdurables, para que no tuviera estío. El invierno hace hostil al mar, pero no lo entristece, porque no resta potencia y toda melancolía es fatiga y miseria.

Y las naves fueron hechas a sus semejanzas; estas naves herradas, que solo crujen en la hora de la muerte, que ya no son el madero gimiente de las otras donde había algo aún de la debilidad y la tristeza humanas.

Las velas eran una cosa gemidora, y se las arrebataron. El viento se lamentaba entre ellas y las esponjaba con esponjadura de sollozo. Los viajeros iban mirando demasiado en las velas su propio corazón y no conseguían olvidar la tierra. Y los hombres, por esto, hicieron descender las velas y desnudaron los mástiles que están limpiamente erguidos y mudos.

La nave de hoy tampoco tiene cantos de marineros. Pero yo en cubierta voy creando la canción desaparecida, con las voces desmadejadas del mar; voy recogiendo de la empinadura de las olas innumerables, y los hago subir recatamente hacia mi corazón.

El coraje de los viejos marinos ya no es necesario, y me parece mezquino este grupo de viajeros seguros, que nada temen del antiguo mar fabuloso y tremendo.

Y creo, mirando a los mástiles, las velas ausentes y las voy extendiendo por la arboladura. La luz me ayuda y hago con mi ansia el lienzo estremecido para que el vuelo sobre el mar alcance a ser visto desde la línea breve de la tierra, por si de ella todavía me siguieran con la mirada.

Los hombres hicieron las barcas; pero ellas cobraron alma al tocar el mar, y se han liberado de los hombres.

Si un día los marineros no quisieran navegar más, ellas romperían sus amarras y se irían, salvajes y felices.

Los marineros creen llevarlas, mas son ellas quienes los rigen. Los incitan cuando se adormecen en las costas, hasta que ellos saltan a los puentes.

Si arriban a las costas, es por recoger frutos: las piñas, los dátiles, las bananas de oro. El mar, amante imperiosa, les pide la fragancia de la tierra, que las olas aspiran, irguiéndose.

Desde que las barcas tocaron agua viva, tienen alma salvaje. Engañan a los pilotos con que siguen su camino. Van por la zona verde, donde el mar se endurece de tritones y choca como muchos escudos.

Nunca saben los pilotos el día preciso de los puertos; consultan siempre algún error en los cálculos, y este error es el juego de las barcas con las sirenas.

Tienen las barcas cabelleras de jarcias, pecho de velamen duro y caderas de leños amargos. Sus pies van bajo el agua como los de las danzadoras de largas túnicas.

Llevaron a los descubridores. Mientras ellos dormían, las barcas burlaron sus sendas.

Porque se hacen signos secretos con las islas desconocidas,  
y las penínsulas las llaman alargándose como un grito.

No van llevando a los hombres a vender sus paños; se  
echaron al mar para existir libres sobre él.

Si un día los hombres no quieren navegar más, ellas se irán  
solas por los mares, y los marineros, desde las playas, gri-  
tarán de asombro al saber que nunca fueron pilotos. Que,  
como las sirenas, ellas son hijas de la voluntad del mar.

*12 de septiembre de 1927*

De nuevo el mar, el mar cantando y eternamente inédito, otra vez su luz grande en mis ojos y su don de olvido.

El mar lava del pasado como la comunión lava de su miseria al creyente; el mar da la única libertad perfecta. Viene de él un verdadero estado de gracia, es decir, de inocencia y de alegría.

Olvida el hombre su oficio y sus limitaciones; deja caer el dolor y la alegría que le dio la tierra como cosas vergonzantes que se destiñen en el mar, que tienen existencia solamente sobre las costras de la tierra. Cuanto hay en él de circunstancial, cuanta cosa es producto de la hora y del lugar, todo eso se desbarata sobre el agua maravillosa. Somos solamente el ser desnudo, hombre o mujer, sin otro nombre ni contingencia. Somos el cuerpo que ama los yodos y las sales, y nació para ellos; el ojo que goza sobre el horizonte y el oído que recibe ritmos. Nada más.

Es una redención que vuelve a perderse —como la otra— en un puerto, redención de las ciudades viles y de las acciones torpes, del sucio tejido de la vida que, por misericordia, podemos a veces cortar en un tajo, dejándolo caer como túnica vieja que se desgarrar en los hombros.

Después de un año, yo siento ahora en la tierra que la vida se pudre en mí, se ablanda y se afloja como el higo caído de la rama, como si entre los frutos humanos, yo fuera un fruto marino que chupa savia amarga y ha de ser devorado por el pico de los albatros. Me parece ahora la montaña la criatura deshumanizada por excelencia que nada tiene

de común con la carne, que la rechaza y no le entrega respuesta ni confianza. Baja de sus faldas la locura hacia el que la ama, allá abajo. El mar simula palabras y parece en los buenos días que hiciese su fiesta para nosotros...

Pero el viaje, el verdadero, no es este; ni el que hace aquel viajero, dueño de vacadas (que no le vuelven dueño de su vida), ni el del marinero que ansía costa y mujer, ni el mío. El viaje es aquel sin puerto deliberado de destino, sin día. Viaje por el mar y para él, sin más objeto que el horizonte desnudo y las olas en eterno abotonamiento.

Pero ese viaje no es para los forzados, corresponde a hombres libres que existen en no sé qué planeta y que no tienen más objeto de vida que la vida: conocer y gozar sin prisa los elementos con sus pulmones y sus ojos amantes.

Los ingleses, esa carne lozana de puro olfateo del mar y pura voluntad de dominio, han impuesto a Europa el vicio de viajar; los franceses, sedentarios por excelencia, a pesar de sus exploradores y sus misioneros, empiezan a des-pabilarse. El magisterio del viaje lo hace entre ellos Paul Morand: "Rien que la Terre", dice él. Ya lo sabían los fenicios, tan vilipendiados, que navegaron incluso para bien de egipcios poltrones.

Antes el viaje constituía suceso, dividía la vida en dos partes como el matrimonio; ahora va volviéndose ejercicio vulgar como el baño. Un lunes se desayunará en Copenhague y el miércoles se estará mirando ese magnífico perfil de afiche de la Libertad de Nueva York. La facilidad de los transportes mató lo heroico del viaje, el heroico a lo Godofredo de Bouillón, reduciéndolo a la gestión sin énfasis del American Express.

La embriaguez del viaje aumenta por año: en el 2000 se señalará como un albino a aquel que no lleva en el cuerpo el olor de sus cuatro continentes, y el no haber estado en Melbourne o en el Tíbet creará a un hombre situación embarazosa en una conversación. El antiguo asombro de Simón el Estilita pasará al que nació, dio hijos y murió en su tierra.

Viajan algunos ya con displicencia; en el ojo sin avidez, en la llegada a Niza como al patio de su casa, se reconoce que ese tiene ya volteada la bolsa de maravillas del caminar y

28 Publicado en el diario colombiano *El Tiempo*, "Lecturas Dominicales", el 15 de diciembre de 1929.

querrá ya otra cosa; por ejemplo, los circos sin viento de la luna. Lástima de ricos que se han estropeado una fiesta más, a fuerza de sobajearla demasiado.

Pero lástima sobre todo del desatento, de la humana maleta de viaje que no recibe sino los choques de las estaciones y la marca de los hoteles. ¿Por qué éstos no ceden el boleto y se quedan?

Hay que desear que se incorpore a las costumbres, sustituyendo a la postal inglesa de Navidad, un sobrio boleto de barco.

O que los gobiernos del año 2000 hagan la legislación del viaje. No viajarán los viejos, que ya han entrado en el desabrimiento sin remedio y solo se lamentarán de los hoteles. No viajarán los bebedores de botellas internacionales con gollente plateado, ni los ciudadanos de cabaret, porque la borrachera es la misma de cualquier meridiano y no hay ninguna necesidad de hacer concentraciones de ebrios, como de generales o de sabios, en una ciudad determinada para volverla odiosa y estúpida. Las mujeres que viajan por las vitrinas de París y que quedan delante de ellas dos meses, y una hora en la capilla de San Luis, tendrán barcos de exposición permanente de modelos de Paquin o de Poiret, que tocarán todos los puertos del mundo. Viajarán especialmente los samoyedos y los patagones, para que el calor sea su cintura siquiera una vez en la línea del ecuador. Viajarán también por derecho de desagravio los que se estuvieron sentados de veinte años arriba.

Naturalmente yo he anotado dos artículos que me favorezcan: el de los que se han quemado con brasa blanca en el

polo y el de los que han enseñado el complemento directo en una tarima hasta que el aburrimiento se hacía horizonte.

Marco dos periodos interesantes en el amor del viaje: el trimestre inicial del viaje primero y el paso del viaje deportivo hacia el viaje pasión. Aquel tiene todavía el aliento ascendente de un poema comenzado con plenitud de los sentidos: este es el corazón mismo del poema, grave de enjundia. Después de ellos viene esa tragedia de la semi inercia dentro del propio movimiento, miseria de los ojos y de la mente que no pueden con la felicidad que tiene —dicen algunos— peso de ave, pero peso al cabo.

¿Existe un místico del viaje? Para mí el místico es el que a cada hora saborea el cielo como de nuevo. Santa Teresa va de éxtasis al otro como un sembrador por diversas calidades de suelo fértil. No se fatiga porque sigue hincándose en la experiencia como en un fruto que tuviese capa a capa sabores diferentes. El místico del viaje ha tomado la tierra por cielo. Entiende en calidades del aire, hace jerarquías de paisajes con la tierra de llanura, la de montaña y la de colinas; ha aprendido a atisbar semblantes y tiene no sé qué goce de bibliófilo, con la diferencia sobrenatural de la cara de los hombres.

Viajero de ojo sin vulgaridad de Kodak, sabrá que las grandes ciudades se parecen en su fatalidad de receptáculos internacionales y que solo las menores y las medianas contienen el camino de la virtud esencial. Así preferirá los Asís a Perugia y un Toledo a los Madrides, y un Orleáns y un Rouen, un Avignon o una Careassone juntos, a París.

Viajero rico, pero rico sin necesidad, pensará que camina para elegir paisaje donde envejecer y morir, según

el consejo de Nietzsche: “Una de las cosas que el hombre debiera saber en la juventud, es qué clima y qué panorama necesitan su cuerpo y su alma”.

Escuela de humildes es el viaje. Desembarcar sin abrazos, ser en el hotel una cifra como en el presidio; transformarse en dato de pasaporte para una alcaldía y no tener nostalgias de individualizaciones ni de privilegio local, resulta a la larga más útil para perder vanidad que una lectura de Marco Aurelio. Y escuela para aprender quiénes verdaderamente nos hacen falta en el mar o el paisaje, el comentario de cuál amigo servía para las catedrales y cuál paciencia de compañera ayudaría en los “cuidados pequeños”, que decía Rubén. Escuela para descubrir qué ausentes faltaban efectivamente, haciéndonos dolor.

Solo que el viaje da vicios revueltos con virtudes. Da la costumbre del olvido. Nada penetra en nosotros sin desplazar algo: la imagen nueva se disputa con la que estaba adentro, moviéndose con desahogo de medusa en el agua; después la cubre como un alga suavemente, sin tragedia. Viajar es profesión del olvido. Para ser leal a las cosas que venimos a buscar, para que el ojo las reciba como al huésped espaciosamente, no hay sino el arrollamiento de las otras. Por eso alguno dijo que el viaje de novios debería preceder, y no seguir, a la terrible ceremonia. Cada uno se echaría a andar tres años para saber si tiene armazón de plesiosaurio su juramento.

Pero el viaje debería ser, mejor, la entrega al azar, una religiosa dación al destino de dorso vuelto. Que, como las islas de Ulises, salta de pronto ante nuestros ojos el ojo providencial del viaje, que no sospechábamos y que lo adopte-

mos, sea eso, para el inmigrante, lote en Entre Ríos o, para el joven, pasión de la Victoria de Samotracia en el Louvre.

En el año, no ya 2000, sino 2500, se podrá viajar así. El confiarse al mar se parecerá a la entrega sin designio propio a la voluntad de Dios. El mozo irá lejos a saber lo que es mejor para su alma: artesanía, mecánica o letras. El viaje aconsejará como el sueño enseña a algunos iluminados. Le enseñará oficio, país y mujer. Le diría si es italiano y deberá aprender su Dante en Florencia; si platero y vivir unos años en fundición de Toledo. O si, sencillamente, es de su tierra, y no puede aprender nada sino moviéndose en la divina dulzura de lo suyo.

*Marsella, 1929*



# R E C A D O S



Chile, el país templado que dicen las geográfias, tiene por juego de contradicción el subtropical de Coquimbo y Aconcagua, corto como un *echantillon*, pero que le basta para un bocado de exotismo. Y en este falso trópico hay unas huertas que asombran por menudas y suficientes. Y en tales huertas dominan como dueñas de casa la papaya y la chirimoya. Como la última en todas partes, sobra que se la cuente, en cambio voy a contar o a declarar la papaya, que no me he encontrado en ningún trópico de los vistos.

Una huerta de papayas aparece tan limpia como la de naranjos y mucho más que la de duraznos y damascos. Pulcra, ordenada, por su propia geometría, clara y ligera, las muy cuelludas —menos que las palmas, pero más que los otros árboles— parecen que vuelan; son casi cuerpos, cuerpos gloriosos por la poca hojazón; la luz las palpa y dora sin estorbo a su gusto.

Si hay algo luminoso en una huerta es el papayal. Para esto nace ella y se queda como las niñas playeras, desnudas en dos tercios, libre de sello vegetal y propiamente de ramaje bárbaro; nada de hojazón alharaquenta, nada de greña sucia cubriendo los tallos puros; con una cabeza y talle tan ralos, el papayo no puede echar sombra; bajo él la resolana es fuerte, a menos que el grupo de matas sea apretado. Entonces sí se puede echarse una siesta debajo de ellos.

29 Los tres primeros textos fueron recopilados en *Elogio de las cosas de la tierra*. Selección de Roque Esteban Scarpa. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979.

Para que esta soledad no se vuelva miseria, los racimos de frutas trepan el tronco a zancadas de espacio como quien sufriendo descansa en tramo y tramo. Con cabeza tan rala de hojas, el papayo no puede echar sombra; no convida a siestas como su primo tropical el chirimoyo; a menos que el grupo de árboles sea apretado, solo da una resolana fuerte que no tienta a nadie.

Son unos grandes pulidos verde; carne vegetal arracimada, verde o pintona, o en el ámbar de su madurez.

No le daban nunca una huerta entera; pero cuando nos llegó por el mar un griego a amarla y volverla luces, entonces empezaron a aparecer las plantaciones de exclusividad, que ella bien se merece. Pero mis ojos no la alcanzaron así, solo la gocé en pequeños grupos, en manchas pequeñas, revuelta la muy rigurosa con chirimoyas, ampulosos duraznos (arbitrarios) y naranjos y limones crecidos al azar.

Las flores dicen poco y nada: un enjambre dorado como el del “mama” brasileño que hierve en lo alto, a la vez que las frutas caen más abajo en puños oscuros. Porque la muy arbitraria sirve así. Me acuerdo de que hice de mi mano un camino de ellas para mi madre, y sé que alcanzó andarlo y cosechó de ellas, y las celebró por ellas y por mí.

La papaverácea, al igual que el banano, produce casi todo el año, en protesta contra los árboles cicateros de estación que llamean de fruto cuatro meses y enseguida se desnudan y huelgan, y se quedan menesterosos de flor y hojas. Cuando amarillean los racimos bajos, los medios ya se aclaran y los altos están verdes y el remate se ve en flor. Por esto será que la quise tanto de niña: estaba siempre provista; no dejaba nunca a su niñita con las manos vacías. Y no tiene la explo-

sión de los otros árboles, que se maduran de golpe y porrazo que parecen un volcán de color y miel. Hay albaricoques y hay otros, que atribulan a los niños con la madurez repentina y brutal que rebosa de manos y delantales.

El papayo no aturde, no rinde, no harta; a lo largo del tallo los frutos maduran a zancadas de espacio y de tiempo, pulcros también en el producir, evitando cansarse el mismo, y hartar al huertero. No me acuerdo de mata baldía, es decir, de planta que me dejase con fiasco. Y este modo o humor de papayo me gusta más que el de los otros que, atropellados, despeñan la fruta en un rodado sin tino, en locos de atar.

La fruta repite la forma y el tamaño del cacao. Tal vez el tamaño cabal de una fruta sea el del puño y no más que eso. Papaya y cacao no rebosan, parece que el demiurgo las hizo, midiendo con la vista la palma del Adán comedor de frutas. Pero el fruto aquí, vale más por el olor que por la pulpa. Muchas veces dormí yo en una huerta con mi papaya de olor en la mano.

La papaya promete en el olor más de lo que dará en el sabor. Su carne permeada de semillas de leche pica al mordedor y el sabor que contiene no vale mucho por sí mismo. La confitería y la industria son las que hacen confesar sus virtudes a la reacia.

La buena papa, pan de los indios al lado del maíz, es una americana vieja, tan vieja como el maya. Le dan por patria lo más al sur de Chile. Parece que sea chilota como el propio Caleuche; parece que de esa extremidad hizo camino hacia el norte no por virtud de pies trajinadores, que la muy chata no los tiene, sino de sus virtudes y calidades, las que caminan más rápido que todas las cosas.

Así sería como saltó al Perú y de allí a las demás tierras indias, subiendo el continente, acomodándose en casi todos los climas por la gran liberalidad de su índole, sin necesidad de que la voceasen, para defenderla en la América, como tendrá que ser pregonada en Europa. Los españoles la hallarían abasteciendo a los naturales y se encariñarían pronto con ella, y por el puente de los conquistadores llegaría a Europa.

Solamente el maíz hizo más que ella por el cuerpo del indio, y así los dos pilares de la alimentación indígena serían ellos dos, porque aunque buen cazador y dueño de ave doméstica tan preciosa como el pavo real, el indio fue y sigue siendo más vegetariano que carnívoro.

La papa tiene la mayor liberalidad vegetal en cuanto a clima y suelo. En los climas fríos donde trigos y cebadas se rehúsan a medrar, ella puede con el hielo y tampoco hace melindres al calor, aunque en la calidez prospere menos. La tierra arcillosa le vale; es capaz de darse en la misma arena y en suelos pantanosos anda bien. Aunque donde más se place es en el llano, el cual le conviene como un hogar natural, ella sube los lomajes bondadosamente.

Planta engreída ella no es y tampoco regalona, en lo cual pruébala su cuna americana, que da gente y plantas soportadoras de la penuria.

Cuesta creer que el mundo haya tardado tanto en conocerla y en gozar de su bien. Su popularidad es de ayer, al lado de la del arroz que el chino antiquísimo conoció desde siempre. Ella es la contemporánea del teléfono y así de la navegación.

Cuatrocientos años tiene, no más, de reinar en la boca del blanco y de dorar su mesa, y esto es muy poco para que la buena papa ande como sus hermanos el trigo o la aceituna en los libros clásicos, ni en las anécdotas históricas. Pero no andan siempre en los libros ni abundan mucho las alabanzas de las santas materias que nos hacen la sangre y que llenan las alhacenas de nuestras casas. Los hombres preferimos llenar de elogios a las estrellas antes que decir el agradecimiento de la lenteja, de la lana o de la papa chilita. En esto no hay ingratitud, sino vanidad y bobería.

No es muy hermosa que digamos la gruesa, pesada y terrosa papa, si tenemos por signos de belleza la levedad, el color o el olor. Todo lo sacrificó ella a la pura voluntad de servir; por abastecer, es pesadota; para ser sembrada con poca costa, se llenará de esos núcleos que le malogran la lisura y por ser tubérculo debía tener la fealdad de las raíces.

Ella puede decir como el profeta rudo que es bella de pecho adentro. Linda es en cuanto se le parte en el borbotón de carne blanca o candeal. Ningún afán da de tirarle hueso como el aguacate ni de recogerle los granos en el tenedor como el arroz, y la cocinera, ningún fastidio al mondarla; más da la naranja y mucho más la chirimoya llena de ojos.

Ella es todo facilidad, abundancia y baratura. Y en el bocado, la buena es también facilidad, más que la mazorca o que el poroto tierno. Por llana, por común y por costar poco no hacemos aspaviento de ella, ni la pintamos ni la ponemos en vasos de cerámica.

Aunque su aventura haya comenzado en la América del Sur, no están aquí por desgracia esos grandes campos de papas que van desde el horizonte, con sus camellones infinitos y su verde rociado de flor amarillenta. Sus perfectos sembradíos, los más grandes y los más cabales, están en Bélgica, en Holanda, en Gran Bretaña, en Alemania y en Francia. Los tuviésemos aquí y no se conocería la cara del hombre en los pueblos criollos.

A la reina de las féculas, aunque esté en la boca de cada hijo de Adán, le duele que en la dietética le reprochen el dar poco nutrimento, a causa de contener demasiada porción de agua, la muy blanda. Cierto es: se resuelven en agua los cuatro quintos de su cuerpo. De contener más esencias ella fuese alimento más viril como el poroto, pero la comeríamos menos; de ser más sabrosa, ella empalagaría; más enjuta, tal vez perdería su gracia de ser asociada a otros guisos, socia de la carne o del huevo. No se le puede pedir sino como es; un poco más apetitosa y acortaría su cartel, un sí es no es más seca y la preferíamos a ella, el poroto o la castaña. Es una especie de niño entre las legumbres y no hay que reclamarle más esencia ni más sabor.

El país tiene pocos zancudos: poca garza. Pero el queltehue está en el lugar en donde lo consentimos, en donde no se le hostiga el nidal y los polluelos. “Se da” como las plantas indígenas se dan; podríamos protegerlo y multiplicarlo hasta que fuese tan común como el molle, es decir, hasta que se volviese parte del paisaje en el llano central.

Porque, según las bestias y las plantas características y heráldicas, él es un avenida con relieve y atmósferas nuestras: él vino a estar con nosotros, él nos quiso por reino y nosotros le hemos sido ácidos y persecutorios. No por inhumanidad ni odio expresos: por banalidad y deporte.

El lindo queltehue es una zancuda, y no menos arisco y donoso que las otras.

Vino vestido en blanco y en negro acérrimos, y con el negro le da sobre lo alto, para rebose de hermosura, unos vivos metálicos, que sorprenden de pronto con la cuchillada del viso. Negro sobre el pecho y cola, y alas mediatizadas también de negro; y blanco lo que es de lucir: cuello, muslos y el vientre para asustar con demasiada tiniebla a la pollada que nace y vive asustadiza. Las patas, cosa de lucir también, en persona tan patuda van del rosado al rojo y hasta se ensombrecen de la cargazón del rojo. Con lo cual el sobrio no peca de desabrido ni de pintarrajeado en la pluma: un poco más de color y resbalaba a flamenco tropical; un poco menos y se quedaba en el absoluto un poco insípido de la garza.

30 En *Reino*. Gastón von dem Bussche (rec.). Valparaíso: EUV/UCV, 1983.

Tres colores le bastan, y así a turnos de negro, los blancos no hostigan y los negros no lo entenebrecen en la fiesta que es la luz del valle central. Y eso de sustentarse sobre dos toques de aurora, como quien excita la pardez de los suelos, parece un bonito antojo o una misericordia. En los jardines está bien el tricolor no solo porque mate gusanos y bichos, sino porque bien mirado —y no se le mira— es otra flor, otra manera de ser lirio atigrado y de ser que tiene la tierra.

El muy galán quiere el agua como el arroz prefiere el agua, como los pueblos lacustres; no es geniecillo de secano, le parecen mal los suelos desesperados. Por eso yo no lo tuve en el norte, donde mandan la aridez y la sed. Te tenerlo me lo tendría en la memoria de las manos y no en la de los ojos: la tuviese en su tacto doble de pluma blanda y pluma dura. El Distribuidor se lo dio a la niñería del gran valle, y uno de estos lo contará mejor que yo algún día.

Así vive, a pespunteado, a la orilla de los pocos pantanos o ciénagas de esa muy limpia tierra. Pero es liberal, y llevado a jardines bien regados, a hortalizas y a huertos bien regados, bien que está en ellos y se los aprende y se place de ellos.

En parque y jardín hace tanto como las plantas o más y mejor si ellos son de *pelusse* rosas. Casi de talla de niño, casi se parece a las muchachas de cuellos altos en la esbeltez y en el vuelo como todas las garzas; es mejor que todo volador y voltijeador, honra del cielo y la tierra; ornato si los hay y donaire de espacio azul y de espacio verde; moñudo como el chino de antes, flaco y no caricaturesco: *gentile*, diría el italiano, y el español diría “airoso”. El aire lo hizo para sí y también la luz que es gran ambiciosa, y la mota

de tierra lo haría también de poco peso, en contraste con ella, la muy densa.

A esta hora, en que yo tengo delante unos pequeños en el pastal que miro, allá por Colchagua o Maule hay unas picadas o unos guiones blancos sobre la alfalfa o entre los yuyos azafranes, con los pocos queltehues que van quedando. Ellos no quieren acabarse, pero nosotros no cuidamos mucho ni poco de que nos duren; los pobres pajarotes maravillosos que burlamos sin razón, poniéndole tantos motes.

Él le paga sin amor al suelo. Porque a pesar del gran juego de alas y del vuelo fácil y alto, él anida allí en lo raso, porque el animador no se encarama de un salto en los árboles. Pues allí se queda a suelo raso y allí va a poner sus cuatro unidades; unos huevos oliváceos o pardos, y jaspeados, lindos de ver. No nos parecen “ponedura”; quien no sabe, los cree dejados caer allí y quedados. Como la perdiz del trigo, pero a ésta le vale para guardia de su tesoro el velo y el pestaño del trigo que mucho cubre. La pobre queltehue empolla a toda luz y viento como una loca o una atarantada. Quince o dieciséis días se le quedan allí expuestos al sol, a la mano, a la pisada al azar. Con ella no cuenta lo de “meterás entre la mano tu tesoro entero”.

Ahora se echan a volar. Es otoño en el país de Chile, ellos vuelan en grupo y al azar. Pero en julio, al apuntar de la primavera, irán en parejas, cabales por escogidas, perfectas en el “cielo azulado”, casi en relieve, la punta con la punta del ala, como sus mellizos orientales las garzas, como los patos silvestres de Francia, decididamente apareados, casi calcados en óptimo azul que es el suyo.

Y van perfectos, porque aunque sean lindos comiendo por una sementera, perfectos no son sino volando así en su cifra doble y una, con los cuellos tensos lanzados como la flecha del indio, su igual, eufórica del azul, de viento y de la luz íntegros. Como que abajo todo es duro o lodoso, y es cerco y contingencia.

A la mañana, en el jardín que tiene un matorral de mirto y más allá un romeral, huele la miel de las flores y los colibríes felices hierven en el aire o hacen hervir el aire cálido que ellos les hacen alrededor.

Quien ame los pájaros tiene que amarlos más que a todos ellos, y si alguien hubiese que no amase aves, este fenómeno también amaría los colibríes. La luz está feliz de que la muestren, el aire más, y hasta las plantas que ellos vienen a saquear se ven como dichosas del cortejo ardiente.

Picaflores, pájaro abeja, tucuso, rundún, cabellos de sol, tominejos maimumbé, chupamirtos, tentenelaire y, en suma, colibríes. Tantos nombres les han dado por quererles mucho las mujeres, los niños y los viejos que son grandes nombradores. No cantan bien, no tienen vuelo largo y apenas llevan cuerpo y no alcanzarían a hacer un bocado de niño: los bailarines del aire no le dan nada al hombre aprovechador, pero todos los aman solo porque son la fiesta de nuestros ojos. Y es que queremos la luz y a ellos no los hizo la tierra, que es parda, ni el aire, que es azulado: la luz misma se puso a hacer los colibríes a su antojo a todo color y a toda fiebre de color. Dorados, verdosos y verdes, y aquí y allá unos relumbres de azul; allá están latiendo sobre la mata florida o cogidos por el pico de las flores abiertas, con su temblor que es el de la luz que se pusiese verde aquí y allá, y en esos puntos se volviere loca.

31 En *Recados para hoy y mañana*. Luis Vargas Saavedra (comp.). Santiago: Editorial Sudamericana, 1999, t. 1.

Deben ver con asombro a las perdices hacer sus nidos a ras de tierra y comer sobre ella tanto como vuelan. Cuanto más, ellos rozan los pastos pasando, como la golondrina (y, excepto al dormir no tienen cuentas para nada con el sueño). Les sobran los pequeños pies alados a los que viven en el aire, y así van ellos sin un grano de polvo, no empañados de cosa alguna, espejos verdes y movedizos, flechas indias de esmeralda, y todo eso temblando de vida, bullendo en el sol, de un gozo que tal vez les daría su nombre de “resucitados”. Ese cuerpo de hoja larga, esa narigada de plumas, ¿de dónde saca fuerzas para bailar su baile de fuego el día entero sin quemarse y sin caer deshecho, quemado en pavesas? Es como para decir que aparte de la miel, la atmósfera y ellos se entienden como iguales, y que los colibríes fuesen solo un rebullir de la siesta.

En las tierras templadas, los jardines ven aparecer de pronto al pájaro resucitado en cuanto las flores se van a abrir: llegan como avisados, como llamados con silbo.

Pero en los trópicos, su patria, ellos están siempre sobre jardines y plantíos; ellos son el trópico mismo y las gentes del sol los ven desaparecer como nosotros. Ellos son la primavera del aire como las rosas son las de la tierra: su patria y su itinerario es el sol, y la vibración fantástica en que viven no es otra cosa que la reverberación del sol al mediodía.

¿Quién va a espantar entonces a las flechas verdes, al juego de luces, aunque ellas mareen y atolondren un poco la vista con su huida y su vuelta, con el sube y baja, y va y viene, de ellos?

Hacen el cortejo de la planta, adulan la copa, escogen los copos más floridos y a ratos parece que no fueran solo chupa-

dores de miel, sino que estuviesen sencillamente de fiesta o que se refrescasen en el aire de su calor de metales ardiendo.

Los colibríes no tienen la desconfianza del hombre, el miedo del cazador. Como que tampoco los tienen de las demás aves, estos valentones que picotean a los mayores y los hostigan para alejarlos de su festín de flores. Ellos entran por puertas y ventanas a las casas; se dejan coger un momento; hasta llegan a beber un poco de melaza o agua azucarada que les den. Como el alma, no tienen miedo de ninguna aventura. Entusiasmados con esa familiaridad del puñadito de plumas, nos tentamos y queremos dejarlos con nosotros. Pero los colibríes sin libertad decaen y se mueren en unos días, como su primo el pájaro mosca, en unos momentos; cualquier otro tolera más la jaula y consiente mejor que él ese ensayo de ser esclavo. Hay que libertarlo enseguida si no nos queremos quedar solo con la sortija de luces tirada en la jaula y sentir vergüenza de haber malogrado al festejador, al novio del jardín.

Conformémonos con que según su capricho, haga su nido a veces en un corredor o una ventana. Si es que hay que llamar nido aquella narigada de aire del tamaño de un durazno, suspendida a una paja de alero o a dos hojas, o a una brizna.

El primoroso hace el nido a su semejanza, tan ligero que es nada y sin embargo resistidor. No es más grande que un durazno aquella jugarrereta de nido, que junto con el pájaro pesa cuatro tominejos.

Nuestros indios no se cuidaban poco ni mucho de abonarlos y salían por el campo con verjas engomadas con cer-

batana o llevando puñados de arena para hacerlos caer, lo mismo que a los pájaros moscas.

En la luz y el aire quietos, los colibríes parecen burbujas de color que atraviesan en todas direcciones. Mejor se les deletrea contra la aridez que sobre los verdes gobelinos de la selva. Tanta hoja y flor, y liana, y tronco entreverados, echan una gesticulación de grecas en la cual los colibríes aparecen y desaparecen atrapados por el arabesco botánico. Hay que quedarse muy quieto como el indio que imita a sus ídolos y aprender de ellos el arte de siluetear entre tanto jeroglífico vivo, cual es el colibrí.

Su vehemente tremolar en torno de las flores lo señala, junto con sus gorjeos punzados de gozo. En cambio, la abeja nos parece una silenciosa obrera, casi jansenista en su seriedad, y aunque dé un bordoneo de violonchelo, apenas se lo escuchamos desde nuestra cautelosa distancia.

Me sucedió estar alguna vez descansando a la sombra de un boldo, ensimismada gracias a la quietud del aire, oyendo acaso ese silencio de campo sin brisa, y de repente un extraño ronroneo como de trompo que girase en el aire me hizo alzar la cabeza y buscarle origen. Arriba solo estaba la verdinegra cabeza del boldo. Pero el ronco zumbido seguía intrigándome. Por fin divisé un colibrí, de aquellos nuestros que son grandes como un chincol. Estaba atareado en las flores que él libaba con una precisión de cirujano. Cada vez que iba hacia atrás, retirándose de las corolas, el invisible y rapidísimo aleteo producía ese “bajo continuo” que hubiese deleitado a Bach.

Cuán otro el chirrido de los diminutos que acudían a libar de los “gomereros” (así llamamos a los eucaliptos, en mi valle

de Elqui). Lo agudo, lo vehemente de sus trinos se parece a los grititos con que el murciélago alfilerea la penumbra, tanteando rumbo para su vuelo, y que seguramente nuestra limitada oreja humana no alcanza a escucharle en la totalidad de la maravillosa escala musical que ellos sí se abarcan, y además se comprenden.

Supe de boca de un ornitólogo francés, que el aleteo invisible de las minúsculas alas de colibrí es un rotar elíptico, un giro que en el aire dibuja un ocho, con las ondulaciones de una bailaora de flamenco; digo: de sus muñecas en blando arabesco. Merced a esa flexibilidad de caucho vivo, gracias a esos huesecillos articulados en todas direcciones, la breve ala puede impulsarlo y suspenderlo, detenerlo o clavarlo como un emblema en el aire. Ningún ave del planeta logra tamaña proeza, que seguramente celebran los ángeles y demás criaturas celestiales, grandes expertas en vuelo.

Mantener aquellas alas en acción exige una tal quema de energías que el avecita debe darse una tregua. Cualquiera pensaría que se refugia a comer y a recuperarse como un nadador que ha cruzado de ida y de vuelta el Canal de la Mancha y luego se vara a comer proteínas y azúcares. Mejor dotado, el colibrí cae en un sopor de faquir. Su corazón se calma al límite de lo vital, bajando tanto la temperatura de su cuerpo caldeado, que el organismo logra reponerse con eficacia y dulzura. En cuanto siente que sus fuerzas van llegando al límite, el colibrí regresa a su nido o a la rama segura, donde como algunas gallináceas, se agarra con la fuerza de una “llave inglesa” y permanece firmemente dormido.

Desde Canadá a Chile relumbra el collar de pedrería, el vuelo de las saetas atornasoladas. No hay colibríes en Europa, así como carecemos nosotros del ruiseñor. De haberlos,

San Francisco hubiese anidados colibríes en la capucha de su sayal, y Moctezuma hubiese atesorado ruiseñores en su aviario en Tenochtitlán.

1940

Quien tuvo la gracia de navegación larga, o vio volar al albatros, o convivió un poco con él, meses con él, puede darse por bienaventurado. Pero quien se lo encuentra de mar adentro no siempre lo reconoce, no supo que era él y sus ojos perdieron la natividad.

En cuanto a los que quieren hallarlos en los puertos, que es casi pedirlos en el umbral de sus casas, y los buscan en el hervidero de gaviotas y golondrinas de mar, esos no lo van a ver nunca. El garibaldi volador, es decir, el libérrimo, no quiere nada con bahías y puertos, y los tiene por pudrideros.

La vista de él con nosotros ha de ser en alta mar y mejor aún en la tempestad que nos coge en camino, dentro de la borrasca desenfadada. A esa cita entre cielo y tierra, entre viento huracanado y agua, él no va a faltar.

Pero el que quiere más que eso y tiene el antojo de verle el amor, los bailes y otras fantasías, váyase en la buena estación (que es el invierno para el trópico) a la isla Tristao de Cunha, hacia el hombro noreste del Brasil, o váyase en verano a la Patagonia nuestra, donde todavía ellos guardan su feudo, o se los guarda la Providencia, contra alacalufes o rifles.

Pero el antojadizo evítese el fiasco de cruzar la banda ya de regreso y hallarse con el reino vacío. Porque este señor

32 En *Elogio de las cosas de la tierra*. Selección de Roque Esteban Scarpa. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979.

del gran poder emigra como los reyes viejos y escapa a las nevadas patagónicas con sus otros primos proceláridos y las demás tribus de pluma y presa. No se quede sin él hombre alguno que de veras ame el mar, no renuncien a ver al primogénito del océano porque se quedarían con el cuerpo y sin el alma. El océano vacío de albatros y de alciones, como la tela del caballete virgen de brochazo, es una aridez azul que bosteza. Le falta el héroe encima y se aburre sin hazaña.

El albatros hace de las suyas en las dos aguas mayores del mundo: la pacífica y la atlántica, con preferencia para la primera. El único mar misterioso que va quedando, el filipino, y sus anexos, acribillados de islas, le aseguran siempre peanas libres y solitarias. El Atlántico austral lo llama también en torno del Cabo de las Tormentas y, en el último Pacífico, el vagabundo se chilena por siete meses y por pagarle esta dádiva será que yo estoy contándolo.

El agua grande es su deleite y su comedero conjuntamente: en ella tiene él sus fantasías y sus logros, suerte feliz que no suele ser nuestra.

Cierta repugnancia de nosotros, las gentes, lo hace isleño o buscador de costas desiertas. Vuela días y días, hasta hallarlas o reencontrarlas, pues generalmente vuelve a las mismas como silbado por ellas. Así es como resulta ciudadano de dos patrias y viajero mejor que vagabundo, como el fenicio, y el malayo, y el inglés.

La bandada de aves marinas parece una invasión naval del año 910; es la súper emigración que vio el navegante hacia el estrecho que cubría leguas y a ratos oscurecía el cielo. Lo mejor que puede ocurrirnos, viajando de Chiloé al sur,

es que la crucemos y que ella no vuele a grandes alturas, esquinando el viento patagón. Sería cosa de parar el barco si los capitanes supiesen que eso que pasa y pasa es un rito del planeta y la operación eufórica de una especie, la más libre de todas. Pero tantas veces vieron eso los capitanes, que ya no les importa.

La bandada pasa como una sábana viviente, como el tapiz mágico de los niños árabes, solo que sin llevar un aventurero encima. Rara vez alcanza a oírse su algarabía. Van huyendo del frío, más felices que el yugoslavo, el alemán y el indio fueguino, y vuelan derechamente, pueblo trashumante de itinerario sabido, volatería más sabia que Colón y Vasco de Gama, que son a su lado “niños de pecho”, pobrecitos tanteadores de a cuatro centavos.

Los pajarotes de gritería bárbara son grandes sensibles y evitan desde el día del Génesis los hornos del verano tropical y el tendal de las nieves. Para hacer su gusto no tienen que cargar como los pueblos pastores tiendas y trebejos a cuestras; en el reparto del mundo les cayeron en suerte dos alas magistrales, las mejores que conoce el viento, alas bastardas y sobradas, más alas que cuerpo vil.

Allí van, los poetas dicen que ebrios de mar, y no hay tal cosa: van más apuntados y precisos que las esferas voladoras, y más atentos que el globo de Picard por la estratósfera.

La imaginación marina, barrocamemente revuelta, debe asustar la costa: es enorme y una vez posada da a los marinos la idea de un ganado que sestea. Por eso, el primer palurdo que la vio en el África del Sur tuvo la ocurrencia de dar al planchón blanco el nombre de “carneraje” y dio al ave prócer el mote de “carnero del cabo”.

Tantos son que en minutos cubren el borde la isla y como no gustan de adentrarse, las que se quedan sin metro de espacio vuelan de nuevo hacia otra isla o hacia otras dunas aceptadoras de la emigración desatentada.

Después de unos pocos días de regodeo en la templanza del aire y de acomodación en arena y piedras calvas, comienza el rito famoso de sus amores. Porque ellos se echaron a semejante excursión no solo por unos grados de calor, sino también por tener crías y darles aire tibio.

La palmera busca el sol más recta que las otras criaturas; se extasía en la luz mejor que todas ellas. Ningún tronco de árbol es bañado de claridad como su desnudo tallo maravilloso; es el mediodía como un inmenso pistilo cubierto de polen ardiente.

La palma es una copa, una copa veneciana de esas de cuello larguísimo y que acaban en una breve hendidura de cristal. El follaje forma arriba una copa ancha, perfecta y sensible. El viento en ella se escucha a sí mismo con goce. A veces el choque de su penacho es seco como de velas fuertes, duras de sal; a veces en el viento suave, se hace una risa innumerable; otras se llena como de cuchicheos de mujeres, de muchedumbres femeninas. Cuando está el aire quieto, la palmera tiene una mecedura lenta, una mecida suavísima de madre. (Porque en lo alto, ella como todas las cosas se parece a un regazo).

Son humanas todas las actitudes vegetales. El álamo es un índice que palpita de ansia; el fresno y la encina son patriarcas de mil gajos espesos, de donde nacen las tribus vegetales. La palma real lleva bien su nombre: es la forma más pura que ha erigido la tierra, la talladura más perfecta en el bajorrelieve del paisaje.

Parece que este cielo tropical, de añil inaudito, no se extendiese sino para recortar a la "llena de gracia"; que no fuese otra cosa que un pretexto para hacerla neta en toda su línea imperial.

No deben alzarse otros árboles a su contorno: hasta los pinos parecen desgarrados junto a ella; hasta la divina araucaria. Hay que abatir a su alrededor aun los arbustos, que roban a su visión ese arranque del tronco desde el suelo, que es tan noble.

Por irreverencia suelen colocarla en los valles y en las laderas; está llamada a crecer en los llanos y en las mesetas para regir el paisaje y beber el sol en su suave cuello.

Olvidemos sus frutos. Basta con que nos regale su silueta contra el azul; paga, la divina, su espacio y el agua que bebe con que una tarde, sentados a su sombra, le oigamos el alto gemido; con que gocemos el empalidecimiento del cielo en la tarde, derramado tras de ella; con que nos haya enseñado que la línea recta es dulce también, tan tierna como su hermana la curva. Y basta con que nos haya dibujado en el azul la actitud cabal del anhelo que recoge nuestra alma para la plegaria, el gesto del anhelo que ni en la montaña ni en el hombre de brazos espigados es tan puro.

Hay quienes han hallado en el mar una norma espiritual; otros la vieron cuajada en la montaña de espesas bases y de ápice que se funde. ¿No podría ser la palmera —más sensible que el monte y más sencilla que el mar— la verdadera norma espiritual?

Ella desde su arranque se libera del suelo mejor que el monte y disminuye con menos brusquedad. Corrige la barbarie del paisaje; la confusión de los follajes se reduce en ella a casta unidad, a signo severo. Los matorrales acres que laceran el campo, los espinos y los arbustos torcidos, y como desgraciados, se corrigen en su límpido cuello.

Es la palmera en el panorama lo que fue la Atenea, ordenadora entre los hombres.

Su paz viene de su unidad y de su perfección. (Puede reposar la criatura que cuajó su línea perfecta). Descansan también sobre ella nuestros ojos, libres de la inútil complejidad de las frondas, y mientras la gozamos con amante mirada, nuestro pensamiento se reduce a unidad religiosa. Como ella, quisiéramos tener un solo ímpetu de vuelo, un solo deseo, erigido como un dardo hacia la vida superior.

Sin el penacho verde y cantador fue fría; pero la alegría de la copa se derrama sobre la concentración del tallo y pone la bondad de las hojas extendidas en ademán de palpar los vientos. Parece la palmera un pensamiento que se multiplica en el ápice sin perderse o un largo silencio de amor que estalla en palabras numerosas.

¡Palmares de Cuba y de México, cantados por todos sus poetas y dibujados por todos sus artistas! Ellos tuvieron una mecedura de consolación para el negro y el indio esclavos; ellos le anegaban el gemido dentro de su gemido innumerable, para que no se lo escuchasen.

El indio mexicano ama la palma; la pinta en la mejilla de su cántaro en Guadalajara y la lleva en sí mismo: el cuerpo fino y acendrado tiene algo de ella; su dulzura tal vez ha resbalado hacia su índole con la sombra de ella; su sobriedad es como el influjo del árbol severo.

El cocotero, como Atenea, la diosa que además de ser sabia quería ser útil, se hace en el fruto la oquedad blanca de palma humana, que es el coco, llena de agua temblorosa. La pulpa del fruto contiene aceite para que la palmera sea

verdadero árbol religioso, hermano del olivo. Y, además, en el tronco de una palma está la miel más fácil, la más fluyente que existe.

¿Y la palma datilera, la de racimo de color requemado como el desierto? En sus dátiles se cuaja la luz y los deja caer con una gracia de niño que juega sobre el rostro del beduino cuando descansa a su sombra.

Las palmas americanas merecían ser un dios indio como el datilero es un genio para el árabe. Sería una diosa que con solo su figura pondría en el creyente la unción religiosa; tendría las manos llenas de aceite suavizador de heridas y el costado, con su miel dolorosamente contenida, como una sofocada palabra de amor.

En el último día de la vida, el hombre que ha caminado por sobre toda la tierra puede decir: “Yo tuve las visiones más nobles que da este mundo. Cayó también sobre mi rostro la sombra de la palmera real y palpé su cuello eterno”.

*México, 1923*

La pampa es una persona, un poco desolada, una tierra sin la sociedad que se dan los montes, las colinas y los valles. Los siete cereales —trigo, maíz, cebada, avena, centeno, quínoa y arroz— no pueden hacerle corro familiar de poblada. Ellos siguen la chatura de la pampa y hacen lo que la mano sobre un tapiz: volverse iguales a ella y no acompañarla.

La sociedad le salta a la pampa de sí misma; su ansia de compañía que casi grita, saca de ella al ombú, se lo provoca. Es el “ayúdate que Dios te ayudará”; la pampa cría a su compañero, lo ayuda mientras este crece; después ya no necesita servirlo: él será su amparo.

La compañía, si ha de acompañar, no ha de ser numerosa y contados nunca llegan a ser muchos los ombúes en la pampa.

Tan grande es que parece que a la ancha tierra y a la urna de la atmósfera les cuesta hacer el ombú, lo mismo que a la especie humana le cuesta hacer el gigantón y lo hace solo de vez en cuando. Y es más precioso mientras más ralea. Se vuelve un mito; vale por un genio, y eso es.

Su gracia de dar sombra es todo lo que vale. Así es como el compañero se ve mejor y se siente más, y se ama con fuerte amor. Él es lo de menos; como el mástil en los barcos, el talludo sirve solo para situar una sombra, para vocear el sitio fresco, la fuente de la sombra, que casi cuenta por un

33 En *Elogio de las cosas de la tierra*. Selección de Roque Esteban Scarpa. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979.

encuentro con el río. El ombú no importa nada en su leño ni en su fruto: él es su sombra, como quien dice, su fantasma. Donde el único enemigo es el sol vertical, que hace del suelo un rescoldo blanco o rojo, para que no le pidan más que este alivio divino de la frescura.

El ombú puede decir:

—Yo soy el árbol que da en la sombra su gran fruto, un redondo e inmenso fruto tirado al suelo que nadie me roba. Esta fruta sombría, medio azuleja, muda de lugar, juega ponerse del lado este y se va corriendo al poniente. Quien duerme debajo, tiene que correr el cuerpo.

El árbol ahí no ha querido hacer bosque, de personal y de capitán que él es. Hacer un bosque ya sería crear un gremio de ombúes, amarse mucho, cundir en exceso, abrazarse uno con el otro y no acordarse para nada de los hombres. Y ombú es un ser un poco hombre, que mira por nosotros y que parece que no nació a causa de nosotros. Conciencia parece tener como una intención, generosidad más aún, y luego el amor del hombre errante.

Para dar frutos de pulpa y de miel, para eso hay muchos árboles en la tierra argentina a la que los ojos no dan alcance. Mendoza adentro está la viña que no regatea las pasas; arriba, todas las frutas del Mediterráneo, una por una. Él, él da sombra, del amanecer a la última lumbre.

En la naturaleza, los animales que tienen “debilidad” por el hombre se ponen a vivir con la gente sedentaria: las bestias de cría se quedan cerca de él, como si hubiesen venido no más que a verlo, a oírlo y aprender de él lo bueno y lo malo. En cuanto a los animales salvajes, estos le odian la estam-

pa y se ponen a vivir donde no lo vean nunca cruzar ni le vean la sombra ni le oigan el pistoletazo.

No hay animal fuera del caballo para el Adán errante, pero hay un árbol para él: hay el ombú argentino apostado como las tiendas de los indios quechuas, de tal a tal distancia, a fin de que el vagabundo o el golpeado de sol lleguen a él, beban esa agua de sombra que no se toca, se descansen y sigan.

El pechierguido se endereza cuanto puede en la sabana, sube forzando su savia, como quien cansa su sangre, hasta donde puede subir un árbol. No está donjuaneando como el cocotero; él no sube por subir como la ardilla loca: él está llamando. Todo su crecer es un llamar y un avizorar con los ojos de la copa hacia los frutos. Que el nogal crezca o no crezca, eso no significa mucho; y si no crece la higuera, sino que se agazapa, lo mismo hará su oficio azuleando toda de higos hasta por el bajío de las ramas. Pero el ombú tiene que subir para acarrear de lejos a hombre con insolación o al pobre diablo perdido en la pampa. Crezca el ombú, suba tanto como quiera y llegue hasta el punto de que nadie deje de verlo: la oveja caldeada, que ya no puede más; el arriero que lleva el lomo ardiendo, y los niños que ataranta el sol taurino.

Como hay que crecer tanto, el ombú se asegura un montículo de raíces altas que parece un pedestal. El sol se lo bebe todo a lo largo de la siesta; evapora cuanta humedad se esconde en el pastral y en las charcas chiquitas. El ombú sabe que él no debe morir. Ese braceo de raíces que se hincan hasta donde es dable llegar, esas cobras fenomenales le guardan la reserva de agua, la seguridad del agua que salva. A tanta sombra que él da, tantas raíces que él enseña y tantas otras esconde.

—Yo soy un árbol cuya cosecha no es más que sombra fresca.

Ninguna planta americana, excepto la ceiba, goza de igual espacio y por esto no hay otra tampoco que se recuerde mejor después de verla una vez. Toda la pampa es un énfasis tal y una maratón de espacio tal, que solo Dios en sus siete ciclos los tendrá mayores. Y el espacio del aire sin nubes es más aridez que el vacío del suelo. ¿Qué un cielo de bueno si el sol come las nubes apenas asoman, qué hace para no gritar de raso y seco?

El cielo también quiso para sí el ombú y lo hizo en convenio con la pampa. La atmósfera lo acaricia como a su joya; está envalentonada con él, de verlo tan hermoso, tan gran señor, y lleno de ramas que atravesar por todos lados con la devanadera del aire.

Y los vientos que golpean al almirante vegetal, aunque parezcan furioso contra el intruso, provocan que también los vientos se complacen el muro verde, en el que hallan algún adversario que buscan y pueden pelear una noche o días enteros. También se hizo para el “pampero” el ombú de cuerpo redondo, que al igual que los templos curvos del Quetzalcóatl, los deja pasar sin atajo.

Dura mucho el ombú argentino; trajo misión como los patriarcas judíos y vive cuanto debe vivir el héroe que tiene tanto que hacer allí donde lo mandamos nacer. Y le gusta la vida como a los que firmaron con esta luz del mundo.

Ahí, fijo, él hace su menester. Va y viene por la pampa, que tan ociosa nos parece, pasa siempre un mundo de criaturas que la Providencia le encarga: los ganados grandes que se ven en la pampa como las corrientes marinas en el océano; las vacadas mudan de pastos y hacen su lento

nomadismo; las caballadas atraviesan el reino verde en relámpagos de color.

El comercio hace los suyos en la pampa, yendo y viniendo de las ciudades o hacia las ciudades, en las viejas tropas, ahora en los buses y todavía en las carretas rezongonas.

El ombú, y la casa que él ampara, hace de crucero de rutas, ofrece la posada; convida a todos, saluda y recibe, deja descansar y despide después con su cortesía de gran señor que no cobra y que hace de refugio.

¿Cómo no ha de vivir la centena y las centenas si no se improvisa, si es una capital por sí mismo y cuesta tanta agua y tanta atmósfera!

La pampa entera no quiere que se le muera el ombú. Los miles de roedores y de insectos que se trae el herbazal no lo atacan y lo dejan prosperar como por un acuerdo de gente aliada, de socios de su señor. Dicen que el árbol maravilloso se defiende con el mal sabor que da a la bestia su savia amarga, aseguran los que saben que no es amor sino honor de su mascada mala lo que aleja de él a las bestezuelas, cabra, vizcacha o gusanillos.

Sea lo que sea, bien dado está todo por él, siempre que le viva a su pampa y que ésta mire muy de tarde en tarde, y con asombro, un ombú muerto desplomarse sobre ella.

Ganas dan de que la ley de morir no cuente con él, como lo creía el payador, se desea casi que la inmortalidad sea cierta para el ombú, que lo criba a él mejor que a nosotros.

Pero se muere, como se mueren las estrellas, lo más tarde posible, como si Dios vacilase en darle o no fin, y quisiese por él romper la ley de su acabamiento.

Tan poco son quienes lo han visto muerto, que en nuestros ojos no está nunca su imagen de derrotado, de capitán muerto al que le salta por encima el enemigo.

Llevamos en nuestros sentidos el cuerpo de los padres o los amigos que cayeron; no llevamos así al ombú y podemos, sin mentir, contarlo como un vencedor, sin que se nos quiebre la voz en su alabanza, con alegría semejante a la que nos dan las aleluyas divinas: ¡El ombú no se muere, el ombú no se acaba!

Cuando pasamos, él nos dejó caer como de soslayo y a la sordina su refrán:

—El árbol ombú como tiene que dar un fruto grande de sombra, no debe dejarse caer por tierra. ¿Cómo echaré frescura, si me tiendo como tus muertos?

La sombra es una nonada y una maravilla a la vez. Las mismas ciudades las hacen “contra la lluvia, el sol y los ladrones”, dice un cuento.

Muchos nombres le dan a la sombra, que dicha así no parece nada. La llamamos techo, portal, montaña, quebrada y más cosas aún a la sombra. Hombres, bestias, pájaros, agua, buscan sombra, una sombra pequeña, que no pase de su cuerpo, o una grande que parezca una piscina de frescura.

Juntando sombra y sombra de los ombúes argentinos, qué océano o qué país de sombra gustosa.

Esta patria azul y gris, sin cabo y sin peso, país de aire, la tenemos todos de aquel lado, donde la América se llama sudeste y tiene la forma de una penca de nogal.

El judío sin tierra tuvo su ombú donde llegar a descansar; el ruso de la estepa sin ombú recobró su landa, vuelta más dulce por la sombra del ombú; yo, que lo cuento, también tengo allá, criatura errante, para tiempo de fatiga, mi tapiz gratuito, mi cama morada y mi disfrute de sombra.

La tierra nos es muy amada por lo hermoso que lleva en cualquier parte y por lo vario de esta hermosura, pero sobre todo por ser patria nuestra, cosa que caminamos, labramos y hurgamos, ración de nuestros sentidos, ya que ella es lo que vemos, oímos y tocamos, y que nos escucha y nos palpa a su vez.

Pero el cielo del día, lleno de su sol, y el de la noche que hierve de astros, es mejor que la tierra, aunque no sea criatura nuestra.

Nos parecen muchas las estrellas que vemos y no son tantas, porque no pasan de dos mil. Allegarse al telescopio y este número pequeño se vuelve cosa de cien millones, y entonces sí el cielo hierve de mundos y del resplandor de esos mundos con el que no puede la pobre vista, y tampoco la imaginación, que parece poder con todo.

Tan infelices son nuestros ojos solo para conocer estrellas que tienen por una a dos, tres o más estrellas, cuya luz se nos funde en una.

Así y todo, con estos ojos débiles, antes de que vinieran ayudas de telescopios, los antiguos supieron mucho de las estrellas y quienes supieron más fueron gente nuestra: los aztecas de México llegaron a redondear un año casi perfecto después de haber estudiado los astros, sacando de ellos la medición del tiempo.

34 En *Reino*. Recopilación de Gastón von dem Busche. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso/UC de Valparaíso, 1983.

Aunque el cielo nos parezca igual desde todo tiempo y un país sin novedades, los astrónomos viven para mirarlo; sus noches y también sus días saben de las estrellas que aparecen de pronto, venidos no se sabe de dónde, que van aumentando su luz a medida que se acerca, la disminuye luego, alejándose de nosotros, y no aparecen más.

Los que hemos visto cometas nos sabemos también estas visitas a la tierra y los que han visto caer aerolitos en tremendos brulotes redondeados que se acercan demasiado, y con los que nuestra tierra se quedó como con rehén, esos saben que el cielo está lleno de mudanzas, de extraños huéspedes, de criaturas de vida larga y de nacimientos y acabamientos que entendemos a medias.

Los pueblos antiguos han tenido una atención amante de algunas constelaciones; por ejemplo, de las Pléyades. Los mexicanos esperaban congregados la medianoche en la cual ellos señalaban el paso del sol del solsticio meridional al septentrional.

Después, apagados los fuegos de sus casas, iban hacia el Templo del Sol, donde sacrificaban entre otros un joven escogido, que era la víctima anual del sol. Al llegar este al meridiano, moría el joven y se le echaba a rodar pirámide abajo para hacer ver el descenso del curso solar, ya culminado el solsticio.

La religión de los quechuas en el Perú era toda astronómica; adoraban al astro que hace la fecundidad de la tierra; adoraban a la luna por su señorío de la noche y a cada una de las constelaciones.

Reconocían al cielo su influencia sobre nuestro globo como el artesano que hace nuestro día de ver el mundo y de explotar la tierra para alimentarnos, y que lo mismo hace la industria de la noche que viene cargada de nuestro dormir y de nuestro soñar.

Hay que confesar que nos han dado la idea de la fealdad de la máquina estas cosas: la extrañeza hacia la intrusa que se incorpora en nuestra costumbre, y el romanticismo aconchado en nosotros y que todavía nos asegura que no hay belleza fuera de las nubes, las olas, etcétera.

La extrañeza no dura, lo exótico se nos vuelve forma familiar, y en cuanto al romanticismo, él se mueve dentro y fuera de nosotros como la hojarasca perdida de cualquier otoño.

Un buen día hemos reparado en que el monstruo no es ni tan feo ni tan brutal. La forma externa y la complejidad de su interior son dos sumandos opuestos de una belleza nueva que llegar y hay que aceptar. Se parece a cualquier bloque de cerro. Su angulosismo como los del rascacielos, su contemporáneo, limpia los ojos de barroquería; su color tenebroso tiene algo de tónico para el ojo empalagado de colorines, y su aseo fundamental, su lisura que no soporta costurones ni verrugas son gratas, sino al ojo, al entendimiento.

Trae la máquina su belleza intelectual, la de los instrumentos de física o de cirugía que está hecha de la aplicación a un fin. Gusta al tacto también la cosa helada tosca, segura, y por ahí leal. Alguna cosa de témpano, algo de arma y de flanco de navío, asociaciones nobles cada una de ellas.

El oído la perdona, menos que la vista. Yo sentí el horror de ella en las minas de Pachuca, en México. La *bárbara*

35 Publicado en *El Mercurio*, Santiago, enero de 1936.

mascaba y escupía mineral con un fragor de cataclismo andino, y molía mis sesos junto con la piedra infernal.

Después he oído máquinas de telares o de molindas de pastas y la Walkiria hablaba otra lengua con una garganta amable. Me han contado ingenieros mostrándome los armatostes de hace diez años, que el mastodonte de hierro evoluciona con mucha rapidez hacia las formas ligeras de peso y elegantes a la vista, y más hacia la bondad del jadeo. Y me han dicho con un amor junto a ella, que vendrá la máquina parecida al pájaro o a la tijera de la abuela, y que camina hacia eso por economía y por una estética que es ya instinto aun de la industria.

En todo caso me gusta más que ella misma, la ictiosauria, la mudanza que hace en cuanto entra en la sala o bodega, y en el hombre suyo. Obliga a desnudez en los muros; los limpia mejor que lejía de lo postizo. Como ella es la gran limpia que está frotada o se atasca, fuerza al aseo de la fábrica; ninguna peste tolera cerca de ella y sus desperdicios se avientan en una hora, su sudor de aceites y su resuello de tigre se enjugan en seguida a cepillo y petróleo.

Siendo “peligrosa” la potente, temiendo la rueda, el volante y otras zarpas, el que la maneja debió tirar lejos el vestón, chaleco y otras nonadas, y vino el overol, cosa que también llaman fea, pero que ahorra el mal gusto del obrero endomingado en día del trabajo, del obrero cursi que teníamos. Ese hombre vestido de azul, que es también criatura nueva para el ojo, ha traído un decoro nuevo. Aquella mezclilla, o brin, o satín, están muy bien yendo y viniendo entre lo tenebroso de la maquinaria, contra el blanco frío del muro. Parece que sean esos los tres colores de la fábrica: negro, azul y blanco: fuerza, aseo y alegría.

La máquina es ella también muy señora, en cierto orden nuevo, asimismo de señorío. Ella es exacta, a menos de que la descuiden; parsimoniosa y rápida, según lo pide la necesidad que sirve y que dicta el ritmo; ella es veraz en su producto, aventajando en ello muchísimo a la máquina humana; ella se rompe o se estropea lo menos posible si no la tratan el zurdo o el bobo, si la maneja el hombre de su destino (hermosa la palabra); ella está liberada de la idea de lo diurno y lo nocturno, gracias a no llevar entrañas nuestras; y ella es por excelencia la criatura de fuego como la salamandra de Cellini o como el demiurgo de las religiones; bella y donosa, gáya y ardidosa de fuego, de llama dura y tierna.

Digan lo que digan los poetas de los crepúsculos, ella cuenta con bastantes renglones para que, sin miedo, comencemos a llamarla “hermosa”.

El mecánico lo sabe ya o lo ignora todavía, pero lo aprenderá pronto. Y estará muy bien que lo sepa y lo declare, porque al patrón si se le tiene, hay que amarle. El amor aquí dará el cuidado, el mimo, el primor. Y dará el orgullo, cosa que también produce el amor. Y dará la alegría cotidiana que es indispensable para hombre agachado sobre eso el día completo.

Antes le pareció arisca, cuando no se la sabía. Ahora la halla dócil entre las dóciles. Antes la llamó sucia y era que no la trataba como a cosa viva y le regateó esmero, le dijo muchos años “inhumana”, y ya ella le responde casi con cara y gesto.

Este idilio del hombre y la máquina parecía imposible, y ya está logrado, y les van naciendo aquí y allá Virgilio más viriles, un poco duros, que lo cuenten y lo den hasta

apasionado. Vendrán el lírico, el patético y el sacro de la máquina.

Nada de asombros; la lunar o saturniana ya es criatura terrestre y como va achicándose para entrar por las puertas de las casas, volviéndose manual y regalona, acabará en el niño del patio o en el gato del rincón.

La hidra y la tarasca, hoy mismo, es a lo más una amazona, y pasará a dama, y acabará en ángel.

Como es condición nuestra que gustándonos la tierra prefiéramos el mar, las costas nos placen, pero las islas son nuestro encantamiento. El mapamundi nos pone los ojos en las masas de los continentes y apenas advertimos la salpicadura de islas y archipiélagos, pero son muchas las islas y entre tierras habidas, ellas se nos vuelven las más amadas si a ellas llegáramos alguna vez.

Las islas pergeñan unas formas bastante antojadizas en cuanto a ahijadas del mar que no crea cosas iguales por la mucha fantasía de su carácter. Las hay alargadas en pez común o en anguila; en arco esbelto, redondas y modosas según la medusa, acollaradas en anillo y anillo, cuando son coralígenas; las hay de costas aserradas, o macizas como acabadas de caer en bloque al mar, y debajo de estas formas clásicas las hay de dibujo bárbaro.

Aparecen cualquier parte del globo, aunque hormigean más desenfadadamente hacia los polos, donde la tierra va a agotarse, o hacia el ecuador, donde el mar ancho consiente mayores hazañas y caprichos. Chile tiene casi tantas como el Canadá y valen por un país insular esos pies nuestros, tan despedazados que caen sobre el Polo Sur.

Se cuentan unas islas niñas que hizo nacer un volcán repentino y que sus pobladores han visto nacer; se leen las crónicas de otras que aparecieron como por juego a conocer la atmósfera y se sumieron en días o en horas.

36 Publicado en el diario colombiano *El Tiempo*, el 23 de julio de 1936.

Las muy grandes ni quieren ser islas y pretenden de pequeños continentes como Groenlandia, Islandia o Madagascar. Las minúsculas no alcanzan a llegar al mapamundi, aunque tengan nombre como unas pequeñas personas y se quedan en la boca de sus hijos, o en el comentario de los “lobos de mar” que hasta ellas alcanzan.

Muchas se abrigan al costado mismo de los continentes; viven de veras bajo su dependencia y no se cuentan como criaturas marítimas muy reales; otras muy aventureras se han lanzado a pleno océano, lo más lejos posible del país a que pertenecen como la Isla de Pascua, cuya chilenuidad existe en plena Oceanía, o como los centenares que gobiernan Gran Bretaña, formidable patrona de islas.

Las islas suelen poseer una emancipación absoluta del continente, en geología, flora y fauna suyas, que son originales. Por eso las Galápagos ecuatorianas dieron a Darwin mucho que aprenderles y la familia de los naturalistas las frecuenta como a pieza de averiguación preciosa.

En cuanto a porción aparte, las islas reciben curiosos menesteres que le impone el continente próximo. Anda en esto lo que llaman “destino insular”, cosa que existe al igual que el de las criaturas. La tierra firme las toma por depósito de cuanto le resulta peligro o daño, y así las hace lazareto de leprosos que la costa avienta a grandes distancias. Esta destinación dio a Chile a la mencionada isla pascuense, remitiendo a otro hemisferio los enfermos del “mal sobrenatural”. Más frecuentemente se las destina a presidios o galeras, encomendando al mar su seguridad. Cargan estas suertes odiosas Madagascar con dos cárceles y la Isla de la Reunión con una; las Lipari, prisión política de Italia; la mal nombrada Isla de la Salud en la Guayana francesa, y

el Castillo, de tremenda memoria, de la costa venezolana. Suelen destinarlas a cementerios, que no dejan de ser mejores que los de la costa adentro, por el despejo y la alegría que les da el mar.

Napoleón dejó dos islas marcadas, una por su fuga y la otra por su acabamiento. Otro mejor que él, San Juan Evangelista, escribió sus visiones y murió, y después de ellas en la isla de Patmos, del mar griego. Un hombre de novelón, menor que estos dos en suerte y desgracia, el Conde de Montecristo, dejó su aventura en el Castillo de If de un islote marsellés. Y un inglés llamado Alejandro Selkirk, no tan desgraciado ni tan feliz como quieren sus comentaristas, quedó abandonado en nuestra Juan Fernández cinco años, y su experiencia corre todavía por el mundo contada a su sabor por Defoe en libro que llaman *Robinson Crusoe*, y que es el aya imaginera de los niños.

Todo esto no obsta para que el continente suela regalarles mimos y privilegios señalados. La isla es generalmente pedestal fértil y de atmósfera tierna, campeón de clima óptimo, y los nombres de estas afortunadas corren por el mundo más que el de los héroes. Se llaman Sicilia, Capri, Corfú, Mallorca o las Bermudas. Pasan a ser niños mimados del globo; la gente de cualquier parte las mira como cosa familiar y no quiere morir sin ir a verlas como a la *Venus* del Louvre o a la *Cena* de Leonardo.

Muchas islas pueden llamarse hogares telúricos, fraguas de un fuego destructor y creador. Nacieron de volcanes, se destruyen por ellos o hallan modo de morir al margen de catástrofes más o menos frecuentes. Recuerdan un calendario entero de erupciones; se habitúan a la cólera de sus titanes, y las poblaciones isleñas, apegadas filialmente a estas

potencias demoníacas, se niegan a abandonar el territorio querido y trágico. Corre el caldo ígneo bajo sus cuarzos o sus limos, y parece que esta constitución interna de salamandras origina la fecundidad fabulosa de algunas islas. La Martinica francesa ha conocido el furor del monte Pelée y el imperio japonés se asienta sobre el boa subterráneo de fuego que es todo su archipiélago.

Con frecuencia se aprovecha a las islas para la defensa de las costas. Las pobrecitas fueron las primeras, por “adelantadas” en el mar, en recibir a conquistadores o a piratas. Las Antillas conocieron a los españoles mucho antes que el continente. Comenzada en ellas la dominación colonial, pasan después a asegurar por medio de fuertes la posesión del suelo firme.

Han caído sobre las islas los trances de los piratas y filibusteros que en tiempos de corso pleno inficionaban el mar y hacían de las muy accesibles su refugio, el punto de partida de sus felonías o el de su arribo feliz con la nave, de los botines frescos.

Las islas viven de las industrias más diversas, comenzando naturalmente por las que ofrece o impone el mar. Nuestras Antillas apenas pescan, a causa de que su fertilidad da medios de vida más fáciles que la pelea con el Caribe. Pero en los suelos paupérrimos de Terranova, es el mar o ninguna cosa el que abastece. En el Extremo Oriente, zona de tifones y de hambrunas, entre Borneo y Filipinas, el isleño vive en el agua sobre casas canoas. Por el día sale mar afuera a tender redes y por las noches duerme en sus balsas. Este hombre ha hecho ya un trueque de elementos: la tierra se llama su recreo y el mar su permanencia.

Después de las pescas lucrativas de la ballena, el bacalao y el salmón, los nórdicos explotan otros logros del mar en la pesquería de los animales marinos de piel. Sobre el viejo continente, la Rusia, dueña de ámbito polar, retiene la industria dura y bien pagada de las pieles. En el continente americano, Canadá y los Estados Unidos hacen otro tanto con el cardumen de islas que se abre al norte de la bahía Hudson y que hierve en torno de Alaska.

El mar es almacén perlero. La gracia de la ostra perlífera corresponde a las aguas calientes, al golfo Pérsico, al mar Rojo, al océano Índico o al Pacífico acalenturado que abraza las islas de Hawai y las Filipinas, o a nuestro mar Caribe, agua de maravilla que apenas conocemos y que hacia las costas venezolana y panameña cría la almeja codiciada.

Otras presas más asequibles que cede el mar son las esponjas. El Mediterráneo en el archipiélago griego y en las Espóradas italianas, mantiene desde hace siglos la industria de la esponja dorada, mercancía sin peso y de buenas cotizaciones.

Las tortugas marinas se crían en muchos lugares, pero como las algas del Sargazos se aglomeran en ciertos lugares críticos y éstos son la misma agua caliente amada de las perlas y de los corales. Cerca de Haití la abundancia de tortugas ha dado su nombre a una islita. En la Baja California de nuestro México pululan las tortugas, y en las islas Corn, sobre el litoral de Nicaragua, vive una codiciada especie de la tortuga carey. En Madagascar, isla de cualquier portento, también la bestezuela de caparazón mantiene a la colonia de sus perseguidores. Buscan parar a la tortuga por dos apetitos: el de la concha, materia de durar y de lucro, y el de su carne, que halaga los paladares más regodeones.

Las islas de guano son ciudades de pájaros que no escasean en la América. Las costas calvas del sur del Perú y el norte de Chile han tenido en ellas fama y buenos mercados, y Haití cuenta también su islita guanera, proveedora del mejor abono. Cerca de Honolulu era hace años cosa de asombro la asamblea de albatros encariñados con las peñas hawaianas, donde ellos dejaban una porción de huevos como para servir una glotonería de titanes. Islas de Pájaros llaman también al sur de África, otra concentración fantástica de aves marinas, que se vuelven calamidad por su adueñamiento total de espacio aéreo y terrestre.

Pero las más de las islas no viven de azares del mar y constituyen simples asientos agrarios. Pesquería y oficios del mar los aceptan por añadidura de sus cultivos plenos: la poca área de tierra obliga al isleño a no desperdiciarla y el clima bondadoso todo lo consiente y lo ayuda en ellas.

A Madeira la llaman “la flor del océano”: la fertilísima produce desde la viña latina hasta la caña tropical y la piña, que se ha vuelto su exportación por excelencia.

La islas de Cuba y la de Puerto Rico, antiguos repertorios de todas las plantas tropicales, desperdician actualmente su preciosa liberalidad de climas y se entregan al cultivo único de la caña. Conocen una prosperidad vertiginosa en los auges del azúcar y una ruina cabal en las caídas de ese mercado. Las islas más bellas del repertorio americano son indudablemente las Antillas Mayores: su calor no es tanto que las tema el blanco en el verano y su invierno da toda complacencia; la enumeración de sus frutos es la de la aristocracia botánica, y el paisaje suyo, a base de palmera y de ceiba, posee una nobleza insuperable.

Las islas extensas de clima templado suelen hacerse tri-  
gueras como Nueva Zelandia, y las de aire menos benigno  
y de planicies se dan a la ganadería, como la Tierra del  
Fuego, que no es el infierno antepolar que dicen los viaje-  
ros alharaquientos, sino una residencia bastante tolerable  
de pastores y de gente de empresa.

Incrustadas en la América nuestra se hallan el Caribe,  
Guadalupe y Martinica, y enfrentando a la grande Argen-  
tina las islas inglesas de Falkland, hermosos estorbos para  
la unidad de nuestro territorio.

Llaman islas de aceite, mejor que a las olivaderas del Medi-  
terráneo, a la de la palma de coco, cuyo aceite provee la  
industria jabonera del mundo. Viven del donoso palmar de  
cocoteros las Nuevas Hébridas, Ceilán y varias otras. Se  
han entregado a la producción del aceite más noble entre  
todos, las Baleares españolas, cuyo paisaje está formado  
de olivo, de almendro y de olivo dondequiera que caen los  
ojos sobre el mar, cerca y lejos de la costa.

Mejor que como granero de trigo y como zafras industria-  
les vemos a las islas en criaturas poéticas, cuanto se apli-  
can a la especiería, según lo hace el archipiélago malayo y  
Zanzíbar. Allí es el darse en arcilla de rescoldo el jengibre,  
la vainilla y la canela de las confituras universales; el aza-  
frán, la nuez moscada y la mostaza de los yantares finos o  
los banquetes de gran gala.

En mar suave, oficio de islas es el de ofrecer de climas mi-  
mosos los sanatorios de aquellos niños y aquellos adultos  
que las grandes ciudades mortíferas remiten deshechos a  
las bienaventuradas. Nueva York, isla continental, que ya  
no lo parece, lanza sus enfermos hacia las Bermudas o hacia

Cuba. Los Parises los envía a Córcega y los Berlines a Capri o Sorrento. Las islas parecen recoletas hasta cuando el turismo las trastorna. Un modo y ritmo de vivir y de ser feliz queda en ellas como un rezago de la vida clásica. El hervor vegetal rebasa de los plantíos industriales hacia la donosura de parques y jardines; pescadores, campesinos, artesanos de rancieros oficios enseñan a los civilizados el trabajo desaparecido del mundo, que era hermano por estar lleno de pausas de reposo. El Mediterráneo y los archipiélagos de mares calientes defienden tanto como pueden esa vieja ciencia de vivir dichosamente, sea en riqueza o en pobreza.

Las islas tienden a una superpoblación cuyo ejemplo angustioso lo da la de Puerto Rico, que en trece mil ochocientos kilómetros cuadrados, sustenta a millón y medio de habitantes,<sup>37</sup> o toca al otro extremo con unas islas fabulosamente vacías o deshabitadas, según la Isla de Pascua, poblada antes que por hombres de carne y hueso, por su tribu inmensa de monumentos misteriosos y por los fantasmas de un pasado que devoró el mar sin confiarlo antes ni a sabio ni a ignorantes.

37 En 2019, se contaban más de tres mil millones de habitantes.

Soy muy feliz de pasar una tercera Navidad con ustedes, mexicanos, y es todavía más contentamiento el pasarla dentro de una zona rural, en una aldea vuestra.

Dos veces he oído romperse la “piñata” por la caña del vendado; dos veces he seguido las “posadas”, creyendo como los niños en que voy con los pedigüeños, entre la que cabalga en el asno y el caminador. Dos veces también mi estrella saltó del Ixtlacíhuatl y de la Sierra Madre, y el niño que llevé de la mano, moreno y con el ojillo en sesgo, me dijo lo de “¡La paz sea con nosotros!”.

Según todas las aleluyas o las coplas populares, el Niño trajo en su boca un mensaje partido en dos: el del amor y el de la paz, que son uno solo. El mensaje se confunde con el cuerpo del nacido, parece que él corría de su frente a sus pies, caía de su mirar y saltaba de su ademán, quedaba escrito en las huellas que dejaba atrás, y en su carne de la hora tercia, él todavía rodaba por sus llagas. Pero aún voceado así, a cada Navidad aquello de “Mi paz os dejo, mi paz os doy” nos halla como el rebaño enloquecido y respondiéndole con el mote árabe de la “Guerra Santa” o como el de “¡Venganza, cristianos!”.

El nacimiento de Nuestro Señor ocurre en una ciudad pequeña, pero no en una casa —que todas se la negaron—, sino en establo arrabalero. Así Cristo echa el primer respiro cerca de majadas y entre los animales. El escándalo que las viejas estampas es este de un hato de bestias despertadas, el vaho de los belfos, y pasar y repasar de ángeles en ancho relampagueo, y el coro de éstos baja vertical como una presa soltada desde las alturas.

(A las gentes de la Razón con mayúscula, el cuadro les revuelve el seso. Pero todo en el Evangelio resulta una reversión del “orden” y de la vieja ley que va a caer en pedazos).

Y allí, en el lugar preciso y previsto, al medio de bueyes, y vacas, y asnos, está la cosa más ligera y endeble de este mundo que es un niño, y hay un viejo barbado tan débil como Él mismo, y una mujer flaca como ambos en cuanto a “fémica”.

Celebramos eso, un nacimiento, el más absurdo y menesteroso que se haya visto. La escena de la noche 1948-ava, de rara se pasa a grotesca: hay en aquel establo el estiércol desparramado y el agua turbia, por servida del abrevadero, y brillan aquí y allá unas copas llenas de incienso, mirra y oro. La túnica sucia de José se roza con las mangazas de los Reyes y la pelambre de los animales. Aquella parturienta madre recibe las congratulaciones con la dignidad de la mejor reina judía, y el Niño suelta el llanto con más asombro que cualquier otro, de estar sobre el suelo, de haber rodado y caído de veras, y de sentir esta costra dura y fea que mentamos tierra.

Este suceso disparatado a lo divino no lo entienden mucho las ciudades, los rurales sí, y los vagabundos, en cuanto gente habituada al milagro que brota del planeta o baja de los cielos, a lo más natural y a lo más sorprendente.

Los Reyes ponen en el sucedido un contraste fenomenal que solo salta de los cuentos. Pero es que también parecerán fábula los treinta y tres años de semejante encarnación.

Los ovejeros, que duermen siempre con una oreja a la escucha, se despiertan al oír la cascada de música que rueda

alborotando al ganado: todo el campo sabe, menos la ciudad dormida a pierna suelta, sorda como Jerusalén y las demás del mundo.

Los ángeles eran asunto familiar para el pueblo judío, llamado delirante a fuerza de ver siempre la tierra en entreviro de realidad y de sueño.

Todos los que están allí, vistos a la luz de las estrellas, son gente morena, como nosotros, y debió serlo hasta el recién nacido, a pesar de los cromos del cristianismo a la inglesa, y tostado sería después, de vivir al sol de los campos y caminar en pespunteo de aldea en aldea.

(Un poco más allá de Palestina vive el romano blanco, y “sabido”, y dueño del mundo. Pero el recién llegado asomaría en la Judea colonial, y mínima, y paupérrima).

Lo sobrenatural que manda en esa noche tiene un reverso natural y los asistentes aparecen asombrados, pero sin miedo, y se azoran sin dar gritos. Todo en lo cristiano se moverá dentro de esta manera parecida a la de los lagos que maravillan sin agitarnos.

El buen lector de historia —el no torcido— entiende que esto tenía que llegar. Había habido ya reyes de más, capitanes de sobra, letrados grecorromanos y hasta hechiceros egipcios. Falta Uno que reinase sin reino, mandase sin espada y hablase recto, sin vicios ni culebreo de palabras.

Los que están allí velando esperaban a Este, cada uno a su modo y por eso creyeron de golpe a los signos de la noche, a la estrella nueva, a los coros despeñados y al “no sé qué” del Niño tiritador.

Hay una gran docilidad en este grupo nocturno, un saber y obedecer inmediatos, sin preguntar ni discutir, y en el aire delgado y la tierra gruesa ha debido haber este mismo acuerdo de aceptar y sentirse encantados. Nuestra lengua llama tal cosa, con cierto desdén, “milagrería”, pero hasta los laicismos suelen vivir por instantes tales “bodas del cielo con la tierra”, según la expresión de Blake, y esto en cierto día o cierta noche en que todo se permea de algún licor que no se probó con los labios, pero que se paladea con el alma.

La Nochebuena dura; es la fiesta que menos se ha ajado, la más vital, la que nos lleva de arrastre consigo, y la más ancha, como que cubre el sobre haz del mundo.

Yo creo, sin ningún sonrojo de vergüenza tonta, en que esta noche cruzan ángeles por encima de la bola empedernida que habitamos, y creo que en aire y aguas hay alguna turbación que sienten niños y animales; nosotros ya no, por sordos y encallecidos, y a lo menos desatentos.

En los viejos pueblos, a los que creemos idiotas, algo queda, sin embargo, de las facultades sumergidas: el acordarse de Noel, del Pentecostés, de la Santa Cena y el hacer un paro o huelga real de la lucha diaria, y el quedarse siquiera por un instante cedidos, dados a lo que busca hablar en torno nuestro o adentro de nosotros mismos. En el más material de los mundos, todavía el recuerdo golpea esta noche y nos echa a buscar a nuestros semejantes, o nos urge vestir a los niños que van en carne, causa de aquella noche y de aquel desnudito expuesto a las estrellas y a la paja escarchada; también a la conmoción de los profetas ya justificados.

Es poco lo que hacemos y es torpe y cortísimo: duran una pestañada este trueque y este fervor de la medianoche. Pero tal brizna de memoria cuenta por un tesoro. Algo retenemos en las manos de la cuerda tradicional; el Cristo Niño camina sobre nuestros corazones y posa sus diez dedos sobre el pecho. Aquel bultito olvidado un año entero pone en la entraña su peso de rama florida, a veces con una espina despertadora y que hace sangre de remordimiento. Es una presión mínima, pero se la siente.

Al Cristo treintaño se le recuerda menos, tal vez por Él nos resulta el cobrador de las deudas. El que reprende y sacude seguido. Nos da vergüenza menor un niño de horas, con el rocío de la noche en los cabellos, húmedo de tan tierno y de tan desnudo como Él está.

Y sin embargo, este cuerpecillo echado en establo, sin más pañal que la intemperie, llegado y no recibido, con los animales en cuanto a hospedadores, nada tiene de sucedido fabuloso para los ojos nuestros. En donde acaban las calles enfiestadas, y se calla el tamborileo, y se corta la danza, existe un tendedero de desnuditos semejantes, puestos en cunas que no lo son, y rebosándose contra el pellejo del perro que los abriga, hambreados desde el vientre materno, mostrando su estropeo en el hueso y la carne, y mirando con ojos opacos a su María y a su José que van y vienen por la pocilga oscura.

Eso de encarnar un Dios en tallo de sangre y aceptar con el vagido y el batir de la mano el aire y la tierra, y la infancia a medio pan y a medio techo, este misterio que habla con palabra directa vale en cuanto a alegato eterno y a quemante encargo sobre la infancia menesterosa y padecida. Sin palabras, con su pura cinta de imágenes, el Pesebre de Belén nos

encomienda a todos y cada uno de los niños que duermen bajo ramas de palmeras o planchas abolladas de zinc, y también al raso, como las cabras y alimañas del monte.

No es mera estampa de yeso ni tarjeta de Noel lo del niño que duerme a la escarcha y a la ventisca. A lo largo de Pacífico, del Atlántico y del Caribe, yo me he visto entredormir de ese modo al chiquito indio, al mulato, al negro y al mestizo. Y pese a la geografía, aquellos pesebres criollos se me juntaron todos en torno de la cuna judía y de aquella madre de los albergues negados.

Pongámonos a cancelar la vieja deuda no pagada y crecida que ya nos abrasa la conciencia. Ella cuenta ya 1948 años, y nosotros, a causa del débito que Cristo cobra en vano, nos parecemos a la mala fruta empedernida al sol y sin querer fundirse.

Allegarnos al Dios Niño sería buscar los pesebres nuestros de cordillera y selva adentro, por los caminos rurales y las playas no sospechadas, por todas partes donde se escape un llanto chiquito que es el mismo de aquella medianoche y se oiga además el rezo de la María indígena, o mulata. Ella reza ahora mismo una oración heroica a lo divino, que está partida en el gajo de la Aleluya y el gajo de la pesadumbre, en el gozo de su alumbramiento y la humillación del ámbito desnudo. Y el lugar donde ocurre lo que digo no es el arenal asiático ni el africano, que es la América nuestra de la abundancia botánica, del bosque maderero, del río amazónico y del sol más creador que conozcan los ojos humanos.

P R O S A

V A R I A



Debiera haber en los libros de lectura de nuestros niños un trozo que ampliara el mandamiento de “honrar padre y madre”, formando en ellos el amor y la honra de la “ciudad materna”.

—Ama a tu ciudad. Ella es solo la prolongación espiritual de tu hogar; y su belleza te embellece y su fealdad te avergüenza. Procura que todas sus avenidas, y ojalá sus calles, tengan la gracia del árbol, tras de cuyas copas el cielo es más profundo. Procura que haya en sus calles uno que tú hayas plantado y por el que velas. Una ciudad sin árboles es una masa opaca y brutal de edificios, que endurece el corazón de sus hombres.

Haz que tu ciudad sea hermosa, además de rica y de justa. El pueblo de Atenas no se conformó con embellecer sus museos y no creyó que lo bello solo fuera cosa de poemas: menos egoísta que nosotros, descuidó el hogar que es de unos pocos, para hacer hermosa la ciudad, que es de todos. Defiende tus monumentos y tus paseos: al robarte un panorama, roban una alegría de tus ojos, despojan tu alma. Pero cuando esos monumentos sean primitivos y feos, clava en ellos el ridículo y atácalos, porque hacen daño social, lo mismo que una ley mala. Ódiales lo grotesco y no descanses hasta que no los veas reemplazados por un mármol gracioso o profundo. El que ha hecho grotescamente a tus héroes, los ha ultrajado y los sigue ultrajando cada día en el monumento deforme. Lleva a tu patriotismo como a todo un sentido de belleza y no toleres ni el canto patriótico necio ni el discurso patriótico insípido, ni el bronce heroico anties-tético.

Ayuda a los que embellecen tu ciudad y ámalos. Suelen hacer en el pequeño límite de ella, más bien del que hacen los malos políticos en un campo mayor, y con mayores pretensiones. Di a los tuyos que adornen los balcones de tu casa. El balcón florido es como una mirada afectuosa, es como el rostro de una mujer hermosa, que alivia y dulcifica al que pasa; es la dicha de un hogar que se derrama hacia los demás. El jardín interior es una belleza egoísta.

Celebra al comerciante que sabe adornar sus vitrinas con gusto y corrección; no toleres el puesto de venta callejero que deprime tu calle con una nota sucia. Ayuda con tu censura al municipio en sus reglamentos e indica con bondad al empleado reacio los defectos de su servicio de ornato.

Cada vez que tengas ocasión propicia, corrige en la clase humilde el gusto burdo con que adorna su calle y el que tiene el empresario en su sala de espectáculos a cada festividad patria.

Condena las estampas torpes y desagradables que ves en los sitios públicos y procura que desaparezcan. Los vehículos estropeados, los bebederos públicos mal situados, la acera torcida, los vendedores desharrapados, todo eso afean tu calle, deprimen tu ciudad, dañan la vista y el espíritu.

No te limites a pedir que tu ciudad tenga higiene y luz; pide que se le ennoblezca. Ha de dominar tus puertos el bronce de un marino glorioso o el de un explorador; ha de haber, derramado en tus parques, bustos de hombres de pensamiento y de ideal: en tus hospitales un Cristo estremecido de piedad ha de levantar el espíritu del que abre, acongojado, temblando a veces su puerta; en tus escuelas, Bello y Sarmiento deben mirarte pasar. Ojalá el mármol realizara

todas las ideas nobles, y el esfuerzo industrial se erigiera en un hombre del pueblo, cuyos bíceps te exalten la fuerza pacífica, y la maternidad se ennobleciera en una mujer fuerte y dulce, con su regazo enriquecido por el hijo, y los deportes se alabaran en un luchador o en un scout sonriente.

Ama, pues, las calles, que en ningún día dejas de cruzar, y que ella, por hermosa, te ayude a sentir la vida y a amarla como tu maestro quiere que la sientas: alta y espiritual.

*Punta Arenas, 1919*

Cuatro, diez metros de tierra frente a la ventana, frente a la mesa donde se trabaja, devanando el ovillo de lana o la madeja suave del pensamiento, ¿quién no puede tenerlos? Y con esos cuatro o diez metros se puede gozar de la dulzura de la rosa de otoño, que se deshace suavizando los ojos que la miran, y se puede tener en invierno el cojín oscuro de las hojas de las violetas, con la flor escasa, pero que emana a ras de tierra su durable perfume; y en primavera se tendrá una blancura temblorosa y espesa de jazmín, o la gasa espiritual de los clarines.

Cuatro o diez metros de esa tierra negra, que suavizada por la caricia cotidiana del cultivo, casi se humaniza de dulzura. Su leve humedad exhala todo el día hacia la habitación ese olor que no es aroma y que es más noble que los aromas: la exhalación del surco, tan sagrada como el aliento de la boca humana.

Pero si no tenéis eso tan pequeño, ¡qué miseria y qué dura fealdad tendrá vuestra casa a pesar del muro blanco! La calle arroja por la ventana abierta su nube de polvo; el hervor de la calle entra brutalmente en vuestro cuarto: no hay un velo delicado que ampare vuestra vida interior, fuera de la persiana, que es una cosa, no una vida, y tu casa y la calle se confunden groseramente.

¿Cuándo vendrá la ordenanza municipal que obligue a todo el que construye una casa a sacrificar a su ansia codiciosa de edificación esos cuatro o diez metros de frente florido?

Cuando dimos la espalda al campo y alzamos el hogar —esa casa apacible— en medio de las ciudades febriles, desposamos nuestra vida con la inquietud y con la decadencia física. (En otros países, existe entre la ciudad verdadera, la que bulle, y el campo, una población semirrural, muy densa donde levantan su casa los que no se resignan a abandonar la luz plena y el ancho horizonte, y que tampoco pueden vivir lejos de los centros febriles).

Dios puso al hombre en medio de un jardín para que lo regara de luz, lavaran los vientos sus pulmones y los perfumes del campo suavizaran su índole. Y si abandonamos la vida en medio de la naturaleza, por no conocer su sentido profundo, debemos cuando menos hacernos un remedo de ese don aquí, donde levantamos la casa absurda. Este remedo, exiguo pero tierno, es el pequeño jardín familiar, donde debe jugar el niño, para conocer e ir amando desde sus primeros pasos en la luz a su otra madre: la tierra oscura.

Y este jardín debe hacerlo la mujer, que el trabajo de la tierra es la labor por excelencia de la humanidad, no de un sexo: el suelo áspero pide los brazos viriles; el suave, las palmas dulces de la mujer.

Mas, cuando encontramos hecha la casa, y somos pobres, y no podemos corregirla, siempre será posible hacer el jardín interior, dándole esos seis o diez metros de tierra, sin los cuales no habrá hogar, sino habitaciones amontonadas y sin almas.

En el centro de la casa, este pequeño jardín será el pedazo noble y delicado sobre el que caen y se dulcifican las miradas durante el día. Se mirarán en él la “primera mañana”

y el último desfallecimiento de la tarde, que no se pueden gozar en un amplio horizonte.

Una sola planta florida —un tallo con un lirio cándido— o la marchita aterciopelada de la hierba serán nuestra humilde fiesta de alegría, sustento de belleza en el día afeado de pequeños afanes. Son esa palabra viva de la tierra, que nos hace más vivos y que cuando falta en los yermos nos resta energía vital y nos hace a nosotros, muertos moviéndose sobre la tierra muerta.

El alejamiento de la tierra, al que se ha llamado uno de los aspectos de la civilización, es un camino imperceptible, pero cierto hacia otra barbarie. Del surco se exhala paz, de modo casi tangible. La palpitación de los follajes es una forma de alegría viva como el temblor de agua corriente. La amplitud del horizonte dilata el alma como la mejor plegaria. El juego de las luces en los árboles y en las montañas afina el ojo humano. Así, pues, cuando volvemos la espalda al campo, restamos todo eso a la pobre alma: paz, alegría y elevación.

Lo que se nos dio en cambio fue un bienestar falso, que lenta y dulcemente nos irá aniquilando, amenguando en vigor y belleza. El breve caminar nos dé la flaccidez de los músculos, la pesadez del paso; los interiores tibios que no atraviesa la ráfaga del viento nos darán el mirar apagado, la mejilla sin sangre, y hasta la acción floja y desabrida.

Rastreando el origen de los tipos humanos que pudiésemos llamar ricos —inventores, exploradores, idealistas—, que removieron más fuertemente el aire del mundo con su empresa o su pasión, se ha hallado siempre a un niño que vivió en el campo. Esos son los ojos que se apacentaron en el verde de las praderas; son las piernas ágiles que subie-

ron alegremente las colinas, es la roja sangre que bebió los soles y que batieron los vientos. Niños que no jugaron con los muñecos muertos ni despertaron a la vida mental en el feo cuadrilátero de muros de una casa de ciudad. Jugaron con los guijarros de los ríos; recogieron las conchas musicales por la orilla del mar, tejían los tallos de la hierba, desgranaban la espiga delicada.

¡Pobres, inmensamente pobres, los niños de hoy! El contacto con la tierra húmeda los enferma; la ronda, el juego que es pura belleza —de línea y de sentido espiritual—, la tejen en patios mezquinos, donde la ancha luz es apenas una medallita de oro; o bien la juegan en una plazuela de barrio, que hierve de vendedores y de paseantes banales.

¿Y las escuelas? Suelen tener, las mejores, amplias salas. El patio no es nunca el suficiente, pues un patio de escuela debería ser un campo, una llanada verde donde la guirnalda de los niños llegue a parecer una breve corola blanca que palpita a lo lejos.

¡Pobres hombres futuros, estos niños de hoy! No se estremecerán de alegría al recuerdo de un campo de heno, que fue el gran lecho sobre el cual caían riendo. Sus manos envejecidas no revivirán la impresión del manojo de hierba recién cortada que apretaron, gozosos, llevándola al establo.

Es ingenuo querer sustituir la tierra, esa cosa inmensa y sagrada, con gimnasios escolares cerrados, con pequeños parques que se levantan en medio de las fábricas, ahogados en la humareda eterna. El dibujo inefable de los robles y las encinas contra el cielo se apaga y se marchita.

Pero que al menos queremos dar al niño un pequeño jardín, en su triste casa, si no damos a su infancia el campo natural: la amplia tierra de Dios.

Él formará parte de la educación de la ternura. No es sensible de poeta decir que el roce de una corola estremece o dulcifica. Ignoran los finos movimientos del alma quienes no saben que la contemplación de una tarde —la hora pura por excelencia— limpia las pupilas de las fealdades del día. Mirar subir el sol de nuestra cordillera es un salmo que hace cantar la sangre desde las entrañas y abre los labios en un grito de alabanza.

Madre, planta con tu hijo el pequeño jardín. Enséñale tú el almanaque floral: el mes de las rosas, el mes de los jacintos, el de las cinerarias.

Deja que la escuela le enseñe las familias y las subfamilias, enumeración que tal vez no se le soldará con la vida de la tierra, por artificial. Tú hazle derramar suavemente las semillitas negras o doradas. Cuando el tallito haya salido, haz que su misma mano le ponga el sostén de caña firme, el pequeño puntal.

Cuando el arbusto esté próspero, llévalo a podar y muéstrale en cada rama dónde la tijera hiere para bien. Hazle simplificar a él mismo la fronda del rosal y entenderá de las otras buenas podas que tú le haces en el alma.

Hazle mirar largamente esta tierra negra que fue el éxtasis de sus abuelos campesinos.

Enseña a sus ojos a distinguir las especies selectas; fórmale así en tu jardín la capacidad de selección, la que va a necesitar tanto al vivir entre los hombres.

Dile que la fisonomía de la tierra revela a una raza; que un territorio con mucho suelo desnudo dice la pereza de ella, y también su dureza espiritual. Si te sabe oír, dejará más verde el valle por el cual caminó.

Cuéntale qué firmes, qué seguros y qué nobles han sido los hombres que movieron los surcos o dirigieron la faena agrícola con ojo amoroso como Washington, el que volvió el alma hacia la tierra después de la lucha liberadora de su nación; cuéntale de Lincoln, el niño leñador; de Ivan Meštrović, el escultor que apacentó ovejas; de Gabriel y Galán, el campesino.

Madrecita, lleva siempre a jugar tu niño al jardín. Llena sus manitos de la suave tierra negra y cuéntale entonces, como historia maravillosa, el milagro de la semilla que se hincha y brota.

Acuérdate de que para hacer la más honda alabanza se dice de un hombre que fue sembrador. Y sembradores de campos o pueblos, todos han mirado con reverencia a la tierra como al mayor hecho que existe. No solo el cielo es la cara de Dios.

*Junio de 1922*

SOLUCIÓN DE LOS PATIOS  
(LA SERENA Y POMPEYA)

Yo tuve en La Serena mi anticipo de Pompeya. Quiero decir que ahí se consolidó dentro de mi cabeza la maravillosa solución de los patios.

Traía en mi costumbre, en mi domesticidad, el patio largo que es Elqui: huerto y jardín proyectados, extendidos siguiendo el rumbo del torrentito que se apura hacia el mar. Cierto es que allá dentro me conocí algunos bien humildes, con sus maceteros de greda resquebrajada y sus tarros de lata que sostenían una azucena, digna de Gabriel, o una mata de poleo, suntuosa de olor como la corte de Bizancio.

Deambulando por La Serena, cuando la gente se retiraba para la siesta, con las calles fiadas a mí, redimidas del ajetreto bochinchero (entonces no bocinaban autos ni zumbaban camiones, pero las mercaderías eran vendidas a grito pelado, desde carretas que chirriaban, hiriendo el seso), convencida pues de que La Serena había sido más que encomendada, puesta a mi disposición, me atrevía como muy guardiana a pasarle revista a sus patios. Y así sin recelo alguno me colaba donde fuese.

Primero exploré los patios tupidos. Me atraían las penumbras verdosas de los viñedos en trasluz y me atrapaban los claroscuros de un follaje de palto tendiendo sombras moradas sobre unas baldosas. Dondequiera divisase las flores pendientes de un floripondio, me colaba a gozarle su cornucopia vertida sin cesar en un perfume exquisito que conjura mi infancia entera.

Quiso la suerte que ampara a los vagabundos, que un buen día yo me detuviese ante una casona de dos pisos, esquinada con la calle de Los Carrera, cerca de mi querida iglesita de Santa Inés, en cuya sacristía fulguraba una casulla recamada por las agujas góticas de mi abuela teóloga. Tengo el recuerdo limpio y perfilado de la casa, pero ya no retengo el nombre de sus dos calles ni el de sus dueños. Tan larga era que seguramente atesoraba tres patios. Abierta estaba la reja y expectante el patio; fui hacia él como imantada, pero sin apuro, sabiendo que la prisa malogra el saboro. Me le demoré en el umbral. Quería antes adivinar la índole de este patio.

Ni follajes arriba ni follajes abajo. Ningún cuello de palmera, ningún tallo de flor de la pluma, anacondeando por una columna mártir.

Entré y me detuve allí, no sé cuánto tiempo. En el rectángulo perfecto solo había dos estatuas delante de la puerta que iba hacia los otros patios. Estaba cerrada. Tal vez habría sido demasiada belleza para mí.

Entendí que los bultos vegetales sobraban de todo sobrar en ese ámbito de espacio insigne que era todo él, un ámbito de pureza, sin recargos ni distracciones, simplificado en su estructura como la almeja o el huevo. Y aprendí una serenidad feliz que hace olvidar el cuerpo —todo lo que es cuerpo: pulso batido, sienes acaloradas, pies dolientes, diligencia, horario, hambre o sed— y se aloja en un disfrute pleno: el del poema leído por vez primera y que va haciéndose uno con uno mismo.

Mis patios de niña eran muy distintos a este recinto tan elegante en su simplicidad; los míos fueron siempre un

atestadero de mil cosas a la vez, medio graneros y medio salones, vueltos taller de costura y barbechos. Eran un cuarto más, un gran cuarto con luz generosa y aire quieto que mimaban a las flores y en donde a nadie le llamaba la atención que las rosas viviesen el doble que las de afuera, y que la parra lograra unas uvas primas hermanas de los higos, en lo morado y en lo dulce. Mi hermana ponía su silla de mimbre en medio del patio y se ensimismaba en sus tareas de maestra que corrige tareas. Mi madre iba y venía por la casa como un canario venido a su jaula, y cantando también con su voz suave y entonada que se mullía en los cuartos y se desplegaba en el patio.

En cambio, el de ese palacete de La Serena era una despejada antesala a los salones que yo adivinaba como unas grutas altas y profundas donde brillaban las lámparas de cristal y los marcos de bronce en torno a espejos llenos de más grutas. Mi fantasía de lectora provinciana los decoraba con el lujo de los novelones y poemas que yo devoraba. Un mundo digno de Alí Babá y de D'Annunzio.

Cuando fui a Pompeya, recuperé de golpe todo ese patio y todos los patios serenenses. Había yo entrado a una de esas casas que solo han perdido la techumbre y el alabastro de las ventanas, y al hallarme dentro de su *atrium*, con esa abertura en el cielo raso, donde las nubes se hacen y deshacen en un cuadro vivo, y la luz se vierte para jugar sobre el mosaico del suelo, y con los mármoles y pinturas de las paredes, allí mismo sentí de golpe que había entrado al origen de todos mis patios chilenos.

De Roma nos venía la fórmula acogedora y doméstica que me hacía sentir mujer de ese lar, dueña de casa o invitada por ella a descansar unos meses oyendo el agua de las

fuentes y las risas de los niños que en estos patios resonaban como al interior de un ánfora. Sentí que la filialidad al Mediterráneo probaba en mi otra raíz de las tantas que nos sembraron los españoles, hijos de Roma antes que nosotros, sus bisnietos. En patios vivieron Virgilio, Horacio, Séneca, Catulo, Petronio y Cicerón. Iban del patio recoleto al foro batido de gente, como quien alterna verso y prosa, porque ellos tenían en su costumbre, la sana alternancia de módulos, de tonos, de modos de ser y de expresarse, que acaso no disfrutaron los medievales en sus madrigueras de piedra, y que seguramente nunca conocieron los nórdicos en su clima implacable. Se necesita de esa clemencia italiana y griega, de viento y resolana, para inventar y disfrutar lo que un patio significa de convivio humano y de antología de la naturaleza.

Cada casa de Pompeya era vecina de La Serena. Hasta la cocina, estratégicamente colocada para que el humo no se colara a los cuartos, coincidía en el emplazamiento usual y yo daba con ella como si hubiese entrado en una casa familiar —algo más decorada, es cierto— o bastante más, en las que tenían los muros taraceados con mármoles de muchos colores y con pinturas como calcomanías. Afuera, las callejuelas eran apenas más angostas que las de La Serena, Coquimbo, Vicuña y cualquier poblado criollo donde todavía perdure la traza española. No cuesta imaginar y ponerse a oír el grito de los vendedores, anunciando frutas, pescados, carnes, flores —en latín— que para ellos no era más que el idioma de todos los días, pero que para nosotros sería una emoción indescriptible: la emoción de oír lo cotidiano transfigurado en poema.

No querrían los pompeyanos estar oyendo a cada rato esos pregones, el rodar de los carros ni el ruido de las sandalias

de unos portadores de litera. Entonces, por descansar de tanto bullicio, se entraban a lo que llamamos el zaguán, donde un esclavo abría y cerraba la puerta densa y pesada, encadenado al umbral. He visto en el Museo de Pompeya los cuerpos vaciados en yeso de esos pobres diablos que no pudieron huir cuando los gases letales cruzaron la ciudad, desde el cráter a las playas. Vuelta a cerrar la puerta de bronce o de roble claveteado, al interior de la casa sonaba distinto: sonaba del agua que salta en una fuente de mármol; sonaba de alguien que tañía una cítara mientras recitaba a Esquilo ante un maestro venido de Atenas; sonaba de los niños que en el último patio correteaban sobre las acequias. Y cuando todos dormían siesta, solo se oía la fuente y los pájaros cantando dentro del naranjal en flor.

Los patios velan, apadrinan y conjuran esas resonancias y tales silencios, para que el canto o la conversación se luzcan como el mosaico y para que el sueño se hunda en cinco capas de humus y la casa entera se ensimisme en sus tejas.

Durante el Renacimiento los patios ya no eran huertos con fuentes, sino plazas de losas. Dejaban el jardín fuera de la mole para mirarlos desde las ventanas o para pasearlo.

La Europa distante del Mediterráneo ya no se puede conceder patios, urgida como está en ampararse contra nieve y hielo, viento y granizo. Abrir patio en un palacio o castillo era un riesgo de inclemencia alojada en casa. Lo consentían solo para lucir un cambio de guardia o el girar de las carrozas trayendo o llevando personajes a un baile de gala.

En Andalucía, lo romano rezagado y lo moro inserto crearon esos patios pequeños donde la dueña de casa ostenta sus cerámicas sobre el muro y sus macetas con penachos

de geranios en torno al pozo. Allí se vuelve a comprobar que sin sol ni buen clima es en vano pretender que el patio sea jardín. Los hondos patios que vi en Venecia —hondos a causa de la altura de los muros— apenas se iluminaban como las cisternas bajo una luz mortecina que solo amadrina hiedras y helechos. Eran lo más remoto de mi patio elquino con su alero bajo y un tapiz de sombra colgando en una o media muralla no más, quedando el resto entibiado por el sol.

Nuestro Señor ha dicho que en la casa de su Padre hay muchas moradas; yo siento el patio en ellas, el perfecto patio para cada alma bienaventurada.

*Pompeya, 1951*

Pienso en lo que yo habría sido de nacer bajo el régimen de lo que ahora anda en iniciativas gubernamentales con el nombre de “Aprovechamiento de las horas libres”.

No me faltó en la mocedad el amor del trabajo manual; pero mi gente me puso a enseñar, porque todos ellos habían sido maestros: el padre, la hermana, la tía monja, todos. Bajo la gracia de las “horas libres”, yo habría casado muy bien mi profesión a un oficio, con ese matrimonio, el más salubre que puede hacerse en las del cuerpo y el alma.

El telar, el torno de alfarero, la marmita de tintes, los cameliones de un huerto, cualquiera de estas cosas pudieron ser las dueñas y señoras de mis manos. Hormiguea todavía dentro de mí en la entraña vocacional que todos llevamos, el convite a uno u otro de estos menesteres. Me llama todavía en donde quiera que él suene el pedaleo de unos telares; el barro rojo, el prieto y el blanquecino, buenos de moldear y cocer, casi me hablan en donde los encuentro; y la maniobra del tintorero me alborota con la transfiguración de las telas brutas que hace el color. Cualquiera de estos oficios pudo hacerme feliz como un rezago de la Edad Media en mí, su hija retardada.

Pero también las “horas libres” pudieron haberme atrapado con la música. No me conozco para ella ninguna habilidad, pero sí un apetito fallido; una tremenda avidez. El órgano, el violonchelo, el arpa, me habrían hecho señas desde la sala de música que tendrán y ofrecerán las “horas libres” a los amantes pobres de la musa mayor. ¿Cuánta cargazón de amargura me hubiese aliviado cualquiera de

los tres graves y dulces instrumentos! Un alma más aplacada, y más rítmica, es decir más “acordada”, pudo ser la mía por obra y gracia de esos tubos, esas cuerdas y esas cajas musicales.

Me acuerdo también de una casi decisión que mi madre me atajó. A los catorce años vi trabajar a los tipógrafos, y los rectángulos llenos de duendecillos de plomo, y el suave manipuleo del obrero, me fascinaron. Escogiese yo esto o aquello, estoy segura de que las “horas libres” me hubiesen añadido humildad, y que la camaradería de un trabajo colectivo, colegiado plural, me habría quemado en cierne la pasión o el vicio de la soledad que me vino tal vez del libro, egoístón y aislador.

Las “horas libres” me hubiesen regado, además, la planta de la alegría, que en mí nació enteca y pobre. Sé que la sangre bien batida por el trabajo corre mejor, sea que al alma, socia del cuerpo, le alcance el ritmo de cualquier artesanía, el hecho es que rara vez se ven artesanos tristes o ácidos. El cuerpo quiere vivir entero y se vuelve pesadote y se llena de morosidad si usamos solo el remate de él, este cogollo que llaman cabeza y que en nosotros, escritores, es lo único que vive y madura.

Los que gozan del régimen de las “horas libres” son más dichosos y serán más ricos que yo: digo que bajo la parda capa de esa entretención vespertina se esconde un tesoro, una llama que da calor como el sol o el radio.

Gran vagabunda soy hasta cuando vivo sedentaria. Voy a mi tierra cuando quiero. Ando su campo o me entro por las casas. Mejor si ellas son talleres. Mejor todavía si son el local de las “horas libres”, es decir, una casa de oficios

varios. Miro los tapetes, los cueros labrados o las vasijas de barro. Veo que la gente es bastante feliz, moviendo los telares del choapino como quien aviva a criaturas serviciales. Los que trabajan en hierro forjado vuelven al viejo trato con el elemento más hermoso de todos, que es el fuego. Los que combinan para la cerámica la preciosa porción de sílex, feldespatho y creta, y gozan los placeres de la vieja rueda del alfarero que nunca paró de girar en este mundo.

Me contagia el placer que veo en la cara de los aprendices. Me gusta que tengan lo que yo no tuve y que sin darse cuenta ellos ganen los gestos, los ademanes, la naturalidad, la vivacidad y la destreza que son las marcas del hombre que trabaja con sus manos. Se liberarán de la pedantería, plaga de pueblos nuevos y a medio desbrozar; se librarán de la irrupción de vanidades que brotan como hongos; en los ámbitos llamados cultos mundanos, quemarán muchos lastres burgueses.

Y los que, además de eso, hagan música coral, entenderán mucho más que mi generación aquello del “acuerdo nacional”, de la convivencia cívica, del ruedo de la chilenidad: aprendizaje de vida o muerte, y por cuyos bajos puede colarse no el buen sol, sino la negra disolución.

*Agosto de 1921*

## EL PAÍS SIN CREPÚSCULO

El crepúsculo se ha vuelto como más rendido de cuantas alabanzas lleva en su ridícula bolsa de vidrios insensatos.

Cada hombre que quiere ser poeta (y cada pobre diablo también), se ha probado el alma en sentir el crepúsculo.

Por todo eso, el crepúsculo ha parado en más caduco, de fatiga, como los hombres demasiado alabados.

Yo no lo amo. Yo le odio su traición de pulpo blando que babea el noble poniente y se come la vida. Yo le odio el ojo sesgado de ladrona doméstica cuando se va con mi día, que me era fiel y quería quedarse en mi cara; la maña callada con que me hace resbalar la luz que estaba tendida de mi rodilla a mi rodilla como una gran mazorca luminosa.

Yo le sigo con rencor la zancada en las colinas de Grenoble, una a una. Son veinte, son más, y la luz valerosa, la luz cabal, se va y nos deja con la obra viuda entre las manos.

Y yo no soy más sin el día leal, yo no tengo más la palabra entera ni la marcha robusta. Yo no soy más.

Después viene la hora que dicen tímida, y que es la hora de la traición, en que la tierra de facciones íntegras se vuelve peligrosa, toda entera como un camino que se fundiera, vaga como un fondo marino; y el árbol es una pirámide de algas, el Ródano, una fábula y mi casa de piedra algo a cuya puerta no se llama porque tal vez no exista.

¿A dónde se va, con su red de peces rojos, con las naranjas de Java de mi gozo, el gitano del crepúsculo, que nos da sus espaldas de mentira, y cuya cara vuelta al poniente nadie ha visto? ¿A dónde se va el hombre de paso de zorro?

¿Hacia qué país de fuertes, donde un atrevido le tumba como a un mendigo sin huesos, y clava la pica del día encima de él, para que nunca le abandone, y la cara que besa le quede eterna, sin mengua, enfrente de su cara?

Allá, donde el crepúsculo es vencido, están los hombres y las mujeres fieles, parecidas al cedro sin joroba, que porque no han visto anocheecer ignoran la huida, y permanecen, permanecen. Tienen un perfil de agaves duros y sus cinco sentidos meridianos no han olido el olor de buitre de la muerte; y su ojo apacentado en la luz no se levanta y se baja a cada hora para espiar el horizonte.

Tranquilos, en el mediodía blanco, ellos hacen su estrofa larga o la tendadura de su surco.

Como un ladrón detrás de un ladrón, yo me iré un día siguiendo al mendigo cínico del crepúsculo, por la ciudad en que camina derrengado, después por las colinas donde salta como un prestidigitador, hasta que lleguemos a la tierra en que él se acaba.

En el país donde han fijado como una torre de plata y oro el día sin engaño, el día de alto cuello, se podrá vivir sin oír hablar nunca de la noche que muda la montaña y roba la puerta de la casa. En el país del centauresco mediodía, el pecho del hombre es el mismo, pero parece mayor porque no disminuye; las obras de la mujer son iguales, echadas en su regazo, solo que en el sol blanco parecen frutos de

mármol, exentos del otoño que pone la rojez y el gusano  
en el mismo gesto.

*Diciembre de 1927*

Pequeños países que tienen la modestia como su aire natural y no son cogidos por la lujuria de la dominación. Pequeños países en los que ninguno posee demasiado, por lo cual en ninguno de ellos el poseer se pasa al dominar.

Generalmente carecen de brusquedad y hay en ellos la modestia y el pudor que crean los espacios pequeños que todos miramos cada día.

Por conocernos vivimos el semblante y el aliento próximos, y la alegría o el dolor nos son comunes. Eso llega a volverse la ronda de hombres en que el pulso del primero llega hasta el último. No es posible por ello ignorar la miseria grande ni quedar fríos en el trance de la tragedia vecina.

(Si tal cosa ocurriese, el egoísta viviría asaetado por todos los ojos).

Suelen ser ellos, pues, unos países en los cuales desde el primero al último hombre han aprendido la fraternidad efectiva, el tocarse con los codos tanto en la fraternidad como en el descanso más placentero.

Sobre un suelo pequeño y próximo bulle la variedad de los oficios humanos: sobre quinientas o mil hectáreas de tierra se mueven a la vez el pastor, el gañán, el hortelano, el jardinero, el albañil, el decorador, el orfebre, el escultor, el herrero, el tejedor, el poeta y el músico: todos los ofi-

38 Publicado en el *Repertorio Americano*, Costa Rica, n° 18, t. XII, el 8 de mayo de 1926.

cios. Y es así como resulta que la tierra pequeña no padece hambruna.

Allí está el que hace la casa, allí el que ensambla las piezas del reloj; más allá, el que hace cantar a un gran coro, cada uno en lo suyo, y lo suyo es sabido, respetado y querido por todos.

Tierras en las que el hombre sabe que lo parvo puede llegar a ser lo óptimo, porque se repite hasta parar en lo cabal corrigiendo la mentira tonta de que son sinónimos mayor y menor, pequeño y peor.

Además, los hijos nacen allí sabiendo que el prójimo es realmente su semejante y que él no dañará a su hermano sin dañarse a sí mismo.

Y sabe que aquel que siembra su maíz o riega sus frutales al otro lado de la frontera jadea el mismo afán, cosecha con igual euforia o padece igualmente de la misma sequía de la que él padece.

La patria pequeña a nadie debe amargar porque un niño pueda recorrerla entera.

Por pequeña, ella se vuelve carne de su carne y hueso de sus huesos, y el niño puede llegar a hablarle como a una criatura viva, por sabida y presente, y como quien nunca cortó el diálogo de hijo y madre. (“Buenos días, valle de Elqui”, suelo decir yo a medio despertar, en cuanto me cae desde la ventana el primer rayo de sol).

Tierra domada es la pequeña, sin barbarie de pedregal ni de matorrales ciegos: toda ella sabida e incorporada a nuestros sentidos: al ojo, al oído, a la palma de la mano.

La patria pequeña es tierra regada, es decir, dichosa; ella no cruje de arenas áridas; ella es apta para sustentar sus hombres, lo mismo en la montaña que en el llano; como vive humanizada por un largo servicio, ella ignora la ofensa del desdeñoso.

Patrias felices son esas y viven bajo el concepto de que el espíritu no necesita espacio sobrado para existir; que lo mejor y hasta lo óptimo puede sembrarse y prosperarse en un millar de hectáreas. Y son esas unas patrias a las que no pueden humillar las de extensión mayúscula que se asoman a dos mares, porque ellas también han dado al mundo artesanías, telas y canciones, hermosos templos, cuadros y libros próceres.

Se reúnen los fuertes en asambleas y tienen que dar asiento inmediato a esas patrias mínimas, porque suelen poseer tanta honra como ellos, y porque hacen falta en los debates universales, y el mundo no viviría sin ellas una dignidad ni un rostro cabal.

En el alfabeto de los pueblos suelen ser estas patrias la consonante dulce que ablanda la brutalidad de las vocales bruscas o el paréntesis que dulcifica la tirada espesa del período. Pequeñas patrias son estas cuyos hijos no vocean su nombre por doblar su talla personal, porque estos hijos de geografía pequeña se saben mejor que los otros, el bulto espiritual de aquella madre minúscula que les dio un alma suficiente para amar y para crear.

Los cristianos, los paganos y los menos que paganos adoptan en bloque y con ánimo contento, esta más que toda otra fiesta de Cristo. La Navidad tiene su fascinación, que se ejerce sobre todas las sectas, excepto la judía, testaruda como un cuerno y sin permeadura posible como la piedra pizarra.

Las gentes que con la clave de la gracia presente o ausente explican la criatura lo mismo que el acontecimiento afortunado o huero, pueden afianzar pie en la fortuna de esta festividad que a todos ha vencido con su inaudita belleza, que a todos ha cogido en su trampa divina.

Dios ha venido al mundo cumpliendo una larga promesa, pero ha venido en la forma de un niño, sin querer hacer un salto sobre la puericia y sin querer hacerlo tampoco sobre la pobreza. Está ahí con una hora de edad; quien llega a verle le mira el frío, su desnudez la quiere también como para un testimonio más evidente de que está aquí: un desnudo se ve mejor, se ve dos veces.

No hay campanas que remezcan la rama gruesa del corazón como las de esta Pascua mayor; enseguida de ella vienen las otras de Resurrección, Cristo nacido o Cristo recuperado: no hay más fuerte noticia que pueda sernos dada.

La tierra, más pesada que ella misma, porque pesa de pecado, de ignorancia o de empecinamiento, sumisa y todo a su ley

39 Publicado en *La Nación*, Santiago, diciembre de 1951.

de no auparse, en esta noche se empina; entiende que alguna cosa mejor que ella la zafa de su quicio y se deja hacer; su Dueño la atrae hacia él, la toca en memoria de haber sido su criatura, le cuchichea algo, mejilla a mejilla, y después la devuelve honradamente a su cuenca de espacio.

Siempre he sentido esta levedad de la tierra en la Nochebuena, este aligeramiento en que nuestro pobre cuerpo, nuestra casa y la ciudad que nos ha atrapado, cambian cada uno su peso por el peso del Niño y en que las cosas que son más ligeras que las mentadas, el fruto que se come o el libro que está en la rodilla, adquieren la calidad de ese aliento nuevo, soplado en el mundo: el aliento del Niño.

Dicen que la dicha de las cosas es perder gravedad y lo cuentan sin soldar la afirmación con este asunto de la dicha del mundo puesta en un Niñito y tampoco se hace naturalmente referencia a esta noche en que algunos sienten su cuerpo adelgazado, de pulpa a membrana de pulpa. Por otra parte, la constatación no añade ni un gramo a la dicha. Trocar el cuerpo aunque sea por uno mejor, daría mucho azoramiento si no se nos quedase entera, y al revés del resto, se nos agradase como soplada, la memoria.

Muchos contadores, paganos y cristianos, se ponen precisamente a acordarse en Nochebuena, mejor que en el día de balance del año. Yo también me acuerdo en ella mejor, y con la facilidad de recuperar, me viene un extraño apetito de ordenar en mi falda como las piezas de las casitas de armar y desarmar cuando las demás Nochebuenas vividas, tantas que da un pasmo de que sean tantas. Muchas se me han perdido y están fuera de mí, de tal manera que si me las dan no las reconozco y las devolveré al que me las haga presentes. No fueron ni buenas ni malas y en la memoria

hay una especie de aristocracia que acepta lo absoluto de mal o de bien, y no cansa el regazo con la plebecita.

Me acuerdo de una de mis cinco nochebuenas de Los Andes, que se me ha hecho un bloque. El paisaje es cosa tan fundamental que no se muda realmente de sucesos sino cuando se cambia de paisaje. El cielo de constelaciones como licuadas, el aire generoso de doscientos huertos frutales que ciñen la pobre ciudad, y sobre todo la montaña unificadora de toda cosa, me cuajan una sola Navidad.

Noche tan cálida es la de diciembre que los niños no entienden el frío de Jesucristo en Belén y es justo que no lo entiendan; noche, además, tan asistida de frutos en cualquier mesa, aun la pobre, que tampoco entenderían si se les contase que la diosa azteca de los frutos, o Pomona sencillamente, fue a ver al Niño llevándole una guirnalda terciada de frutos del hombro a la cintura, duraznos ardiendo y damascos capitosos, y que la pagana se cristianizó allí mismo.

Aquel de constelaciones vivientes “habla”, tiene algo que decir y se agita de ello. Grandes y muy terrenales esas constelaciones de diciembre, casi una cosa de coger. Nunca fueron para mí en la infancia lo que es la estrella para el hombre de la llanura, divinas por lejanía y desasimiento de nosotros, sino una como rama más alta del árbol del mundo, bien de la tierra, bien mías, por lo tanto. Me hubieran contado a los cuatro años el culto del árbol de Navidad y yo tomara por eso el cielo suntuoso del valle de Elqui —el mismo de Los Andes— con la familiaridad de la naturaleza que tuve de niña y que me ha crecido hasta hacérseme el compadrazgo juguetón de hoy.

Me veo con una banda de niños esta noche. No eran las burguesitas de mi escuela, las de comer jamón y torta mórbida a esta hora; eran “los otros” de los barrios en que esta noche es como todas; niños sin ninguna fábula del pesebre, cuatro añitos y siete añitos a los que nadie ha contado la gesta sobrenatural del buey y el asno sin gestas, la fortuna de unos pastores despertados por ángeles y la gran aventura de la tierra misma, de sentir lomito divino encima de ella; niños sin Selma Lagerlöf reciben la dicha de mano de la imaginación que es madre rica.

No me acuerdo de mí misma en estas nochebuenas andinas; ignoro si yo tenía oración verdaderamente cristiana para el pesebre en esos años capitosos en que, echada contra un árbol, yo era un tronco alentador no más, y en la cordillera partida como un gran toro de sacrificio, una especie de agua despeñada que no se mira a sí misma. Pagana, y bien pagana, que se había metido por la fuerza en el zapato de fierro de un budismo con el que al fin no pude más; eso parece que haya sido yo por aquellos tiempos.

La Pascua y el Año Nuevo de Magallanes se me han fundido y no sé despegarlos. Me acuerdo de la granja perdida en la pradera desatada. Cuarenta kilómetros a norte o a sur para encontrar una majada. La clemencia de la estación la goza aquella gente como nadie después de un invierno que a fuerza de mal, parece creación del diablo y no jornada natural de la tierra; quieren poseer las noches tibias y las pasan al descampado.

Estoy viendo al grupo patagón y al medio una sola extraña. Estamos sentados en torno de un fuego grande que alumbra hasta donde puede esa llanura en que yo, hija de quebrada, aprendí el goce y la dignidad del espacio. Hay

un poquito de niebla vagabunda, de esa que en invierno se vuelve una emboscada para el que camina y le da la ceguera, pero que en verano, cuando llega a cuajarse, es una niebla en derrota, que corre bajo aquí y allá como un perro golpeado, y se mete al fin en un matorral que la guarda.

Los demás asan el consabido cordero, y yo lo llamo de Abraham, porque el paisaje merece la mención. La patrona limpia la buena porcelana en que la lonja luzca y que a mí me sobra, porque la comeré, lo mismo que Abraham, a pura mano habilidosa y robusta mordida.

Me entiendo yo con el negocio del fuego, que es el único menester de los de una cena que yo conozco, y lo cumplo a lo mágico, cuidando que la llama sea grande, y además que sea hermoso, como debió ser el fuego de las acciones de gracias, un poco fanfarrón, de puro ancho y crepitador, y con una cresta pura que sería la lengua del agradecimiento.

Cortar el cordero es para aquella gente un rito importante, aunque lo repitan cada semana, y el descuartizador adquiere en aquel momento preponderancia de héroe sobre los comilones sentados.

Distribuido el cordero, que ahora sí fue de oro, la patrona coge el cuchillo del trance, lo enjuga en el mantel de damasco y me lo pasa como su regalo de Año Nuevo. Es un cuchillo grandote, de hoja bastante bruta, que habrá rebanado unas mil gargantas mullidas de corderitos. Pero el mango es cosa de ver: entero de plata indudable, de grave plata labrada por buen platero y que tiene musarañas que a mí se me ocurren unas patitas cruzadas de huemul o al menos de chinchilla. (Habría que creer a Pedro Prado que el huemul existe aún y que él lo ha mirado adentro de los bonitos ojos húmedos).

Como yo me sonrío volteando el cuchillo y cuando me lo acuesto en las rodillas suelto una risa grande, la patrona me pregunta si ella ha hecho una majadería dándomelo. La sosiego, diciéndole que “eso” lo mismo corta la carne que el pan. Antes de que me corrijan el regalo, yo tomo la “telera” tostada, que en el suelo parece una rebanada de tronco también, la telera que se amasa para la semana, y la parto con unos cortes briosos y petulantes, y que me hago celebrar del grupo. (No hay elogio que más nos plazca que el que nos dan precisamente por una cosa que hicimos por casualidad).

Después conversamos de cómo en la llanura patagónica es posible a pesar de lo que dicen los pícaros, crear la granja pequeña y sostener el ganado mediano. Porque ella, la patrona que me aloja, es una de las que a duras penas sostiene su cuadrilátero de hierba, sin querer venderlo a las sociedades anónimas, que quieren engullirlo todo y que son en el tiempo lo que David para Urías en aquel otro.

Me cuentan ahora la caza de las lindas bestias patagónicas y yo oigo embobada, atizando el fuego que mientras más se aglutina la noche, va pareciendo más extraño y más heroico.

El olor del robusto yantar se mezcla con el de la parva de leña devorada, cuando la buena pira se tumba por un tronco que cae, yo me levanto a enmendarla con dos troncos más y, entonces, miro la noche ahora más poblada por aquellos perros vagabundos de la niebla, que se acercan al grupo.

Mis navidades de Europa han sacado su calor de mi pura entraña y no hay cielo estrellado ni aire tibio ni tierra piadosa que me hayan ayudado con una miaja. Los climas genero-

sos, que son una como paternidad para mí en este mundo, no me ayudan más a ser dichosa y en esta noche el hielo me impide salir a la intemperie del Niño, de la Virgen y del viejo José, al aire desnudo en el cual el resuello del buey se ve como un embudo de vapor y se oye el hocico del asno restregarse contento en la paja, que de cosa de comer se le ha vuelto cosa de adorar.

Aunque vivamos aquí a la orilla del mar, y aunque el mar borrona siempre el cielo, de modo que las estrellas, de agudas, se vuelven mórbidas, esta noche es todo lo límpida que puede, gracias a la escarcha que purifica como si fuera su sacramento. La atmósfera es leal en compensación de no ser dulce, y el festejo de Sestri alcanza a oírse a ratos y el doble riel de luces que sigue a la costa ligúrica hasta Génova, se ve neto y parece querer excitarnos con un camino ardiente hasta Belén, un Belén invertido que estuviese en el otro extremo del Mediterráneo.

La Navidad deja caer de su vieja mano ancha muchas sugerencias, digamos las más comunes. Una sugerencia de alianza entre el hombre y la bestiecita, que si no sabe adorar, sabe guardar del frío el bultito que se adora. Una sugerencia de que la infancia ha de estar como una joya mirada fijamente por las otras tres edades: José es viejo, María es un adolescente; los pastores son hombres maduros y las bestias una subinfancia que también hace presencia protectora. En fin, una sugerencia de caminos que hilvanan esta noche la tierra. Los tres Reyes hicieron una cabalgata que asustaría a los reyes poltrones que nos han venido, y como dicen que cada Rey Mago corresponde en el color distinto a una manera de alma, resulta que cuál más, cuál menos, todos en Navidad caminamos, derrengados o briosos, hacia Belén.

Vamos trotando hacia Belén con la misma intención de adorar al desnudito que tiene encima las puras grecas ardiendo del Zodíaco: aquel que se ríe y contesta que él no va, también va, llega y adora, volviendo un poco la cara; y este otro que dice que ha ido, pero buscando el árbol de Buda mejor que un pesebre sirio, que es doble suciedad, también fue y se quedó prendido en el Niño que le pareció mucho más lindo que el Buda engrasado y benévolo; y yo, que parezco haberme acomodado a este hall para no moverme, con un airoso pino de luces al lado, lleno de estalactitas de azúcares y de pájaros de hojalata o de felpa, y niños de verdad, sentaditos a mis pies como debajo de otro pino.

También con aquellos, descuidada por primera vez del yantar de Nochebuena y mejor que ellos, sé a lo que voy: a mirar fijamente el pesebre toda la noche, hasta que entre en mí como una flecha el sentido del nacimiento, un sentido terrestre, que el otro me lo tengo sabido.

Quiero contar las “posadas” de la Navidad mexicana: la Virgen, camino de Belén, se cansa a grandes trechos; entra en alguna casa y hace en ella “posada”; sigue caminando y más allá cumple la segunda posada y así el resto, hasta poner pie en la ciudad del empadronamiento. En memoria de esta Virgen trotadora y hospedada en tantas partes, el mexicano celebra las “posadas” y en la Nochebuena recorre varias casas, las que mejor reciben, yo supongo.

Las “posadas” mías fueron muy pocas. La primera visita a mi alojadora la dueña de mi casa de San Ángel, que más que alquilarla me la regala discretamente. Confituras en la mesa que espera la comilona cuyo vicio se conoce; una imaginación fabulosa para manejar las frutas en complici-

dad con el azúcar, y el saludo mío para la amiga con quien he leído villancicos y “rondas” como para hacer primero bailar y después dormirse a todita la meseta de Anáhuac.

La segunda “posada” en la casa de Palma Guillén. Allí está esperándome el abrazo parecido al de mi madre, el de una vieja pequeñita que como ella solo me alcanzaba a la cintura y yo iba por él como por un objeto. (La posada de ambas está ahora en el abra del cielo donde por la misma inmensidad los menudos cuerpos gloriosos serán más primor y donde ambas parecerán las meninas del Dios Padre).

La tercera “posada” en la casa de Vasconcelos. Estoy viendo la mesa espaciosa que es la única que para escribir como para comer le da gusto al ambicioso. Faisanería y vinos yo se los cedía con el trueque de los fruteros; siempre yo propuse ese pacto; el dueño de la casa aceptaba riendo y creía ganar; estoy segura de que ganaba yo; los fruteros tenían el uno, capota de oro, los mangos que son el sol mismo, refrenado como en la meseta; el otro una capota cardenalicia, las pitahayas que son el mejor púrpura vegetal; al final una capucha franciscana, los terrosos y perfectos chicos zapotes.

Oígo la conversación de Vasconcelos que explica su Navidad como un estado de iluminación común, en el cual el pastor ve el ángel mejor que Swedenborg, y las bestias ven la aureola del Niño como la paja verdadera. Y oígo a Palma Guillén tejándole a la teoría de la videncia universal los punzones heréticos con su navajita santotomasina que corta precisa y redondo. Yo siento un miedo grande hacia la teología como hacia los campos de hielo en que resbala el pie, y mortalmente, y solo les puse más o menos este comentario:

“Mirado uno por uno los comensales, el único que tiene cara genuina de pastor soy yo; ver que detrás de la puerta puede estar el canastito de quesos y de miel de avispa, que me corresponden. Los teólogos fueron al pesebre solo después, en el cuerpo blanco, amarillo y negro de los Reyes; pero el hecho sin vuelta es que los pastores vieron al Niño de horas, que solo ellos fueron avisados por ángeles y convidados al asombro”.

Los comensales *fojean* bien mi cara; yo vengo llegando con un mes de sol de la sierra en la cara y mi rusticidad, natural confortada, y ninguno me niega que la cara de pastor que hay en la mesa es la mía.

Los sarapes echados sobre canapés y sillas, y el que saca la orilla debajo del mantel consienten las alusiones de Belén y la conversación que tiñe de sí mismo Vasconcelos, se pone cálida e ingenua, pintada de anécdota, como debió ser la de los Reyes Magos de vuelta de sus reinos, cuando les pidieron las gentes crónicas de lo sucedido.

SOBRE CUATRO SORBOS DE AGUA  
Y UN POEMA: “BEBER”<sup>40</sup>

Vuestro poeta Walt Whitman miraba el mundo como un torbellino de imágenes, y el gran intuitivo no erraba. ¿Qué otra cosa es el mundo sino eso: un torrente ininterrumpido de gestos, hechos y formas huyentes? Todo escapa, pero dejando su imagen, cogida o desperdiciada por nosotros. La catarata de formas y colores no cesa ni a la noche cerrada. Siempre hay alguna luz que nos deja atraparla o hay un ojo abierto de búho que la toma. Pero, además, el rayo de luz que, según los astrónomos, después de rasar la tierra se lleva consigo, abismo abajo, cuanto rasó o vio, ese rayo sería un Whitman celeste, arreador de todos nuestros actos por la eternidad.

En esta familia inmensa de imágenes, las más valorizadas por las gentes son las extraordinarias: una costa brava, una batalla, un oficio religioso, un vuelo de aviones. Los sentidos populares, pese al tiempo, siguen siendo espesos y necesitan de la remecida para recibir y gozar.

Bajo el romanticismo la imagen despampanante reinó y gobernó. Ella sería el plato fuerte del periodo o del poema; o sea, el terremoto que saca a todos a la calle. Los más populares entre los románticos fueron precisamente los que apuraron la brocha para dar las imágenes más sanguiñosas y azafranadas que fuese dable. El lector —pueblo, y este suele ser magnate o señorona— recibe de esta especie

40 Charla dada en el Foro de Lenguas, en 1947, en la Universidad de California y recogido en el libro de Gastón von dem Bussche *Reino*. Valparaíso: EUV/UCV, 1983.

tribal de imágenes el efecto de la *bouillabaisse* provenzal o del alcohol: la truculencia y la borrachera de los sentidos. Lado a lado con el color, andaba la resonancia verbal: el estampido.

Pero tanto se abusó del trueno y el rayo, que vino la reacción: en Francia esta se llama Verlaine versus Hugo; en la América del Sur, el degollador de gallos alharaquientos se llamó Rubén Darío; en Chile, Magallanes Moure, alma la más pudorosa entre las nuestras. Estos refrenadores del zafarrancho verbal se pusieron a reducir el ojo, adelgazando la retina o sencillamente volviéndola a su estado natural. Un francés dice que cuando lo natural se expulsa, regresa, y *al galope*, y cierto es. También el futurismo volverá a cauces normales cuando haya cumplido su bien y renunciado su *Terror dos Mares*.

Yo me confieso humildemente como una violenta; pero creo no ser una embadurnadora de cartones; cuando menos, no querría ser eso.

La imagen me fascina como a todos, niños, mozo, viejo. Porque imagen somos nosotros mismos, una pajuela que dura menos que el respiro en el foco visual de un pueblo y no digamos en la sabana de la luz cósmica. Vamos rodando, atropellados por la imagen siguiente; mucho es si nuestro bulto dura la pizca de unos años en la pupila de un alma fiel: la del amante, la del amigo.

El poeta lírico es un defensor de las imágenes en fuga; es el adolescente eterno del ojo vago, que se queda volteando la imagen que pasó al galope y resobándola en ese resobo dulce que el alma se sabe más que el cuerpo. Él toma al vuelo un ademán que ya se borró y queda a solas haciendo

con ese garabato un juego de posturas que resultará maroma o drama. Dando y dando savias de su alma, él guardará verde la hoja otoñal, días y años, y no lo hace por reguŝto de la muerte, que es por la porfía de la resurrección.

Egotista como es, resucitará a otros y a sí mismo, peleando contra su propia muerte a fuerza de memoria empecinada y a veces, como los grandes *saudadosos*, llega a lograrlo en la porción de cosas que más le importaron. Leyendo antologías universales suelo seguir las diferentes mañas y magías de esta pelea de mis hermanos contra la disolución, la suya y la universal. Y encuentro vivos unos vejestorios de mujeres que andan y hablan; y huelo unos bosques ya arrasados que siguen alentando y hasta bestezuelas que solo un momento fueron del terco animador. Son esas antologías unos valles de Josafat enriquecidos por paisajes, plantas y animales, donde parece que se intente salvar el río de la Creación, tal como Dios lo quiso, ancho y perdurable.

(Acuérdense ustedes de la cinta de héroes en Homero, que, por ciego, defendía en sus ojos género humano; vengándose la muerte a medias que es la ceguera, él recalentaba a sus yertos a pura fiebre, y los contaba y cantaba para que la resurrección continuase en quienes lo recitasen. O bien, remontando menos el tiempo, reléanse ustedes el mujerío en que se complació Tennyson el feliz).

Con regodeo, y de una a la otra, el enamorado las cuenta en un saboreo dichoso de la memoria, a la vez por vivir de ellas y con ellas, y defenderlas de su desgajamiento de acacias, en el aire infiel que llamamos tiempo.

A veces las imágenes caen dentro de nosotros en la misma revoltura que tienen sobre el mundo; otras veces ellas se or-

denan por especies o parentescos, convocadas y metidas en orden como la fila escolar o las familias botánicas. Las mujeres del poeta inglés tienen la manera regular e irregular a la vez de algunas constelaciones: la de Casiopea, por ejemplo.

II

Voy a leer un poema sin trascendencia de tono ni de forma: es un poco de mi vida puesta en cuatro ademanes que son uno solo: el de beber.

El día que hice este poema, así me llegarían las cuatro imágenes que se juntaron.

Fueron muchas más las manos carnales y líquidas en los cuatro puntos cardinales que han dado de beber a la errante, y no se las puede contar, porque eso pararía en una ración de la carta geográfica. Tal vez un día cuento a algunos de los que me dieron de comer, en mesas y al descampado, a los que me adentraron sin recelo en sus casas por servirme los primores de la tierra, y a los otros que dieron solo la bocarada de agua.

Cuando la vejez plena ya me cancele rejas y me clave en un rincón, entonces tal vez diga las muchas cosas que he vivido y que no tengo dichas.

Gracias al regreso de la poesía desde el romanticismo al cotidianismo, al cual aludí, y al repudio consiguiente de las grandes paradas verbales, es posible que alguien escriba sobre cuatro sorbos de agua, sin que se le rían a todo trapo. Siempre estuve cierta de que si las mujeres nos atreviésemos a contar todas nuestras naderías, si devanásemos en

la escritura lo que vivimos de puertas adentro, sentada en medio de la constelación viviente de nuestros objetos, y diciendo lo que sabemos de *nourritures* terrestres y cordiales, haciendo ver la mesa de todos los días, tal vez humanizaríamos este mundo, puesto a arder por atarantamientos, cegueras y locuras. En raras domesticidades anduvieron traveseando los pintores flamencos de interiores y mana de sus lienzos la dulzura de vivir y la maravilla de estar juntos y acordados de dichas y melancolías.

Desgraciadamente lo que voy a leer no es todo de puertas adentro, porque hay en mí mucho vagabundaje, o sea, intemperie, y el amor de la tierra todavía me lanza por rutas largas que llegan hasta vuestra California.

Fui una vagabunda y solo la dolencia me tiene ahora en quietud. Mudar de país no es malo, pero a veces representa una empresa tan seria como el casamiento: nos casamos con otra costumbre, lo cual es cosa muy seria. La lengua forastera nos toma y literalmente nos inunda. En esta especie de catástrofe, existen muchos bienes, sin embargo: la acción vulgar y cotidiana se nos trueca en novedad con solo mudar de sitio. Suele cambiar en nosotros aun el respirar, según la altura de la serranía o el bajo de la costa, y se avivan o se relajan el ritmo de la marcha y el del habla también. Ciertos paisajes vuelven búdicos al más desasosegado: las ciudades locas ponen a hervir. Nos azoran cosas que creíamos inmutables: el pan es más denso o más ligero; el agua se hace aguda o gruesa, en todo caso novedosa. El propio cuerpo se vuelve otro, zarandeado por el más o el menos de la electricidad atmosférica, y por los alimentos novedosos para la lengua.

Pero quien no goce la placidez o las alacridades de la atmósfera y la gesticulación de las montañas en el horizonte nuevo, y el que se atolondre por el sismo que resulta la raza extranjera, y el que se asuste de la casa extraña por estar hecha en cemento y hierro, y no en ladrillo o adobe, ese bien pudo quedarse en casa o puede regresar, pues no sirve para el oficio de vagabundo.

Cierto es que hay una especie de conjuración del país en contra del cuerpo intruso: cae sobre nosotros una serie de bautismos que quieren borrar el agua bendita de la pila bautismal. Rara vez lo extranjero resulta confirmación; lo que parece es conspiración, una prueba a fuego de cuerpo y alma. El suceso es un truke brusco del ritmo: la danza es otra, la tapicería también, los bailadores y... la orquesta entera.

Confieso que por voluntad mía o por temperamento, las tierras extrañas no me arrasan la costumbre, que apenas me la remecen, de que la tengo añeja y tenaz. Errante y todo, soy una tradicionalista risible que sigue viviendo en el valle de Elqui de su infancia.

Pero me acuden, esto sí, el paisaje nuevo, los frutos desconocidos del paladar, el habla opuesta y circundante, el bulto corporal, y los rostros, esto sobre todo: el semblante. El agua me sorprende en varios lugares, por suavidad o rudeza, levedad o pesadez. Mi propia agua aconcgüina yo me la sabía en la ciudad de Los Andes, pero ignoraba la próxima, la de nieves, o sea, el manadero virgen, cuya voluntad acérrima castiga al bebedor.

Me intriga el zumo de los frutos, que tengo por el alma del árbol, y me avine tanto con el coco antillano como para volverlo mi agua cotidiana. Y me embriaga el jugo de la

piña, al que sin respeto para los dioses griegos, me tengo por la ambrosía.

### III

El poema que voy a leer cuenta, primero, la novedad de mi cuerpo, bebiendo en una nevera andina; luego viene el sorbo primerizo en un coco de agua que yo recibí en la isla vuestra y nuestra de Puerto Rico, de manos de una niña sobre la costa claveteada de palmas. El tercer sorbo arrastra más tema.

De caminata por el campo, ocurre a veces que nos damos de beber a nosotros mismos sin aguardar más, y lo hacemos de bruces, en un *ojo de agua* o en un pozo indio. Como no hay tiesto que nos valga, la sedienta bebe según la Eva madre, ayuna de toda alfarería. Y como el indio de México es el varón más cortés del mundo (incluso que el francés o el turco), un zapoteca acude a sostener la cabeza de la tirada al suelo. Lo que se bebía no era ni sidra rubia ni limonada química, sino el elemento alabado de San Francisco, aquello que desaltera, pero además refleja, es decir, lo que os regala a la melliza de vos misma, sin mudarla, porque ella no hace trucos.

Pero, además, en aquella cara india cruzada con la mía había algo, un no sé qué de mi padre muerto. Entonces la bebedora supo de golpe que aquellas dos carnes, la oaxaqueña y la diaguita, eran casi la misma cosa. Desde ese día yo no me sentí huésped pegadizo de México, sino pariente, y las demás andanzas ya no tuvieron el mal dejo de la extranjería.

Los poetas, amigos míos, somos unos coleccionistas no solo de imágenes anchas, sino de gestos menudillos. Y por esa brizna solemos conocer a las razas. Las aprendemos en ellos tanto más que en sus ciudades, casas y templos.

El gesto, de mínimo, es casi imponderable, no pasa de un estremecimiento, una arruguilla, una firmeza o un temblor de la mano. Gesto y ademán son el pájaro mosca de nuestro cuerpo; menos: una plumilla que vuélase. ¿Pero cuánto sentido confesador hay en cada uno de ellos! Los pintores saben de esto, pero también los llamados pueblos primitivos, que son grandes atentos a rictus y dejos. Ven bien, mucho, hasta de más, como el chino y el mexicano. Salvajes no son, sino espectadores alertas e inmóviles que auscultan y atrapan.

Sobra decir que entre los gestos de beber cazados aquí, el que guardo más límpido y el que llega sin ser llamado es el último. Mi madre está delante de mí todavía, con su mínimo cuerpo, y me dice donaire para mudarme la cara seria y soltarme la risa, porque ella fue reidora, y feliz, sin razón de felicidad, por eso que llaman gracia de Dios. Los tradicionalistas empiezan y acaban cada cosa con lo suyo, como quien declara el nacimiento y rubrica el final, y yo según ellos remato el poema con la jarra que ella me allegaba cuando volvía de trotar los cerros. La autora de mi cuerpo dio también gestos y los modos de comer y beber, linda mujer que reía mis torpezas, en turnos de reprendedora y de cómplice.

Mucho dice el cómo nos dan de beber, o de comer, o de convivir. Dan algunos con bonito ademán, con sonrisa sobre el agua, sabiendo que ofrecen; y otros dan la copa con desgarbo, prisa o fastidio; otros la largan mecánicamente como quien pasa un boleto de tren. Y estas maneras de dar casi

resultan test... Todo está dicho allí en dos manos que estiran un vaso o sujetan una cabeza sobre el vertedero.

Aunque para los más sea poco el dar agua porque valoricen solo el dar alimento, la verdad es, a la siesta, en ruta polvorosa, y al sol vertical, llevar el agua a una boca cuenta tanto como servir una comida de mantel largo, ya que la sed es peor que el hambre.

(¡Cuánta habladuría, pacientes compañeros, para leer un solo poema!).

Dice algún clásico, que la lengua sobrada fue siempre cosa de mujeres... La poesía será corta y el comentario fue de leguas.

B E B E R

*Recuerdo gestos de criaturas  
y eran gestos de darme el agua.*

En el valle de Río Blanco,  
en donde nace el Aconcagua,  
llegué a beber, salté a beber  
en el fuste de una cascada,  
que caía crinada y dura,  
y se rompía yerta y blanca.  
Pegué mi boca al hervidero  
y me quemaba el agua santa,  
y tres días sangró mi boca  
de aquel sorbo del Aconcagua.

En el campo de Mitla, un día  
de cigarras, de sol, de marcha,  
me doblé a un pozo y vino un indio  
a sostenerme sobre el agua,  
y mi cabeza como un fruto  
estaba dentro de sus palmas.  
Bebía yo lo que bebía,  
que era su cara con mi cara,  
y en un relámpago yo supe  
carne de Mitla ser mi casta.

En la isla de Puerto Rico,  
a la siesta de azul colmada,  
mi cuerpo quieto, las olas locas,  
y como cien madres las palmas,  
rompió una niña por donaire  
junto a mi boca un coco de agua,

y yo bebí como una hija  
agua de madre, agua de palma.  
Y más dulzura no he bebido  
con el cuerpo ni con el alma.

A la casa de mis niñeces  
mi madre me traía el agua.  
Entre un sorbo y el otro sorbo  
la veía sobre la jarra.  
La cabeza más se subía  
y la jarra más se abajaba.  
Todavía yo tengo el valle,  
tengo mi sed y su mirada.  
Será esto la eternidad  
que aún estamos como estábamos.

*Recuerdo gestos de criaturas  
y eran gestos de darme el agua.*

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL PREMIO  
NOBEL DE LITERATURA<sup>41</sup>

Tengo la honra de saludar a sus altezas reales, los príncipes herederos; a los honorables miembros del cuerpo diplomático; a los componentes de la Academia Sueca y a la Fundación Nobel; a las eminentes personalidades del gobierno y de la sociedad aquí presentes:

Hoy Suecia se vuelve hacia la lejana América íbera para honrarla en uno de los muchos trabajadores de su cultura. El espíritu universalista de Alfredo Nobel estaría contento de incluir en el radio de su obra protectora de la vida cultural al hemisferio sur del continente americano tan poco y tan mal conocido.

Hija de la democracia chilena, me conmueve tener delante de mí a uno de los representantes de la tradición democrática de Suecia, cuya originalidad consiste en rejuvenecerse constantemente por las creaciones sociales más valerosas. La operación admirable de expurgar una tradición de materiales muertos conservándole íntegro el núcleo de las viejas virtudes, la aceptación del presente y la anticipación del futuro que se llama Suecia, son una honra europea y significan para el continente americano un ejemplo magistral.

Hija de un pueblo nuevo, saludo a Suecia en sus pioneros espirituales por quienes fui ayudada más de una vez. Hago memoria de sus hombres de ciencia, enriquecedores del cuerpo y del alma nacionales. Recuerdo la legión de profe-

41 Leído en la ceremonia de premiación en Estocolmo, Suecia, el 10 de diciembre de 1945.

sores y maestros que muestran al extranjero sus escuelas sencillamente ejemplares, y miro con leal amor hacia los otros miembros del pueblo sueco: campesinos, artesanos y obreros.

Por una venturanza que me sobrepasa, soy en este momento la voz directa de los poetas de mi raza y la indirecta de las muy nobles lenguas española y portuguesa. Ambas se alegran de haber sido invitadas al convivio de la vida nórdica, toda ella asistida por su folclor y su poesía milenarios.

Dios guarde intacta a la nación ejemplar, su herencia y sus creaciones, su hazaña de conservar los imponderables del pasado y de cruzar el presente con la confianza de las razas marítimas, vencedoras de todo.

Mi patria, representada aquí por nuestro culto ministro Gajardo, respeta y ama a Suecia. Y yo he sido enviada aquí con el fin de agradecer la gracia especial que le ha sido dispensada. Chile guardará la generosidad vuestra entre sus memorias más puras.





## MOTIVOS DE SAN FRANCISCO

L A M A D R E.

Hay que empezar como en el Evangelio del otro Pobrecillo por la alabanza tuya, madre de Francisco, María italiana.

Fuiste tú, Madonna Pica, la que cuajó en sus entrañas este grumo tan suave de carne que se llamó Francisco de Asís.

Venías de Provenza y bajaste al valle de la Umbría. En la mocedad te batieron tus robustos vientos y caminaste entre los oliveros y las viñas muy bíblicas de tu país.

Llevarías un cántaro al hombro como estas mujeres que yo miro bajar al lago, y a las cuales da el ánfora que roza la mejilla, la forma de algunas flores de corola bipartida.

Por el contraste de su rudeza con tu gracia, se posaron en tí

L O S P I E S.

- - - -

Los caminos se acuerdan de ellos como se acuerda la frente de una caricia.

Porque San Francisco iba siempre de camino. El dolor de los hombres pensaba, está esparcido por el mundo, y hay que ir buscándolo.

Los pies del pobrecillo eran nerviosos y estaban vivos como esas yerbas que, por un toque de luz en el ápice, parecen moverse sin viento.

Por el color se parecían a aquellas hojas del álamo que el otoño hace transparentes y sonrosa en las puntas, y por lo ágiles, eran como si tuviesen también peciolos como una hoja.

LA ROSA HELADA.

Francisco se paraba delante de una planta y después de acariciar le las flores, iba tocando en el tronco o las ramas un nudo negro, una cicatriz leprosa.

Y cuando encontraba una rama rota, se cortaba un pedacito del sa-  
yal para cubrirle la herida y <sup>por</sup> que ella no se desahagara.

Un día halló en el rosal preferido una rosa que no podía abrir ni  
bien. Le había caído escarcha y estaba con sólo dos pétalos en alto co-  
mo dos alitas abiertas.

-Pobrecilla, le dijo Francisco. El hermano Sol no te calienta lo  
bastante; pero tú no puedes perder la alegría de abrir que es toda la  
dicha en una rosa.

L A R E D.

Esta es <sup>la</sup> una red de pescador. Es dorada, y caída en el suelo parece una gruesa emmieladura que gotea mojando la arena. El pescador la coge, entra en la barca y se aleja un poco lago adentro. Ahora la alza, dándole un impulso como de vuelo; ahora la deja -- caer. Baja hasta a hondura del agua, en silencio. Mientras la barca cabecea, ella se está dormida en el fondo. Después, como en un sueño la veo subir cargada y siento su peso, que se marca en los músculos del brazo del pescador.

Así era tu palabra, Francisco, dorada como la red, sin brillo indiscreto. Así, con este silencio, se hundía en las almas, y a veces parecía muerta en el fondo de ellas.

LA LÁMPARA RITA DE ABITE.

*Para*  
La lámpara del fondo del templo, la que debe arder perennemente te ~~preocupa~~ y llevas al capellán de la iglesia pobre una limosna ~~para~~ sustentarla.

Yo he entrado en las iglesias al anochecer, cuando no hay fiestas ni se oyen los rezos de las mujeres, ~~que se derraman~~ <sup>ta</sup> por las naves como puñaditos de sombra.

El templo es más hondo por la soledad. ~~La nave parece una de esas grutas, que no acaba.~~ Por la noche, durante los grandes Oficios, la Catedral es gloriosa como una nave que va sobre el mar negro llena de fulguraciones. Pero en esta hora en que los oficios no comienzan todavía, la nave es dolorosa y no tiene otra cosa viva que esta lámpa-

**OTRAS PROSAS**

EL OFICIO LATERAL

En varias partes algunas gentes me han preguntado sobre mi vida y mi reparto en dos oficios que no son nada genios sino opuestos.

Empecé a trabajar en una escuela de la aldea llamada Compañía Baja a los catorce años, como hija de gente pobre y con padre ausente y un poco desahogado. Enseñaba yo a leer a alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachones analfabetos que me sobrepasaban en edad. A la Directora no le caí bien. Parece que no tuve ni el carácter alegre y fácil ni la economía grata que gana a las gentes. Mi Jefe me padeció a mí y yo me la padecí a ella. Debo haber llevado el aire distraído de los que guardan secreto <sup>que tanto</sup> del cual ofende a las demás.

A la aldea también le había agradado poco el que le mandasen una adolescente para enseñar en su Escuela. Pero el pueblito con mar próximo y dueño de un ancho olivar a cuyo costado estaba mi casa, me suplía la falta de amistades. Desde entonces la Naturaleza me ha acompañado valiéndome por el convivio humano; tanto me da su persona maravillosa que hasta pretendo mantener con ella algo muy parecido al coloquio... Una pagania congenital vivo desde siempre con los árboles, especie de trato viviente y fraterno: el habla forestal apenas balbuceada me basta por días y meses.

Un viejo periodista dió un día conmigo o yo di con él. Se llamaba Don Bernardo Ossandón y poseía el fenómeno provincial de una biblioteca - grande y óptima. No entiendo hasta hoy cómo el buen señor me abrió su tesoro, fiándome libros de buenas pastas y de papel fino.

Con esto comienza para mí el deslizamiento hacia la fiesta pequeña y clandestina que sería mi lectura vespertal y nocturna, refugio que se me abría para no cerrarse más.

Lefía yo en mi aldea de la Compañía como todos los de mi generación leyeron: "a troche y moche", a tontas y a locas, sin idea alguna de jerarquía. El bondadoso hombre Ossandón me prestaba a manos llenas libros que me sobrepasaban casi todo su Flammarion, que yo entendería a tercias o a cuartas, ~~las~~, y varias biografías formativas y encendedoras. Parece que mi libro

La Palabra maldita

Después de la carnice  
ria del año '44, la pala  
bra "pay" andaba en  
las bocas en un reque  
~~to de salvación, de de~~  
~~coro humano, con un~~  
gusto casi eufórico; ha  
bía pasado la idó del  
aire el olor más nau  
seabundo que <sup>se</sup> empuja.  
~~sea~~; el ~~de~~ la ~~caus~~  
sea <sup>de un</sup> ~~caus~~ <sup>se</sup>  
insectos ~~periclitados~~  
con el ~~que~~ <sup>se</sup> sea la  
llamada " ~~caus~~ <sup>caus</sup> ~~caus~~  
del hombre."

La humanidad  
es <sup>una</sup> ~~una~~ ~~caus~~ ~~caus~~  
ya olvidó eso, aunque  
los muertos cubran  
sarcófagos de quietos  
algunas ~~caus~~ ~~caus~~  
hectáreas ~~caus~~ ~~caus~~  
coladas <sup>de la</sup> ~~caus~~ ~~caus~~  
pa - la que todo ha ~~caus~~  
casi todo y ~~caus~~ ~~caus~~  
lo que ha ~~caus~~ ~~caus~~



MENSAJE ← PARA LA CELEBRACION DEL ANIVERSARIO DE LA DECLARACION DE LOS DERECHOS HUMANOS.

Hace ocho años dos palabras bajaron hacia las multitudes de varias naciones y de millones de hombres, y son esas palabras las que celebramos hoy en la forma de los Derechos del Hombre.

Muchas patrias ya concebían esta honra, pero no eran todas las criaturas quienes gozaban de estos derechos. Este día llegó por fin hace ocho años y lo celebramos como un nacimiento pasual.

No eran pocos los que dudaron de que la libertad acarreesse bienestar a los pueblos retardados y ellos mismos habían reusado a hombres y mujeres esta gracia tan justiciera como cristiana.

Celebramos la universalidad de vuestra hazaña civil, pero dura en nosotros todavía un gesto de tristeza. Echemos una mirada hacia el Africa y también al Asia y quedaremos pensativos.

Recordemos en esta fecha el ancho y noble bien logrado y hagamos con fervor el voto de que esta fecha será en el Calendario de 1956 absolutamente gloriosa. Jesucristo, Nuestro Señor bajó a redimir no solo a sus multitudes hebreas; El bajó a salvar a todos los pueblos que vendrían después. Los presentes que estábamos hartos de ésta larga espera, los que no aceptamos seguir viviendo como entes privilegiados continuaremos esta campaña. En ninguna página del Evangelio hay algo que se parezca al privilegio y menos aún al ra-

cismo, dos cosas que rebajan y ofenden al hijo del hombre.

Yo sería feliz si vuestra noble campaña por obtener los derechos del hombre fuese adoptada con toda lealtad por todas las naciones del mundo. Este triunfo será el mayor entre los alcanzados por nuestra época.

Gracias sean dadas a las naciones heroicas que después de tan ardua campaña han obtenido un triunfo tan precioso como cabal para la humanidad.

10 Diciembre, 1955



## C O L O F Ó N

*Obra reunida de Gabriela Mistral* incluye sus textos más importantes y significativos, aquellos que se podrían denominar como canónicos, editados en vida por la autora, y que han sido publicados en libros individuales y en diversas compilaciones anteriores, y también una cantidad significativa de textos póstumos, inéditos y dispersos que estimamos acabados y no en proceso de escritura. La concepción de esta *Obra reunida* es, principalmente, la de una edición de divulgación para un público lo más amplio posible. El texto fue compuesto con la familia tipográfica *Biblioteca*. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos chilenos 1776-1818* (1963). Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición consta de mil ejemplares y fue impresa en Graphika Impresores. Santiago de Chile, noviembre de dos mil veinticinco.



EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

<b>Director</b>	Thomas Harris Espinosa
<b>Diseñador</b>	Felipe Leal Troncoso
<b>Asistente editorial</b>	Carla Salazar Núñez
<b>Secretaria</b>	Araceli González Cerei
<b>Distribución</b>	Nora Carreño Cepeda

UNIDAD DE PROGRAMACIÓN  
Y DIFUSIÓN PATRIMONIAL SERPAT

<b>Coordinadora</b>	Valentina Orellana Guarello
<b>Mediación</b>	Francisca Santibáñez Marambio
<b>Diseño</b>	Magdalena Derosas Contreras

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Impreso en Chile por Grafhika impresores





	<p>Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio</p>
<p>Gobierno de Chile</p>	



PREMIO NOBEL

80 AÑOS

Gabriela  
**Mistral**